Antoine Prost

DOCE LECCIONES SOBRE LA HISTORIA

FRÓNESIS
CÁTEDRA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Colección dirigida por:
Pedro Ruiz Torres, Sergio Sevilla y Jenaro Talens

Antoine Prost

Doce lecciones sobre la historia

Edición y traducción de Anaclet Pons y Justo Serna

FRÓNESIS
CÁTEDRA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Título original de la obra:
Douze leçons sur l'histoire

Creative Commons

© Editions du Seuil, 1996
© Armand Colin, Paris. De los textos de Fernand Braudel y Marc Bloch
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2001
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 20.716-2001
I.S.B.N.: 84-376-1909-2
Printed in Spain
Impreso en Lavel, S. A.

Índice

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA 11

INTRODUCCIÓN 19

1. LA HISTORIA EN LA SOCIEDAD FRANCESA DE LOS SIGLOS XIX Y XX ... 24
   La historia en Francia: una posición privilegiada 26
   Los usos sociales de la historia en el siglo XIX 29
      La historia en la enseñanza secundaria 29
      Los historiadores en el debate público 34
   El siglo XX: el estallido de la historia 38
      La enseñanza primaria: otra historia 38
      Las peripecias del segundo siglo XX 41

2. LA PROFESIÓN HISTÓRICA 45
   La organización de una comunidad científica 45
   Los *Annales* y la historia-investigación 49
      Una revista de combate 49
      La institucionalización de una escuela 53
   El estallido de la profesión 56
      Polos de influencia 56
      Un mercado mal regulado 59

3. LOS HECHOS Y LA CRÍTICA HISTÓRICA 66
   El método crítico 67
      Los hechos como pruebas 67
      Las técnicas de la crítica 70

El espíritu crítico del historiador 76
Fundamentos y límites de la crítica 79
La historia, conocimiento por huellas 79
No hay hechos sin preguntas 83

4. Las preguntas del historiador 90
¿Qué es una pregunta histórica? 90
Preguntas y documentos 90
La legitimidad de las preguntas 95
El arraigo social de las cuestiones históricas 98
Pertinencia social y pertinencia científica 98
Historicidad de las preguntas históricas 101
El arraigo personal de las preguntas históricas 103
El peso de los compromisos 103
El peso de la personalidad 106

5. El tiempo de la historia 112
La historia del tiempo 113
Un tiempo social 113
La unificación del tiempo: la era cristiana 114
Un tiempo orientado 118
La construcción histórica del tiempo 120
Tiempo, historia y memoria 120
El trabajo sobre el tiempo. La periodización 124
La pluralidad del tiempo 128

6. Los conceptos 134
De los conceptos empíricos 134
Dos tipos de conceptos 134
De la descripción resumida al tipo ideal 138
Los conceptos forman redes 143
Conceptualizar la historia 146
Los conceptos tomados en préstamo 146
Las entidades sociales 147
Historizar los conceptos de la historia 148

7. La historia como comprensión 152
Autorretrato del historiador como artesano 153
La historia como oficio 153
Los hombres, objetos de la historia 154
La historia y la vida 156

La comprensión y el razonamiento analógico 157
Explicación y comprensión 157
Comprensión y orden del sentido 160
Experiencia vivida y razonamiento analógico 163
La historia como aventura personal 166
Historia y prácticas sociales 166
La historia como amistad 168
La historia como historia de uno mismo 172

8. Imaginación e imputación causal 175
A la búsqueda de las causas 176
Causas y condiciones 176
Retrodicción 179
La experiencia imaginaria 181
Escribir la historia con los si 181
La experiencia imaginaria 183
Fundamentos e implicaciones de la imputación causal 185
Pasado, presente y futuro del pasado 185
Posibilidades objetivas, probabilidades, fatalidad 188

9. El modelo sociológico 193
El método sociológico 195
El rechazo del subjetivismo 195
El ejemplo del suicidio 197
Las reglas del método 198
El método sociológico aplicado a la historia 200
De la tipología a las estadísticas 200
La construcción de los indicadores 205
Los límites del método sociológico 207
Los límites epistemológicos 207
Los dominios privilegiados 209

10. La historia social 214
Guizot: clases y lucha de clases 214
Un ejemplo: la emergencia de la burguesía 214
La clase social 217
Labrousse: el fundamento económico de las clases sociales 219
Un ejemplo: la crisis de la economía francesa a fines del Antiguo Régimen 219
Economía, sociedad, política 221

El declive del paradigma labroussiano 226
Paradigma labroussiano y marxismo 226
Paradigma labroussiano y «nueva» historia 229
El declive de las entidades colectivas 233

11. Trama y narratividad 236
Del todo a las partes 237
Relatos, cuadros, comentarios 238
La historia como despliegue de una intriga 242
La intriga histórica 244
La intriga como configuración 244
La intriga y la explicación narrativa 247
La explicación narrativa y los cuadros 251
La intriga como síntesis 253
La síntesis discursiva 253
Los presupuestos de la intriga 256

12. La historia se escribe 261
Los caracteres del texto histórico 262
Un texto saturado 262
Un texto objetivado y autorizado 264
Un texto superpuesto 267
Los problemas de la escritura histórica 270
Lo pensado y lo vivido 270
Decir lo correcto con palabras 274
Decir lo correcto con palabras falsas 276

Conclusión: Verdad y función social de la historia 280
Historia y verdad 282
Los efectos del desencanto 282
Verdad y función social de la historia 284
Objetividad, verdad, prueba 285
Una función social ambigua 290
Historia, nación, civismo 290
Historia, identidad, memoria 295

Orientación bibliográfica 303

Relación de textos y documentos 317

Nota a la edición española

> Cada texto es único y, simultáneamente, es la traducción de otro texto. Ningún texto es enteramente original, porque el lenguaje mismo, en su esencia, es una traducción (...). Pero ese razonamiento puede invertirse sin perder validez: todos los textos son originales porque cada traducción es distinta. Cada traducción es, hasta cierto punto, una invención y así constituye un texto único.
>
> OCTAVIO PAZ

1. Cualquier lector experimentado sabe que no hay una única manera de escribir la historia, que no hay una sola manera de presentarla. Cualquier lector avezado sabe, en efecto, que los libros de historia tienen diversos modos de expresión. Los hay de investigación y los hay de divulgación. Los primeros presentan por escrito los resultados de una monografía que ha exigido del historiador empeño y dedicación exhaustiva, horas de archivo y consultas eternas; los segundos, por el contrario, dan a conocer saberes compartidos, conocimientos ya adquiridos, datos y noticias que son comunes en la disciplina. Mientras aquéllos gozan del máximo prestigio entre los colegas de la profesión, dado que suelen aportar algo nuevo y diferente, a los otros se les concede un valor inferior, un estatuto menor, porque se supone que sólo proporcionan un saber indirecto, de segunda mano, que transmiten a un público culto o a los estudiantes de la materia. Los libros de texto, por ejemplo, son un caso particular de este género. Reúnen lo que se acepta por el común de los historiadores y lo ordenan cronológicamente adjuntando repertorios bibliográficos que sirvan de ayuda y de complemento.

Hay, sin embargo, otro tipo de libro de historia que se acomoda mal a la tipología anterior, que rompe las costuras de esa clasificación. Nos referimos a los textos de reflexión, a aquellos volúmenes en los que un investigador experimentado intenta compartir sus vivencias en el oficio y, a la vez, trata de analizar los límites y posibilidades de la disciplina que ha practicado, los logros y las derrotas que hay detrás de su trabajo. Son libros historiográficos, es decir, obras que desvelan los entresijos de la investigación, que enumeran los objetos de conocimiento, que indican lo que hicieron los colegas del pasado, que detallan las preocupaciones que se debaten en el presente y lo que conviene emprender a partir de ese momento o lo que razonablemente cabe esperar. Estos volúmenes tienen, además, una peculiaridad, la de la presencia autorial, la de la manifestación particular de los puntos de vista, la de la exposición de las dudas del yo. Como debemos estos libros a historiadores maduros, su prosa reúne rigor expositivo y subjetividad, expresión personal y contención académica. Hay numerosos y celebrados ejemplos de este género historiográfico, un modo de reflexión que se renueva de generación en generación. En efecto, cada cohorte de historiadores debe rehacer las cosas hechas por sus mayores y, en los casos más eximios, emprender otra vez la tarea de repensar su materia, sus procedimientos y sus objetos, sus metas y el fundamento último de la disciplina.

Este género ha dado frutos interesantísimos, incluso literariamente muy estimables, y son la mejor introducción posible al conocimiento de la historia, el mejor modo de que dispondrían los aprendices para acceder al oficio. Ahora bien, hacer una cosa y decir qué cosa se hace no son lo mismo y, por eso, enseñar la materia requiere mostrar lo uno y lo otro. Esto es, podemos aprender qué es la historia leyendo el célebre libro introductorio de Marc Bloch, en donde reflexiona sobre el oficio, pero también deberíamos adentrarnos, por ejemplo, en el estudio que dedicara al poder taumatúrgico de los monarcas franceses e ingleses para así advertir cómo opera y cómo resuelve en la mesa de trabajo aquellos consejos metodológicos. Por tanto, una cosa no excluye la otra, pues el saber de los historiadores es reflexión y erudición, teoría y práctica, quehaceres que se suelen presentar de forma entreverada en un género o en otro. De todo ello, de las reflexiones historiográficas que cada generación ha emprendido, de las grandes obras de investigación que abordan problemas empíricos y que dictan unos modos concretos de investigar, da cuenta suficiente Antoine Prost.

Doce lecciones sobre la historia pertenece a aquel tercer tipo al que antes aludíamos, a aquella obra de reflexión historiográfica sobre la disci-

plina. Sin embargo, no todos los libros de esta índole comparten las mismas características. Si un autor pretende escribir un volumen de alta divulgación sobre la materia y desea, además, mostrar a los aprendices cómo han de practicar su oficio, lo habitual es que el resultado sea un manual cronológico. Es decir, lo normal será que recorra progresivamente los avatares de la disciplina a través de los autores más celebrados y de las escuelas más reconocidas. Por ejemplo, en un volumen de uso corriente que emprenda la historia de la historiografía, Tucídides ocupará espacio en los primeros capítulos, justamente cuando el autor aluda a su importancia dentro de la cultura griega y para subrayar la innovación que la *Historia de la guerra del Peloponeso* supuso en los géneros literarios. En cambio, Antoine Prost no sigue este camino, no desarrolla esa sucesión temporal capítulo a capítulo. Por eso cuando menciona a un historiador del pasado lo hace por considerarlo un contemporáneo, un interlocutor con el que dialogar o polemizar, no porque tenga que indicar su lugar dentro de la historia de la historiografía.

Doce lecciones es, pues, un volumen estructurado a partir de las grandes preocupaciones que hoy nos inquietan a los historiadores, tomando los avances de la disciplina y los autores del pasado como un legado, como un capital que hacer productivo para uso de nuevas generaciones. Esas preocupaciones de Prost van desde lo que significa actualmente la profesión, la deontología, las normas y las convenciones que aceptamos, hasta el modo en que se escribe la historia, la manera en que se presentan los resultados de la investigación y los procedimientos persuasivos que adoptamos para convertir lo verdadero en verosímil. Los títulos que el autor le ha dado a cada una de sus partes son, por supuesto, contingentes. Puede que cada lector hubiera escogido otros distintos para rotular sus propias preocupaciones como profesional de —o aficionado a— la historia. Sin embargo, es difícil que una vez que se haya adentrado en la lectura no encuentre todo lo que busca. Como finalmente advertirá, los epígrafes prometen menos de lo que su rico contenido ofrece. Podrá aceptar las tesis de Prost o, por el contrario, disentir de algunas o de muchas de sus afirmaciones, pero admitirá que sus enunciados tratan lo más importante, que abordan lo que hoy llamamos historia y lo que actualmente consideramos central.

Pero, además de lo anterior, *Doce lecciones* tiene una peculiaridad insoslayable, que le da forma y que condiciona los contenidos. Se trata, en efecto, de una serie de *lecciones* que Antoine Prost impartió en la Sorbona a los estudiantes de primer ciclo. Justamente por eso está concebido como un testimonio oral que debe atraer y persuadir a unos jó-

venes que no se dejan impresionar fácilmente por la autoridad y por los saberes establecidos. Es, además, un ejercicio de inteligencia en donde se transmite con entusiasmo la pasión por el oficio que se desempeña. Sin embargo, no espere el lector encontrar aquí la ganga de la oralidad, el grano de la voz, que diría Roland Barthes. Antes bien, este texto se presenta ahora de manera similar al modo que adoptara, por ejemplo, E. H. Carr en sus célebres conferencias sobre la historia, a quien, por cierto, Prost cita con reconocimiento. Esto es, la oralidad condiciona en este caso el modo en que se presentan las cosas, y no es ahora el registro espontáneo o en tiempo real de una intervención del lenguaje. Ese eco de la voz se acomoda bien con otra de las características del volumen. Se trata de una obra coral, de un texto efectivamente dialógico, en los términos de Bajtin, un texto que da la palabra a muchos otros historiadores, a esos interlocutores a los que toma como pares o maestros y a los que cede un lugar destacado en su discurso. No se trata sólo de parafrasear, de reproducir en estilo directo o indirecto lo que han dicho los colegas del pasado de quienes se siente más próximo, sino que enmudece para introducir largos extractos de esas grandes obras que son el cimiento de la profesión o el oráculo al que acudir. Por eso, este volumen puede concebirse también como un centón, como un florilegio que reúne lo mejor de una materia para uso de principiantes y experimentados.

Ese modo expresivo, el de la lección, y sus destinatarios empíricos, estudiantes de la Sorbona, condicionan el contenido y su resultado. Podemos decir, en este sentido, que es un texto muy francés, en el que la mayor parte de los ejemplos y de los libros lo son del país vecino, con una deliberada exclusión de referencias a otras culturas nacionales e historiográficas, salvo en casos aislados. Y ello obedece a un ejercicio, simultáneo y congruente, de universalización y particularización de la historia, de la historiografía y la enseñanza francesas. Se observa en todo el libro, pero se hace muy evidente cuando trata el sistema educativo, al subrayar sus características haciendo uso consciente de la hipérbole. Así, por ejemplo, en el capítulo primero menciona como particularidad francesa la atención que el Consejo de Ministros de la República dedicara a la historia. Esta afirmación, de indudable efecto retórico, habría que matizarla al menos para el caso español, en donde, como se sabe, el debate acerca de la historia y de las humanidades también está presente en el Gobierno. Lo mismo podría decirse cuando en el capítulo 2 indica que Francia es el único país en el que la oposición a enseñanzas medias tiene una prueba oral, pues «en el extranjero se contentan con leer su examen». Sin embargo, en el

ejemplo español, aun sin el peso de la retórica, hallamos ciertas semejanzas con esa exposición que se da en el caso francés. Algo similar sucede en ese segundo capítulo cuando habla de la enseñanza de la geografía en Francia. Según afirma, su singularidad consiste en que se imparte en vecindad con la historia en las facultades de letras, mientras que en otros países estaría incluida en las de ciencias. Nuevamente, en el caso español, también se da esa característica que él subraya para Francia. En fin, sin pretender ser exhaustivos, podríamos decir que ese carácter francés se aprecia en todos los detalles. La palabra revolución, por ejemplo, cuando alude al caso nacional se pone con majestuosa mayúscula que nosotros respetamos para que se vea el sesgo del volumen. Él mismo lo justifica en el capítulo 6: «En Francia, apenas se dice *revolución*. Existe *la* Revolución, la de 1789.»

2. Cuando un libro trasciende su propio marco cultural y el contexto en el que y para el que fue escrito, ese volumen suele perder los referentes en los que se basó o, en todo caso, esos referentes se vuelven oscuros, difíciles. De ese modo puede que la obra llegue a unos lectores que carezcan de las mismas evidencias que el autor y puede, pues, que sientan extrañeza ante afirmaciones o enunciados que les son completamente ajenos. Por eso, la labor de traducción demanda un esfuerzo suplementario de acomodación cultural y de anotación informativa con el fin de que aquel libro encuentre sus nuevos destinatarios sin obstáculo. En eso consiste la labor de edición. En un texto clásico sobre la traducción, Friedrich Schleiermacher sostuvo que sólo hay *dos modos* de realizarla. El primero sería aquel en el que se vertiera el texto como si realmente fuera el autor quien lo hubiera traducido; el segundo sería aquel en el que el texto se presentara como si el autor lo hubiera escrito en la lengua en que ahora está traducido. En un caso, la traducción requiere un esfuerzo de traslación que, no obstante, habría de mantener la extrañeza que siempre provocará un texto concebido en otra cultura. Ahora bien, hay una máxima que no debe olvidarse en ningún caso: el traductor —añade Schleiermacher en *Sobre los diferentes métodos de traducir*— no puede permitirse nada que en su propia lengua no esté permitido también a cualquier escrito del mismo género. En el segundo de los modos, aunque sea tolerable, el resultado no suele ser satisfactorio: el esfuerzo de traslado es tal, que la traducción anula completamente la extrañeza que provoca el original. Desde Schleiermacher hasta nuestros días, estos debates han continuado y los traductores han reflexionado sobre lo que se gana y lo que se pierde con una opción o con otra.

¿A qué hemos aspirado con nuestra versión? No hemos pretendido en ningún momento arrancarle ese carácter francés al volumen, sino que hemos conservado deliberadamente su fuente y sus referentes. Hacer lo contrario hubiera significado, por ejemplo, ocultar la dependencia contextual del volumen haciéndole llegar al lector un libro neutro y universal sobre la historiografía. La obra de Prost tiene, al menos, dos lecturas posibles. Por un lado, la más obvia, que es la propiamente historiográfica, es decir, la de la reflexión sobre la disciplina, algo que en ningún caso podría amputarse y que pertenece a un dominio general. Pero, además, hay otra manera de leerla, menos evidente, subterránea quizá en algunos momentos, que es la de la reflexión sobre la historia francesa y sobre un amplio conjunto de referentes particulares de esa cultura nacional. Si los traductores, evitando completamente la distancia que esos datos provocan, hubieran aligerado el peso de lo francés y, por ejemplo, lo hubieran sustituido por hechos o personajes semejantes o paralelos, se habría perdido irremisiblemente una parte sustancial de la riqueza del volumen. Es decir, nuestra premisa ha sido aquella según la cual no podíamos permitirnos nada que en castellano y en nuestra cultura historiográfica no estuviera autorizado a cualquier escrito del mismo género. A partir de ahí, dejamos al destinatario el esfuerzo de buscar las equivalencias o los paralelismos que alivien la extrañeza que le ocasione la lectura. Pero eso no quiere decir que no le hayamos ayudado cuando lo hemos considerado necesario o cuando los referentes particulares de Antoine Prost pudieran hacer imposible la función que se atribuye a los ejemplos dados. Así pues, las notas de edición sólo documentan aquellos nombres o hechos, especialmente franceses, que son poco corrientes para un lector común o incluso para un lector de historia. Por tanto, se evita dar informaciones de aspectos medianamente conocidos para no sobrecargar el texto, intención manifiesta del propio autor. En fin, como anotaba Karl Popper en su autobiografía,

> cualquiera que haya hecho alguna traducción, y que haya pensado sobre ello, sabe que no existe ninguna traducción de un texto interesante que sea gramaticalmente correcta y además casi literal. Toda buena traducción es una *interpretación* del texto original; e incluso iría más lejos y diría que toda buena traducción de un texto no trivial ha de ser una reconstrucción teórica. Así tendrá que incorporar incluso una cierta dosis de comentarios. Toda buena traducción debe ser, al mismo tiempo, fiel y libre. Incidentalmente, es un error pensar que en la tarea de traducir un fragmento de un escrito puramente teórico, no son importantes las consideraciones estéticas.

3. Antoine Prost es un investigador dedicado a la historia contemporánea, un profesional de larga y reconocida trayectoria en su propio país. Entre nosotros, en cambio, sus libros no han tenido la misma difusión. De hecho, a excepción de alguna obra, su influencia es ciertamente menor. Nació en 1933 y, como algunos de los grandes académicos franceses, cursó estudios en la École Normale Supérieure, logrando la agregación en historia. Ejerció la docencia en la Sorbona y en la Universidad de Orleans hasta ser nombrado en 1979 profesor de la Universidad de París-I, de la que ahora es emérito. Sus investigaciones se han centrado básicamente en la historia francesa del siglo XX. De hecho, su tesis de tercer ciclo versó sobre *La GTT à l'époque du Front populaire* (1963) y su tesis de Estado, defendida en 1975, la dedicó a *Les Anciens combattants et la société française (1914-1939).* Además ha cultivado la divulgación, participando en obras como *L'Histoire du peuple français* o la *Petite histoire de la France au XXe siècle.* Sin embargo, Antoine Prost es conocido también por su dedicación a las cuestiones referidas a la enseñanza. En este sentido cabe destacar, entre otros textos, su *Histoire de l'enseignement en France (1800-1967),* obra publicada por primera vez en 1968 y que desde entonces ha tenido diversas reediciones. Evidentemente, estos datos no son más que una muestra apretada de una actividad fecunda que va desde la publicación hasta la gestión: autor de numerosos textos, miembro de diversos comités de redacción en revistas especializadas, codirector de una colección de historia de la educación e, incluso, asesor ministerial de Michel Rocard, etcétera.

La presente edición de la obra de Antoine Prost ha seguido una serie de criterios que creemos conveniente detallar. Por regla general, los títulos concretos de libros que Prost da en el texto aparecerán de acuerdo con la versión castellana, en el caso de que la haya, para facilitarle al lector la identificación del volumen al que alude. Respecto de los nombres de personas, particularmente de historiadores, Antoine Prost utiliza un criterio variable que mantenemos: en ocasiones da la inicial; en otras, en cambio, reproduce completamente el nombre. En tercer lugar, los títulos y referencias bibliográficas que aparecen en las notas se dejan en la versión original. Sólo le indicaremos al lector que existe versión castellana en la bibliografía, tanto en sus ediciones españolas como latinoamericanas, cuando estas últimas nos hayan sido accesibles. Ahora bien, mencionaremos que existe traducción en la nota y detallaremos su página y texto siempre que se cite literalmente por parte de Prost. Esto es así porque los traductores utilizan las versiones castellanas cuando existen. Hay, sin embargo, una excepción a esta norma: la de aquellos libros que el propio autor no recoge en la bibliogra-

fia general y que cita sólo en nota o la de aquellos otros que citan los traductores como aclaración de editor o como complemento al texto original. En este caso, la referencia completa se incluye en la nota. Finalmente, el lector podrá observar que algunos términos se repiten con profusión. La posición de Prost es muy clara al respecto, como indica en el capítulo 6:

> Con el fin de evitar las repeticiones y en aplicación de las reglas escolares de redacción, los historiadores franceses utilizan a menudo distintas palabras para designar la misma realidad. Utilizan indistintamente *Estado* y *gobierno,* incluso en ocasiones *poder,* cuando en realidad esos términos aluden a conceptos diferentes. Unas veces hablan de *clase social,* otras de *grupos sociales* e incluso de *sectores.* Esas licencias que se conceden resultan deplorables, pero son de uso frecuente y sus consecuencias no son perjudiciales mientras no alteren la estructura y la coherencia de la red conceptual.

Nosotros, pues, hemos respetado al máximo ese precepto de Prost, un precepto, por otra parte, que coincide punto por punto con lo que dijera Milan Kundera a propósito de la *sinonimización.* Para este último, la norma que debe imponerse el traductor es seguir el estilo personal del autor, es decir, no violentar su modo expresivo reemplazando continuamente las repeticiones de aquél con sinónimos que lo mejorarían. Este vicio sería un reflejo automático del traductor, cuyo virtuosismo consistiría en poseer una gran reserva de sinónimos listos para sustituir lo evidente. Esta tendencia, la de la sinonimización gratuita, es psicológicamente comprensible pero dudosa. «¿Con qué criterios se apreciará a un traductor? ¿Según su fidelidad al estilo del autor? —se pregunta Kundera—. Es exactamente lo que los lectores de su país no tendrán la posibilidad de juzgar. En cambio, el público sentirá automáticamente la riqueza del vocabulario como un valor, como un logro, como una prueba de la maestría y de la competencia del traductor.»

A. PONS y J. SERNA

Introducción

Si es cierto, como se intentará mostrar aquí, que la historia depende de la posición social e institucional de quien la escribe, no habría sido razonable silenciar el contexto en que se elaboraron estas reflexiones. Este libro es el resultado de un curso y de ahí toma el título *Lecciones sobre la historia*.

En la universidad a la que pertenezco, como también en tantas otras, la formación que reciben los estudiantes de historia incluye una enseñanza de historiografía o epistemología. Esta materia intenta alentar por diversas vías una perspectiva crítica sobre lo que hacemos cuando pretendemos hacer historia. Dicha enseñanza forma parte de una tradición secular: antes de que fuera impartida en su tiempo por Pierre Vilar o Georges Lefebvre, Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos la inauguraron en la Sorbona en el curso de 1896-1897, y sus lecciones serían publicadas en este último año con el título de *Introducción a los estudios históricos*, un título que hubiera sido el adecuado para este volumen[1].

Sin embargo, es ésta una tradición frágil y amenazada. Hasta finales de los años 80, en Francia, la reflexión metodológica sobre la historia se consideraba inútil. Aunque determinados historiadores se interesaron por la historia de la historia, como Ch. O. Carbonell, F. Dosse, F. Hartog, O. Dumoulin y algunos otros, lo cierto es que dejaron la reflexión epistemológica en manos de los filósofos (R. Aron, P. Ricoeur).

[1] Para no sobrecargar inútilmente el texto no proporcionaremos en nota las referencias completas de las obras que figuran en la Orientación bibliográfica.

En este sentido, resulta significativo que las únicas obras de síntesis actualmente disponibles en el mercado procedan de iniciativas extranjeras: *Histoire et Mémoire (Pensar la historia* y *El orden de la memoria)* de J. Le Goff apareció inicialmente en italiano, el manual de E. H. Carr es el resultado de las *George Macaulay Trevelyan Lectures* de Cambridge, así como el aún hoy notable librito de H.-I. Marrou, *El conocimiento histórico,* procede de las lecciones impartidas en Lovaina en la cátedra Cardinal-Mercier. Los miembros más destacados de los *Annales,* F. Braudel, E. Le Roy Ladurie, F. Furet o P. Chaunu, publicaron numerosas recopilaciones de sus artículos o editaron obras colectivas, como es el caso de J. Le Goff y P. Nora, pero sólo Marc Bloch, con su *Introducción a la historia,* desgraciadamente inacabada, emprendió la tarea de explicar el oficio de historiador.

Esto es la consecuencia de una actitud deliberada. Hasta hace poco tiempo, los historiadores franceses no prestaban demasiada atención a las consideraciones generales. Para L. Febvre, «filosofar» constituía «el crimen capital»[2]. Según sostuvo en su lección de ingreso en el Collège de France, los historiadores «no tienen grandes necesidades filosóficas». Y a este propósito citaba «las maliciosas opiniones» de Péguy:

> Corrientemente los historiadores hacen historia sin meditar sobre los límites y las condiciones de la historia; tiene razón, sin duda: más vale que cada cual haga su oficio. En líneas generales, vale más que el historiador empiece por hacer historia sin tratar de ir más lejos. ¡En caso contrario, nunca haría nada![3].

Pero no sólo se trata de una división de tareas. No es tampoco la falta de tiempo lo que justificaría que muchos historiadores rehusaran emprender una reflexión sistemática sobre su disciplina. Por el contrario, P. Ariès ve en este rechazo de las filosofías de la historia una «insoportable vanidad»:

> Se las ignora deliberadamente o se las hace a un lado con un encogimiento de hombros, como charlatanería teórica de aficionados

---

[2] Véase la reseña de la *Apologie pour l'histoire* de Marc Bloch en la *Revue de Métaphysique et de Morale,* LVII, 1949, en *Combats pour l'histoire,* págs. 419-438: «Nadie acusará a su autor de filosofar —lo que en boca de historiador significa, no nos engañemos, el delito capital» (pág. 433) (trad. esp., pág. 239).

[3] Charles Péguy, «De la situation faite à l'histoire et à la sociologie dans les temps modernes», 3e Cahier, 8e série. Véase la lección de Lucien Febvre en *Combats pour l'histoire,* págs. 3-17, en especial pág. 4 (trad. esp., pág. 17).

> sin competencia. ¡Insoportable vanidad del técnico que permanece encerrado dentro de su técnica, sin intentar nunca mirarla desde fuera![4].

No faltan declaraciones que confirmen el fundamento de esta observación. A este propósito, P. Ricoeur, que ha frecuentado asiduamente a los historiadores franceses sin estar obligado a ello, cita con cierta perfidia a P. Chaunu:

> La epistemología es una tentación que hay que alejar resueltamente (...). A lo sumo, es oportuno que algunos jefes de fila se consagren a ella —cosa que no somos en absoluto ni pretendemos ser— para preservar a los robustos artesanos de un conocimiento en construcción —único título al que aspiramos— de las peligrosas tentaciones de esta mórbida Capua[5].

De acuerdo con esto, los historiadores franceses adoptarían de buen grado la postura del modesto artesano. Para la foto de familia posarían en su taller mostrándose como hombres de oficio que, tras un largo aprendizaje, acabarían controlando los recursos propios de su arte. Elogian la obra bien hecha y valoran más el trabajo a mano que las teorías en las que se enredan, a su juicio inútilmente, sus colegas los sociólogos. Al inicio de sus libros, la mayoría de aquéllos evitan definir los conceptos y los esquemas interpretativos de los que se sirven, mientras que sus colegas alemanes se sentirían obligados en sentido contrario. Más aún, consideran pretencioso e incluso arriesgado emprender una reflexión sistemática sobre su disciplina: hacerlo sería reivindicar una posición de jefe de escuela que repugna a su modestia —incluso aunque sea fingida— y que, sobre todo, les expondría a la crítica poco benévola de aquellos colegas frente a los cuales temen aparecer como si quisieran enseñarles el oficio. La reflexión epistemológica parece atentar contra la igualdad de los «maestros» de la corporación. Por tanto, al no hacerlo se evita a la vez perder el tiempo y exponerse a las críticas de sus pares.

Afortunadamente, esta actitud está cambiando. La interrogación metodológica es más frecuente, y eso se aprecia bien en revistas anti-

---

[4] Philippe Ariès, *Le Temps de l'histoire,* pág. 216 (trad. esp., pág. 243).

[5] Paul Ricoeur, *Temps et Récit,* I, pág. 171 (trad. esp., vol. I, pág. 173; hemos preferido sustituir la traducción «valerosos artífices» por la de «robustos artesanos», de acuerdo con el sentido gremial que el autor le da).

guas como *Revue de Synthèse* o bien en otras más recientes como *Genèses*. Asimismo, los *Annales*, con motivo de su sexagésimo aniversario, reanudaron una reflexión que ha continuado después.

Es cierto que la coyuntura histórica ha cambiado. El complejo de superioridad de los historiadores franceses, orgullosos de pertenecer todos ellos en mayor o menor grado a esa escuela de los *Annales* cuya excelencia es celebrada por sus colegas del mundo entero, comenzaba a convertirse en algo más que irritante: injustificado. La historiografia francesa ha estallado y tres interrogantes cuestionan sus antiguas certidumbres. Los intentos de síntesis parecen ya ilusorios y condenados al fracaso; es el momento de las microhistorias, de las variadas monografías cuyo inventario temático sigue abierto. Aquella pretensión científica que compartieron, a pesar de su desacuerdo, un Seignobos y un Simiand se tambalea ahora bajo los golpes de un subjetivismo que aproxima la historia a la literatura. Así, el universo de las representaciones descalifica al de los hechos. Por último, la iniciativa unificadora de Braudel y de los partidarios de una historia total que incorporaba las contribuciones de las demás ciencias sociales ha desembocado en una crisis de confianza: a fuerza de pedir prestados preguntas, conceptos y métodos a la economía, a la sociología, a la etnología o a la lingüística, la historia padece hoy una crisis de identidad que invita a la reflexión. En pocas palabras, F. Dosse tiene razón cuando al titular uno de sus libros dice que la historia está hoy «en migajas».

En este nuevo contexto, un libro de reflexión sobre la historia es cualquiera cosa menos un manifiesto de escuela. No es desde luego la adopción de una posición teórica destinada a valorar ciertas formas de historia en detrimento de otras. Pretende contribuir a una reflexión común a la que todos los historiadores están invitados. Ninguno de ellos puede hoy dejar de confrontar aquello que cree hacer con lo que efectivamente hace.

Dicho esto, no se debe ocultar que esta reflexión reproduce el itinerario didáctico de un curso destinado a estudiantes de primer ciclo. Lo he impartido en diversas ocasiones con sumo placer y me pareció que respondía a una demanda, e incluso a una necesidad. Por eso me propuse pasarlo a limpio, dotarlo de notas y referencias, es decir, precisarlo y adecuarlo, sin perder de vista el público concreto al que iba destinado. Esto suponía evidentes servidumbres: el lector tiene derecho a esperar ciertas noticias concretas sobre aspectos que ya son familiares a los historiadores informados, por ejemplo, la crítica histórica según Langlois y Seignobos o los tres tiempos de la historia según Braudel. Del mismo modo, la escritura debía ser límpida, lo cual exige

el sacrificio de algunas coqueterías de estilo y la renuncia a hacer explícitas todas las alusiones.

Naturalmente, como todo profesor, elaboré estas lecciones a partir de las reflexiones de otros. Fue un verdadero placer la lectura de Lacombe, Seignobos, Simiand, Bloch, Febvre, Marrou o, entre los extranjeros, la de Collingwood, Koselleck, Hayden White, Weber y tantos otros que no puedo citar aquí. Precisamente por eso he intentado compartir dicho placer introduciendo extensas citas e integrándolas en mi propio texto, puesto que me parecía sin interés repetir lo que algunos ya habían sostenido con brío, otros con humor y todos con pertinencia. De ahí que invite al lector a no saltarse esos recuadros para precipitarse hacia la conclusión, puesto que a menudo son etapas esenciales del razonamiento.

Como se puede observar, este libro no es ni un manifiesto de conquista ni un ensayo brillante: es más bien una reflexión modesta que se pretende útil, lo que por sí mismo ya tiene suficiente amplitud y ambición. Pero también es una forma como otra cualquiera de adoptar esa posición tan cara a los historiadores franceses de presentarse a sí mismos como hombres de taller que explican su oficio a los aprendices...

1

La historia en la sociedad francesa de los siglos XIX y XX

La historia es lo que hacen los historiadores.

La disciplina denominada historia no es una esencia eterna, una idea platónica. Se trata de una realidad histórica en sí misma, esto es, situada en el espacio y en el tiempo, elaborada por unos hombres que se dicen historiadores y que son reconocidos así, y recibida como tal por los públicos más variados. No hay, pues, una Historia *sub specie aeternitatis,* cuyos caracteres atravesarían inmutables las vicisitudes del tiempo, sino que existen productos diversos que los contemporáneos de una época dada acuerdan identificar como propios de la historia. Es decir, más que una disciplina científica, como lo pretende ser y como lo es efectivamente hasta cierto punto, la historia es una práctica social.

Esta afirmación puede serenar a aquel historiador que emprenda una reflexión sobre su disciplina, pues le devuelve, en efecto, a lo que está habituado a hacer, y que no es otra cosa que el estudio que lleva a cabo un grupo profesional, con sus prácticas y su evolución. Existen grupos de historiadores, que se reclaman pertenecientes a determinadas tradiciones, que constituyen escuelas, que reconocen las reglas constitutivas de su oficio común, que respetan una deontología y que practican ritos de incorporación y de exclusión. Los hombres y las mujeres que se llaman a sí mismos historiadores están unidos, en efecto, por la conciencia de pertenecer a esta comunidad y hacen la historia para un público que les lee o les escucha, les discute o les muestra su

interés. Indudablemente se mueven también por la curiosidad intelectual, el amor a la verdad, el culto a la ciencia, pero tanto su reconocimiento como su retribución dependen de esa sociedad que les concede un estatuto y les asegura una remuneración. Un doble reconocimiento, pues, el de sus pares y el del público, consagra al historiador como tal.

Ésta es la razón por la que sus propios discursos historiográficos dependen de una historia indisolublemente social y cultural. Aquello que los historiadores de una época o de una escuela dicen de su disciplina permite una doble lectura: la primera, es la de la concepción de la historia que sus textos proponen; la segunda, atenta a su contexto, es la que descifra su discurso metodológico poniendo de manifiesto sus múltiples implicaciones. Así, por ejemplo, la célebre *Introducción a los estudios históricos* de Langlois y Seignobos es, en primera instancia, un discurso del método, a partir del cual se emprende un análisis de las diversas formas de crítica histórica y que todavía hoy resulta de interés. En un segundo plano, remite a un contexto intelectual e incluso político, dominado por las ciencias experimentales al modo de Claude Bernard[1], mientras que el nacimiento de la sociología durkheimiana, que pretende aplicar a los hechos sociales un riguroso método también experimental, amenaza la pretensión científica de la historia en su propio fundamento.

De este modo, los historiadores que escriben sobre la historia —y nadie puede abstraerse a esta suerte común— están condenados a pronunciarse frente a sus precursores y a sus colegas contemporáneos. Pero también han de hacerlo con relación a las corporaciones científicas vecinas, con las cuales la historia mantiene una inevitable competición para dominar un campo que es a la vez científico y social. Más aún, deben tener en cuenta el conjunto de la sociedad y las partes de aquella a las que se dirigen, para las que la historia que ellos hacen puede o no tener sentido. Dado que la historia es una práctica social antes que científica o, más exactamente, puesto que

---

[1] Claude Bernard (1813-1878) fue un célebre médico francés al que se deben numerosos descubrimientos en el terreno de la fisiología general y, sobre todo, la definición positivista del método experimental *(Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, 1865; trad. esp., *Introducción al estudio de la medicina experimental*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1996): a la observación objetiva sucede la elaboración de una hipótesis que se ha de someter escrupulosamente a la experimentación. Profesor en la Sorbona (1834) y en el Collège de France (1855), fue académico de las ciencias (1854) y miembro de la Académie Française (1868). *(N. de los T.)*

su objetivo científico es también una forma de tomar posición y de dispensar sentido en una sociedad dada, su propia epistemología es también en parte una historia. El caso francés lo ilustra de manera ejemplar.

La historia en Francia: una posición privilegiada

La historia ocupa una posición eminente en el universo cultural y social de los franceses. En ninguna otra parte está tan presente en los discursos políticos o en los comentarios de los periodistas. No hay otro lugar en el que goce de un estatuto tan prestigioso. La historia es la referencia obligada, el horizonte necesario de toda reflexión. Se ha dicho que es una «pasión francesa»[2], quizá incluso una enfermedad nacional.

Veamos, por ejemplo, los escaparates de las librerías. Las colecciones históricas buscan al gran público y son más numerosas e importantes que en el extranjero. La historia no interesa sólo a las editoriales universitarias o especializadas, sino también a las grandes casas editoras. Todas ellas tienen una o más colecciones dedicadas a esta disciplina: Hachette, Gallimard, Fayard, Le Seuil o Plon, sin olvidar Flammarion, ni Aubier-Montaigne, etcétera. Algunas de estas colecciones, como es el caso de las biografías de Fayard, son un verdadero éxito, y títulos como *Montaillou, una aldea occitana* de E. Le Roy Ladurie sobrepasan los 200.000 ejemplares[3]. Del mismo modo, la historia se vende bien en los quioscos de las estaciones, con *Le Miroir de l'histoire, Historia* (con unas ventas en 1980 de 155.000 ejemplares), *Historama* (195.000), *L'Histoire,* etcétera. Con una tirada total de 600.000 ejemplares, contra los 30.000 en el Reino Unido, la prensa de divulgación histórica, que no se reduce a la pequeña historia, consigue los favores del gran público. Por eso no es extraño que Alain Decaux «cuente» desde 1969 la historia en la televisión y que haya tenido tal éxito que le va-

---

[2] Philippe Joutard, «Une passion française: l'histoire». El autor, que analiza el conjunto de la producción histórica, remonta al siglo XVI la construcción de una memoria nacional. Por el contrario, nuestro análisis, que otorga una posición fundamental a la enseñanza, privilegia la Revolución y el siglo XIX en la institucionalización de esta memoria.

[3] Según las indicaciones del editor, su tirada había llegado en enero de 1989 a los 188.540 ejemplares. Por su parte, el libro de Georges Duby *Le Temps des cathédrales* había alcanzado los 75.500. Véase Philippe Carrard, *Poetics of the New History,* pág. 136.

liera la entrada, diez años después, en la Académie Française[4]. No resulta asombroso, pues, que en 1983 el 52 por ciento de los franceses se declarara «interesado» por la historia y otro 15 por ciento se proclamara «apasionado» por ella[5].

Sin embargo, el argumento que se basa en el éxito de la audiencia no es decisivo. Que la historia tenga más lectores o atraiga a más curiosos que la sociología o la psicología establece entre estas disciplinas una diferencia de grado, aunque no de naturaleza. Esto no prueba que nuestra materia se beneficie de un estatuto específico, de un lugar particular dentro del campo cultural francés. Ahora bien, es en este punto en donde radica lo esencial: la historia ocupa en este país un lugar aparte, desempeña un papel decisivo.

Para ilustrarlo tomaré unas palabras cuyo interés me parece evidente. Son éstas unas palabras sensatas que se imponen por sí mismas y que no tiene sentido discutir. Son éstas unas palabras autorizadas, por añadidura, puesto que emanan de la más alta autoridad del Estado. En 1982, con ocasión de un Consejo de Ministros en el que se trató el problema de la enseñanza de la historia, el presidente Mitterrand declaró, sin suscitar otra reacción que no fuera la de su aprobación, lo siguiente: «Un pueblo que no enseña su historia es un pueblo que pierde su identidad.»

En primer lugar, lo interesante de esta afirmación no es que sea falsa, aunque, de hecho, podríamos decir que sí lo es, al menos si reparamos en lo que ocurre fuera de Francia. En numerosos países, empezando por Estados Unidos y Gran Bretaña, se tiene un sentimiento de identidad nacional muy vigoroso aunque la enseñanza de la historia ocupe un lugar muy marginal o incluso inexistente. En Estados Uni-

---

[4] Nacido en 1925 en Lille, Alain Decaux es toda una institución en Francia, donde se le han dispensado toda clase de honores y ha ocupado diversos cargos en organismos públicos y privados, siendo además ministro delegado para la francofonía con Michel Rocard entre 1988 y 1991. Al margen de sus numerosas obras escritas, su merecida fama se debe sobre todo a su vinculación con el mundo audiovisual. En este campo su primera actividad fue una emisión radiofónica, *La Tribune de l'Histoire,* que se mantuvo en antena semanalmente desde 1951 hasta 1997. En el medio televisivo su primera incursión fue el programa *La camera explore le temps* que se emitió entre 1957 y 1966. Sin embargo, el más conocido fue *Alain Decaux raconte,* rebautizado después como *Alain Decaux face à l'Histoire.* Esta producción dio comienzo en 1969 y finalizó en 1988, periodo durante el cual Decaux dedicaba una hora mensual a tratar un acontecimiento o un personaje históricos. Como señala Prost, fue elegido miembro de la Académie Française en 1979 ocupando el sillón que había quedado vacante tras la muerte de Jean Guéhenno. *(N. de los T.)*

[5] Sondeo de *L'Express,* en P. Joutard, «Une passion française: l'histoire», pág. 511.

dos, por ejemplo, en toda la enseñanza primaria y secundaria hasta la edad de los dieciocho años, la materia de historia se reduce exclusivamente a un único curso. La construcción de la identidad nacional puede, pues, servirse de otras vías que no sean la del estudio de la historia. Por el contrario, este último no garantiza de forma automática el desarrollo de la identidad buscada. La independencia de Argelia fue obra de hombres que, siendo niños, habían aprendido la historia de Francia y habían repetido: «Nuestros antepasados los Galos...» Por su misma generalización, pues, la afirmación del presidente de la República es errónea.

Ahora bien, no es menos significativa esa declaración, y ello por dos razones. En primer lugar, porque nadie, ni siquiera con el respeto debido, ha desmentido el error del presidente. Y lo cierto es que no había emitido una opinión personal: se había limitado a exponer un punto de vista generalmente aceptado, una trivialidad. Los franceses se muestran unánimes cuando piensan que su identidad, incluso su propia existencia nacional, depende de la enseñanza de la historia: «Una sociedad que margina despreocupadamente la historia en sus escuelas es una sociedad suicida»[6]. Nada menos...

No me demoraré en discutir esta convicción. Que la identidad nacional pueda expresarse por otras vías no excluye que en Francia, en efecto, se base en una cultura histórica. Carezca o no de fundamento, lo importante es que el consenso francés en torno a la función de la historia como creadora de identidad otorga a los historiadores una misión importante y prestigiosa. Así, su estatuto social ha mejorado, sea cual sea el precio que se pague por ese mayor prestigio.

En segundo lugar, nadie se asombró por el hecho de que el jefe del Estado creyera adecuado mostrar su parecer sobre la enseñanza de la historia. Para los franceses parece evidente que eso forma parte de los deberes de su cargo. Francia es sin duda el único país del mundo en donde la enseñanza de la historia es un asunto de Estado, tratado como tal en el Consejo de Ministros[7]; el único país en el que su primer ministro no considera una pérdida de tiempo pronunciar en calidad de tal el discurso de apertura de un coloquio sobre la enseñanza de la historia[8]. Si, eventualmente, el presidente de Estados Unidos o el pri-

---

[6] Editorial de *L'Histoire*, enero de 1980, citado por *Historiens et Géographes*, núm. 277, febrero-marzo de 1980, pág. 375.

[7] El 31 de agosto de 1982, por ejemplo.

[8] Se hace alusión aquí al discurso de Pierre Mauroy en el *Colloque National sur l'Histoire et son Enseignement*, celebrado en Montpellier en enero de 1984 (Ministerio de Educación Nacional), págs. 5-13.

mer ministro británico hicieran eso mismo, los periodistas se asombrarían del igual modo que si se pronunciaran sobre el arbitraje de un partido de fútbol. En Francia, por el contrario, la creación de identidad que se atribuye a la enseñanza de la historia le otorga un papel político mayor.

Esta particular posición de la disciplina en la tradición cultural francesa parece estar, pues, vinculada al lugar que se le asigna en la enseñanza. De hecho, hay muy pocos países en el mundo en donde constituya una materia obligatoria en todas las etapas y en todos los cursos de la enseñanza obligatoria, de los seis a los dieciocho años[9]. Por tanto, si repasamos la historia de la enseñanza de la historia en Francia entenderemos mejor la función específica que cumple en nuestra sociedad y el lugar que ocupa en nuestra tradición cultural[10].

Desde este punto de vista, existe una evidente diferencia entre las dos etapas de la enseñanza, la secundaria y la primaria. En aquélla, la historia es obligatoria desde 1818; en la primaria, lo es desde 1880. Es decir, durante el siglo XIX, la historia no es propia de la escolarización popular, sino más bien materia de notables.

Los usos sociales de la historia en el siglo XIX

La historia en la enseñanza secundaria

La introducción temprana de la historia en la enseñanza secundaria es más notable si cabe en la medida en que eso mismo la distingue tanto de la primaria como de los estudios superiores. Esta materia se enseñó en los liceos y en los colegios antes de que se impartiera en las facultades. De entrada, se trata de un desfase sorprendente, aunque sirve para explicar la posición central que la enseñanza secundaria ocupa en la sociedad francesa. Las propias facultades de letras no la incluyeron hasta los años 80 del siglo XIX: ¿acaso no es su principal fun-

---

[9] En general, la historia sólo es obligatoria en una parte de la escolaridad, más a menudo en el ciclo elemental que en el superior.

[10] Nuestro propósito no es trazar aquí la propia historia de la historia en la enseñanza primaria y secundaria. Por lo que a esta última se refiere, contamos ya con el trabajo de Paul Gerbod, en concreto su artículo de *L'Information historique,* aparecido en 1965 y aún hoy irremplazable. En cuanto a la primaria, véase el artículo de Jean-Noël Luc en *Historiens et Géographes,* núm. 306, septiembre-octubre de 1985, págs. 149-207, así como la tesis de Brigitte Dancel.

ción la de conceder el título de bachillerato?[11]. Cuando se imparten cursos de esa materia, se hace ante un público mundano, empleando una forma retórica, por un único profesor que se encarga a la vez de la historia y de la geografía universales. Será necesario esperar a la derrota de 1870 y a la llegada de los republicanos para que su enseñanza científica forme parte de la facultad, con profesores relativamente especializados, con historiadores hasta cierto punto «profesionales»[12].

Por el contrario, la secundaria desempeña un papel mayor en la formación de las elites, y por eso mismo la historia está presente muy pronto. Después de una tímida aparición en las escuelas centrales de la Revolución y de una introducción inicial en los programas de los liceos napoleónicos, será después de 1814 cuando se incorpore verdaderamente a los programas de la secundaria, y a partir de 1818 será materia obligatoria desde quinto a la «retórica», a razón de diez horas semanales de clase[13]. Esta enseñanza pasará con el tiempo por diversas vicisitudes, pero ya no desaparecerá. Todos los hombres influyentes de la Francia del siglo XIX fueron forjados con la historia, incluidos aquellos que cursaron los primeros años de la secundaria sin llegar al bachillerato.

Al menos, de entrada. Alejado a menudo de los programas y de las prácticas de clase, el lugar oficial que ocupa la historia no coincide necesariamente con aquel que tiene de hecho en los trabajos y en los cursos de los liceos. Es por eso por lo que necesitamos ahondar más en este asunto.

En este plano —y éste es un segundo rasgo interesante para nuestro propósito— se dibuja una clara tendencia: la enseñanza de la historia se emancipa progresivamente de la tutela de las humanidades para conquistar su autonomía y avanzar hasta la contemporaneidad, al tiempo que la comprensión de los entramados políticos y sociales tiende a reemplazar la memorización cronológica y la enumeración de los reinos. Esta doble evolución, de métodos y de contenidos, se encami-

---

[11] En su origen, el examen que concedía el título acreditativo del bachillerato se hacía en la facultad. *(N. de los T.)*

[12] Sobre este aspecto, de sobra conocido, véanse Ch.-O. Carbonell y W. R. Keylor.

[13] En el siglo XIX, la organización de la enseñanza secundaria era la siguiente. Los niños empezaban a los ocho años con el curso de octavo, al que seguían los de séptimo, sexto, quinto, cuarto y tercero. Los cursos comprendidos entre el sexto y el tercero eran denominados de «gramática» y formaban el primer ciclo. Los tres años siguientes se llamaban segundo o «humanidades», primero o «retórica» y terminal, que es como hoy se denomina a lo que entonces era o bien «filosofía» o bien «matemáticas elementales». *(N. de los T.)*

na en gran medida a la especialización progresiva de los profesores de historia. El origen de un profesor especializado data de 1818. Asimismo, se confirma en 1830 cuando se instituya una agregación en historia que permita formar y reclutar un pequeño núcleo de historiadores cualificados. Su supresión por el imperio autoritario, durante los años que van de 1853 a 1860, es demasiado breve para comprometer la constitución del cuerpo de profesores de historia.

Ahora bien, era capital que la materia fuese impartida en la secundaria por especialistas. Mientras estuvo al cargo de profesores de letras, o bien devenía una disciplina auxiliar del estudio de los clásicos griegos y latinos —de ahí el considerable peso de la historia de la antigüedad— o bien era una enseñanza accesoria y subalterna, garantizada con manuales sumarios, *Elementos de cronología, Breviarios* de historia universal o de historia de Francia.

El recurso a profesores especializados transforma radicalmente la enseñanza. La historia ya no está al servicio de los textos clásicos, de modo que la relación se invierte y éstos se convierten en fuentes al servicio del historiador. La historia ya no se contenta con situar cronológicamente los hechos, los autores o los monarcas, sino que trata de comprender los contextos en los que se insertan. Como ejemplo significativo de este giro, pueden valer las preguntas que sobre historia antigua se incluían en el programa de agregación de 1849: a partir de los diversos autores de la antigüedad, el estudio de los cambios introducidos en la constitución y en la sociedad atenienses desde el final de la guerra médica hasta Alejandro; la historia del orden de los caballeros romanos desde los Gracos hasta la muerte de Augusto; y el estado moral y político de la Galia en el momento de la invasión según los autores contemporáneos[14]. De este modo, aunque hayan preparado la agregación por ellos mismos o lo hayan hecho en la École Normale Supérieure, lo cierto es que los agregados imponen su sello a pesar de su reducido número: de cuatro a seis cada año, treinta y tres agregados en 1842. Ellos enseñan en los liceos más importantes y sus manuales, como la colección abierta en las vísperas de 1848 por uno de esos jóvenes agregados normalistas, Victor Duruy, impone una concepción más amplia de la materia.

Este mismo movimiento refuerza la posición dada a la historia contemporánea. De hecho, nunca había estado totalmente excluida. La lista de preguntas que el programa de 1840 permite plantear al ba-

[14] Véase P. Gerbod, «La place de l'histoire dans l'enseignement secondaire de 1802 à 1880», pág. 127.

chiller —y los inspectores no tienen derecho a modificar la redacción— comprende, por ejemplo, cincuenta cuestiones de historia antigua, veintidós sobre la Edad Media y otras veintitrés referidas a la época moderna, deteniéndose en 1789. En 1852 se cruza la frontera simbólica de la Revolución francesa y la antigüedad pierde su preponderancia reduciendo su presencia a sólo veintidós preguntas, contra las quince de historia medieval y las veinticinco cuestiones centradas en los tiempos modernos hasta el primer imperio.

Ahora bien, con Victor Duruy, que fue ministro entre 1863 y 1869, la importancia de los últimos siglos se acrecienta de forma decisiva. En 1863, el programa de «retórica» va desde mediados del siglo XVII hasta 1815; el de «filosofía» vuelve detalladamente sobre la Revolución y prosigue hasta 1863; y todo ello desde una perspectiva muy atenta a lo sucedido en otros países y a la historia que hoy denominaríamos económica y social.

ALGUNAS PREGUNTAS DEL PROGRAMA DE VICTOR DURUY

24.—Rápido desarrollo de la Unión americana, sus causas. — Descubrimiento de los filones auríferos en California y Australia: efectos de la abundancia del oro en el mercado europeo. — Guerra entre los estados del norte y del sur. — Situación de las antiguas colonias españolas. — Expedición de México. — Toma de Puebla y ocupación de México (...).

26.—Nuevos caracteres de la sociedad moderna:
1.° Estrechas relaciones establecidas entre los pueblos por los ferrocarriles y la navegación a vapor, la telegrafía eléctrica, los bancos y el nuevo régimen comercial (...).
2.° Preocupación de los gobernantes por los intereses materiales y morales de la mayoría.
3.° Por la igualdad de derechos y la libre expansión de la actividad industrial, la riqueza se produce en abundancia y se distribuye mejor (...). — Bondades y peligros de la civilización moderna, necesidad de desarrollar los intereses morales con el fin de equilibrar el inmenso desarrollo de los intereses materiales. — El lugar de Francia en la obra general de civilización.

J.-B. Piobetta, *La Baccalauréat*, págs. 834-835.

Revisada en sucesivas ocasiones, esta armazón de los programas de historia subsistió hasta 1902 y se caracterizó por un recorrido continuo

del tiempo histórico. Así, el programa de 1880 otorgaba dos horas semanales a la historia antigua desde sexto a cuarto, más tres horas en todas las clases siguientes, con la Edad Media hasta 1270 en tercero, 1270-1610 en segundo, 1610-1789 en la «retórica» y 1789-1875 en «filosofía» o en «matemáticas elementales».

En las últimas décadas del siglo, la constitución por los republicanos de una auténtica enseñanza superior literaria coronó esta evolución. La agregación se convierte en la vía habitual para reclutar profesores especializados, formados desde ahora por los historiadores profesionales de las facultades de letras. Eso incluye una iniciación a la actividad investigadora, con la obligación de obtener previamente el diploma de estudios superiores (1894), antecesor de nuestra *maîtrise*[15]. La reforma de 1902 acabará por perfilar esta enseñanza, distinguiendo un primer y un segundo ciclos que recorren todos los periodos, desde los orígenes hasta el presente[16].

Un tercer aspecto de interés es que esta evolución hacia una historia más autónoma, más contemporánea y más sintética no se hizo sin conflictos. No se trata, pues, de una evolución lineal, sino más bien de una sucesión de avances y retrocesos vinculados al contexto político de cada momento. La introducción de la historia como materia obligatoria es cosa de constitucionalistas inspirados por ideólogos como Royer-Collard, entre 1814 y 1820[17]. La creación de la agregación, su refuerzo y la multiplicación de cátedras especializadas caracterizarán a la monarquía de Julio. El Imperio liberal vendrá después, cuando la III República consagre la importancia de la historia tanto en programas

---

[15] En el sistema francés de estudios superiores hay un primer ciclo que permite obtener el *Diplôme d'Études Universitaires Générales* (DEUG); con el segundo ciclo, por su parte, se accede a diversas acreditaciones, entre ellas, la *Licence* (DEUG más un curso) y la *Maîtrise (Licence* más un curso). En historia, la *Maîtrise* consiste en una memoria de investigación de alrededor de ciento cincuenta páginas mecanografiadas. *(N. de los T.)*

[16] Véase Henri Dubief, «Les cadres réglementaires dans l'enseignement secondaire», *Colloque Cent Ans d'Enseignement de l'Histoire,* págs. 9-18. La estructura en dos ciclos fue interrumpida entre 1935 y 1938. Para una comparación sistemática de los programas, véase J. Leduc, V. Marcos-Álvarez, J. Le Pellec, *Construire l'histoire.*

[17] Pierre-Paul Royer-Collard (1763-1845) fue un filósofo «espiritualista», un pensador perteneciente a la estirpe de los doctrinarios (Barante, Guizot o Broglie) y un hombre de Estado, término este último muy caro a los franceses. Y de hecho, este calificativo no es inmerecido, pues Royer-Collard fue diputado desde 1815 hasta su fallecimiento, aunque también lo había sido brevemente en 1797, así como consejero de Estado. Fue además profesor de la facultad de letras de la Sorbona, donde ocuparía el cargo de decano, y de la École Normale. Guizot dijo de él que era un espiritualista en filosofía y un realista en política. *(N. de los T.)*

como en horarios. Por el contrario, el paso de los ultras por el poder entre 1820 y 1828, en lo que llamamos el Imperio autoritario, será un periodo desgraciado para la historia.

Así pues, la enseñanza no es políticamente neutra. De hecho, se repite desde diversas posiciones que deben evitarse tanto las consideraciones demasiado vagas como los juicios tajantes; sus partidarios mantienen que se puede profesar, por igual, amor a la religión y al trono. No obstante, es éste un esfuerzo baldío, pues la historia nos enseña por definición que los regímenes y las instituciones cambian. Ésta es una empresa de desacralización política. La reacción puede aceptar una historia reducida a cronología, centrada en la historia sagrada y el pasado más distante. Ahora bien, en cuanto se ocupa de la modernidad, y aunque se detenga como máximo en 1789, deviene sospechosa de connivencia con el espíritu moderno.

Por el contrario, los partidarios de la historia asumen esa función política. Lo hemos visto más arriba con el programa de Victor Duruy. Los republicanos lo afirman con mayor claridad si cabe: «En particular, la historia de Francia deberá alumbrar el desarrollo general de las instituciones de las que surge la sociedad moderna; deberá inspirar respeto y compromiso hacia los principios sobre los que se fundó está sociedad»[18]. El lugar que ocupa la historia en la enseñanza secundaria pone de relieve explícitamente su función política y social: es una propedéutica de la sociedad moderna, el resultado de la Revolución y del Imperio.

Los historiadores en el debate público

En el siglo XIX, pues, la historia se convierte tempranamente en una enseñanza obligatoria, tanto en los liceos como en los colegios. Además, gracias a los profesores especializados que la imparten, evoluciona incluyendo lo contemporáneo y la síntesis, vista a través de los conflictos que le dan un significado político y social. Ahora bien, hablar de rasgos como éstos no significa hacerlo de razones: ¿por qué su enseñanza devino obligatoria?, ¿de dónde proviene su importancia?

La respuesta a estos interrogantes no puede buscarse en la propia enseñanza, puesto que carecía de valores pedagógicos. La forma carica-

[18] 12 de agosto de 1880, véase P. Gerbod, «La place de l'histoire dans l'enseignement secondaire de 1802 à 1880», pág. 130.

turesca con que se impartía la historia a principios del siglo XIX la habría condenado: la sucesión de fechas y la lista de los reinos no tenían nada de formativas. La legitimidad y la necesidad de la historia le vienen, pues, por otra vía. En realidad, ambas se explican por las mismas razones que justifican la eminente posición que los historiadores ocupaban en el debate público de su tiempo.

Nos hallamos ante una paradoja. En efecto, la enseñanza superior de la historia fue prácticamente inexistente durante los tres primeros cuartos del siglo XIX. Aun así, en este periodo hubo grandes historiadores que suscitaron el interés del público, alimentaron los debates y conquistaron cierta notoriedad. En realidad existían en París algunas cátedras de dicha materia en grandes centros como el Collège de France, la École Normale Supérieure y la Sorbona, todas ellas muy distintas de lo que era habitual en las facultades de letras de provincias. Sus titulares no se dirigían a los estudiantes, sino a un auditorio cultivado, que acudía en gran número en una época en que las reuniones públicas requerían autorización previa y la prensa estaba vigilada. Así, al cobijo de estos recintos, las clases de historia tomaban inevitablemente un cariz político, que a menudo provocaba el aplauso de los asistentes. No es extraño, pues, que el gobierno reaccionara y decidiera ordenar la clausura del curso, como le ocurriera a Guizot en 1822. Por eso mismo, su reapertura en 1828 se celebró como una victoria política.

La cohorte de estos historiadores es impresionante. Junto a Guizot, a Michelet, a Quinet y más tarde a Renan y a Taine, es necesario tener en cuenta a otros como Augustin Thierry, Thiers o Tocqueville. Todos ellos ocuparon un lugar central en el debate intelectual de su época. Sus obras no son todavía lo que será la historia científica de sus colegas del fin de siglo. Sus textos son crónicas y compilaciones más que un auténtico trabajo de erudición, e incluso el propio Michelet, que pretende hacer su obra con la consulta asidua de los archivos, no parece que haya ido mucho más allá de meras ilustraciones. Por otra parte, hacen una historia muy literaria, con un estilo enfáticamente oratorio. Las condiciones en las que se desarrolla lo explican fácilmente. Los universitarios republicanos de 1870-1880, sensibles al retraso francés con respecto a la erudición alemana, reprocharon a sus precursores haber sido más artistas que científicos. Ahora bien, la calidad de escritura de aquellos historiadores los hace aún hoy legibles.

Tanto más cuanto que su historia no carece de aliento. Su público no hubiera soportado que se perdiesen en detalles insignificantes. Deseaban aquellos largos frescos cronológicos que recorrían varios siglos

en algunas lecciones. Eso les permitía trazar las grandes evoluciones. Por eso mismo, su historia no es sólo estrictamente política. Es muy extraño que se adentren en el detalle de los acontecimientos y en cambio prefieren resumir su significado global y sus consecuencias. Su objeto es más amplio: la historia del pueblo francés, de la civilización (Guizot), de Francia (Michelet). Y así explican la transformación de las instituciones a la luz de la evolución social. Es decir, se trata de una historia social y política.

Estas obras, que en ocasiones contienen reflexión filosófica o lo que hoy llamaríamos ciencia política, como es el caso de Tocqueville, nos devuelven a una cuestión central: el significado de la Revolución francesa en la sociedad del siglo XIX[19]. De ahí que la historia se convierta en materia sospechosa para los reaccionarios, ya que, en principio, supone aceptar la Revolución, verla como un hecho susceptible de ser explicado, y no como un error, una falta o un castigo divino. Sean conservadores o republicanos, los historiadores asumen el hecho de que la Revolución tuvo lugar puesto que buscan sus causas y sus consecuencias.

Ahora bien, el asunto dominante en la sociedad francesa es la cuestión política planteada por la Revolución: el conflicto entre el Antiguo Régimen y lo que denominamos la sociedad «moderna» o «civil», es decir, sin rey ni dios. No ocurre lo mismo en el Reino Unido, en donde el tema clave es el del pauperismo. Las revueltas obreras plantean menos el problema del desarrollo económico que el del modelo de régimen, y se analizan como nuevos episodios de la Revolución. Ahora bien, este conflicto político desvela aquello que verdaderamente está en juego desde el punto de vista social: los principios sobre los que organizar la sociedad en su conjunto. Así, la historia ocupa en la sociedad francesa el lugar que la economía tiene en la británica. Al otro lado del canal de La Mancha, la amplitud del desempleo y de la miseria demanda una reflexión económica, de modo que el debate intelectual está dominado por Adam Smith, Ricardo, Malthus. En cambio, la escena francesa aparece protagonizada por Guizot, Thiers, A. Thierry, Tocqueville o Michelet, puesto que todos ellos abordan la cuestión decisiva de la Revolución y los orígenes de la sociedad moderna.

---

[19] Sobre este particular es evidente que deben consultarse los trabajos de François Furet citados en la bibliografía a propósito de las lecturas que de la Revolución hicieran los historiadores y los filósofos del siglo XIX.

Así, les explican a los franceses sus divisiones, dándoles sentido, lo cual les permite asumirlas y vivirlas como parte del debate político y civilizado en vez de hacerlo a través del violento método de la guerra civil. Gracias a la mediación reflexiva de la historia, fue posible asimilar e integrar el acontecimiento revolucionario y reordenar el pasado nacional en función de aquél[20]. De este modo, la sociedad francesa se representaba, se comprendía y se pensaba a través de la historia. Y en este sentido se puede decir que la historia funda la identidad nacional.

La forma en la que después de 1870 la escuela histórica francesa siguió el modelo de la erudición alemana confirma este análisis. Seignobos, por ejemplo, tras haber adoptado la erudición crítica de sus colegas germanos, les reprocha haber olvidado la «composición histórica», les recrimina la ausencia de construcción y de ideas generales. De entrada, éste puede parecer un cargo sorprendente, puesto que lo imputa un historiador que critica a Guizot, Thiers y Michelet por hacer literatura, pero en todo caso es una queja que refleja el compromiso fundamental con la función social de la historia, tal y como se afirmaba en Francia. La historia —escribe— «no se hace ni para contar ni para probar, se hace para responder a preguntas sobre el pasado que las sociedades actuales nos sugieren»[21]. En ese mismo artículo nos dice que el objeto de la historia es el de describir las instituciones y explicar sus cambios, todo ello en el seno de una concepción comtiana en la que se alternan periodo de estabilidad y de revolución. Pero eso viene a ser lo mismo. En efecto, por institución entiende «todos los usos que mantienen a los hombres formando parte del cuerpo social»[22]. El problema que se plantea es, pues, el de la cohesión social, una cohesión que las instituciones tienen la misión de asegurar. Este hecho nos devuelve a la fragilidad de la sociedad francesa o, más bien, al sentimiento que de ella tienen los contemporáneos, atormentados por la sucesión de revoluciones que se suceden a lo largo del siglo XIX. Es por eso por lo que no hay lugar, en la memoria así construida, para aquellas otras memorias complementarias, ideológicas, sociales o regionales[23].

---

[20] P. Joutard, «Une passion française: l'histoire», págs. 543-546.

[21] «L'enseignement de l'histoire dans les facultés. III. Méthodes d'exposition», *Revue Internationale d'Enseignement,* 15 de julio de 1884, págs. 35-60, especialmente pág. 60.

[22] *Ibíd.*, pág. 37.

[23] Esta cuestión ha sido puesta de relieve por P. Joutard, «Une passion française: l'histoire».

De este modo, Seignobos, que con Lavisse es uno de los organizadores de los estudios de historia en las facultades a finales de siglo, pone las técnicas de la erudición alemana al servicio de una concepción de la disciplina heredada de la primera parte del siglo XIX. Con ello permite que persiga aquella función social beneficiándose de la prestigiosa alianza entre la modernidad y la ciencia.

A principios del siglo XX, los programas de secundaria, debidos a los propios Lavisse y Seignobos, confirman aquella orientación que Duruy ya había iniciado. Seignobos lo aclara: «La enseñanza histórica es una parte de la cultura general puesto que permite incluir al alumno en la sociedad en la que vivirá, haciéndole asimismo capaz de participar en la vida social»[24]. De este modo, la historia es una propedéutica de lo social, de su diversidad, de sus estructuras y de su evolución. Enseña a los estudiantes que el cambio es normal, que no se debe temer y les muestra cómo pueden contribuir los ciudadanos a tal fin. Desde una perspectiva progresista y reformista, a medio camino entre la revolución y el inmovilismo, de lo que se trata es de hacer de la historia «un instrumento de educación política».

EL SIGLO XX: EL ESTALLIDO DE LA HISTORIA

La enseñanza primaria: otra historia

Mientras el debate político permanecía limitado a un grupo de notables, la historia era cuestión de una elite cultivada y estaba confinada en la enseñanza secundaria. Ahora bien, con la democracia, la política deviene un asunto de todos y se plantea la inclusión de la disciplina en la primaria.

En este sentido, las fechas son muy elocuentes. En 1867, cuando el Imperio se liberaliza, la historia se convierte de entrada en materia obligatoria para la primaria. Pero será tras el triunfo de los republicanos cuando se imponga prácticamente en las aulas: entra en 1880 en la prueba oral del certificado de estudios, aunque será necesario esperar hasta 1882 para que se establezca definitivamente tanto en los horarios (las dos horas semanales) como en los programas de la escuela

[24] «L'enseignement de l'historire comme instrument d'éducation politique», páginas 103-104.

elemental[25]. Es entonces cuando se instituye la enseñanza de la historia, cuando se desarrolla canónicamente y cuando se imparte con propuestas pedagógicas, y será en 1890 el momento en el que el manual se convierta en obligatorio. La historia que se incluye en la primaria alcanza su apogeo después de la Primera Guerra Mundial, de modo que en 1917 se publica un decreto que establece una prueba escrita de esta materia o de ciencias (por sorteo) para la obtención del certificado de estudios.

Con relación a la secundaria, el desfase cronológico es patente y sus diferencias se intensifican en su espíritu y en sus métodos. Si bien impera la continuidad tanto en la historia que se imparte en la secundaria como en la de los grandes historiadores de la primera mitad del siglo o en la de sus colegas profesionales de la universidad republicana, no ocurre lo mismo en la primaria. Lo que allí sucede es bien distinto de lo que podemos hallar en los liceos o en las facultades.

Ante todo es evidente que en esa etapa los destinatarios son niños, de modo que se necesita simplificar, sin entrar en el detalle de los razonamientos. Pero la causa no se encuentra sólo en las dificultades pedagógicas. En realidad, los republicanos piensan en la historia como un modo de desarrollar el patriotismo y la adhesión a las instituciones. Por tanto, el objetivo no es solamente inculcar conocimientos precisos, sino que es también un mecanismo para compartir sentimientos. «El amor a la patria no se aprende de memoria, se aprende con el corazón»[26], nos dice Lavisse. Más aún: «No aprendemos la historia con la calma con la que se enseña la regla de los participios. De lo que se trata es de la carne de nuestra carne y de la sangre de nuestra sangre»[27].

Este objetivo supone el recurso a la imagen, al relato y a la leyenda. Nada muestra mejor la voluntad de los republicanos de construir una identidad indisociablemente patriótica y republicana que sus es-

---

[25] La enseñanza primaria estaba inicialmente organizada en tres cursos: elemental, medio y superior. Con los años se incluirá un curso preparatorio en el que se aprendía a leer, y el curso superior desaparecerá. Por su parte, el certificado de estudios primarios coronaba este ciclo. Hoy en día, esta etapa es denominada enseñanza elemental y comprende de los seis a los once años, separada en dos ciclos. El primero, denominado «aprendizaje básico», tiene una duración de dos años, con un curso preparatorio y el curso elemental de primer año. El segundo ciclo se denomina «profundización» y comprende los tres años previos a la entrada en el colegio (curso elemental de segundo año, curso medio de primer año y curso medio de segundo año). *(N. de los T.)*

[26] Al traducirse al castellano se pierde por completo el juego de palabras del original, la historia, dice Lavisse, no se aprende «par coeur», sino «par le coeur». *(N. de los T.)*

[27] Citado por Pierre Nora, «Lavisse, instituteur national», pág. 283.

fuerzos por incluir la historia en el preescolar[28]. En efecto, ellos prevén desde los cinco años «anécdotas, relatos, biografías extraídas de la historia nacional». Se trata, pues, de construir una imagen legendaria común, en la que se repitan una y otra vez las mismas figuras, desde Vercingetórix hasta Juana de Arco. En 1880, las inspectoras, conscientes del carácter excesivamente ambicioso del proyecto, vacilan a la hora de cuestionar un modelo de enseñanza al que las distintas políticas tienen en tan alta estima. Será necesario esperar hasta comienzos del siglo XX para que la historia y la geografía nacionales desaparezcan del preescolar.

¿La enseñanza de la historia logró el objetivo que los republicanos le habían fijado? Es difícil de decir. Lo que sí conocemos, gracias a la tesis de B. Dancel, es cómo se llevaba a cabo esa enseñanza. Sabemos así que la memoria ocupaba una posición decisiva, y ello a pesar de los deseos de los pedagogos oficiales. «No se debe confiar a la memoria aquello que la inteligencia puede comprender perfectamente», prescribía Compayré[29]. En realidad, la lección de historia se organiza en torno a palabras clave, escritas en la pizarra, explicadas y comentadas por el maestro. Después introduce una serie de preguntas cuyas respuestas constituyen el resumen de lo que se aprenderá y recitará en la siguiente lección. Por otra parte, los programas no privilegian la Revolución francesa ni la historia del siglo XIX, que en principio se abordan en el tercer trimestre del curso medio. De hecho, esos temas ocupan un lugar destacado en el examen que permite obtener el certificado de estudios. Ahora bien, las copias de los ejercicios realizados en los años 20, encontradas en Somme, no permiten ningún triunfalismo: apenas la mitad de los alumnos que se presentan para la obtención del certificado —y que ni siquiera llegan al 50 por 100 de su cohorte de edad— son capaces de contestar sin error a unas pocas preguntas básicas sobre 1789, la toma de la Bastilla o Valmy. Que sólo uno de cada cuatro alumnos de primaria haya aprendido algo de historia ya es ciertamente algo, pero se puede hacer mejor...

---

[28] Véase J.-N. Luc, «Une tentative révélatrice: l'enseignement de l'histoire à la salle d'asile et à l'école maternelle au XIXe siècle», *Colloque Cent Ans d'Enseignement de l'Histoire,* págs. 127-138.

[29] Gabriel Compayré (1843-1913) fue un clásico francés de la filosofía y la pedagogía. Muchas de sus obras fueron también conocidas entre nosotros por las traducciones tempranas que de él se hicieron y de las que se conservan ejemplares en la Biblioteca Nacional. *(N. de los T.)*

¿Es razonable, pues, concluir que la escuela primaria fue incapaz de transmitir el mensaje que los republicanos le habían confiado? Esto no es cierto. Existe una idea que parece haber sido objeto de consenso. Es aquella según la cual la Revolución establece un corte, entre un antes —en el que los reyes trabajaron para lograr la unificación territorial pero donde dominaba el privilegio y la ausencia de libertad— y un después que la República perseguirá —en el que la libertad está asegurada, la igualdad de los ciudadanos establecida y el progreso es posible gracias a la escuela.

Al menos, la enseñanza de la historia consiguió imponerse: en adelante, los franceses no concebirán la primaria, ni menos aún la secundaria, sin la presencia de la historia. Sea o no eficaz, lo cierto es que esta materia parece indispensable, y las vicisitudes posteriores así lo demuestran.

Las peripecias del segundo siglo XX

La escolarización postelemental se generalizará con las reformas educativas que se emprendieron entre 1959 y 1965. Éstas implantarán un primer ciclo progresivamente autónomo y transformarán la propia función de la escuela primaria. En lo sucesivo, ya no será la única etapa reservada para el pueblo, y ya no tendrá sólo como misión proporcionar a los futuros ciudadanos el equipaje de conocimientos con el que tendrán que afrontar su vida en adelante. Aquello que la escuela primaria no hace, lo hará tras ella el colegio de enseñanza general o la secundaria.

Esta transformación morfológica del sistema escolar tiene también su contrapartida en lo que se refiere a la evolución pedagógica. En la década de los años 60 se aceptan de buen grado los enfoques psicológicos o psicosociológicos. En el mundo de la empresa están en auge la dinámica de grupos o los seminarios rogerianos[30]. En el terreno educativo se empieza a pensar que Piaget y los psicólogos tienen algo que decir al respecto. Esto es, prevalece la idea de que la democratización de la enseñanza implica una sensible renovación de los métodos.

---

[30] El término procede del psicólogo norteamericano Carl Rogers (1902-1987). Sus ideas han ejercido cierta influencia en diversos campos, pues sus conceptos («respeto a la persona», «vivir auténticamente», «no directividad», «desarrollo humano», «autorrealización», etcétera) se han difundido, además de en la psicología y en la educación, en áreas como la medicina y la industria. *(N. de los T.)*

De ese modo, la primaria asiste a partir de ahora a un profundo cuestionamiento que afectará al estatuto de todas las disciplinas. Al aprendizaje de los lenguajes fundamentales, el francés y las matemáticas, se oponen disciplinas como la historia, la geografía y las ciencias. Los conocimientos básicos relacionados con estas últimas —dicen las instrucciones oficiales— ya no serán objetivo de la etapa comprendida entre los seis y los once años, puesto que correrán a cargo del primer ciclo. En 1969, la reforma del tercer ciclo pedagógico concederá a los lenguajes básicos un total de quince horas semanales, otras seis a la educación física y deportiva y seis más a las «actividades de iniciación». Estas últimas tendían por finalidad «privilegiar (la) formación intelectual» de los estudiantes, de modo que la escuela elemental ya no practicara un modelo de memorización de los conocimientos, sino que permitiera «potenciar un espíritu curioso que les haga interrogarse sobre su existencia y les haga partícipes en su elaboración». Se rechazan, pues, los programas en beneficio de una acción pedagógica encaminada a aprovechar «todas las ocasiones que ofrece el medio de vida próximo o distante» y a privilegiar el trabajo individualizado, la indagación y la investigación documental[31].

La filosofía que inspiraba la reforma no era absurda. Sin embargo, la «iniciación» habría necesitado de medidas complementarias que, en la práctica, fueron descuidadas. Con el fin de fomentar las iniciativas se dejó que fueran los propios profesores quienes descubrieran cómo llevar a cabo estos principios. Ahora bien, eso era mucho más difícil y complejo que seguir un programa preciso. Invitados, pues, a innovar sin ayuda y sin indicaciones, los profesores adoptaron las soluciones más diversas: unos, una minoría que representaba una quinta parte del total, abandonaron sin más esa enseñanza, en particular el curso elemental; otros, en un porcentaje un poco mayor, optaron por impartirla periódicamente; el resto se inclinó por continuar enseñando regularmente historia y, entre ellos, alrededor de la mitad —es decir, una cuarta parte del total— mantuvo el programa anterior.

La transformación de esta materia en actividad de iniciación en la escuela primaria ha continuado después varios años al tiempo que otra reforma afectaba a la historia, aunque en este caso el objeto fuera el primer ciclo del segundo grado. El ministro René Haby, más bien hostil a la fiebre reformadora, emprendió la tarea de unificar la enseñanza de

[31] Sobre este particular véase el artículo ya citado de J.-N. Luc en *Historiens et Géographes*, núm. 306.

la historia, de la geografía y de unas rudimentarias ciencias económicas y sociales. Y ello en nombre de la vecindad de todas estas disciplinas en cuanto a las perspectivas, temas y objetivos que tenían asignados en ese nivel educativo. Sin embargo, la intención era interesante: la interdisciplinariedad, entonces en auge, podía permitir que un mismo asunto se abordara a partir de diversas perspectivas convergentes. Por otra parte, entre los historiadores existía una corriente innovadora que arrancaba del 68 y que predicaba la apertura. Sin embargo, para el ministro resultaba sospechosa cualquier operación conducente a someter la enseñanza a las exigencias de un capitalismo modernizador. De ese modo, fue combatido tanto por su derecha, por los conservadores, como por su izquierda, por los reformadores que le acusaban de traición.

Se alzó, pues, un clamor de indignación. Por otro lado, en el año 1980 se dio una movilización mediática sin precedentes a favor de la historia. Las plumas echaban humo y las invectivas crepitaban. La campaña culminó a principios de marzo. El día 4, con ocasión de su número 400, la revista *Historia* organizaba una jornada de debates que contó con la participación del ministro, la presencia de políticos como M. Debré, E. Faure, J.-P. Chevènement, la asistencia de historiadores como F. Braudel, E. Le Roy Ladurie, M. Gallo y H. Carrère d'Encausse, y el concurso del presidente de la Asociación de profesores de historia y geografía (APHG). A. Decaux, a quien se otorgará su condición de académico el día 5 tomando posesión el 13, dará al debate una repercusión sin precedentes. Los días 6 y 7 es el semanario *Les Nouvelles Littéraires* el que organiza sus jornadas sobre la historia en la FNAC. «La historia de nuestro país se enseña mal, si es que se enseña», denuncia A. Decaux al tiempo que exige al ministro que convierta su Waterloo en un Austerlitz. Por su parte, el presidente de la APHG toca a rebato: «En la elemental asistimos a su hundimiento, en el primer ciclo a su deterioro y en el segundo a la piel de zapa»[32]. Esta campaña de denuncia no está sobrada de pruebas que, por lo demás, tampoco proporcionan las escasas investigaciones disponibles. El espíritu de la época está en aquella primera página de *La Vie,* un semanario generalista de inspiración católica, donde Bonaparte gime: «Francia, tu historia se esfuma»[33]. Las pocas personas que como L. Genet,

---

[32] Estas citas proceden de la reseña publicada en *Historiens et Géographes,* núm. 278, abril-mayo de 1980, págs. 556-561.

[33] Números 7 al 13 de febrero de 1980.

decano de la Inspección general de historia, intentaban interrogar a los hechos, mostrar, con los programas en la mano, que no se había sacrificado la cronología y que los profesores enseñaban diariamente, fueron despachadas sin cortesía. No eran buenos tiempos para la instrucción serena: la causa era conocida y la opinión pública reclamaba medidas que el ministro no podía sino prometer.

De hecho, los programas vuelven de nuevo sobre la «iniciación» y en 1980 reintroducen la historia en el curso medio. Así, la reforma Haby se abandona por lo que al primer ciclo se refiere, mientras que la llegada de la izquierda al poder en 1981 refuerza este movimiento. En ese contexto se solicitaba la elaboración de un informe al profesor René Girault, informe que sería publicado en 1983[34]. Este texto presenta un balance moderado que no admite comparación alguna con los ejercicios del certificado de estudios de 1925 que analizara después B. Dancel. El informe ofrece propuestas de compromiso, propuestas que serán reafirmadas al año siguiente en un coloquio nacional donde los historiadores profesionales, los profesores universitarios, eran mayoría. Sin embargo, todavía incidían en exceso en los métodos activos, tanto que el nuevo ministro, J.-P. Chevènement, no las seguiría. Así pues, los nuevos programas restablecen la historia en la primaria bajo su forma tradicional.

Los dos coloquios simétricos de 1980 y de 1984 no sólo ponen de relieve la importancia que nuestra sociedad concede a la enseñanza de la historia. Muestran también dos fuerzas que no existían en el siglo XIX: los medios de comunicación y la profesión histórica.

[34] René Girault, *L'Histoire et la Géographie en question.*

2
La profesión histórica

La historia no sólo está presente en nuestra sociedad como una disciplina más, con sus libros y sus grandes figuras. Lo está también, como mostraron los debates de los años 80, a través de un conjunto de personas que se dicen historiadores, calificativo que respaldan tanto sus colegas como el público en general. Este variado grupo comprende esencialmente a profesores y a investigadores, unidos todos por una formación común y una red de asociaciones y revistas, así como por una clara conciencia de la importancia de la historia. Además comparten una serie de criterios para enjuiciar la producción histórica, sobre lo que es un buen o mal libro de la materia y sobre lo que un historiador debe o no hacer. Están unidos, pues, por un conjunto de normas comunes, aunque ello no sea óbice para que existan divisiones internas, por lo demás previsibles. En resumen, nos hallamos ante una profesión, a la que incluso podríamos denominar corporación, una profesión en la que sus integrantes comparten unas mismas referencias sobre el oficio que desempeñan, sobre el taller en el que se ocupan y sobre el banco de trabajo en el que operan.

La organización de una comunidad científica

La profesión histórica aparece en torno a la década de los 80 del siglo XIX cuando las facultades de letras empiezan verdaderamente a

enseñar historia[1]. Con anterioridad, podemos decir que existían aficionados, a menudo con talento, a veces con genio, pero no una auténtica profesión, es decir, no una colectividad organizada con sus normas, sus mecanismos de reconocimiento y sus carreras. Los únicos especialistas que existían eran aquellos que se habían formado al amparo de los métodos eruditos de la École des Chartes. Fundado en 1821, este centro formaba archiveros paleógrafos cuyo trabajo se desarrollaba de forma aislada en las prefecturas, entregados a la edición de documentos e inventarios y sin vínculo alguno con los liceos y las facultades.

Este modelo se modificó con la llegada de los republicanos al poder, dada su voluntad de crear en Francia una auténtica enseñanza superior tomando como ejemplo el caso alemán. Tal cambio pasaba por la realización de una profunda reforma, que consistió en proporcionar a las facultades verdaderos estudiantes gracias a las becas de licenciatura (1877) y de agregación (1880). Además, junto a los cursos públicos, se crearon las denominadas «conferencias» —seminarios, diríamos nosotros— donde los estudiantes podían iniciarse en la práctica de los métodos rigurosos de la erudición, tal como les habrían ilustrado los benedictinos del siglo XVIII o los *chartistes,* y tal como la practicaban las universidades alemanas.

Esta reforma fue vigorosamente sostenida por una generación de jóvenes historiadores, sensibles al prestigio de la historiografía alemana y críticos con la afición «literaria» de sus colegas franceses. Ya con anterioridad a la guerra francoprusiana de 1870, la *Revue Critique d'Histoire et de Littérature,* fundada en 1866 a imagen de la *Historische Zeischrift,* reprochaba a *La Cité antique* no haber procedido a un examen suficientemente serio de hechos y detalles. Ahora bien, la historia científica se afirma con la creación de la *Revue Historique* por G. Monod y G. Fagniez y con el nombramiento de E. Lavisse como director de los estudios de historia en la Sorbona[2].

La profesión histórica se construye, pues, sobre la base de un doble proceso. Por un lado, la búsqueda de «cientificidad» otorga a la historia unas normas metodológicas; por otro, la política universitaria de

---

[1] Además de los textos ya citados de Ch.-O. Carbonell y de W. R. Keylor, véanse: la obra de Christophe Charle, *La République des universitaires;* el artículo de Gérard Noiriel, «Naissance du métier d'historien»; y la contribución de Alain Corbin, «Le contenu de la *Revue Historique* et son évolution», en Ch.-O. Carbonell *et al., Au berceau des «Annales»,* págs. 161-204.

[2] Sobre este punto véase P. Nora, «L'histoire de France de Lavisse».

los republicanos le asegura un marco institucional. En efecto, la reforma supone la creación de plazas, al tiempo que aparecen los *maîtrises de conférences* y las cátedras se multiplican y se especializan[3]. En la Sorbona, por ejemplo, se pasa de dos cátedras de historia en 1878 a doce en 1914[4]. El medio académico se abarrota sin que el pequeño número de estudiantes justificara un tamaño tan considerable. En conjunto, las facultades de letras, incluida la Sorbona, otorgan menos de cien licenciaturas al año a fines de siglo[5] y, en 1914, sólo cuentan con un total de cincuenta y cinco cátedras de historia.

Esta doble jerarquía de las plazas en las facultades, estatutaria y geográfica, es la que permite la organización de las carreras. Las más afortunadas facilitan el ascenso desde la posición de *maîtrise de conférences* en provincias hasta la de catedrático en la Sorbona[6]. Pero son sus colegas quienes deciden tal suerte: aunque los nombramientos sean hechos por el ministro, parten de propuestas presentadas por la junta de cada facultad. En este sentido, los candidatos son juzgados por el valor científico que aprecian los colegas de su disciplina y por la notoriedad alcanzada en el mundo académico, dado que en la votación participan todos los profesores titulares de las diversas ramas.

Así pues, como la promoción depende del juicio de sus pares, las normas profesionales que se observan en tales casos acaban por imponerse dentro de la corporación y contribuyen en última instancia a unificarla. La tesis deja de ser una disertación para convertirse en un trabajo de erudición realizado a partir de documentos y sobre todo de aquellos que proceden de los archivos. El respeto a las reglas del método crítico, aunque Langlois y Seignobos lo formalizaran para los estudiantes un poco más tarde[7], deviene así un precepto obligado para lograr el reconocimiento dentro de la profesión. Y esto empieza a ocurrir con el establecimiento del diploma de estudios superiores (1894), desde el momento en que se establece la necesidad de que los estudiantes realicen un primer trabajo de investigación antes de la agregación. De este

---

[3] Este título se aplica al encargado de un curso que aún no ha alcanzado la categoría de profesor. *(N. de los T.)*

[4] Estas cifras proceden de Olivier Dumoulin, *Profesión historien*. W. R. Keylor da cantidades un poco superiores.

[5] P. Gerbod, «Historiens et géographes», *Colloque Cent Ans d'Enseignement de l'Histoire*, pág. 115, indica cuarenta licenciaturas en 1891 y setenta en 1898.

[6] C. Charle, *La République des universitaires*, págs. 82 y ss.

[7] C.-V. Langlois, Ch. Seignobos, *Introduction aux études historiques*, París, Hachette, 1897 (y no 1898 como a menudo se indica).

modo, la corporación se daba unos criterios de pertenencia y de exclusión, pero al tiempo otorgaba unos métodos de trabajo muy pragmáticos: es a partir de entonces cuando las fichas sustituyen a los cuadernos a la hora de tomar datos de los documentos, y cuando se imponen las bibliografías y las notas a pie de página.

Sin embargo, la profesión histórica, que se constituye en las facultades entre 1870 y 1914, sigue estando muy vinculada a la enseñanza secundaria. En efecto, la mayoría de las carreras profesionales empiezan con un puesto de agregado en un liceo. Al fin y al cabo, ¿qué otra situación les hubiera permitido preparar su tesis? Además, el hecho de que después consigan una plaza en la facultad no significa que rompan sus lazos con la secundaria, puesto que una de sus ocupaciones principales consiste precisamente en preparar a los estudiantes para la agregación[8]. Así, ambas etapas de enseñanza siguen siendo solidarias.

Esta solidaridad encierra notables particularidades que, a la postre, hacen de los historiadores franceses un caso singular. Los universitarios británicos o alemanes no tienen unas relaciones semejantes con la secundaria, puesto que no se reclutan entre los profesores de la Grammar School o del Gymnasium. Las cualidades retóricas, indispensables en Francia para obtener éxito en la agregación, tienen naturalmente menor importancia en el extranjero, donde se contentan con «leer su examen». Por el contrario, es en la investigación donde nuestros vecinos ponen el acento a la hora de juzgar los méritos de los aspirantes a una cátedra universitaria. Así, permanecen en la órbita de los seminarios en los que se han formado y constituyen un círculo investigador que en Francia no tiene parangón.

El vínculo entre la profesión histórica y la secundaria no sólo explica el aprecio por las ideas generales y la importancia que se concede a la calidad en la composición y en la expresión. Explica también el fuerte parentesco que une la historia y la geografía. Todos los historiadores franceses han aprendido geografía, pues no en vano es obligatoria en la agregación y, además, se imparte conjuntamente con la historia a los alumnos de secundaria. Por esa misma razón, la geografía se enseña en Francia en las facultades de letras y no, como ocurre en otros países, en las de ciencias. Esta singularidad epistemológica se ha visto reforzada por la influencia de maestros como Vidal de Lablache, cuyo *Tableau de*

---

[8] Sobre este particular, conviene consultar la *Histoire de l'agrégation* de André Chervel, sobre todo el capítulo VIII, «L'agrégation et les disciplines scolaires».

la géographie de la France[9] ha marcado a generaciones de historiadores y en particular a los fundadores de los *Annales*, como ellos mismos pusieron de relieve. Desde este punto de vista, no estaría de más, me pregunto si no convendría, hacer un balance de las consecuencias negativas y positivas que esta influencia tuvo en Bloch, Febvre o Braudel.

Los «Annales» y la historia-investigación

Una revista de combate

En el mundo académico de finales del siglo XIX, la profesión histórica gozaba de una doble preeminencia. Por un lado, como vimos con anterioridad, su función social era capital: la sociedad francesa se piensa a sí misma a través de la historia. Por otro, esta disciplina constituía un modelo epistemológico para otros saberes. La crítica literaria se convierte en historia literaria, así como la filosofía deviene historia de la filosofía. Para escapar de la subjetividad y tener un discurso riguroso en las materias «literarias», un discurso que se pretenda «científico», los contemporáneos no acertaron a ver otros métodos que no fueran los que ofrecía la historia.

Ahora bien, esta preeminencia se encontraba amenazada por el auge de la sociología, sobre todo desde 1898 con Durkheim y su *Année sociologique*. Esta disciplina pretendía ofrecer una teoría total de la sociedad, y proponía hacerlo con métodos más rigurosos. Tendremos ocasión de volver de nuevo y de forma más detenida sobre los aspectos centrales del debate epistemológico que opone a historiadores y sociólogos. Pero la confrontación viene de entonces. En realidad, es lanzada por Simiand en 1903 y toma como objeto de crítica a Seignobos, segundo de Lavisse y teórico del método histórico. Pero su fuego es de largo alcance. En efecto, por razones complejas que ahora sería prolijo exponer, y entre las cuales no es baladí la falta de un vínculo histórico con la secundaria, la sociología no consiguió entonces establecerse en la universidad francesa[10]. El fracaso de los sociólogos por constituirse en profesión deja, pues, temporalmente intacta la posición ventajosa de los historiadores.

Con todo, la organización de la profesión se modificará bajo la influencia de tres factores de naturaleza e importancia muy desiguales:

---

[9] Tomo I de la *Histoire de la France despuis les origines jusqu'à la Révolution* dirigida por Lavisse (1903).

[10] Véase Terry N. Clark, *Prophets and Patrons*, así como Victor Karady, «Durkheim, les sciences sociales et l'Université».

unas facultades de letras entumecidas, la creación de los *Annales* y el establecimiento del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS). El contexto de los años 30 es poco favorable para las facultades. El mercado universitario se contrae[11], raramente se crean cátedras y, cuando tal cosa ocurre, se produce en provincias. Si en 1914 había cincuenta y cinco cátedras, en 1938 eran sesenta y ocho, pero se mantenían las doce de la Sorbona, cuyas puertas cada vez estaban más cerradas. Por otra parte, dado que la jubilación estaba establecida a los setenta años, y a los setenta y cinco para los miembros del Instituto, era necesario esperar mucho tiempo para que una plaza quedara libre. G. Lefebvre, por ejemplo, que fue candidato a la Sorbona en 1926 y fue elegido para otra cátedra en 1935, tuvo que esperar a 1937, cuando contaba ya sesenta y tres años, para acceder a la de historia de la Revolución.

En la universidad, pues, la historia se ve afectada por un repliegue y por un envejecimiento que tienen como consecuencia un evidente conservadurismo. La renovación metodológica, así como la apertura a nuevos problemas y a nuevos horizontes, se hallan comprometidas por el inmovilismo. Es la historia política la que prevalece, y ello se debe a la posición que ocupa en la enseñanza secundaria y en la agregación. Desde el punto de vista institucional, se hace necesario paliar tal situación. Dado que la Sorbona permanece cerrada a nuevas incorporaciones, se acrecienta el interés por centros franceses en el extranjero como las *Écoles* de Atenas o Roma y, más aún, por la École des Hautes Études (sección IV) y por el Collège de France.

A su vez, asoman los primeros elementos de lo que será el CNRS. La Caisse de Recherches Scientifiques, creada en 1921, subvenciona trabajos en curso y así, por ejemplo, Marc Bloch se beneficia de ello en 1929 por su estudio sobre las estructuras agrarias. La Caisse Nationale des Lettres (1930), el Conseil Supérieur de la Recherche Scientifique (1933), y la Caisse Nationale de la Recherche Scientifique (1935) tratan bien a los historiadores, además de financiar colecciones y grandes repertorios. G. Lefebvre obtiene en 1938 una subvención para llevar a cabo su investigación tomando como base los *terriers*[12]. De este modo, aparecen los primeros interinos y el propio Estado empie-

---

[11] Todo este desarrollo está directamente extraído de la tesis fundamental de O. Dumoulin, *Profesión historien*. Es curioso que esta excelente tesis no se haya publicado, cuando sí lo han conseguido tantas otras que no merecerían serlo.

[12] Un *terrier* era un registro en el que los colonos de un señorío declaraban ante la autoridad judicial o el notario la tierra del señor que trabajaban y las cargas que pesaban sobre ella. *(N. de los T.)*

za a remunerar a los investigadores profesionales, cuya única obligación es precisamente efectuar esa tarea. En historia se trata a menudo de personas mayores cuyo mérito es reconocido tardíamente, como es el caso de Léon Cahen, secretario de la Sociedad de historia moderna, que ocupa una plaza de encargado de investigación a los sesenta y dos años.

Es en este contexto institucional de una profesión en crisis en el que hay que situar en 1929 la fundación por parte de Marc Bloch y Lucien Febvre de los *Annales d'histoire économique et sociale*[13]. Esta empresa debe ser analizada como una estrategia profesional y, a la vez, como un nuevo paradigma de la historia. De hecho, ambos aspectos son indisociables: la calidad científica del paradigma condiciona el éxito de la estrategia; en sentido inverso, la estrategia orienta el paradigma. Por otra parte, la empresa triunfa bajo ese doble aspecto. Por un lado, por las plazas que consiguen, dado que tanto L. Febvre como M. Bloch las logran en París: el primero en el Collège de France en 1933, y el segundo en la Sorbona en 1936. Por otro lado, porque el tipo de historia que ambos promueven acaba imponiéndose.

No obstante, la novedad de los *Annales* no está en su método sino en los objetos y las preguntas que plantean. L. Febvre y M. Bloch respetan escrupulosamente las normas de la profesión: trabajan sobre documentos y citan sus fuentes, pues no en vano aprendieron su oficio

[13] Pocos episodios de la historiografía han sido tan estudiados como éste. Recuérdese sobre todo el coloquio de Estrasburgo editado por Ch.-O. Carbonell y G. Livet, *Au berceau des «Annales»*. Por lo que respecta a los defensores de la herencia, véanse los artículos «Annales» y «Histoire nouvelle» escritos por Jacques Revel y Roger Chartier, el primero, y Jacques Le Goff, el segundo, en J. Le Goff *et al., La Nouvelle Histoire;* también los artículos de André Burguière, «Histoire d'une histoire», y de J. Revel, «Les paradigmes des *Annales*», aparecido en el número de *Annales ESC* dedicado al cincuentenario (noviembre-diciembre de 1979), el de Krzystof Pomian, «L'heure des *Annales*», en *Les Lieux de mémoire* de P. Nora, así como la obra de Traïan Stoianovich, prologada por F. Braudel, *French Historical Method. The Annales Paradigm.* Tampoco hay que olvidar a sus adversarios, sobre todo Hervé Coutau-Bégarie, cuya obra *Le Phénomène nouvelle histoire,* quizá excesiva, está muy bien informada. El artículo de J. H. Hexter, «Fernand Braudel & the Monde Braudellien *(sic.)*», retomado en *On Historians,* págs. 61-145, está lleno de inspiración y perspicacia, mientras que el balance ofrecido por Jean Glénisson en 1965, «L'historiographie française contemporaine», todavía resulta útil y penetrante. Para la evolución posterior, además del manual de G. Bourdé y H. Martín, véase la obra de François Dosse *L'histoire en miettes.* He conocido demasiado tarde para tenerla en cuenta aquí la obra de Lutz Raphaël, *Die Erben von Bloch und Febvre. «Annales» Geschichtsschreibung und Nouvelle Histoire in Frankreich 1945-1980,* Stuttgart, Klett-Cota, 1994.

en la escuela de Langlois y Seignobos[14]. Ahora bien, critican su estrechez de miras y la compartimentación de las investigaciones. A su vez, rechazan la historia política episódica que entonces predominaba en aquella Sorbona cerrada y esclerótica. Abominan incluso, aunque sea a costa de excesos y simplificaciones[15], de esa historia «historizante» —un término creado por Simiand en el debate de 1903— a la que oponen una historia abierta, una historia total que toma en consideración los diversos aspectos de la actividad humana. Esta historia «económica y social», por utilizar el título de la nueva revista, se quiere también receptiva a otras disciplinas: la sociología, la economía o la geografía. Historia viva, en fin, que se interesa directamente por los problemas contemporáneos. Así, entre 1929 y 1940, la gran originalidad de la revista radica en la primacía que concede a los siglos XIX y XX: el 38,5 por 100 de sus artículos se refiere a este periodo, mientras en los diplomas de estudios superiores eso sólo ocurre en un 26 por 100 de los casos, por un 15,6 por 100 en las tesis y el 13,1 por 100 de los artículos en la *Revue Historique*[16].

Científicamente, el paradigma de los *Annales* confería a la historia una inteligibilidad muy superior: la voluntad de síntesis, en la medida en que ponía en relación los diferentes factores de una situación o de un problema, permitía comprender a un tiempo tanto el conjunto analizado como las partes que lo componían. Era, pues, una historia más rica, más viva y más inteligente.

Sin embargo, la creación de los *Annales* aspiraba a lograr simultáneamente una posición estratégica, tanto más cuanto que «todo proyecto científico es inseparable de un proyecto de poder»[17]. En ese sen-

---

[14] Marc Bloch evoca «al hombre de inteligencia tan viva que fue mi querido maestro Charles Seignobos» *(Apologie,* pág. XVI, trad. esp., pág. 18) y, por otra parte, hablando de él y de Langlois, escribe: «Me dieron, uno y otro, pruebas destacadas de su aprecio. Mi educación primera debe mucho a sus enseñanzas y a sus obras» *(ibíd.,* pág. 109, trad. esp., pág. 156).

[15] Véase O. Dumoulin, «Comment on inventa les positivistes», en *L'Histoire entre épistémologie et demande sociale,* págs. 70-90, así como mi artículo «Seignobos revisité».

[16] O. Dumoulin, *Profession historien.* Recuérdese que el diploma de estudios superiores se corresponde con nuestra actual *maîtrise.*

[17] A. Burguière, «Histoire d'une histoire»: «El historiador se inserta también en una compleja red de relaciones universitarias y científicas, cuyo fin es la legitimación de su saber —es decir, de su trabajo—, y la preeminencia de su disciplina. Desde el dominio puramente intelectual hasta las múltiples consecuencias sociales que este dominio, la ambición científica puede proponerse todo un amplio abanico de objetivos más o menos vulgares según el temperamento del sabio y su lugar en la sociedad» (trad. esp., págs. 29-30).

tido, los *Annales* libraban su combate en dos frentes. Por un lado, contra la concepción dominante de la historia, y ésta era una batalla pertinente puesto que competían con los partidarios de esa historia por la hegemonía dentro de la disciplina[18]. Por otro lado, reivindicaban para la historia una posición privilegiada dentro del campo de las ciencias sociales, un terreno aún en curso de estructuración. Al preconizar, pues, una disciplina abierta al resto de las ciencias sociales, afirmando simultáneamente la unidad profunda de éstas y la necesidad de un vínculo recíproco, lo que hacían era situar la historia como su eje central. De ese modo, le conferían una suerte de preeminencia: sólo la historia será capaz de hacer converger las ciencias sociales y de trabar sus respectivas contribuciones, convirtiéndose así en la disciplina reina, *mater et magistra...*, tanto más cuanto que no existía rival alguno lo bastante fuerte como para disputarle ese papel. Por otra parte, con la condena de la historia historizante retomaban por su cuenta la perspectiva defendida por los sociólogos en el debate de 1903, y así los *Annales* consolidaban para la disciplina la posición dominante que había tenido a principios de siglo. Si los historiadores conseguían así presentarse como un grupo compacto, entonces podían aparecer mejor colocados para confirmar la supremacía de su saber. La estrategia externa de los *Annales*, frente a otras ciencias sociales, reforzaba de este modo su propia estrategia interna, la que se daba ante las otras formas de historia.

La institucionalización de una escuela

Tras la guerra, los *Annales* pasan a denominarse *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations,* pero ese cambio no impide que mantengan con éxito su estrategia, aunque ahora en un contexto diferente. En primer lugar, en 1947, con el apoyo de fundaciones americanas y de la dirección de la enseñanza superior, así como con la creación de una sección dedicada a las ciencias económicas y sociales, en este caso la sexta, en la École Pratique des Hautes Études, cuya dirección quedará a cargo de L. Febvre. Por otra parte, éste sería relevado a principios de los años 50 por F. Braudel, quien se había consagrado tempranamente con su tesis sobre *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949).

---

[18] Temible polemista, Lucien Febvre cometió en este caso algunas injusticias que aún perviven. Ya di algunos ejemplos de ello en mi artículo «Seignobos revisité». Sobre cómo *Annales* satanizaba a sus adversarios, véase O. Dumoulin, «Comment on inventa les positivistes», en *L'Histoire entre épistémologie et demande sociale,* págs. 79-103.

Así pues, es gracias a todos estos apoyos, a los que habría que añadir el del CNRS, por lo que en 1971 la mencionada sección sexta se convierte en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS). De ese modo, se crean plazas de directores de estudio o de investigadores, e historiadores de la nueva escuela como J. Le Goff[19] o F. Furet obtendrán, fuera de los liceos o de las universidades, posiciones estables donde poder consagrarse enteramente a sus investigaciones.

Este desarrollo es el que permite que la historia pueda afrontar en los años 60 los retos provenientes de la lingüística, la sociología o la etnología, disciplinas que venían a cuestionar tanto su insuficiencia teórica como sus objetos: lo económico y lo social. De hecho, los historiadores seguramente no habrían podido hacer frente a esta ofensiva, procedente en particular del estructuralismo, si no hubieran contado con esos centros dedicados a la investigación: las universidades estaban desbordadas por su crecimiento y poco después se verían sacudidas por el impacto del 68 y sus consecuencias. Así pues, la EHESS se situó en el centro de la renovación, primero con la historia de las mentalidades y después con la historia cultural, y en ambos casos tomando prestados de las otras ciencias sociales sus problemas y sus conceptos, para así tratar los propios objetos con métodos importados de la historia económica y social[20]. Esta empresa resultó fructífera —o al menos eso dicen los propios historiadores— para beneficio de toda la profesión y en ella participaron numerosos universitarios[21]. Así, la historia pudo conservar su privilegiada posición y renovar a la vez su legitimidad científica.

Sin embargo, este éxito desembocó en revisiones desgarradoras, como muy bien ha puesto de relieve F. Dosse. En los años 60, los *Annales* dictaban con claridad la investigación que debía hacerse y aquella otra que era necesario abandonar. Por una parte, rechazaban la historia política, episódica, de tiempo corto, la que se hacía con anterioridad. Por otra, defendían la historia-problema, la de la larga duración, deliberadamente serial: el *Beauvaisis,* de P. Goubert, o el *Mediterráneo,* de F. Braudel, una historia global, atenta a las relaciones que permiten entrelazar lo económico, lo social y lo cultural.

---

[19] Jacques Le Goff ha dejado constancia de la feliz sorpresa que para él supuso esta posición de la que ni siquiera sospechaba su existencia. Véase su contribución a los *Essais d'égo-histoire,* dirigidos por P. Nora, págs. 216 y ss.

[20] Característicos de esta empresa son los tres volúmenes dirigidos por J. Le Goff y P. Nora, *Faire de l'histoire,* I. *Nouveaux Problèmes,* II. *Nouvelles Approches,* III. *Nouveaux Objets.*

[21] El CNRS ha desempeñado un importante papel en este sentido, pues permite que, cada dos o tres años, los profesores de los liceos puedan explorar los nuevos territorios de la historia antes de entrar en la facultad.

Para afrontar el desafío de la lingüística y de la etnología, los historiadores que se autoproclamaban como «nuevos» privilegiaban efectivamente objetos y enfoques nuevos, tomando en este caso el título de dos de los tres volúmenes de *Hacer la historia.* Aunque subsisten todavía seguidores fieles de aquella voluntad de comprensión global que pretendieron los primeros *Annales,* la mayoría renunciaba a esta ambición, puesto que la juzgaba excesiva, y prefería abordar el estudio de objetos limitados cuyos engranajes desmontaba. Por su propio éxito, el *Montaillou,* de E. Le Roy Ladurie (1975), es prueba de ese desplazamiento de la curiosidad. A pesar de las evidentes continuidades, en adelante la monografía interesará más que el fresco general; por su parte, el acontecimiento se verá como revelador «de realidades de otro modo inaccesibles»[22]; y, finalmente, se pasará de las estructuras materiales a las mentalidades. De este modo, el pasado se tomará más como algo extraño que por la relación que guarde con el presente.

Simultáneamente, la política retorna con fuerza y con ella el acontecimiento: y de esto son prueba el derrumbe de las democracias populares, el trabajo colectivo dedicado a la memoria de la guerra que vuelve a valorar el tiempo corto, o el hecho de ver a un antiguo secretario de la redacción de los *Annales,* Marc Ferro, cómo revisita con vivo interés y semana tras semana la actualidad de la última guerra en la serie televisiva *Histoire parallèle*[23].

Por tanto, todas las historias son posibles: la extensión indefinida de la curiosidad de los historiadores implica el fraccionamiento de los objetos y de los estilos de análisis. Precisamente éste es el tema de la historia «en migajas» (F. Dosse). La escuela de los *Annales* ya no se define, pues, por un paradigma científico preciso, sino por la realidad social de un grupo situado en una institución concreta (la EHESS y la revista). La historia en migajas no es el fin de los polos de influencia: sólo es el de su definición en términos científicos.

---

[22] K. Pomian, *L'Ordre du temps,* pág. 35 (trad. esp., pág. 55). Volveré sobre ello al final del libro.

[23] Se trata de un programa que creó Marc Ferro en 1989 en La SEPT, Société d'Édition de Programmes de Télévision. Hoy en día lo produce la cadena cultural francoalemana Arte, nacida en 1991 como fruto de un acuerdo entre La SEPT y la ARTE Deutschland TV GmbH., la cual está asociada con otras televisiones públicas europeas, entre ellas RTVE. Consiste en un documental de cuarenta y cinco minutos que se emite los sábados a las 19 horas. Marc Ferro recogió parte de su experiencia, así como testimonios de los espectadores sobre la Segunda Guerra Mundial, en un libro titulado *Revivre l'histoire,* París, Liliana Levi ed., 1995. *(N. de los T.)*

Polos de influencia

Aunque fuera provisional, el éxito de esta estrategia externa preservó la posición ocupada por la historia dentro del conjunto de las ciencias sociales; pero además triunfó también la estrategia interna, la dirigida a la propia disciplina. La creación de la EHESS no debe verse solamente como un cambio de nombre. Este nuevo centro, al igual que las universidades, puede otorgar doctorados. Mientras que la Sorbona se debilita y se divide bajo los efectos del 68, un nuevo ámbito autónomo se constituye y se refuerza, un lugar donde la historia se afirma liberada de las dificultades de la enseñanza, aunque fuera la superior. Al mismo tiempo, el número de historiadores aumenta bruscamente: mientras que en 1945 había algunos centenares y en 1967 existía un millar escaso de universitarios e investigadores, esta última cifra se doblaba en 1991[24]. De este modo, la profesión histórica aumenta poco a poco, y lo hace a través de tres círculos de influencia desigual que dibujan un perfil semejante al que ofrecería la imagen de un triángulo trazado sobre el Barrio Latino de París. Cada uno de ellos dispone de sus medios de publicación, de sus redes de influencia y de sus propias clientelas.

El sector universitario sigue siendo todavía el más importante, y por fuerza es también el más tradicional, pues no en vano lleva a los concursos de contratación. A su vez, es plural, diseminado a lo largo de media docena de universidades en la región parisina y en otros grandes centros provinciales (Lyon o Aix, por ejemplo). Además, controla las revistas clásicas, como la *Revue Historique* o la *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*. Asimismo, para dar a conocer sus investigaciones cuenta con las editoras académicas, las Presses Universitaires de France (PUF) y las editoriales clásicas (Hachette). Ni que decir tiene que controla las tesis, las comisiones de especialistas y las carreras universitarias. En suma, es el grupo más potente, tanto por su número como por su diversidad, aun cuando sus rivalidades internas le impidan sacar partido de la riqueza que posee.

---

[24] Véase C. Charle, «Être historien en France: une nouvelle profession?», en François Bédarida (dir.), *L'Histoire et le Métier d'historien*, págs. 21-44, y J. Boutier, D. Julia, «Ouverture: A quoi pensent les historiens?», en *Passés recomposés*, págs. 13-53. Estos autores indican (pág. 29) para los únicos profesores titulares con plaza en las universidades un total de 302 en 1963 y de 1.155 en 1991.

El segundo ámbito de influencia está constituido por la EHESS, reforzada por el CNRS. En este caso, las investigaciones que se realizan son más autónomas y la innovación más fácil. El deseo de explorar nuevos territorios o nuevas áreas está libre de las ataduras propias de la docencia. Además, el grupo se apoya en una potente red de relaciones internacionales a la cual no es ajeno el prestigio de los *Annales*. Por otra parte, uno de los pilares de su fuerza, y es algo que se cuida con mimo, se basa en las relaciones que mantiene con los medios de comunicación y con el mundo editorial. *Le Nouvel Observateur* acoge de buen grado las recensiones que le remiten los distintos directores de estudio o de investigación que trabajan en la casa del bulevar Raspail a propósito del último libro de tal o cual miembro de la prestigiosa institución... en desquite. Por lo demás, sus obras aparecen en Mouton, cuando de una edición erudita se trata, o en Gallimard y en otros sellos, cuando son publicaciones menos especializadas. Finalmente, las grandes empresas editoriales, como *Hacer la historia* (1974), el diccionario *La Nueva historia* (1978) o los volúmenes que integran los *Lieux de mémoire* de P. Nora, abiertos de forma ecuménica a los historiadores ajenos al grupo, amplían si cabe su influencia.

El tercer sector es menos coherente. Está constituido por algunas grandes instituciones, como la École Française de Roma, centrada en la Antigüedad y en la Edad Media, y sobre todo el Institut d'Études Politiques de París, dedicado a la historia política contemporánea. Este instituto está adscrito a la Fondation des Sciences Politiques, presidida durante mucho tiempo por P. Renouvin y, más recientemente, por R. Rémond. Dispone de una financiación autónoma, cubierta por el CNRS si es necesario, y cuenta con plazas de investigadores y de universitarios a los que mantiene en unas condiciones de trabajo menos restrictivas que las que se dan en la universidad. Todo ello le permite, pues, estar en condiciones de oponerse hasta cierto punto tanto a los *Annales* como a la EHESS. Por si fuera poco, dispone de su propia editorial, tradicionalmente ligada al sello Armand Colin, y mantiene cordiales relaciones con Seuil. En esta última es donde han aparecido grandes colecciones, también en este caso ecuménicas, referidas a la historia de la Francia rural, de la Francia urbana o de la vida privada. Por último, el lanzamiento de una nueva revista, *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire*, en colaboración con el Institut d'Histoire du Temps Présent, fundado a su vez por el CNRS en 1979, ha reforzado la influencia de este grupo.

Entre estos tres polos de influencia no debemos imaginar, sin embargo, la existencia de barreras infranqueables. Los historiadores no son tan estúpidos como para ignorar a quienes son sus colegas, amigos

y rivales a un tiempo. La homogeneidad de la formación recibida, la estabilidad de su definición desde principios de siglo y la precocidad general de la especialización histórica preservan la profesión de cualquier fractura[25]. De hecho, existe la circulación entre los tres grupos y las buenas maneras mantienen la posibilidad de administrar al unísono las instituciones que interesan al conjunto de la comunidad. Pero aun así la mezquindad no desaparece completamente: se evita hablar demasiado bien de un colega de otro grupo, o incluso no se le cita[26]. Hay también auténticas contiendas en torno a lo que está en juego de verdad. Así ocurrió cuando M. Winock y la editorial Seuil tuvieron la idea de crear una gran revista de divulgación donde los artículos dirigidos al público en general fueran redactados por los mejores historiadores. El grupo de los *Annales* y el de la EHESS consideraron que esa iniciativa les estaba pisando el terreno: era a ellos a quienes correspondía promover la empresa. Comenzaron por rechazar su participación —como atestigua el sumario de los primeros números de *L'Histoire*— e intentaron contrarrestar el proyecto lanzando una revista competidora en Hachette, *H Histoire*. Sin embargo, la contraofensiva falló y el equipo de Seuil, apoyado en otra gran revista de divulgación científica, *La Recherche*, se desenvolvió mejor y dispuso de unas redes más eficaces. Y los historiadores de los *Annales* se resignaron a escribir en *L'Histoire*[27].

En cualquier caso, el episodio es muy revelador a propósito de las solidaridades y de lo que está en juego. Ante todo, de las solidaridades, puesto que el espacio universitario francés es demasiado estrecho como para que la EHESS, las universidades y las *Sciences Politiques* libren una auténtica guerra: valen más los compromisos o las alianzas tácticas que los anatemas; son mejores los conflictos silenciosos que los duelos al sol. Eso se observa con claridad meridiana cuando se examinan los títulos de las grandes colecciones de historia. La colección de Seuil «L'Univers historique» acogió, desde sus inicios en 1970 hasta fi-

---

[25] Los sociólogos son más sensibles a estos factores de unidad de los que carecen. Véase Jean-Claude Passeron, *Le Raisonnement sociologique*, págs. 66 y ss.

[26] Así, el artículo de J. Le Goff sobre «L'histoire nouvelle», en *La Nouvelle Histoire*, menciona una vez a Maurice Agulhon, promotor de la historia de la sociabilidad y próximo a los *Annales*. En cambio, ignora a Michelle Perrot, Alain Corbin, Daniel Roche o Claude Nicolet. Por otro lado, podemos encontrar idénticos silencios en otros autores, pero no se trata de separar el buen grano de la cizaña ni de pregonar una clasificación de los historiadores.

[27] Stéphane Grand-Chavin, *Le Développement de «L'Histoire»: rencontre entre l'édition, l'Université et le journalisme*, memoria de DEA bajo la dirección de Ph. Levillain, París, IEP, 1994.

nales de 1993, tanto a investigadores de la EHESS como a historiadores de las universidades o de las *Sciencies Politiques,* además de a un significativo número de especialistas extranjeros (una cuarta parte). De forma simétrica, *Les Lieux de mémoire* que Pierre Nora editó en Gallimard repartían equitativamente las contribuciones de cada grupo, aunque las de la EHESS fueran ligeramente más numerosas que las de los otros dos polos[28].

¿Qué es lo que se sigue de todo esto? No hay duda de que el control de los medios de comunicación y el acceso al público en general tienen hoy una gran importancia profesional. La reputación de los historiadores ya no se labra sólo en la intimidad de las aulas —por lo demás, masificadas— ni en el ambiente silencioso, erudito y alusivo de los tribunales de tesis ni en los comités de redacción de las revistas científicas. Se consigue también gracias al público en general, a la presencia en los medios de comunicación, la televisión y las revistas de divulgación.

Un mercado mal regulado

De este modo, se puede sostener la tesis de la existencia de un doble mercado para la historia, tal y como ocurre con otras ciencias sociales[29]. Por un lado, un mercado académico en donde la competencia

---

[28] G. Noiriel, «"L'Univers historique": une collection d'histoire à travers son paratexte (1970-1993)», *Genèses,* núm. 18, enero de 1995, págs. 110-131, ha señalado estas solidaridades, aunque sin explotarlas plenamente. Según el cuadro que proporciona, contabilizo entre los autores 26 investigadores de la EHESS, 16 de la universidad, 9 de *Sciences Politiques* y 16 extranjeros. En *Les Lieux de mémoire,* la relación de los colaboradores que se recoge al final del libro facilita el cómputo, aunque las pertenencias institucionales puedan variar entre un volumen y otro. Si distinguimos los cuatro primeros tomos de los tres últimos, para un total de 63 y 65 colaboradores respectivamente, los universitarios son 21 y 18, los de *Sciences Politiques* 1 y 4, los de la EHESS en sentido estricto 11 y 19, a los que habría que sumar los del CNRS (5 y 5) y los del Collège de France (también 5 y 5). Los extranjeros cuentas bastante menos (8 y 4). La originalidad radica ahora en el grupo de los conservadores de museos, los archiveros y los que se declaran aficionados, cuyo número no es rechazable (12 y 10). En total, con el CNRS y el Collège, la EHESS representa el 40 por 100 de los colaboradores de esta gran empresa, mientras que los universitarios, reforzados por los de *Sciences Politiques,* son un poco menos del 35 por 100.

[29] Véase Raymond Boudon, «L'intellectuel et ses publics: les singularités françaises», en *Français, qui êtes-vous?,* bajo la dirección de Jean-Daniel Reynaud e Yves Grafmeyer, París, La Documentation française, 1981, págs. 465-480. También, Pierre Bourdieu, «La cause de la science», pág. 4.

científica viene certificada por trabajos eruditos y por el reconocimiento que conceden los colegas de la profesión, quienes a la vez son virtuales competidores poco propensos a la indulgencia. En este plano, el valor es remunerado ante todo con gratificaciones morales o simbólicas que, más adelante, se convertirán eventualmente en ventajas para la carrera académica. Por otro, el mercado de las grandes audiencias. En esta esfera, las cualidades más reconocidas no son ni la novedad (se puede rescribir un mismo libro sobre Juana de Arco cada quince años) ni la originalidad metodológica, aunque ambos rasgos puedan ser un aderezo interesante. Lo que se valora es aquello que garantiza el éxito ante un lector profano: la amplitud e interés del tema, una presentación sintética y elegante, exenta de aparato crítico, en ocasiones la carga ideológica que contiene la obra y la capacidad del autor —o del servicio de prensa de su casa editorial— para suscitar comentarios elogiosos. En este mercado, pues, el veredicto que dan las ventas es inapelable: implica remuneraciones en términos de notoriedad, tiradas y derechos de autor.

No estoy seguro, por lo demás, que esta tesis sea muy nueva: después de todo, ese doble mercado ha existido siempre, y Michelet o Taine ya supieron servirse de uno y de otro, como también lo han sabido hacer los miembros de la escuela de los *Annales*... Sin duda, el último medio siglo ha estado marcado por eso que C. Charle llama la «recomposición del público de la historia» o por la aparición de un «nuevo público específico». Lo que ha cambiado, pues, es la «intelectualización de ese público de masas. Lee hoy lo que antes estaba reservado a un público cultivado o estaba cautivo de las universidades»[30]. Pero, en la práctica, el doble mercado traduce la realidad bifronte de una profesión especializada que ejerce una función social. P. Bourdieu analiza este proceso como «una suerte de doble juego o de doble conciencia»:

PIERRE BOURDIEU: LA ORGANIZACIÓN DEL CAMPO HISTÓRICO

> Ella (la historia) se mece entre el modernismo de una ciencia de los hechos y el academicismo y el conformismo prudentes de una tradición docta (visibles sobre todo en la relación que mantiene con los conceptos y con la escritura) o, de forma más precisa, entre una investigación necesariamente crítica, puesto que se aplica a objetos

[30] C. Charle, «Être historien en France: une nouvelle profession?», en F. Bédarida (dir.), *L'Histoire et le métier d'historien*, págs. 36 y 37.

construidos contra las representaciones ordinarias y totalmente ignoradas de la historia conmemorativa, y una historia oficial o semioficial, volcada en la gestión de la memoria colectiva a través de su participación en las conmemoraciones (...). De ello se sigue que el campo histórico tiende a organizarse en torno a la oposición entre dos polos, diferenciados según su grado de autonomía frente a la demanda social: por un lado, la historia científica, liberada del objeto estrictamente nacional (la historia de Francia en un sentido tradicional), al menos por la manera de construir, y que es hecha por profesionales que producen para otros profesionales; por otro, la historia conmemorativa, la cual permite a ciertos profesionales, a menudo los más consagrados, asegurarse las prebendas y los beneficios mundanos del libro de regalo (gracias sobre todo a las biografías) y de la literatura conmemorativa o de las grandes obras colectivas de inmensa tirada, jugando con la ambigüedad para ampliar el mercado de los trabajos de investigación (...). No puedo dejar de temer que el peso del mercado, así como el del éxito mundano, se hagan sentir cada día más a través de la presión de los editores y de la televisión, instrumento este tanto de promoción comercial como personal, y que eso refuerce aún más el polo de la historia conmemorativa.

«Sur les rapports entre la sociologie et l'histoire en Allemagne et en France», págs. 109-110.

El hecho de que esta tensión sea constitutiva del campo de la historia es lo que nos evita alegrarnos o afligirnos. Bien mirado, resulta satisfactorio que los profesionales consigan el favor de las grandes audiencias. Por otro lado, sería necesario matizar el análisis que hemos hecho: las relaciones entre aquellos dos mercados son mucho más complejas de lo que aquí podemos sugerir[31]. Resultaría conveniente, por ejemplo, tomar en consideración la historia que se enseña en las clases: los historiadores a los que leen los profesores de secundaria no son ni los afortunados divulgadores ni los finos especialistas... Sólo nos deberíamos inquietar si pretendieran sacar partido del reconocimiento obtenido ante el gran público para trasladarlo al mercado profesional.

Quizá ahí resida el peligro. Por razones que debemos atribuir al propio funcionamiento interno de las instituciones, la evaluación es mucho más lenta en el primer mercado que en el segundo. El juicio de los colegas se expresa en las revistas especializadas, a menudo trimes-

[31] Véase sobre este particular Claude Langlois, «Les effets retour de l'édition sur la recherche», en *Passés Recomposés,* págs. 112-124.

trales, y son necesarios varios meses para que una recensión vea la luz. En cambio, en el mercado de las grandes audiencias —¡que no es tan grande!— la evaluación es inmediata. En cuanto aparece, y eso si no ha estado precedido por una «buena difusión», un libro bien presentado es saludado por los periodistas como un acontecimiento científico de primer orden, aunque no dejemos de preguntarnos de dónde sacan éstos el tiempo para la lectura. Quizá los colegas invaliden más tarde ese juicio, pero para entonces eso apenas contará y, por otro lado, ¿acaso la evaluación no se verá influida por aquellos juicios rápidos? ¿Cómo escribir en una revista científica sobre las flaquezas de un libro cuando otras reconocidas plumas ya han subrayado sus virtudes? Los riesgos de que el juicio mediático contamine el juicio científico son reales y ese hecho conduce a la validación en el primer mercado de los méritos conseguidos en el segundo. De este modo, puede darse el caso de que los historiadores sean habilitados para dirigir investigaciones, y que después obtengan una cátedra en la universidad, al amparo de las series televisivas que hayan producido o de la reputación que les hayan labrado periodistas que jamás han puesto sus pies en un archivo ni han leído una obra científica.

Esta amenaza quizá aceche un poco más a la historia que a las otras ciencias sociales, y ello por dos razones. Ante todo, por el interés que suscitan sus productos en el público en general: los lectores profanos se acercan de buen grado a un trabajo de historia antes que a un estudio chomskiano de lingüística. En segundo término, por la misma flaqueza de la comunidad científica. Debilitada por su propia eclosión, la profesión no se dio una instancia de regulación interna análoga a la que existe, por ejemplo, entre las grandes asociaciones disciplinarias americanas. Con treinta años a sus espaldas, la Association d'Histoire Moderne et Contemporaine desempeñaba ese papel y sus reuniones, que se celebraban un domingo al mes, constituían una auténtica bolsa de valores universitarios. Se invitaba a los principiantes a presentar una comunicación ante el *establishment* de la profesión y no resultaba nada perjudicial que un profesor de provincias candidato a la Sorbona acudiera a exponer allí sus trabajos. Sin embargo, el crecimiento numérico de la profesión acabó cegando esa instancia sin que ninguna otra la sustituyera.

Por tanto, de entre las diferentes estrategias de poder que se despliegan al amparo del progreso de la ciencia, la existencia de un arbitraje científico reconocido resultaría particularmente útil. Ahora bien, es raro. Las defensas de tesis y los coloquios, que deberían constituir momentos propicios para el debate científico, se convierten, o

lo son ya de entrada, en manifestaciones de sociabilidad donde la conveniencia se impone sobre el rigor y la búsqueda de la verdad. Las lecturas de tesis tienden, pues, a ser simples celebraciones de los méritos del candidato, hasta el punto de que la formulación de una crítica —puede que justificada, para mayor abundamiento— parece a veces fuera de lugar. Para que se desarrolle de forma armoniosa, el rito de paso al que el aspirante ha invitado a sus amigos, a sus allegados y a su familia, exige contar con unos padrinos, a poder ser prestigiosos, pero sobre todo benévolos. Si la deriva continúa por estos derroteros, llegaremos al punto en que los miembros de un tribunal que revelen los errores de una tesis —y los hay siempre, como ocurre con cualquier libro de historia— serán considerados tan maleducados como aquel invitado que reitera ante su anfitrión que el asado se ha quemado.

Por lo que a los coloquios se refiere, son demasiado numerosos como para ser todos razonables —es decir, científicamente justificados. Los organizadores sin duda persiguen objetivos científicos, o al menos así lo proclaman, y seguramente lo creen. Pero también tienen por objeto imponerse, o imponer su institución, como instancia científicamente legítima dentro de su ámbito, una pretensión en ocasiones fundada y en otras no. J. Le Goff ha denunciado la proliferación de coloquios inútiles, que «sustraen demasiado tiempo a la investigación, a la enseñanza y a la redacción de artículos y de libros». «Hemos llegado a un punto —dice Le Goff— en que el número y la frecuencia de los coloquios tienen algo de patológico. Necesitamos vacunarnos contra la *coloquitis*»[32]. El coloquio es un lugar en el que indudablemente tienen cabida las discusiones, e incluso las hay interesantes, pero la mayoría son aburridas y apenas aportan nada. Y no se trata de que los temas abordados carezcan de atractivo o de que a los participantes les falte competencia: simplemente no están allí para discutir sino para mostrarse. De hecho, los más interesantes son los principiantes, cuando tienen algo que decir; además, aspiran a hacerse conocer y reconocer, se quedan todo el tiempo que sea necesario. Los notables de la profesión, cargados de múltiples obligaciones, se limitan a manifestar de pasada el interés que les suscitan los organizadores o el tema en cuestión. Pero, tras darse una vuelta, se van, satisfechos de haber concedido su aval y de haber cumplido con los deberes propios del man-

[32] J. Le Goff, «Une maladie scientifique», *La Lettre SHS*, núm. 32, diciembre de 1993, pág. 35.

darinato que ostentan. Algunos tienen la conciencia profesional de hojear, antes de la sesión a la que asisten —o más bien presiden—, las comunicaciones que allí se presentan. Otros, más pagados de sí mismos, o más apurados de tiempo, pero no necesariamente más viejos, desisten aun a riesgo de cometer un contrasentido; incluso podemos verles presentar un balance general sobre comunicaciones que ni siquiera han leído... Esto prueba suficientemente que lo que hay en juego no es el orden de la ciencia, sino la sociabilidad profesional y las estrategias de poder[33].

Sin embargo, vemos avanzar una cierta regulación a través de las discusiones que se mantienen en los pasillos o en los salones de actos. Las informaciones circulan, las reputaciones se forjan, se confirman o se derrumban, como ocurre en los seminarios en donde los investigadores más o menos cercanos se turnan para exponer sus trabajos. Reducir las lecturas de tesis y los coloquios, o las políticas editoriales de las revistas, a simples intercambios de sociabilidad o a puras estrategias de poder sería tornar enigmática su propia existencia. Ahora bien, los criterios propiamente científicos de regulación de una profesión que se pretende como tal carecen de claridad. De ahí quizá la nueva importancia que adquiere, en este preciso momento de la historia de la corporación, la reflexión epistemológica sobre la disciplina.

Volvemos, pues, a nuestra afirmación inicial: la historia es tanto una práctica social como científica, y lo que hacen los historiadores, así como su propia teoría de la disciplina, depende del lugar que ocupan en ese doble entramado, social y profesional. He aquí como este mismo libro, el que el lector tiene ahora en sus manos, queda relativizado. Se puede rechazar la elección normativa de un único modelo válido de historia; se puede admitir que toda historia reconocida como tal merece ser tomada en serio y analizada; se puede argumentar que nadie es totalmente libre de escribir lo que quiera y que cada uno hace siempre, en mayor o menor grado, historia en virtud de la posición que ocupa. Ahora bien, defender todo ello supone en cierto modo mantener un discurso sobre la disciplina adap-

---

[33] Estos usos de los coloquios, más sociales que científicos, no son exclusivos de Francia ni de sus historiadores. David Lodge ha hecho reír a sus lectores con la crítica acerada de las prácticas americanas del congreso científico. Véase *Un tout petit monde*, con prólogo de Umberto Eco, traducido del inglés por Maurice e Yvonne Couturier, Éd. Rivages/poche, 1992 (1.ª ed. inglesa de 1984) (trad. esp., *El mundo es un pañuelo*, Barcelona, Anagrama, 1998).

tado al periodo de indecisión y de fractura que padece hoy en día, pero supone también intentar ponerle remedio. Como cualquier método, todo discurso del método es tributario de una determinada situación. Lo que no quiere decir que se la silencie, sino sólo que se la puede llegar a ignorar. Con mayor motivo, si lo que se pretende es librarse de ella.

3

Los hechos y la crítica histórica

Si hay alguna convicción arraigada en la opinión pública es la de que en historia hay hechos y la de que es necesario conocerlos.

Esta creencia está en la base de las protestas que en Francia suscitaron los programas de historia de 1970 y 1977, e incluso fue esgrimida en los debates de 1980 con una ingenuidad reveladora. «Los alumnos no saben nada en absoluto...», he ahí el gran reproche. De lo que se infiere que en historia hay cosas que debemos saber. O, mejor dicho, hay hechos y hay datos. Existen personas razonables que ignoran por completo si Marignan fue una victoria o una derrota, y qué era lo que estaba en juego, pero que se indignan si los alumnos ignoran la fecha[1]. Para el gran público, la historia queda a menudo reducida a un esqueleto compuesto de hechos datados: revocación del edicto de Nantes en 1685, la Comuna de París en 1871, el descubrimiento de América en 1492, etcétera. En efecto, aprender los hechos y memorizarlos viene a

[1] Los días 13 y 14 de septiembre de 1515, las tropas del joven rey francés Francisco I se batieron victoriosas frente al ejército suizo por el control del ducado de Milán. La batalla no es muy conocida en España, pero no ocurre lo mismo en Francia, en Suiza y en Italia —donde se la conoce como «Battaglia di Marignano» o «Dei Giganti»—, por diversas razones: aquella cruenta derrota está en la base de la política de neutralidad mantenida desde entonces por los suizos. Para los franceses supuso, entre otras cosas, estrechar sus lazos con el Renacimiento italiano. De hecho, cabe recordar que Leonardo da Vinci siguió al rey francés y le hizo obsequio, antes de su muerte, de su obra más famosa, la *Gioconda,* que hoy puede contemplarse en el Louvre. *(N. de los T.)*

ser el modo en que se aprende la historia. Y lo mismo ocurre en los niveles de estudios más avanzados: «Si tienes memoria, conseguirás la agregación de historia», escuchaba yo mismo a menudo cuando preparaba esa oposición.

De este modo, abordamos sin duda la diferencia clave que hay entre la enseñanza y la investigación, entre la historia que se imparte didácticamente y aquella que se elabora. En la enseñanza, los hechos son sólo hechos, mientras que en la investigación es necesario construirlos.

El método crítico

Tal como se enseña en las aulas, incluso en las de la propia universidad, la historia procede en dos tiempos: en primer lugar, conoce los hechos, para a continuación explicarlos, elaborarlos formando parte de un discurso coherente. Esta dicotomía entre el establecimiento de los hechos y su interpretación ya fue teorizada a finales del siglo XIX por la escuela «metódica», y particularmente por Langlois y Seignobos. Esta dualidad es el hilo conductor de la *Introducción a los estudios históricos* (1897) y de *El método histórico aplicado a las ciencias sociales* (1901).

Los hechos como pruebas

Langlois y Seignobos no consideraban que los hechos fueran sólo hechos: por el contrario, ambos dedicaron mucho tiempo a explicar cuáles eran las reglas que debían seguirse para construirlos. Ahora bien, tanto en su espíritu como en el de toda la escuela metódica que ellos formalizaron, los hechos, una vez construidos, lo son definitivamente. De ahí, pues, la división del trabajo histórico en dos tiempos y entre dos grupos de profesionales: los investigadores —entendiendo por tales los profesores de las facultades— establecen los hechos; los profesores de los liceos los utilizan. Los hechos son así como las piedras con las que construimos los muros de un edificio denominado historia. En su librito *L'Histoire dans l'enseignement secondaire,* Seignobos siente incluso un cierto orgullo de su condición de fabricante de hechos:

> La costumbre de la crítica me ha permitido seleccionar las historias tradicionales que los profesores se transmitían de generación en generación y descartar las anécdotas apócrifas y los aspec-

tos legendarios. He podido renovar la provisión de hechos característicos que son ciertos y de los que la enseñanza de la historia se debe alimentar[2].

La importancia que se le concede a este trabajo de construcción de los hechos se explica a partir de una preocupación central: ¿cómo otorgar al discurso del historiador un estatuto científico?, ¿cómo asegurar que la historia no es una suerte de opiniones subjetivas que cada uno es libre o no de aceptar, sino la expresión de una verdad objetiva que, como tal, se impone a todos nosotros?

La cuestión no es de las que uno pueda declarar superfiuas, inútiles o caducas. Hoy en día, no la podemos despachar sin renunciar a aspectos importantes. Para convencerse, basta con pensar en el genocidio hitleriano. La afirmación de que la Alemania nazi fue durante varios años una empresa de exterminio sistemático de los judíos no es una opinión subjetiva que seamos libres de compartir o negar. Es una verdad. Ahora bien, para que tenga un estatuto objetivo, es necesario que descanse sobre hechos. En este sentido, por ejemplo, es un hecho que las SS construyeron cámaras de gas en algunos campos de concentración, y, además, es algo que se puede probar[3].

En el discurso de los historiadores, los hechos son, pues, el núcleo duro, aquello que resiste a la contestación. «Los hechos son testarudos», se dice con razón. Preocuparnos por ellos en historia es hacerlo por la administración de la prueba, lo cual es indisociable de la referencia a la que uno está obligado. Precisamente, acabo de dar referencias en nota sobre la existencia de cámaras de gas, puesto que ésa es la norma de la profesión. El historiador no pide que se le crea por su palabra, bajo el pretexto de que se trata de un profesional que conoce su oficio, aunque por lo general éste sea el caso. Da al lector el medio para comprobar lo que afirma: los «procedimientos de exposición estrictamente científicos» que G. Monod reivindicaba para la *Revue Historique* requieren que «cada afirmación esté acompañada de pruebas, de llama-

---

[2] *L'Histoire dans l'enseignement secondaire,* pág. 31.

[3] Véanse Eugen Kogon, Hermann Langbein, Adalbert Rückerl, *Les Chambres à gaz, secret d'État,* París, Éd. De Minuit, 1984, reed. Points Histoire, 1987, y la obra de un antiguo revisionista que se ha dirigido a los archivos para probar sus tesis... y quien ha llegado a conclusiones rigurosamente inversas, sin hacer trampas con sus fuentes: Jean-Claude Pressac, *Les Crématoires d'Auschwitz, la machinerie du meurtre de masse,* París, CNRS Éditions, 1993.

das a las fuentes y de citas»[4]. De la escuela metódica a la de los *Annales* (véase el texto de M. Bloch que sigue), la unanimidad en este punto es total: es una regla común de la profesión.

MARC BLOCH: ELOGIO DE LAS NOTAS A PIE DE PÁGINA

> Pero cuando algunos lectores se quejan de que la menor línea puesta bajo el texto les hace dar vueltas a la cabeza, cuando ciertos editores pretenden que sus compradores, sin duda menos hipersensibles en realidad que los pintan, sufren el martirio a la vista de cualquier página así deshonrada, esos «delicados» prueban sencillamente su impermeabilidad a los preceptos más elementales de una moral de la inteligencia. Porque, fuera de los libres juegos de la fantasía, una afirmación no tiene derecho a producirse sino a condición de poder ser comprobada. Y un historiador, si emplea un documento, debe indicar, lo más brevemente posible, su procedencia, es decir, el medio de dar con él, lo que equivale a someterse a una regla universal de probidad. Nuestra opinión, emponzoñada de dogmas y de mitos —aun la más antigua de las luces—, ha perdido hasta el gusto de la comprobación. El día en que, habiendo tenido ante todo el cuidado de no hacerla odiosa con una inútil pedantería, logremos persuadirla para que mida el valor de un conocimiento por su prisa en enfrentarse de antemano a la refutación, entonces y sólo entonces las fuerzas de la razón ganarán una de sus más espléndidas victorias. En prepararla trabajan nuestras humildes notas, nuestras pequeñas referencias, de las que se burlan hoy, sin entenderlas, tantos brillantes ingenios.
>
> *Apologie pour l'histoire,* pág. 40 (trad. esp., págs. 71-72).

Aunque exija una discusión más amplia, la idea de una verdad objetiva que descansa sobre los hechos debería ser analizada con mayor profundidad. En realidad, y por su misma importancia, sigue siendo parte constitutiva de la historia. Los historiadores buscan siempre las afirmaciones hechas sin prueba que se deslizan en los exámenes de los estudiantes o en los artículos de los periodistas. Hay allí, y esto debe

[4] G. Monod, G. Fagniez, Manifiesto del primer número de la *Revue Historique,* reproducido por la misma publicación en el núm. 518, abril-junio de 1976, págs. 295-296. Véase asimismo Gabriel Monod, «Du progrès des études historiques en France depuis le XVIe siècle», *ibíd.,* págs. 297-324.

quedar claro de entrada para evitar las simplificaciones, una base esencial del oficio de historiador: no hay afirmaciones sin pruebas, es decir, no hay historia sin hechos.

Las técnicas de la crítica

En esta fase de la reflexión, la cuestión que se plantea es la del establecimiento de los hechos: ¿cómo establecer los hechos que son ciertos? ¿Qué procedimiento debemos seguir? La repuesta reside en el método crítico, que podemos hacer remontar al menos a Mabillon y a *De Re Diplomatica* (1681). Langlois y Seignobos lo detallan ampliamente. En realidad, ellos están interesados por los hechos construidos a partir de documentos escritos, sobre todo de los textos de archivo. Se les podría reprochar no haber ampliado su observación a otro tipo de fuentes, pero eso no basta para descalificarlos. En efecto, la mayoría de los historiadores continúan trabajando sobre ese tipo de documento, comprendidos aquellos que, como L. Febvre, F. Braudel o J. Le Goff, han abogado por la necesaria ampliación del repertorio documental. Fue G. Duby quien evocó «el enorme montón de palabras escritas recién salidas de las canteras al que van los historiadores a aprovisionarse, a escoger, a tallar, a ajustar, para después construir el edificio cuyo proyecto han concebido previamente»[5]. Sea como fuere, los historiadores se arriesgan a ser reconocidos durante mucho tiempo todavía, como dijera Arlette Farge, por la atracción del archivo.

Cualquiera que sea el objeto al que se refiera, la crítica no es asunto de principiantes, como lo demuestran las dificultades que los estudiantes encuentran al vérselas con un texto. Es necesario ser ya un historiador para criticar un documento, puesto que esencialmente se trata de ponerlo en relación con todo lo que uno ya sabe del tema en cuestión, así como del lugar y del momento a que se refiere. En cierto sentido, la crítica, la propia historia, se afina a medida que la historia se amplía y profundiza.

Así se evidencia en cada una de las etapas que analizan los maestros del método crítico, Langlois y Seignobos. Ambos distinguen entre crítica externa e interna. La primera parte de las características materiales del documento: el papel, la tinta, la escritura, los sellos que lo acompañan; la segunda se centra en la coherencia interna del texto,

[5] *L'Histoire continue*, pág. 25 (trad. esp., pág. 19).

por ejemplo en la compatibilidad entre la fecha que consigna y los hechos de los que habla.

Los medievalistas como Langlois, que tratan habitualmente con diplomas reales o decretos pontificios que son apócrifos, prestan gran atención a la crítica externa para distinguir el documento auténtico de aquel otro que pueda ser reputado como falso. Las ciencias auxiliares de la historia son una ayuda preciosa en ese dominio. La *paleografía,* o ciencia de las viejas escrituras, permite decir si la grafía de un manuscrito corresponde a la fecha pretendida. La *diplomática* enseña las convenciones según las cuales se componían los documentos: cómo se encabezaban, cómo se redactaban la introducción y el cuerpo del texto (el *dispositivo),* cómo aparecía el firmante, con qué títulos y en qué orden (la *titularidad);* la *sigilografía* enumera los diversos sellos y las fechas en las que se emplearon. La *epigrafía* indica las reglas que, desde la antigüedad, se solían utilizar para componer las inscripciones, en particular las funerarias.

Con estos recursos, la crítica externa puede discernir los documentos de autenticidad probable frente a los falsos, o de aquellos otros que han sufrido modificaciones (crítica de procedencia). Por ejemplo, es evidente que uno que esté escrito sobre papel y no sobre pergamino, y que se pretenda datado en el siglo XII, es falso. Eventualmente la crítica restablece el documento original después de haberlo despojado de los añadidos o haberle restituido las partes que faltaban, como se hace a menudo con las inscripciones romanas o griegas (crítica de restitución). Un caso particular de aplicación de estos métodos lo constituye la edición crítica, algo en lo que sobresalía la filología alemana. En este caso, se comparan todos los manuscritos para contabilizar las variaciones, se establecen las filiaciones que se dan entre ellos y se propone una versión tan cercana como sea posible al texto original. Pero el método no sólo es válido para textos antiguos: resulta adecuado, por ejemplo, para averiguar qué dijo con exactitud el mariscal Pétain, y para ello podemos comparar sus grabaciones radiofónicas y los textos escritos de sus mensajes y discursos[6].

Aunque este punto haya quedado firmemente establecido, el historiador no ha puesto fin a sus desvelos. Que un documento sea o no auténtico nada nos dice sobre su sentido. Una copia de un diploma merovingio hecha tres siglos después del original no es un documento

[6] Veáse la edición de Jean-Claude Barbas, *Philippe Pétain, Discours aux Français,* París, Albin Michel, 1989.

auténtico, pero no es necesariamente una falsificación. La copia puede haber sido hecha con fidelidad. La crítica interna examina entonces la coherencia del texto y se pregunta sobre su compatibilidad con lo que se conoce por otras vías a partir de documentos análogos. Así pues, procede siempre por aproximaciones: si lo ignoramos todo sobre un periodo o de un tipo de documento, no sería posible ninguna crítica. De donde resulta que no podemos tomarla como el punto de partida soberano: es necesario ser ya historiador para poder criticar un documento.

Ahora bien, como se ha dicho, no debe creerse que estos problemas sólo los podamos ver en los textos antiguos. Presentaremos para ello dos ejemplos tomados de la historia del siglo XX. El primero es el llamamiento que el Partido Comunista Francés habría lanzado supuestamente el 10 de julio de 1940 para incitar a la resistencia. Ahora bien, en ese texto hay contradicciones, pues por un lado menciona nombres de ministros que son designados el 13 de julio, y, por otra parte, no se corresponde con lo que conocemos de la estrategia de ese partido en julio de 1940, inmerso por aquel entonces en una serie de discusiones con los ocupantes por la reaparición de un diario. Los historiadores han considerado, pues, que se trataba de un texto más tardío y, como forma parte de la serie de los *Humanité* clandestinos, probablemente habría sido impreso en una fecha posterior al mes de julio[7]. La superchería, pues, no resiste la crítica.

El segundo ejemplo lo tomo prestado de una reciente polémica en la que está en juego Jean Moulin[8]. En una obra destinada al gran pú-

---

[7] Como se sabe, *L'Humanité* fue creado y dirigido por Jean Jaurès en abril de 1904. A partir de 1911 fue el diario del partido socialista, para convertirse después en portavoz del Partido Comunista Francés al crearse éste en el congreso de Tours de diciembre de 1920. En agosto de 1939 fue confiscado y prohibida su publicación, pero desde octubre de ese mismo año dio comienzo una edición regular en la clandestinidad. Este «*Humanité* clandestino» se mantuvo hasta agosto de 1944 y ocupa un total de 317 números. *(N. de los T.)*

[8] Jean Moulin es considerado en Francia un héroe nacional, un mito de la resistencia. A su figura se han dedicado monumentos y una abundante bibliografía; da nombre a diversos centros educativos galos e incluso su rostro apareció en los años 50 en los sellos de correos. Moulin ocupó diversos cargos en la administración francesa entre 1932 y 1939, siendo prefecto de Aveyron en 1938 y de Eure-et-Loir en 1939. Tras ser cesado un año después por el gobierno de Vichy, huye a Londres en 1941 para ponerse bajo las órdenes del general De Gaulle, con quien colaborará estrechamente en la organización de la resistencia. De hecho, presidió el nuevo Consejo Nacional de la Resistencia en mayo de 1943. Sin embargo, en junio es arrestado y torturado por la Gestapo, con la participación destacada de Klaus Barbie, y murió en julio. *(N. de los T.)*

blico, el periodista Thierry Wolton afirma que Jean Moulin, entonces prefecto de Eure-et-Loir, pasaba información a un espía soviético, un tal Robinson[9]. En apoyo de sus afirmaciones, citaba un informe enviado por este último a Moscú. En él se daba cuenta de una intensa actividad en los aeródromos de Chartres y de Dreux, de los trabajos de prolongación de las pistas de aterrizaje en 4,5 kilómetros y de la presencia de 220 grandes bombarderos en el de Chartres. Dada la precisión de estas informaciones, Wolton concluye que sólo el prefecto podía habérselas suministrado. Ahora bien, un poco de crítica interna le hubiera disuadido de utilizar ese argumento. En efecto, las cifras citadas son absurdas: pistas de 4'5 kilómetros de largo no tienen ninguna justificación para lo que era la aviación en 1940 (sólo los Boeing 747 necesitaban 2 kilómetros), y la aviación alemana contaba en octubre de 1940 con un total de 800 bombarderos. Allí tenía 30, incluidos los 22 que estaban operativos en Chartres. ¡No se puede decir que el informador de Robinson estuviera bien informado![10].

Todos los métodos críticos tienen por objeto responder a cuestiones simples. ¿De dónde procede el documento? ¿Cómo se ha conservado y transmitido? ¿Quién es su autor?¿Es sincero? ¿Tiene razones, conscientes o no, para deformar su testimonio? ¿Dice la verdad? ¿Le permite su posición disponer de buenas informaciones o más bien hace que estén sesgadas? En cualquier caso, estas preguntas nos colocan en dos planos distintos: la *crítica de la sinceridad* conduce a averiguar las intenciones del testigo, reconocidas o no; la *crítica de la exactitud* se refiere en cambio a su situación objetiva. La primera está atenta a las mentiras, la segunda a los errores. Un memorialista será sospechoso de darse un papel destacado, y la crítica de la sinceridad será particularmente exigente en este caso. Si lo que describe es una acción o una situación a la que asistió sin estar directamente involucrado, la crítica de la exactitud le concederá mayor interés que si sólo se hiciera eco de afirmaciones de terceras personas.

Desde esta perspectiva, resulta pertinente la distinción clásica entre testimonios voluntarios e involuntarios. Los primeros fueron ideados

---

[9] El libro al que alude A. Prost es el de Thierry Wolton, *Le Grand recrutement,* París, Grasset, 1993. *(N. de los T.)*

[10] Tomamos este ejemplo de François Bédarida, «L'histoire de la Résistance et l'*affaire Jean Moulin», Les Cahiers de l'IHTP,* núm. 27, junio de 1994, *Jean Moulin et la Résistance en 1943,* pág. 160. Para otros ejemplos análogos a propósito de la misma obra pretendidamente histórica, véase Pierre Vidal-Naquet, *Le Trait empoisonné: réflexions su l'affaire Jean Moulin,* París, La Découverte, 1993.

para informar a sus lectores, presentes o futuros. Las crónicas, las memorias, todas las fuentes «narrativas» pertenecen a esta categoría, como también los informes de los prefectos, las monografías locales que los maestros de escuela prepararan para la exposición de 1900, así como toda la prensa... En cambio, los testimonios involuntarios no estaban destinados a informar. M. Bloch se refiere con agrado a «estos indicios que, sin premeditación, deja caer el pasado a lo largo de su ruta»[11]. Hablamos de un correspondencia privada, de un diario íntimo, de las cuentas de una empresa, de los certificados (partidas, escrituras) de matrimonio (cartas dotales), de las declaraciones de sucesión, de los objetos, las imágenes o los escarabajos de oro encontrados en las tumbas micénicas, pero también de los restos de una vasija de barro lanzados a un pozo en el siglo XIV. Así, por ejemplo, la propia chatarra que dejó un obús nos instruye más sobre el campo de batalla de Verdún que el testimonio voluntario (fabricado y falsificado) que procede de las trincheras...

Las críticas de la sinceridad y de la exactitud son más exigentes con los testimonios voluntarios. Pero tampoco es necesario ahondar en la distinción, dado que la habilidad de los historiadores consiste a menudo en tratar los testimonios voluntarios como si fueran involuntarios, y en interrogarlos sobre cosas distintas de las que querían decir. Enfrentado a los discursos pronunciados el 11 de noviembre ante los monumentos a los caídos, el historiador no se preguntará por lo que dicen, que por lo demás resulta pobre y repetitivo; se interesará por los términos utilizados, por los conjuntos de oposiciones o de sustituciones, y de este modo obtendrá una mentalidad, una representación de la guerra, de la sociedad, de la nación. A este respecto, M. Bloch siempre anotaba con humor que, «condenados, como lo estamos, a conocerlo (el pasado) únicamente por sus rastros, por lo menos hemos conseguido saber mucho más acerca de él que lo que tuvo a bien dejarnos dicho»[12].

Al margen de que un testimonio sea o no voluntario, de que su autor sea o no sincero o esté o no informado, es necesario acertar con el sentido del texto (crítica de interpretación). La atención se sitúa aquí en el sentido de los términos, en sus usos desviados o irónicos, en aquellas palabras que vienen dictadas por la situación que impone el momento (es lógico, por ejemplo, elogiar al difunto en el transcurso de una oración fúnebre). Ya el propio M. Bloch, para quien era demasia-

---

[11] *Apologie*, pág. 25 (trad. esp., pág. 52).
[12] *Ibíd.* (trad. esp., pág. 53).

do breve la relación de ciencias auxiliares de la historia que se proponía a los estudiantes, sugería añadir también la lingüística: «A hombres que en la mitad de su tiempo no podrán alcanzar el objeto de sus estudios sino a través de las palabras, ¿por qué absurdo paralogismo se les permite (...) ignorar las adquisiciones fundamentales de la lingüística?»[13]. A menudo, los conceptos cambian de sentido, de modo que los que parecen más transparentes resultan ser los más peligrosos. El término «burgués» no designa la misma realidad social en un texto medieval que en otro romántico o en Marx. Por eso mismo, podríamos establecer una historia de los conceptos que fuera previa a cualquiera otra historia[14].

En un plano más general, podemos decir que todo texto es codificado con un sistema de representaciones que se corresponde con un vocabulario concreto. Un informe redactado por un prefecto de la Restauración sobre la situación política y social de un departamento rural estará deformado, de manera inconsciente e imperceptible si se quiere, por la imagen que él se haga de los campesinos: verá lo que espera ver y lo que su representación previa le permita aceptar; en cambio, descuidará eventualmente lo que no se incluya dentro de ese esquema. La interpretación de su informe supone, pues, que el historiador tenga presente el sistema de representaciones que era habitual entre los notables de la época[15]. Por tanto, tomar en consideración las «representaciones colectivas» resulta indispensable para una correcta interpretación de los textos[16].

---

[13] *Ibíd.*, pág. 28 (trad. esp., pág. 57).

[14] Véase Reinhart Koselleck, «Histoire des concepts et histoire sociale», en *Le Futur passé*, págs. 99-118. Koselleck toma el ejemplo de un texto de Hardenberg (1907): «Una jerarquización racional que no privilegie a una *clase* frente a otra, sino que asigne su lugar a los ciudadanos de todos los estamentos según ciertas clases es una de las verdaderas y nada superficiales necesidades de un Estado» (trad. esp., pág. 107). (La versión francesa del libro de Koselleck no coincide totalmente con la española que citamos aquí. Así, lo que en castellano es «clase» en su primera aparición en la cita, en francés es «*ordre*». Esta última opción parece más acertada que la que ha elegido el traductor español de acuerdo con el sentido de lo que se está diciendo: el privilegio estamental. *[N. de los T.]*). El análisis de los conceptos, de épocas diferentes, permite aclarar la novedad de sus intenciones y su aspecto polémico.

[15] A. Corbin, «*Le vertige des foissonnements*», R. Chartier, «Le monde comme représentation», y G. Noiriel, «Pour une approche subjectiviste du social».

[16] Aunque Prost no lo diga expresamente, ese concepto, el de «representaciones colectivas», procede Émile Durkheim y justamente por eso lo pone entre comillas, como cita literal del sociólogo francés. Émile Durkheim empezó a emplear este concepto en torno a 1897, en *Le Suicide*. Según él, la vida social está hecha esencialmente de represen-

Llegados a este punto, podríamos prolongar la descripción del aparato crítico, pero seguramente resultará más provechoso detenernos en abordar el espíritu que la alienta.

El espíritu crítico del historiador

Se tiene en ocasiones la impresión de que la crítica es sólo una cuestión de sensatez y que, por eso mismo, la disciplina exigida por la corporación resultaría superflua. Sería más bien una manía de eruditos, una coquetería de científicos, un signo de reconocimiento para iniciados.

Nada hay más falso. Las reglas de la crítica y de la erudición, la obligación de ofrecer las referencias, no forman parte de unas normas arbitrarias. De hecho, son ellas las que establecen con claridad la diferencia entre el historiador profesional, el aficionado y el novelista. Pero ante todo tienen la función de educar la forma en que el historiador mira las fuentes. Una gran virtud si se quiere, en todo caso una actitud aprendida, no espontánea, pero que moldea el carácter esencial de aquellos que se dedican a este oficio.

Ese rasgo se observa de inmediato cuando uno compara los trabajos de los historiadores con aquellos otros que producen los sociólogos o los economistas. Los primeros se plantean por lo general una cuestión previa sobre el origen de los documentos y de los hechos de los que hablan. Tomemos, por ejemplo, las estadísticas de huelgas. El historiador no dará por sentada la veracidad de las cifras oficiales, sino que se interrogará sobre la forma en que se recogieron: ¿quién lo hizo?, ¿con qué procedimiento administrativo?

La actitud crítica no es, pues, natural. Seignobos lo expuso muy claramente (véase más abajo) utilizando la comparación con aquel hombre que cae al agua y cuyos movimientos espontáneos le hacen ahogarse: «Aprender a nadar es adquirir el hábito de refrenar nuestros movimientos espontáneos y realizar movimientos que no son naturales.»

---

taciones, y estas representaciones son estados de la conciencia colectiva —ese modo común de apreciar el mundo que tienen los contemporáneos—, cristalizaciones diversas que se dan en esferas y grupos distintos, cristalizaciones que son independientes de los individuos y que tienen una dinámica parcialmente autónoma hasta el punto de poder atraerse, oponerse o sintetizarse mutuamente. Las representaciones colectivas se refieren a las normas y valores de colectividades o instituciones tales como la familia, el trabajo, el Estado, la religión o la educación. *(N. de los T.)*

...la crítica se opone al giro normal de la inteligencia humana; la tendencia espontánea del hombre es creer lo que se le dice. Es natural aceptar cualquier afirmación, sobre todo una afirmación escrita —con más facilidad si está consignada en números— y más fácilmente todavía si procede de una autoridad oficial, si es, como se dice, auténtica. Aplicar la crítica es, por tanto, adoptar un modo de pensar contrario al pensamiento espontáneo, una actitud de espíritu antinatural (...). Lo cual no se logra sin esfuerzo. El movimiento espontáneo del que cae al agua es hacer todo lo posible para ahogarse. Aprender a nadar es adquirir el hábito de refrenar nuestros movimientos espontáneos y realizar movimientos que no son naturales.

(...)

La impresión especial producida por los números es en particular importante, sobre todo en las ciencias sociales. La cifra tiene un aspecto matemático que da la ilusión del hecho científico. Espontáneamente se tiende a confundir *«preciso* y *exacto»*. Una noción vaga no puede ser enteramente exacta; de la oposición entre vago y exacto se llega a la identidad entre «exacto» y «preciso». Se olvida que un dato muy preciso es con frecuencia muy falso. Si digo que hay en París 525.637 almas será una cifra precisa, mucho más precisa que «dos millones y medio», y, sin embargo, mucho menos verdadera. Se dice vulgarmente: «definitivo como una cifra», aproximadamente en el mismo sentido que «la verdad a secas», lo cual hace sobreentender que la cifra es la forma perfecta de la verdad. Se dice también: «son números», como si toda proposición se hiciese verdadera en cuanto adopta forma aritmética. La tendencia es todavía más fuerte cuando en vez de una cifra aislada se ve una serie de cifras enlazadas mediante operaciones aritméticas. Las operaciones son científicas y ciertas, inspiran una impresión de confianza que se extiende a los datos de hecho sobre los que se ha trabajado. Es necesario un esfuerzo de crítica para distinguir, para admitir que en un cálculo justo los datos puedan ser falsos, lo cual quita todo valor a los resultados.

La Méthode historique appliquée aux sciences sociales, págs. 32-35 (trad. esp., págs. 31-34).

Todavía subsisten hoy aquellas creencias contra las que Seignobos nos ponía en guardia. Nuestra obligación es oponer resistencia al prestigio de las autoridades oficiales. Resulta más necesario que nunca no ceder a la sugestión que provocan las cifras precisas ni al vértigo que

producen los números. La exactitud y la precisión son cosas distintas, y una cifra aproximada vale más que los decimales ilusorios. Los historiadores harían mejor sus deberes si, al utilizar los métodos cuantitativos, a menudo indispensables, estuvieran más atentos a desmitificar cifras y cálculos.

A estas advertencias, todavía hoy de actualidad, conviene añadir otras nuevas. Se refieren al testimonio de los testigos directos y a la imagen. Nuestra época, aficionada a la historia oral, acostumbrada por la televisión y la radio a «vivir» —y se dice sin bromear— los acontecimientos en directo, concede a la palabra de los testigos un valor excesivo. En cierta ocasión, durante un curso de *licence,* empleé la crítica interna para datar a finales de 1940 una octavilla estudiantil —el texto se refería a la manifestación del 11 de noviembre como si de un hecho reciente se tratara[17]. Pues bien, los alumnos se mostraron dubitativos y lamentaron no poder encontrar a ningún estudiante del curso de 1940 que hubiera distribuido aquella octavilla y que se acordara de esa fecha. Como si la memoria de los testigos directos, medio siglo después del acontecimiento, fuera más fiable que las indicaciones materiales proporcionadas por el documento.

Lo mismo sucede con las imágenes. La fotografía consigue convencernos: ¿acaso la película no fijaría la verdad? Tomemos, por ejemplo, dos instantáneas de la firma del pacto germano-soviético: en una sólo aparecen Ribbentrop y Molotov; en la otra, además de estos dos personajes, aparece un decorado diferente y detrás de ellos, de pie, se disponen todos los oficiales de la URSS, incluido el propio Stalin. Pues bien, basta compararlas detenidamente para advertir la posible amplitud de los trucajes[18]. Lo mismo ocurre cuando se dice que en todas las

---

[17] Se trata de una célebre manifestación estudiantil contra la ocupación. Para entonces, el armisticio había sido firmado, la «paz» reinaba en Francia y el término «resistencia» aún no existía. En ese contexto estaba prohibida toda conmemoración o celebración, en especial la del armisticio de 1918. De ahí la importancia simbólica de este primer acto de resistencia, que inicialmente no era más que el intento de un pequeño grupo de estudiantes de liceo de depositar una ofrenda ante la tumba del soldado desconocido en homenaje a aquel armisticio de 1918. Como recuerdo existe una Association des Résistants du 11 Novembre 1940 y cada año se celebra tal fecha en honor de esos dos hechos. *(N. de los T.)*

[18] La falsa es la fotografía sin Stalin y sin el Buró político, por dos razones. Crítica externa: es más fácil recortar los dos personajes centrales para borrar los otros que añadirlos. Crítica interna: los soviéticos tenían interés en minimizar el compromiso de Stalin tras la ofensiva alemana en Rusia. Sobre la crítica del documento fotográfico, véase Alain Jaubert, *Le Commissariat aux archives. Les photos qui falsifient l'histoire.*

películas que los aliados filmaron sobre la Primera Guerra sólo hay dos secuencias tomadas en las líneas de batalla. De este modo, nos damos cuenta de que es esencial realizar una crítica en términos de representaciones colectivas antes de utilizar eventualmente este tipo de documentos.

No obstante, como se puede observar, ni la critica de los testimonios orales ni la de las fotografías o la de las películas difieren de la crítica histórica clásica. Se trata del mismo método, aunque se aplique ahora a otro tipo de documentos. La única variación puede estar en que a menudo utilizamos conocimientos específicos —por ejemplo, el conocimiento preciso de las condiciones de rodaje que se daban en una determinada época. Pero fundamentalmente es el mismo planteamiento que un medievalista sigue ante sus documentos. El método crítico es uno y, como veremos, es el único método consustancial a la historia.

Fundamentos y límites de la crítica

La historia, conocimiento por huellas

La importancia que todas las obras sobre epistemología de la historia otorgan al método crítico es un signo inequívoco de que estamos ante un aspecto central. ¿Por qué no hay historia sin crítica? La respuesta es todavía hoy la misma, la de Langlois y Seignobos, la de Bloch y Marrou: puesto que la historia se refiere al pasado, su conocimiento esta basado en huellas.

No podemos definir la historia como el conocimiento del pasado, como a menudo decimos un poco a la ligera, puesto que el carácter de *pasado* no basta para definir un hecho o un objeto de conocimiento. Todos los hechos *pasados* fueron antes hechos *presentes:* entre unos y otros no existe ninguna diferencia de naturaleza. *Pasado* es un adjetivo, no un sustantivo, que se utiliza de forma abusiva para designar el conjunto indefinidamente abierto de los objetos que pueden presentar ese rasgo o recibir tal denominación.

De esta constante se derivan dos consecuencias a las que no se concederá jamás la importancia que merecen. En primer lugar, nos impide especificar la historia por su objeto. Todas las ciencias que se dicen tales tienen su propio ámbito, cualquiera que sea su interdependencia. Su nombre es suficiente para que distingamos el dominio que exploran y aquel que queda fuera de su esfera de actuación. La astronomía

estudia los astros, no el sílex ni la población. La demografía se ocupa de las poblaciones, etcétera. Pero la historia puede interesarse tanto por el sílex como por la población, o incluso por el clima... No hay, pues, hechos *históricos* por naturaleza como hay hechos *químicos* o *demográficos*. El término *historia* no pertenece, pues, al mismo conjunto que los términos *biofísica molecular, física nuclear, climatología* o la propia *etnología*. Como recalcó Seignobos, «no hay más que hechos históricos por *posición*».

CHARLES SEIGNOBOS: NO HAY MÁS QUE HAY HECHOS HISTÓRICOS POR POSICIÓN

Pero, en cuanto se trata de delimitar prácticamente el terreno de la Historia, una vez que se intenta trazar los confines entre una ciencia histórica de los hechos humanos del pasado y una ciencia actual de los hechos humanos del presente, se ve que no puede establecerse ese límite, porque en realidad no hay hechos que sean históricos por su naturaleza, como hay hechos fisiológicos o biológicos. En el uso vulgar, la palabra «histórico» se toma todavía en el sentido antiguo: digno de ser contado. Se dice en este sentido una «jornada histórica» o una «frase histórica». Pero esta noción de la Historia se ha abandonado; cualquier incidente pasado forma parte de ella, tanto el traje que usaba un aldeano del siglo XVIII como la toma de la Bastilla, y los motivos que hacen parecer un hecho digno de mención son variables hasta el infinito. La Historia comprende el estudio de todos los hechos pasados, políticos, intelectuales, económicos, la mayor parte de los cuales han pasado desapercibidos. Parecería, pues, que los hechos históricos pudieran definirse como los «hechos pasados», en oposición a los hechos actuales que son objeto de las ciencias descriptivas de la humanidad. Precisamente esta oposición es la que no puede mantenerse en la práctica. Ser presente o pasado no es una diferencia de carácter interno, que dependa de la naturaleza de un hecho, no es sino diferencia de posición con respecto a un observador dado. La Revolución de 1830 es un hecho pasado para nosotros, presente para los que la hicieron. Y de igual modo la sesión de ayer en la Cámara es ya un hecho pasado.

No hay, por tanto, hechos históricos por su naturaleza, no hay hechos históricos más que por posición. Es histórico todo hecho que ya no se puede observar directamente porque ha dejado de existir. No hay carácter histórico inherente a los hechos, no hay histórico más que la manera de conocerlos. La Historia no puede, a causa de esto, ser una ciencia, no es más que un medio de conocimiento.

Entonces se plantea la cuestión previa en todo estudio histórico: ¿cómo se puede conocer un hecho real que ya no existe? He aquí la toma de la Bastilla: insurrectos, todos muertos al presente, han tomado contra militares, muertos también, una fortaleza que ya no existe. O, para considerar un ejemplo de orden económico, obreros hoy muertos, dirigidos por un ministro que también murió, han fundado la fábrica de los Gobelinos[19]. ¿Cómo alcanzar un hecho ninguno de cuyos elementos puede ser ya observado? ¿Cómo conocer actos ninguno de cuyos actores ni el escenario pueden ya verse? He aquí la solución de esta dificultad. Si los actos que se trata de conocer no hubieran dejado ninguna huella, no sería posible ningún conocimiento de ellos. Pero muchas veces los hechos desaparecidos han dejado huellas, a veces directamente en forma de objetos materiales, casi siempre indirectamente en forma de escritos que redactaron las personas testigos de esos hechos. Estas huellas son los *documentos,* y el método histórico consiste en examinar los documentos para llegar a determinar los hechos pasados de que los documentos son las huellas. Toma por punto de partida el documento observado directamente, y desde ahí se remonta, por una serie de razonamientos complicados, hasta el hecho pasado que se trata de conocer. Difiere, pues, radicalmente de todos los métodos de las otras ciencias. En lugar de observar directamente hechos, actúa indirectamente razonando sobre documentos. Siendo todo conocimiento histórico indirecto, la Historia es esencialmente una ciencia de razonamiento. Su método es un método indirecto, por razonamiento.

La Méthode historique appliquée aux sciences sociales, págs. 2-5 (trad. esp., págs. 6-8).

Si no hay un carácter histórico que sea inherente a los hechos, si lo histórico es sólo la manera de conocerlos, de ello resulta, como señalara Seignobos abogando por una historia «científica», que la historia no es «una ciencia, no es más que un medio de conocimiento». Se trata de una aserción que ha sido subrayada a menudo y de forma legítima. Jus-

[19] Como se sabe, la «fábrica de los Gobelinos» alude a una manufactura real dedicada a la tapicería, fundada por Colbert (1619-1683) a partir de la reunión de varios talleres parisinos. El nombre procede de Jean Gobelin, un artesano dedicado inicialmente a la tintorería que obtuvo gran renombre en toda Europa. Su taller, conocido como los Gobelins, fue adquirido por Colbert en 1662 para instalar dicha manufactura. Así, sus operarios fueron los encargados de abastecer al monarca Luis XIV, tanto de tapices como de otros elementos decorativos. Estas piezas artísticas pueden observarse hoy en día en el Louvre, en el palacio de Versalles o en el propio Museo de la Manufacture Nationale des Gobelins. *(N. de los T.)*

tificaría, por ejemplo, el título que Marrou dio a su libro: *El conocimiento histórico.*

Así pues, como tal proceso, la historia es un conocimiento basado en huellas[20]. Como acertadamente dijo J.-Cl. Passeron, es «un trabajo sobre objetos perdidos». Procede a partir de las huellas que el pasado nos ha dejado, de «informaciones en forma de vestigios que son solidarias de contextos no observables directamente»[21]. Por lo general, se trata de documentos escritos, tales como los que hallamos en los archivos, periódicos, obras, aunque también pueden ser objetos materiales: por ejemplo, parte de una moneda o de una vasija de barro encontradas en una sepultura o, si nos acercamos en el tiempo, las banderas de los sindicatos, las herramientas de un trabajador o los obsequios que recibe un obrero cuando alcanza la jubilación. En todos los casos, el historiador trabaja sobre esas huellas para reconstruir los hechos. Esa operación es, pues, constitutiva de la historia; en consecuencia, las reglas del método crítico que la gobiernan son, en el sentido propio del término, fundamentales.

Es por eso por lo que podemos comprender mejor lo que dicen los historiadores cuando se refieren a los hechos. Un hecho no es otra cosa que el resultado de un razonamiento que se obtiene al aplicar las reglas de la crítica sobre las huellas del pasado. Es necesario reconocerlo, lo que los historiadores llaman indiferentemente «hechos históricos» constituye un auténtico «bazar» digno de un inventario a la Prévert[22]. Tomemos, por ejemplo, algunos hechos: Orleans fue liberada por Juana de Arco en 1429; Francia era el país más poblado de Europa en vísperas de la Revolución; en el momento de las elecciones de 1936, el número de parados en Francia era de menos de un millón; bajo la Monarquía de Julio, la jornada de trabajo de los obreros era superior a las doce horas; la laicidad se convirtió en un asunto político de primer orden a fines del Segundo Imperio; el uso del vestido blanco nupcial se extendió en la segunda mitad del siglo XIX bajo la influencia de los

---

[20] M. Bloch *(Apologie,* pág. 21) (trad. esp., pág. 47) atribuye a Simiand la paternidad de esta «feliz expresión». El texto de Seignobos que hemos reproducido antes muestra que la idea ya estaba en el ambiente.

[21] *Le Raisonnement sociologique,* pág. 69.

[22] Se refiere, sin duda, al poeta surrealista Jacques Prévert (1900-1977). Por otra parte, el término inventario aplicado a este escritor está tan extendido que ha servido de título a diversas obras que se le han dedicado. Véase, por ejemplo, Alain Rustenholz, *Prévert, inventaire,* París, Le Seuil, 1996, o Bernard Chardere, *Jacques Prévert-Inventaire d'une vie,* París, Gallimard, 1997. *(N. de los T.)*

grandes almacenes; la legislación antisemita de Vichy no fue dictada por los alemanes. ¿Qué hay de común entre todos estos «hechos» heteróclitos? Un sólo punto: son afirmaciones verdaderas, y lo son porque resultan de una elaboración metódica, de una reconstrucción a partir de huellas.

Por lo demás, si bien este procedimiento es el único posible para conocer el pasado, no quiere ello decir que sea exclusivo de la historia. Los politólogos que analizan la popularidad de los candidatos a unas elecciones, los especialistas de *marketing*, los economistas que se interrogan sobre una recesión o sobre una etapa de crecimiento, los sociólogos que examinan el malestar social que existe en los suburbios de una gran ciudad, los jueces que persiguen la droga o la corrupción, todos ellos interpretan huellas. El uso del método crítico desborda con mucho el dominio de la historia.

No hay hechos sin preguntas

La escuela metódica, la fundadora de la profesión histórica en Francia, no se contentaba con este tipo de análisis. En el contexto cultural de fines del siglo XIX —dominado por el método experimental de Claude Bernard—, su reto consistía en hacer de su disciplina una «ciencia» en todos los sentidos. De ahí que dicha escuela combatiera contra la historia que se presentaba bajo una concepción «filosófica» o «literaria».

Esta perspectiva obligaba a poner al historiador en relación con científicos que trabajan en su laboratorio como el químico o el naturalista, centrando así la argumentación en la observación. La historia, tal y como pretendían Langlois y Seignobos, también era una ciencia de la observación. Ahora bien, mientras que el químico o el naturalista observan directamente los fenómenos de su disciplina, el historiador ha de contentarse con observaciones indirectas, menos fiables por tanto. Sus testigos no son ayudantes de laboratorio que, siguiendo protocolos precisos, recopilen de forma sistemática los resultados de la experimentación. De ese modo, el método crítico no es sólo el fundamento de la historia entendida como conocimiento, sino como ciencia. Así, mientras que hasta ese momento Seignobos había declarado que la historia no podía ser una ciencia, en realidad contaba con la crítica para colmar la diferencia que la separaba de ella.

Esta voluntad de otorgar a la historia un estatuto científico explica la importancia que aquella generación de historiadores concedía a la

publicación sistemática y definitiva de documentos críticos. Su sueño no era otro que el de un repertorio exhaustivo de todos los textos disponibles que, tras una vigilante depuración crítica, fuera puesto a disposición de los historiadores. De ahí surgía también su idea de disponer de un acervo histórico que, gracias a la crítica, se hubiera desembarazado de leyendas y falsedades. De ahí, asimismo, la continuidad que se daba entre la enseñanza secundaria y la investigación histórica, ésta alimentando a aquélla y surtiéndola de hechos listos para ser utilizados; la continuidad, en fin, entre la historia enseñada y la historia científica, desprovista de su andamiaje crítico...

Resulta fácil caricaturizar esta concepción de la historia. H.-I. Marrou se mofaba de aquellos eruditos positivistas que creían que

> poco a poco se acumula en nuestras fichas el puro trigo candeal de los «hechos»: al historiador no le queda ya sino referirlos con exactitud y fidelidad, procurando (...) dejar que hablen únicamente los testimonios reconocidos como válidos. En una palabra, que él no construye en modo alguno la historia, sino que la vuelve a encontrar[23].

H.-I. Marrou prosigue citando en esta ocasión a R. G. Collingwood[24], autor que, en efecto, no escatima sarcasmos para referirse a esa historia de «tijeras-y-engrudo»[25] *(scissors and paste history)* construida a partir de esos hechos prefrabricados *(ready-made statements)* que los historiadores obtendrían con sólo acudir a los documentos, de forma similar a como el arqueólogo separa un fragmento de una vasija de la tierra que lo rodea.

La caricatura es excesiva y, sin duda, Seignobos nunca se hubiera reconocido en una simplificación tan simplista como ésta. Por lo demás, convendría ser honestos: la mayoría de los historiadores, cuando

---

[23] *De la connaissance historique,* pág. 54 (trad. esp., pág. 43).

[24] Tengo debilidad por Robin George Collingwood. Fue un gran espíritu y, en mi opinión, el único filósofo que fue asimismo historiador. Profesor de filosofía en Oxford, también fue arqueólogo e historiador de la Inglaterra antigua. A él le debemos un volumen de la *Cambridge Ancient History of England* y numerosos artículos eruditos sobre la Gran Bretaña romana. En otras palabras, es divertido y se le lee con placer...

[25] En este caso como en los anteriores, mantenemos el criterio de utilizar la traducción castellana ya existente. Sin embargo, quizá hubiera sido preferible sustituirla por la de «recortar y pegar», de empleo más común, entre otras cosas porque el término engrudo —tan simpático y entrañable— ha caído en desuso al ser reemplazado por otros pegamentos. *(N. de los T.)*

en su quehacer cotidiano imparten cursos o escriben obras de síntesis, lo hacen siguiendo el esquema de Seignobos. Los historiadores dedican buena parte de su tiempo a leerse los unos a los otros y a reutilizar el trabajo de sus colegas. En efecto, los libros que unos escriben se convierten para otros en recopilaciones de hechos, canteras a las que recurren para surtirse de piedras con las que construir sus edificios. El dominio de la historia es tan vasto y las fuentes tan abundantes que sería absurdo descartar el trabajo de nuestros colegas y nuestros predecesores, siempre y cuando cuenten con las garantías metodológicas requeridas: reemprenderlo todo volviendo a las fuentes sería una empresa vana y desesperada. Si los grandes antecesores de la escuela metódica hubieran andado totalmente descaminados, si los hechos no fueran, en ciertos aspectos, materiales acumulados por la investigación crítica en beneficio de otros historiadores, entonces éstos no se habrían tomado la molestia de acumular tantas notas citando los libros de sus colegas. De ese modo, si bien ellos subrayan determinadas ideas que desean prolongar o discutir, también tienen en cuenta y se sirven de muchos otros hechos. No estaría de más decir lo que estas prácticas son: ningún historiador renuncia a tomar de otros historiadores los hechos prefabricados, con tal de que estén bien construidos y pueda reutilizarlos en su propio edificio.

Por otra parte, deberíamos señalar que la disociación entre el establecimiento de los hechos por el método crítico y su posterior interpretación, aunque responda a las exigencias propias de la enseñanza y de la síntesis, no es lógicamente sostenible. En realidad, nos estamos equivocando de camino si lo erigimos en principio de la investigación histórica[26].

Volvamos sobre la distinción entre observación directa e indirecta, la cual no es de gran utilidad por lo que al método respecta. Como se ha visto, puede aplicarse por un lado a las investigaciones sobre el presente y, por otro, concierne a las huellas materiales directamente observadas[27].

Volvamos también sobre la imposibilidad lógica de comenzar en la práctica la historia por la crítica de las huellas. La exposición clásica del método histórico sitúa la crítica como fundamento lógico de su edificio y exige que todo historiador tenga unas determinadas competen-

---

[26] El error de Seignobos reside en creer que la enseñanza y la investigación proceden siguiendo la misma lógica. Véase nuestro artículo «Seignobos revisité».

[27] M. Bloch discute ampliamente sobre este punto (*Apologie*, págs. 17-20).

cias en ese sentido, de modo que quien no las posea no pueda ejercerla. Recordemos que la crítica procede por comparaciones y que es imposible demostrar la falsedad de un documento si desconocemos cómo debería estar presentado. Ya hemos subrayado la necesidad de descifrar los textos a partir de las representaciones colectivas subyacentes a su construcción. De ese modo, sólo un historiador aguerrido está preparado para practicar la crítica. Así lo confirman, por otra parte, las dificultades que tienen los estudiantes cuando han de comentar un texto. Si bien les tranquiliza porque evitan de entrada el vértigo que produce la hoja en blanco, la experiencia de quien corrige enseña que les resulta mucho más difícil que responder a una pregunta. El historiador se halla, pues, encerrado en un círculo vicioso: lo que define su tarea es la crítica de fuentes, pero no puede hacerlo si no es ya historiador.

La ingenuidad fundamental de la escuela metódica de fines del siglo XIX radica en la simplicidad de la secuencia documento/crítica/hecho. M. Bloch, refiriéndose concretamente a Langlois y Seignobos, lo deja bien claro:

> Muchas personas, y aun al parecer ciertos autores de manuales, se forman una imagen asombrosamente cándida de la marcha de nuestro trabajo. En el principio, parece decir, están los documentos. El historiador los reúne, los lee, se esfuerza en pesar su autenticidad y su veracidad. Tras ello, únicamente tras ello, deduce sus consecuencias. Desgraciadamente, nunca historiador alguno ha procedido así, ni aun cuando por azar cree hacerlo[28].

En efecto, los Monod, Lavisse, Langlois y Seignobos, que teorizaron sobre las reglas de la crítica y elaboraron a partir de ellas la deontología de la profesión, no obraron así. Pero si no fueron conscientes se debió a que su elección decisiva, que consistía en interesarse por las decisiones de los Estados y el funcionamiento de las instituciones, les llevaba a privilegiar los documentos de los archivos públicos. Como, por otra parte, les parecía que tal elección se imponía por sí misma, no se preocuparon de justificarla, ni tan siquiera de explicitarla. Ahora bien, eso les impidió ser conscientes de cuál era su propio planteamiento.

La misma elección explica que su historia se presente como el estudio de ciertos periodos, dado que su interés se centra en la sucesión de regímenes políticos, y éstos se inscriben en unas etapas determinadas.

---

[28] *Ibíd.*, pág. 26 (trad. esp., pág. 54).

A esta historia-periodo se le opone la historia-problema, en la que las preguntas explícitas son la base que perfila su objeto de estudio. Esta oposición es antigua, como la prescripción que encierra: el gran precepto de Lord Acton a finales del siglo XIX era ya «estudien los problemas, no los periodos»[29]. En realidad, incluso los investigadores que se ocupan de los periodos construyen su historia a partir de preguntas, aunque éstas permanezcan implícitas y en consecuencia mal formuladas.

En efecto, la historia no puede proceder a partir de los hechos: no los hay sin preguntas, sin hipótesis previas. Lo que puede suceder es que el interrogante esté implícito, pero si falta, entonces el historiador estará desamparado y no sabrá qué buscar ni dónde hacerlo. Puede darse el caso también de que la pregunta sea inicialmente vaga, pero si no se precisa posteriormente la investigación quedará abortada. La historia no es el arte de pescar con red; el historiador no lanza sus aparejos al azar para ver si capturará peces y de qué tipo. Jamás hallaremos respuesta a preguntas que nos hallamos planteado previamente... En esto, la historia no se diferencia de las otras ciencias, como ya subrayara P. Lacombe en 1894:

PAUL LACOMBE: NO HAY OBSERVACIÓN SIN HIPÓTESIS

> La historia (...) no se presta a la experiencia en el sentido científico de la palabra[30]. Bajo su perspectiva, el único procedimiento posible es el de la observación. Es necesario que nos pongamos de acuerdo sobre el significado de ese término. Harto generalmente se imagina que la observación consiste en tener los ojos fijos sobre la oleada infinita de los fenómenos que pasan; y al pasar, alcanzar los fenómenos que establecen una de esas ideas que son la revelación de sus aspectos generales. Pero la infinita diversidad de los fenómenos no arroja sino incertidumbre y duda en el espíritu vacío de toda concepción. Precisamente, observar es no mirar todo con una ojeada vagamente atenta y expectante. Es concentrar la vista sobre ciertas regiones o sobre ciertos aspectos en virtud de un principio de elimina-

[29] Lord Acton, *A Lecture on the Study of History, Delivered at Cambridge, june 11 1895*, Londres, Macmillan, 1895, 142 págs. Véase también F. Furet, *De l'histoire récit à l'histoire problème.*

[30] Hemos añadido, con nuestra propia traducción, las líneas que van desde «Bajo» hasta «término». Estas pocas líneas no existen en la versión castellana editada, pero sí en la cita que reproduce Prost. *(N. de los T.)*

ción y elección, indispensable ante la enorme multiplicidad de los fenómenos. Una hipótesis concebida, un proyecto preconcebido de verificación es lo que sólo suministra ese principio que circunscribe la vista, la atención en un sentido especial y la cierra en cualquier otro. Si es evidente que una hipótesis exige ser verificada, también es cierto aunque menos evidente, que la observación exige previamente la concepción de una hipótesis.

De l'histoire considérée comme science, pág. 54 (trad. esp., págs. 54-55).

Los historiadores de la escuela de los *Annales,* que se reclamaban herederos tanto de Lacombe como de Simiand, insistieron especialmente sobre este punto, y con razón. L. Febvre, con su habitual inspiración, despachaba con un símil rural a aquellos historiadores que no se plantean preguntas:

...si el historiador no se plantea problemas, o planteándoselos no formula hipótesis para resolverlos, está atrasado con respecto al último de nuestros campesinos. Porque los campesinos saben que no es conveniente llevar a los animales a la buena de Dios para que pasten en el primer pasto que aparezca: los campesinos apriscan el ganado, lo atan a una estaca y le obligan a pacer en un lugar mejor que en otro. Y saben por qué[31].

Los historiadores de la escuela metódica, como Langlois y Seignobos, se mostraron relativamente de acuerdo sobre las cuestiones que se plantearon. Por esa razón, no lograron establecer esta interdependencia entre hechos, documentos y preguntas. Ése es precisamente el punto débil de su epistemología, aunque el mismo Seignobos dejara constancia de que al documento se iba para interrogarlo. El propio M. Bloch utiliza el término «sorprendente» para calificar una frase que se le escapara a su querido maestro, frase que —añadía— no puede decirse que sea el «propósito de un fanfarrón»: «Es muy útil hacerse preguntas, pero muy peligroso responderlas»[32].

Como contrapartida, su deontología sobre la forma en que se establecen los hechos continúa siendo la regla de la profesión. Cualquiera que sea la escuela de la que uno se reclame miembro, el historiador actual respeta los principios de la crítica. G.-P. Palmade tenía razón cuan-

[31] *Combats pour l'histoire,* pág. 23 (trad. esp., pág. 44).
[32] *Apologie,* pág. XVI (trad. esp., págs. 18-19).

do señalaba en 1969, en el prefacio a una reedición de la *Histoire sincère de la nation française* de Seignobos, que todos nosotros somos herederos, «aunque a veces inconscientes o ingratos», de la generación de fundadores de la profesión. Lo que ocurre es que minimizamos su contribución «por haberla asimilado completamente».

En efecto, cualesquiera que sean los documentos utilizados o las cuestiones planteadas, lo que está en juego en la fase del establecimiento de los hechos es la fiabilidad o la verdad del texto que el historiador dará a sus lectores. De eso depende el valor de la historia como «conocimiento». La historia se basa en los hechos, y al historiador se le aprecia en la medida en que los produzca en apoyo de sus afirmaciones. La solidez de un texto histórico, la cualidad de ser científicamente admisible, depende del cuidado que presta a la construcción de los hechos. El aprendizaje del oficio descansa, pues, a la vez sobre el planteamiento crítico, el conocimiento de las fuentes y la práctica de la interrogación. Es necesario aprender varias cosas a un tiempo: tomar notas correctamente, leer adecuadamente un texto sin equivocarse sobre su sentido, sus intenciones o su alcance, y plantear las preguntas pertinentes. De ahí la importancia que en los estudios de historia tienen, al menos en el caso francés, las «explicaciones de documentos», textos, imágenes, tablas estadísticas, etcétera. Es por eso por lo que, cuando se evalúa a los investigadores, se concede un gran valor al trabajo hecho sobre fuentes de primera mano, esa labor en que se indica su procedencia, esa tarea en la que se señalan las referencias, es decir, hablamos de aquella ocupación en la que se da un gran relieve a todo lo que llamamos el «aparato crítico». La historia, para bien o para mal, no soporta la imprecisión, no soporta el «poco más o menos», el «aproximadamente». Una fecha, una referencia, o son algo cierto o, por el contrario, son falsas. No es una cuestión de opinión. Lo que debemos hacer, si queremos impugnar una determinada lectura de la historia, es producir otros hechos, otros datos, otras referencias.

Sabemos que la profesión histórica está atravesada por divisiones internas, como ocurre con cualquier grupo social. Pero, a pesar de ello, mantiene una deontología común. En ese caso, ¿no es a ésta a la que debemos el hecho de haber preservado una cierta unidad?

4

Las preguntas del historiador

Sin hechos no hay historia, como no la hay sin preguntas, de modo que éstas ocupan un lugar capital en su construcción.

En efecto, la historia no puede ser definida ni por su objeto ni por sus documentos. Como hemos visto, no existen hechos históricos por naturaleza, puesto que el abanico de hechos potencialmente históricos es ilimitado. Podemos hacer —y hacemos en la práctica— historia de todo: del clima, de la vida material, de las técnicas, de la economía, de las clases sociales, de los ritos, de las fiestas, del arte, de las instituciones, de la vida política, de los partidos políticos, del armamento, de las guerras, de las religiones, de los sentimientos (el amor), de las emociones (el miedo), de la sensibilidad, de las percepciones (los olores), de los mares, de los desiertos, etcétera. Son las preguntas las que construyen el objeto histórico, procediendo a un recorte original del universo ilimitado de los hechos y de los documentos posibles. Desde un punto de vista epistemológico, la pregunta, pues, desempeña una función fundamental, en el sentido etimológico del término, dado que es la que funda, la que constituye el objeto histórico. En cierto sentido, una historia vale lo que valgan sus interrogantes. De ahí la importancia y la necesidad de plantearse la pregunta de la pregunta.

¿Qué es una pregunta histórica?

Preguntas y documentos

La pregunta del historiador no es ingenua. No es lógico, por ejemplo, que se interrogue sobre el sentido de la naturaleza que tenía el hombre de Cromañón, pues sabe que, sin huellas, la cuestión es ocio-

sa. Por tanto, ocuparse de eso sería perder el tiempo. Con las preguntas —que son las que permiten construir los hechos—, el historiador puede hacerse una idea de las fuentes y de los documentos que le permitirán resolverlas, es decir, se hará una primera idea sobre la forma en que podría tratar estos últimos. «Cada vez que el historiador hace una pregunta —escribe R. G. Collingwood— (...), ya tiene en la mente una idea preliminar y como de ensayo de la prueba histórica que podrá emplear (...). Hacer preguntas a las que no se ven posibilidades de respuesta es el pecado fundamental en la ciencia, como en la política dar órdenes que no se cree serán obedecidas (...)»[1].

No hay preguntas sin documentos. Un historiador no se plantea jamás una «simple pregunta», incluso aunque se trate de una pregunta simple. Sus interrogantes no están desnudos, sino equipados, puesto que incorporan una idea sobre los documentos y los procedimientos de investigación posibles. Además, comporta un conocimiento mínimo de las diversas fuentes a emplear y una imagen sobre su utilización con unos métodos determinados, métodos para los que otras investigaciones ya han mostrado el camino a seguir... Volvemos así a nuestro particular círculo vicioso: se necesita ser ya historiador para formular una pregunta histórica.

Robin G. Collingwood: Preguntar históricamente

> Y de todas las cosas perceptibles para él no hay ninguna que no pueda utilizar como prueba histórica en alguna cuestión, si la aborda con la pregunta justa en la mente. El ensanchamiento del conocimiento histórico se produce principalmente por el descubrimiento de cómo utilizar a manera de testimonio histórico esta o aquella clase de hecho percibido, que hasta entonces los historiadores han considerado como inservibles.
>
> Por consiguiente, la totalidad del mundo perceptible es potencialmente y en principio testimonio histórico para el historiador. Se convertirá en testimonio histórico en la medida en que pueda utilizarlo. Y no podrá utilizarlo a menos que lo aborde con la especie

[1] R. G. Collingwood, *The Idea of History*, pág. 281 (trad. esp., pág. 270). (Antoine Prost traduce del inglés los párrafos de Collingwood y los incluye en francés en su propio texto. Sin embargo, reproduce en nota la versión original. En cambio, dada su extensión no hace lo mismo con los textos que introduce en recuadro aparte. Nosotros hemos optado por ahorrarle al lector el original inglés cuando dispongamos de edición castellana. *[N. de los T.]*).

justa de conocimiento histórico. Mientras más conocimiento histórico poseemos, más podemos aprender de cualquier testimonio histórico determinado; si no poseyéramos ninguno no podríamos aprender nada. El testimonio histórico es testimonio histórico solamente cuando alguien lo considera históricamente.

The Historical Imagination, pág. 19 (trad. esp., págs. 239-240).

Sin preguntas no hay documentos. Son las preguntas del historiador las que consiguen que las huellas que el pasado nos ha legado se conviertan en fuentes y documentos. Antes de que las interroguemos, las huellas del pasado no se perciben como huellas posibles de algo. M. Bloch lo ilustró con un ejemplo muy expresivo: «Antes de Boucher de Perthes abundaban las herramientas de pedernal, al igual que en nuestros días, en la tierras de aluvión del Soma; pero no habiendo quien las interrogara, no había prehistoria»[2].

Eso supone admitir a la vez que «el documento mismo no existe anteriormente a la intervención de la curiosidad del lector»[3], y que todo puede constituir un documento, y es a eso a lo que se acoge el historiador, tal como reza una fórmula definitiva de R. G. Collingwood: «Everything in the world is potential evidence for any subject whatever»[4]. A condición, claro está, de que el historiador sepa como utilizarla. L. Febvre lo sabía muy bien: la parte más apasionante del trabajo del historiador consiste en hacer que hablen las cosas muertas.

Lucien Febvre: Todo puede ser documento

Indudablemente la historia se hace con documentos escritos. Pero también puede hacerse, debe hacerse, sin documentos escritos si éstos no existen. Con todo lo que el ingenio del historiador pueda permitirle utilizar para fabricar su miel, a falta de las flores usuales. Por tanto, con palabras. Con signos. Con paisajes y con tejas. Con formas de campo y malas hierbas. Con eclipses de luna y cabes-

---

[2] *Apologie,* pág. 26 (trad. esp., pág. 54).

[3] H.-I. Marrou, *De la connaissance historique,* pág. 302 (trad. esp., pág. 218).

[4] R. G. Collingwood, *The Idea of History,* pág. 280 («Todo lo que hay en el mundo es prueba potencial para cualquier tema», trad. esp., pág. 270). Más aún: «Todo lo que se usa como prueba histórica es prueba histórica y nadie sabe lo que va a ser útil como prueba histórica hasta que haya tenido ocasión de emplearla», *ibíd.*

tros. Con exámenes periciales realizados por geólogos y análisis de espadas de metal realizados por químicos. En una palabra: con todo lo que siendo del hombre depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre. ¿No consiste toda una parte y, sin duda, la más apasionante de nuestro trabajo como historiadores, en un constante esfuerzo para hacer hablar a las cosas mudas, para hacerlas decir lo que no dicen por sí misma sobre los hombres, sobre las sociedades que las han producido, y en constituir finalmente entre ellas esa amplia red de solidaridades y mutuos apoyos que suple la ausencia del documento escrito?

Combats pour l'histoire, pág. 428 (trad. esp., págs. 232-233).

La primacía de la pregunta sobre el documento tiene dos consecuencias. Por un lado, nos advierte de que no podemos hacer una lectura definitiva de un documento dado. El historiador nunca agota sus documentos, pues siempre podrá interrogarlos con otras preguntas, siempre podrá hacerlos hablar con otros métodos. Tomemos como ejemplo las declaraciones de sucesión que reposan en los archivos fiscales. Son conocidas las grandes investigaciones que las utilizaron, estudios que vaciaron un amplio muestrario de datos y que permitieron extraer informaciones sobre las fortunas francesas del siglo XIX[5]. Ahora bien, esas fuentes pueden darnos otras cosas: noticias sobre los regímenes matrimoniales y las dotes, si uno se interesa por este tipo de unión, o sobre la movilidad profesional y geográfica... En efecto, en este tipo de declaraciones se hace constar necesariamente el nombre, el domicilio y la ocupación de los herederos, e incluso podríamos, si no dispusiéramos de ninguna otra documentación sobre el tema, extraer datos para un estudio sobre la mortalidad.

Se observa, pues, el papel fundamental que la pregunta ocupa en la construcción del objeto histórico. Las declaraciones de sucesión, por ejemplo, pueden servir como fuente para emprender las investigaciones más diversas. Son las preguntas las que nos permiten hacer una historia de las fortunas o una historia de la movilidad social, y ambas son posibles sobre la base de un mismo documento, partiendo de una se-

[5] *Les Fortunes françaises au XIXe siècle,* investigación dirigida por Adeline Daumard con la colaboración de F. Codaccioni, G. Dupeux y J. Herpin, J. Godechot y J. Sentou, París-La Haya, Mouton, 1973; y Pierre Léon, *Géographie de la fortune et Structures sociales à Lyon au XIXe siècle,* Lyon, Université de Lyon-II, 1974.

lección diferente y de un tratamiento distinto. Como es obvio, ello plantea grandes problemas a los archiveros: la falta de espacio les conduce a menudo a expurgar sus fondos de aquellos documentos ¡considerados «inútiles»! ¿Pero cómo saber hoy en día qué tipo de documentos servirán mañana a los historiadores para responder a preguntas que aún desconocen?

En segundo término, la solidaridad indisociable entre la pregunta, el documento y el procedimiento con que lo tratamos explica que la renovación de nuestro cuestionario suponga también una renovación de los métodos y del repertorio documental. No nos extenderemos sobre este punto, que ha sido ilustrado de forma ejemplar por la obra de J. Le Goff y P. Nora: *Hacer la historia,* con los títulos de sus tres sucesivos volúmenes: *Nuevos Problemas, Nuevos Enfoques, Nuevos Objetos.* En la medida en que el historiador se vaya planteando nuevos interrogantes presentará aquellos planos de la realidad que le sea accesible a través de las fuentes, de las huellas, es decir, de los documentos. En el siglo XIX, los investigadores privilegiaron las huellas que se habían preservado por escrito. En el siglo XX se han interrogado tomando los restos arqueológicos para tratar de responder a las preguntas sobre la historia de la vida material; se han interesado por los ritos, los símbolos o las ceremonias porque informan sobre las prácticas sociales y culturales. Las estatuas republicanas, los monumentos funerarios y las campanas de nuestros pueblos se han convertido en fuentes. Preguntamos a los documentos escritos sobre cosas distintas de las que pretendían hablarlos, y ello gracias sobre todo a la adopción de una perspectiva lingüística y al uso de la estadística aplicada al léxico. La investigación oral ha hecho testificar a los supervivientes mudos de la historia. En resumen, y aunque volveremos sobre ello más adelante, el repertorio documental y el arsenal metodológico no cesan de incrementarse para dar respuesta a nuevas preguntas.

Esta renovación del cuestionario, que es el motor de la evolución de la disciplina, no obedece evidentemente al capricho personal de los historiadores. Las preguntas se engarzan unas con otras, se engendran mutuamente. Por un lado, las curiosidades colectivas se desplazan; por otra, la verificación/refutación de las hipótesis da lugar a otras nuevas, y eso ocurre en el seno de teorías que también evolucionan. La investigación se reactiva, pues, de forma indefinida. Más que la relación de los hechos, es el repertorio de preguntas históricas lo que no se puede cerrar: la historia se rescribe continuamente.

Sin embargo, en cada periodo histórico hay preguntas que desaparecen y otras distintas que ocupan su lugar. Las primeras son rebatidas

y desechadas, mientras las segundas se convierten en el centro de las preocupaciones de la profesión. Así, la inserción de determinadas cuestiones en el campo de los problemas vigentes dentro de la corporación es la que determina su estatuto científico. Todas no son igualmente legítimas.

ROBIN G. COLLINGWOOD: CUALQUIER COSA PUEDE SERVIR DE FUENTE

Los datos, por una parte, y los principios de interpretación, por otra, son los dos elementos de todo pensamiento histórico. Pero no existen por separado y sufren entonces una combinación. O existen juntos o no existen. El historiador no puede recoger primero datos e interpretarlos luego. Sólo puede empezar a investigar sobre los datos relacionados con una problema cuando ya lo tiene en su cabeza. Cualquier otra cosa puede servirle en cuanto dato si puede descubrir cómo interpretarla. Los datos del historiador constituyen todo el presente.

El comienzo de la investigación histórica no consiste, pues, en la reunión o contemplación de los hechos puros todavía por interpretar, sino en la formulación de una pregunta que ponga a uno en situación de buscar los hechos que puedan ayudarle a responderla. Toda investigación se centra de esta forma sobre alguna pregunta o problema concretos que definen su objeto. Y la pregunta puede formularse con alguna esperanza razonable de poder resolverla, y de responderla por un pensamiento genuinamente histórico. De otra forma no conduce a ninguna parte, como máximo a un «alarde» inútil, no al foco de una obra histórica. Expresamos estos diciendo que una cuestión se «plantea o no se plantea». Afirmar que una cuestión se plantea supone afirmar que tiene una conexión lógica con nuestros pensamientos anteriores, que tenemos una razón para formularla, y que no estamos movidos por una curiosidad caprichosa.

The Philosophy of History, pág. 14 (trad. esp., págs. 186-187).

La legitimidad de las preguntas

Las preguntas más legítimas para los historiadores son aquellas que, al ser formuladas, hacen «avanzar» su disciplina. Pero ¿qué es lo que eso significa?

Hay muchas maneras de hacer «avanzar» la historia. La más simple es sin duda colmar las lagunas de nuestro conocimiento. Pero ¿qué es una laguna? Siempre encontraremos una localidad cuya historia no haya sido escrita, pero ¿la historia del enésimo pueblo colmaría realmente una laguna? ¿Qué aprenderíamos que no supiéramos ya? Un vacío auténtico no se refiere a un objeto suplementario cuya historia no se haya hecho todavía, sino a aquellas preguntas para las que los historiadores aún no tienen respuestas. Además, como quiera que los interrogantes se renuevan, sucede que las lagunas desaparecen sin haber sido colmadas... Las cuestiones pueden dejar de plantearse incluso antes de haber sido respondidas.

Esta constante tiene dos consecuencias. La primera es que nunca terminamos de escribir la historia. Los investigadores de finales del siglo XIX pensaban que su trabajo era definitivo, pero era sólo una quimera. Es necesario reanudar la historia teniendo en cuenta las nuevas preguntas y los nuevos conocimientos adquiridos. R. G. Colllingwood lo señaló de forma pertinente: toda historia es un informe de situación en el que quedan registrados los progresos hechos hasta el presente en relación con el tema que se trata. El resultado es, pues, que toda historia es al mismo tiempo una historia de la historia: «Ésta es la razón por la que cada época debe escribir la historia de nuevo»[6].

Es decir, la legitimidad de ese trabajo no se extrae directamente de los documentos. Un estudio nuevo, elaborado a partir de documentos de primera mano, puede carecer de interés científico si responde a preguntas que ya no son significativas. Por el contrario, el análisis de un objeto conocido, a partir de los estudios previos de otros investigadores, puede tener gran pertinencia científica si se inscribe dentro de un planteamiento innovador. A los ojos de los historiadores, una pregunta es plenamente legítima si se incluye dentro de un conjunto de otras, paralelas o complementarias, que se combinan a su vez con sus posibles respuestas, y de entre las cuales el trabajo sobre los documentos es lo que nos permitirá elegir. Así pues, una cuestión histórica es aquella que se inscribe dentro de lo que llamamos una teoría.

El estatuto de la biografía histórica nos proporciona un buen ejemplo para ilustrar este problema de inserción dentro del campo científico. La biografía era plenamente legítima para la historia política. Sin embargo, para los *Annales* carecía de interés, puesto que no permitiría entender los grandes entramados económicos y sociales. Interrogarse

---

[6] R. G. Collingwood, *The Philosophy of History*, pág. 15 (trad. esp., pág. 188).

por un hombre, que es necesariamente una persona conocida pues un individuo anónimo apenas deja huellas, supondría derrochar un tiempo precioso que se podría haber empleado con mayor provecho, por ejemplo, para analizar la oscilación de los precios o para delimitar el papel de grandes actores colectivos como la burguesía. Entre los años 50 y 70, la biografía, individual y singular por definición, fue sacrificada en beneficio de una historia científica que se reclamaba general. Pero atendía a una demanda del público. Así, aparecieron grandes colecciones que obtuvieron un éxito rotundo. Los editores solicitaron el concurso de los historiadores y éstos, seducidos por el afán de notoriedad —acudir al programa de Pivot[7]— y atraídos por los derechos de autor, aceptaron el trabajo de encargo. A su vez, la configuración teórica de la disciplina cambiaba. La promesa de una historia sintética, de una historia total, que permitiera una comprensión global de la sociedad y de su evolución, se esfumaba. Era más atractivo comprender, a partir de casos concretos, cómo funcionaba la sociedad, la cultura o la religión. En este nuevo contexto, la biografía mudaba de estatuto y recobraba su legitimidad. De todos modos, ya no era exactamente la misma biografía, ahora ya no se ocupaba exclusivamente de los «grandes» hombres: su pretensión no era tanto determinar la influencia de un individuo sobre los acontecimientos que le rodearon como comprender, a través de él, la interferencia de lógicas y la articulación de redes complementarias.

Es evidente que el abanico de preguntas que consideramos legítimas es cambiante, de forma que su definición nos indica lo que está en juego dentro de la profesión histórica, pues las posiciones de poder dentro de la corporación permiten a quien las detenta decidir cuáles son las cuestiones pertinentes. Las revistas, que aceptan o rechazan los artículos que reciben, son uno de esos lugares de poder, de ahí su im-

---

[7] Para millones de franceses, el nombre de Bernard Pivot se asocia con el mundo del libro. Empezó como productor en 1973 con el programa de la ORTF *Ouvrez les guillemets,* aunque lo que le convirtió en un auténtico factótum fue la emisión de *Apostrophes,* espacio que se mantuvo entre 1975 y 1990, primero en Antenne 2 y luego en France 2. Además, junto con Jean-Louis Servan-Schreiber, fue el impulsor de la revista literaria *Lire,* una publicación que ha llegado a vender más de cien mil ejemplares y que Pivot abandonó en 1993. En la actualidad, y desde 1991, continúa su labor en *Bouillon de culture,* un programa que emite cada noche de los viernes La Cinquième. Bien podría decirse que una historia del libro en Francia, por lo que a los últimos veinticinco años se refiere, no podría escribirse sin tener en cuenta el trabajo y la autoridad de Pivot, pero tampoco la de la televisión, donde existen muchos otros programas de semejante factura nacidos a imagen de los que él ha presentado y presenta. *(N. de los T.)*

portancia en la historia de la disciplina. La polémica de los *Annales* contra la historia historizante es un buen ejemplo de los conflictos que atraviesa la profesión cuando trata de definir las preguntas legítimas. Del mismo modo, a finales de los años 70, hubo otra confrontación entre quienes defendían la autoproclamada «nueva» historia y aquella otra que ellos consideraban tradicional. Estos grupos, más o menos consistentes y diversamente constituidos, se enfrentaron en debates teóricos en los que se dirimía la hegemonía científica dentro de la profesión, hegemonía que reportaba ventajas materiales y simbólicas tales como la influencia sobre las carreras académicas o la transmisión de las plazas más prestigiosas. En este sentido, los conflictos científicos devienen un tipo particular de conflictos sociales. Designamos correctamente este doble aspecto cuando nos referimos a la existencia de un «conflicto de escuelas», dado que el término «escuela» alude a la vez a un grupo de oficiantes y a una teoría sobre la que funda su identidad.

La pluralidad de polos en torno a los que se organiza la profesión, así como su apertura a los historiadores foráneos, evita que estos conflictos, por lo demás silenciosos, desemboquen en un verdadero dominio de unos sobre otros. En cualquier caso, contribuyen a hacer evolucionar la configuración de las cuestiones pertinentes, suscitan «modas» historiográficas y generan trabajos inspirados por los mismos problemas que están en discusión. Es decir, constituyen un factor importante de la historicidad de las propias preguntas históricas.

Ahora bien, la historia de las preguntas históricas no es sólo la historia, científica y social, que producen las distintas «escuelas». No obedece exclusivamente a los factores internos de la profesión, sino que se inserta en una sociedad para la que trabaja y que le permite vivir. Por otro lado, está compuesta de individuos, cada uno de los cuales tiene sus propias razones para hacer historia. Las preguntas que hacen los historiadores no surgen sólo en el seno de la profesión sino dentro de una sociedad y a partir de personas concretas. Una doble polaridad, pues, que debemos explorar.

El arraigo social de las cuestiones históricas

Pertinencia social y pertinencia científica

Desde un punto de vista científico, no todas las producciones que llamamos históricas y que ofrecemos a nuestros contemporáneos son igualmente admisibles.

Las hay que cumplen una función de entretenimiento. Persiguen un extrañamiento en el tiempo, un exotismo análogo al que procuran, en lo que al espacio se refiere, las revistas de divulgación geográfica. Se trata de esa historia que triunfa en los medios de comunicación y que se vende en los quioscos de las estaciones. De todos modos, su función social no es desdeñable ni inocente, al mismo nivel que los reportajes de *Paris-Match* sobre la familia real del principado de Mónaco o los catálogos de las agencias de viajes. Esta historia anecdótica, interesada por la vida privada de los príncipes de antaño, por los crímenes sin resolver, por los episodios espectaculares o por las costumbres extrañas, carece de interés para los historiadores. La historia mediática no es descalificada por sus métodos, que pueden perfectamente respetar las reglas de la crítica, sino por las preguntas que se plantea, que son inanes.

No obstante, conviene destacar el poder social que la profesión histórica ejerce aquí. ¿Con qué derecho afirmamos que los amores de Madame de Pompadour o el asesinato de Darlan son cuestiones fútiles, mientras que merecen ser tratados temas como los mineros de Carmaux (R. Trempé), la representación de la playa (A. Corbin) o el mundo del libro en el siglo XVIII?[8]. Es la profesión histórica la que decide que tal o cual historia sea la admisible y la que determina los criterios de valoración, del mismo modo que la profesión médica rechaza o reconoce el valor sanitario de la vacunación o la homeopatía. Hay allí un poder efectivo, y son los historiadores dominicales[9] quienes corren con el gasto.

Hay otras cuestiones pertinentes desde un punto de vista social. Así, por ejemplo, no es baladí que la televisión o la prensa conmemo-

---

[8] En primer lugar, François Darlan (1881-1942) fue almirante francés asesinado en Argel en diciembre de 1942. En febrero de 1941 fue designado vicepresidente del Consejo de Ministros, teniendo a su cargo también las carteras de Asuntos Exteriores y de Interior. En abril de 1942, no obstante, sería relevado por Pierre Laval y nombrado comandante en jefe de las fuerzas armadas. Por otra parte, las referencias concretas dadas por Prost son las siguientes: A. Corbin, *Le Territoire du vide. L'Occident et le désir du rivage, 1750-1840,* París, Flammarion, 1990 (trad. esp., *Territorio del vacío,* Barcelona, Mondadori, 1993) y M. Trempé, *Mineurs de Carmaux,* París, L'Atelier, 1989. *(N. de los T.)*

[9] El término hace alusión a quienes escriben textos de divulgación, textos que acostumbran a aparecer editados en los periódicos y revistas que se publican los fines de semana. De hecho, ese apelativo es común en Francia y, como se sabe, sirvió para que P. Ariès titulara en 1946 uno de sus libros *(Un historien du dimanche,* París, Seuil, 1980). En castellano, se ha traducido precisamente como «historiador de fin de semana». Cfr. R. Chartier, «La amistad de la historia», en P. Ariès, *El tiempo de la historia,* Buenos Aires, Paidós, 1988, pág. 10, por ejemplo. *(N. de los T.)*

ren el desembarco de Normandía o la aplastante derrota de Vercors[10]. Las cuestiones que se plantean no son nuevas y, a los ojos de los profesionales, tales producciones mediáticas no hacen «avanzar» la historia. ¿Por qué el desembarco se hizo en esas playas? ¿Por qué los alemanes no reaccionaron de forma más rápida y masiva? Los historiadores conocen la respuesta, pero resulta socialmente útil exponerla o recordarla con ocasión de un cincuentenario.

La historia que responde así a lo que convenimos en llamar, con un término tan vago como conveniente, la «demanda social» puede muy bien respetar todas las exigencias de la profesión. Y eso comprende, claro está, la historia que se imparte en las aulas. Puede ser una buena historia, construida a partir de las fuentes y que haya tomado en consideración los últimos avances de la investigación. Puede suceder incluso que sea también científicamente pertinente, que renueve los problemas a plantear o la documentación a utilizar. En cualquier caso, resulta importante para la corporación que este tipo de historia sea llevado a cabo por profesionales: abandonar la divulgación en manos de los periodistas especializados sería tan peligroso como renunciar a la formación de los profesores de los liceos o de los colegios. No obstante, por lo general, la pertinencia científica de esta historia, y lo mismo ocurre con la que desemboca en los manuales, se puede calificar de dudosa: la vanguardia de la disciplina no suele aparecer en esas prácticas.

Con todo, las cuestiones científicamente relevantes, aquellas que hacen «avanzar» la disciplina, no están desprovistas de una pertinencia social, ya sea de forma directa o indirecta. Aunque la relevancia social no funda la pertinencia científica, puede acompañarla con fortuna. Así, por ejemplo, la historia de la formación profesional en Francia presenta hoy en día un interés tan vivo en el plano social como en el científico. ¿Cómo se constituyó en este país, y sólo en él, una pujante enseñanza profesional? ¿Por qué Francia escogió formar a los obreros en la escuela? Cuestiones como éstas interesan a los mismos profesionales, pero también a patronos, sindicalistas y políticos, puesto que nos aclaran la evolución actual y nos guían en las decisiones que se deban tomar. Pero no

[10] A partir de 1940, Vercors, situada en la zona libre, se convierte en lugar de refugio, en particular para las víctimas de la discriminación del régimen de Vichy. Con su ocupación en noviembre de 1942, los montes de Vercors devienen un activo núcleo de la resistencia. Sin embargo, la señal para la lucha llegará con el desembarco de los aliados. Así, a principios de julio declaran libre su territorio y hacen ondear la bandera tricolor de la República. El 21 de julio los alemanes envían quince mil hombres sobre el macizo en armas. Tras una semana de encarnizados combates, las tropas de ocupación vencen la resistencia y ocupan salvajemente la población. *(N. de los T.)*

por ello interesan menos a los historiadores, que esperan comprender mejor la articulación entre evolución técnica, relaciones sociales en el puesto de trabajo, estructura de las ramas profesionales o relación de las empresas con el Estado. Tuve la oportunidad de llevar las pruebas de imprenta de mi *Histoire de l'enseignement* a mi editor, en el bulevar Saint-Michel, el 11 de mayo de 1968, es decir, a la mañana siguiente de la noche de las barricadas. Recuerdo haber experimentado un sentimiento de utilidad social al haber intentado insertar lo que hasta entonces era una historia puramente institucional dentro de lo que llamábamos una historia social..., al menos de acuerdo con las preguntas científicas presentes en aquella época. No podemos excluir que se den eventualidades tan felices como ésta, pero tampoco nadie las puede garantizar.

Así pues, que coincidan la pertinencia social y la científica no es sólo una cuestión de oportunidad: si bien el azar puede echarnos una mano, lo cierto es que los historiadores, como individuos y como grupo, no son ajenos a la sociedad en la que viven; las preguntas que se hacen, incluso cuando las juzgan «puramente» históricas, están iluminadas con los problemas del presente. Por esa razón y por regla general, acaban siendo interesantes para la sociedad en el seno de la cual se han formulado.

Historicidad de las preguntas históricas

Toda pregunta histórica está planteada, pues, *hic et nunc,* por un hombre que pertenece a una sociedad. Aunque quiera darle la espalda y conferir a la historia una función de puro conocimiento desinteresado, no puede evitar ser hijo de su tiempo. Toda pregunta surge de algún lugar concreto. La conciencia de la historicidad de los puntos de vista del historiador, así como de la consiguiente necesidad de rescribir periódicamente la historia, es uno de los rasgos característicos de la propia constitución del pensamiento histórico moderno, el que se desarrolla a finales del siglo XVIII, como R. Koselleck nos ha mostrado. Bastará con citar a Goethe: «El contemporáneo de un tiempo progresivo es conducido a puntos de vista desde los que el pasado se puede apreciar y juzgar de una forma nueva»[11]. De este modo, cada época impone su perspectiva a la escritura de la historia.

---

[11] Citado por R. Kosellek, *Le Futur passé,* pág. 281 (trad. esp., pág. 313. Y también la página 191, en la que el traductor en castellano varía su versión del mismo texto: «El que disfruta de una época que progresa es conducido a un punto de vista desde el que puede abarcar y enjuiciar lo pasado de una forma nueva»).

Plantearse, por ejemplo, la cuestión de la historia de una familia, de su genealogía, de sus alianzas, estudiar un rey y su reino, tenían sentido en la Edad Media, cuando los cronistas estaban a menudo bajo la protección de los príncipes, y en el Antiguo Régimen. El propio Voltaire inició su obra histórica con una *Historia de Carlos XII* (1731) y la continuó con *El siglo de Luis XIV* (1751). Pero los tiempos están cambiando, y percibimos que el interés del historiador se centra más en las modificaciones que se dan en las costumbres o en las leyes que en los reyes o sus cortes. Eso es lo que Guizot, en muchos aspectos un heredero de la Ilustración, llamará, ya en plena Restauración, la «civilización».

Con Augustin Thierry y Michelet nos situamos en pleno romanticismo. La historia se centra ahora en el pueblo como héroe colectivo, da cabida al detalle pintoresco, al «color local», y privilegia hasta cierto punto una Edad Media que por entonces evoca el estilo «trovadoresco». Una cuestión que hizo época fue la de los orígenes francos de la nación francesa, que se interfiere con la de los orígenes de la nobleza e incorpora la de la sociedad estamental y la de la Revolución. Por lo demás, ya se ha señalado la importancia de este contexto para la historia del siglo XIX.

Los propios miembros de la escuela metódica, con su pretensión de escribir una historia puramente científica despojada de contingencias sociales, se plantearon temas como la nación y las instituciones, es decir, las grandes cuestiones políticas de aquel tiempo. Es necesario tener en cuenta que la victoria de 1918 había hecho que la República fuera impermeable a otro tipo de preguntas. Y estas cuestiones, económicas y sociales, coinciden con las preocupaciones de una época caracterizada por la crisis económica y la lucha de clases. Labrousse, que fue abogado y que más tarde, en 1920, sería periodista de filiación comunista, se atrevió con los orígenes económicos de la Revolución en el momento mismo en que la crisis económica de 1930 estaba minando la sociedad francesa[12].

Esta configuración histórica cambia en los años 70. Ya se ha señalado más arriba la influencia que en ella ejerce el contexto intelectual, con la aparición de las nuevas ciencias sociales y el estructuralismo. Pero es necesario que tengamos en cuenta también el retroceso del marxismo, la crisis del movimiento obrero y la emergencia del indivi-

---

[12] Se refiere a *La Crise de l'économie française à la fin de l'Ancien régime et au début de la Révolution,* París, PUF, 1990 (1944), que era su *Thèse principale présentée pour l'obtention du doctorat* (1943). *(N. de los T.)*

dualismo. Es también la época del Movimiento de Liberación de la Mujer, de la interrupción voluntaria del embarazo, del derecho de voto a los dieciocho años y, en consonancia, la nueva historia se plantea cuestiones tales como el sexo, la muerte o la fiesta.

Ciertamente, se trata de concordancias globales y, en este grado de generalización, no es arriesgado afirmar que existe una relación entre las preguntas que se formulan los historiadores y el momento histórico que viven. Pero esa conexión es aún más directa, como ya hemos visto en el caso de Labrousse. Por otra parte, eso ya era evidente para el autor del *«petit Lavisse»*[13]: no es baladí que este cantor de la identidad nacional se interesara precisamente por la historia de Prusia bajo Federico II justo en el momento en que Bismarck triunfaba y la unidad alemana amenazaba a Francia, puesto que refleja la existencia de un vínculo directo entre las cuestiones históricas y su contexto.

Pero muestra también la relación estrecha que existe entre la pregunta del historiador y el hombre que la plantea.

El arraigo personal de las preguntas históricas

El peso de los compromisos

Nadie se asombra al ver a un antiguo ministro de Hacienda, apartado momentáneamente de la política, dedicar su tiempo libre a escribir un libro sobre *La Disgrâce de Turgot:* cierto es que en ese estudio histórico se adivina la justificación de su, por entonces, última singladura política. Ahora bien, los historiadores profesionales difieren poco de ese aficionado con talento que fue Edgar Faure[14]: lo que ocurre es que los compromisos de aquéllos son menos evidentes y sus implicaciones en la vida política menos directas. Pero tampoco esto se da en todos

[13] Con esta designación, Prost se refiere al manual de historia que Lavisse redactara para Primaria y que fue empleado por millones de escolares desde principios del siglo XX y que llevaba por título *L'Enseignement de l'histoire à l'école primaire,* París, Armand Colin, 1912. *(N. de los T.)*

[14] E. Faure (1908-1988), *La Disgrâce de Turgot,* París, Gallimard, 1961. Ocupó en diversas ocasiones, entre 1952 y 1958, distintos ministerios de corte económico con René Pleven, Henri Queuille, Joseph Laniel y Pierre Mendès-France, así como las carteras de Justicia y Asuntos Exteriores, aunque ambas brevemente. Fue primer ministro en 1952 con Vincent Auriol y en 1955 con René Coty, presidente de la Asamblea Nacional entre 1973 y 1978, así como senador y académico a partir de 1980. *(N. de los T.)*

los casos. Si observamos con detenimiento las cuestiones por las que ellos se interesan, quizá nos sorprenda el peso de sus compromisos o, por el contrario, su indiferencia.

En cualquier caso, no se trata de una característica nueva. Tomemos el ejemplo de Charles Seignobos. Lo mejor de su obra histórica es un gran manual destinado a la enseñanza superior, los cuatro volúmenes de la *Histoire de la France contemporaine,* que cubren el periodo que va del Segundo Imperio a 1918: una historia política muy contemporánea. Hijo de un diputado republicano de Ardèche, de tradición protestante, fue un militante dreyfusiano muy activo. Más tarde, presentaría una petición contra la ley de los tres años y mantendría un comité «pacifista» en 1917[15]. ¿Cómo no ver en todo ello un vínculo entre su compromiso y la historia que escribe?

Esta relación es evidentemente mucho más directa en el caso de los historiadores contemporaneístas que en otros. Así ocurre, por ejemplo, con aquella generación de historiadores que otorgó plena legitimidad científica a la historia obrera, con C. Willard (los guesdistas), M. Rebérioux (J. Jaurès), R. Trempé (los mineros de Carmaux), M. Perrot (la huelga), J. Julliard (F. Pelloutier): es también la generación de la Liberación, la que conoció al Partido Comunista en su apogeo y la que, en unas ocasiones incorporándola y en otras distanciándose de ella, se adhirió a la causa del movimiento obrero. Los historiadores actuales del comunismo, como A. Kriegel o P. Robrieux, incluso han tenido responsabilidades en el seno del partido. Es decir, lo han conocido por dentro y de ese modo transfieren a sus análisis históricos ese conocimiento directo de las costumbres comunistas[16].

---

[15] Se refiere a la ley que amplió la duración del servicio militar a tres años. La norma tuvo gran repercusión en Francia y, de hecho, la izquierda incluyó su derogación en el programa con el que ganó las elecciones de 1914. *(N. de los T.)*

[16] Además del texto ya citado de Trempé, se refiere a los siguientes libros: C. Willard, *Jules Guesde, l'apôtre et la loi,* París, L'Atelier, 1991; M. Rebérioux, *Jaurès et la classe ouvrière,* París, L'Atelier, 1989; *Jean Jaurès, la parole et l'acte,* París, Gallimard, 1991; *Jaurès et les intellectuels,* París, L'Atelier, 1994; y *Jaurès,* París, Gallimard, 1994; M. Perrot, *Jeunesse de la grève (France 1871-1890),* París, Seuil, 1984; y J. Julliard, *Fernand Pelloutier et les origines du syndicalisme,* París, Seuil, 1985. En cuanto a Kriegel y Robríeux, véanse Annie Kriegel (1926-1995): *Le Congrès de Tours (décembre 1920), naissance du Parti communiste français. Édition critique des principaux débats...,* París, Julliard, 1964; *Les communistes français. Essai d'ethnographie politique,* París, Seuil, 1968 *(Los comunistas franceses,* Madrid, Villalar, 1978); y Guillaume Bourgeois (col.), *Les Communistes français dans leur premier demi-siècle, 1920-1970,* París, Seuil, 1985; *Ce que j'ai cru comprendre,* París, Robert Laffont, 1991; *Eugen Fried. Le grand secret du PCF,* París, Seuil, 1997. Philippe Robrieux, *Histoire intérieure du Parti communiste,* París, Fayard, 1980-1984, 4 vols. *(N. de los T.)*

Del mismo modo, los historiadores del catolicismo o del protestantismo son a menudo seguidores convencidos de sus respectivas confesiones. Entre ellos, como entre los historiadores del comunismo, uno puede encontrar tránsfugas, sacerdotes en conflicto con su Iglesia que piden retornar a su condición laica. Pero también hay fieles cuyas competencias o cuyo nombre son utilizados por su Iglesia.

El tercer y último ejemplo sobre la historia contemporánea se refiere al auge actual de la historia judía. Ya esté referida al antisemitismo del régimen de Vichy o al genocidio y los campos de concentración, ha sido hecha por historiadores cuyas familias fueron víctimas de esa persecución.

Sin embargo, sería erróneo creer que sólo los historiadores que se ocupan de épocas más recientes son tributarios de sus compromisos. Ése es también el caso habitual de quienes, por ejemplo, estudian la Revolución francesa. El primer titular de esa cátedra en la Sorbona, Aulard, fue un agregado de letras cuya formación se adecuaba al puesto menos que su convicción. Más cercano en el tiempo, un Soboul, por ejemplo, no ocultaba su condición de comunista[17].

Cierto es que no todos los historiadores están comprometidos de ese modo. Ahora bien, su interés profesional por la evolución de la colectividad es un factor que favorece el compromiso. Éste, a su vez, suele ser más frecuente dentro de la corporación que en el segmento de población que tiene ese mismo nivel cultural. Eso no significa prejuzgar el sentido de tal compromiso que se da entre historiadores de distintas filiaciones, ni supone tampoco que sea automático: hay grandes historiadores que eligieron precisamente no comprometerse con el fin de consagrarse enteramente a su disciplina. Ésta fue la elección de los *Annales*. En *L'Étrange Défaite,* M. Bloch se interrogaba de este modo: «A la mayoría sólo nos queda el derecho a decir que fuimos buenos obreros. ¿Pero hemos sido siempre buenos ciudadanos?»[18]. Haciendo coherente su vida con sus palabras, M. Bloch se comprometía con la Resistencia a pesar de sus cincuenta y cinco años para encontrar el final que es de sobra conocido. Mientras tanto L. Febvre continuaba los *Annales* contra el

---

[17] Si bien tanto Albert Soboul (1914-1982) como su obra son bien conocidos entre nosotros, no ocurre lo mismo con François-Alphonse Aulard (1849-1928). De este último, además de la condición citada por Prost, cabe decir que fundó la Société de l'Histoire de la Révolution y la revista *Révolution Française*. En ese sentido, su obra más representativa fue la *Histoire politique de la Révolution française: origines et développement de la démocratie et de la République, 1789-1804,* París, A. Colin, 1909. *(N. de los T.)*

[18] M. Bloch, *L'Étrange Défaite,* París, Albin Michel, 1957, págs. 217-218.

consejo de aquél y Labrousse aceptaba, a título provisional, impartir los cursos de la Sorbona que el estatuto de los judíos le prohibía dar al primero. En la obra de M. Bloch, L. Febvre o F. Braudel, por hablar sólo de los muertos, uno no aprecia cuál es el compromiso social que nutre su investigación. Pero, volviendo sobre la cuestión, ocurre que el compromiso, que en cierto sentido es una experiencia social irremplazable, dista mucho de ser la única forma que el historiador tiene de implicarse como persona en las preguntas que se plantea como profesional.

El peso de la personalidad

En cualquier oficio «intelectual» interviene la propia personalidad de quien lo desempeña. Nadie dedica días o años a estudiar filosofía, literatura o historia a menos que tengan un significado personal. No creo que podamos ser buenos historiadores sin una pizca de pasión, signo a su vez de una fuerte apuesta personal. El arraigo existencial de la curiosidad histórica explica la constancia en la investigación, el dolor que el historiador siente y también —admitámoslo— el placer, las alegrías que en ocasiones nos proporciona este oficio.

Los psicoanalistas tendrían algo que decir al respecto. Seguramente el inconsciente emerge a través de la obra de cada historiador. Apenas contamos con estudios sobre este particular. Sin embargo, yo señalaría el *Michelet* de Roland Barthes: la fascinación visible de ese historiador de raza, por ejemplo, nos remite a algo mucho más profundo. En cualquier caso, el historiador establece una relación íntima con su objeto, a través de la cual afirma progresivamente su propia identidad. Al examinar la vida y la muerte de los hombres del pasado trabaja también sobre su propia vida y su propia muerte. El desplazamiento de sus curiosidades a medida en que se hace mayor es también la historia de una identidad personal. Ésta es la razón del interés recientemente otorgado y de forma un tanto narcisista a la egohistoria.

De ahí la necesidad de una toma de conciencia, de una elucidación, algo que es muy evidente cuando existe un compromiso político, religioso o social. El conocimiento íntimo que nos otorga en relación con el objeto de estudio constituye un activo irremplazable: si conocemos desde dentro cómo ocurren las cosas en el seno del grupo que analizamos, ese saber nos sugerirá hipótesis, nos orientará en relación con los documentos y con los hechos, sobre los que quizá un observador externo apenas habría reparado. Pero el riesgo de ser parte interesada, favorable u hostil, el riesgo de defender una causa o alegar

contra ella, no es menos evidente. La pasión nos ciega, pues nos mueve la voluntad de probar la culpa y la razón, de denunciar la perversidad y la maldad, o de celebrar la generosidad y la lucidez. Si no reconoce la voluntad que lo anima cuando ajusta cuentas o repara daños, el historiador corre el riesgo de aceptar precipitadamente, sin el cuidado necesario, hechos a los que concederá una importancia excesiva. Como todo, el conocimiento íntimo que se emprende en nombre del compromiso personal entraña también un peligro. Permite al historiador ir más rápido y más lejos en la comprensión de su objeto, pero asimismo puede apagar su lucidez por la efervescencia de los afectos.

El público traduce generalmente esta dificultad diciendo que a los historiadores les falta «perspectiva». Sería necesario hasta cierto punto esperar a que la historia se enfriara antes de tomarla. Sin embargo, es esto una simplificación. El bicentenario de la Revolución nos ha demostrado que dos siglos no son suficientes para enfriar las pasiones. Los propios historiadores de la antigüedad invisten en ocasiones sus trabajos con cuestiones muy contemporáneas. No se comprendería la energía empleada bajo la Tercera República para estudiar a Demóstenes y la resistencia ateniense frente a Filipo de Macedonia si no se percibiera que, tras las figuras de ese rey conquistador y esa ciudad griega, se adivinan los perfiles de Bismarck y de la República francesa.

Es verdad que la historia necesita de «perspectiva». Pero ésta no se consigue automáticamente cuando uno se aleja en el tiempo, y no basta con esperar para que finalmente se dé. Es necesario hacer la historia del tiempo presente de un modo profesional, a partir de documentos y no de recuerdos, para lograr la distancia justa. En ese sentido, como ha señalado Robert Frank, la historia del presente no podría ser una historia inmediata[19]: es necesario romper la inmediatez de la actualidad y, para eso, el historiador debe tomarse su tiempo para elaborar las mediaciones que se dan entre el presente y la historia. Eso supone que ha de aclarar sus implicaciones personales. Por su parte, los historiadores republicanos de principios de siglo no tenían la prevención que algunos expresan hoy en relación con el pasado más cercano[20]. La pers-

[19] Robert Frank, «Enjeux épistémologiques de l'enseignement de l'histoire du temps présent», *L'Histoire entre épistémologie et demande sociale,* pág. 164.

[20] Georges Weill, por ejemplo, publicó en 1909 en Alcan una *Histoire du catholicisme libéral en France 1828-1908,* que aún se conserva bien. El último tomo de la *Histoire de la France contemporaine* de Seignobos, publicada en 1922, se detiene en el Tratado de Versalles. Hoy en día, pasaría por temerario quien publicara una obra que llegara hasta las elecciones del año inmediatamente anterior...

pectiva no es, pues, una distancia en el tiempo que debamos tomar como requisito para que la historia sea posible. Es la propia historia la que crea su perspectiva.

Pero esclarecer las implicaciones personales del historiador no sólo es necesario para quien hace una historia «candente» o del tiempo presente, es una exigencia en cualquier caso. Como dijo H.-I. Marrou, citando a Croce, «toda historia es historia contemporánea»:

> todo problema auténticamente histórico (lo que Croce oponía a la «anécdota» producto de una pura y vana curiosidad) aunque sea concerniente al más remoto pasado, es todo un drama que se desarrolla en la conciencia de un hombre de hoy: es una cuestión que se plantea el historiador tal cual es él mismo, en la «situación» de su vida, su ambiente, su tiempo[21].

Si descuidamos la inserción de las preguntas históricas dentro de la conciencia de un historiador situado *hic et nunc* nos exponemos a engañarnos a nosotros mismo. De todos modos, esta observación no es nueva, y fue señalada por Bradley en 1874:

> No hay historia sin prejuicio; la auténtica distinción es la del autor que los tiene sin saberlo, y que, además, pueden ser falsos, y la del autor que ordena y que crea conscientemente a partir de bases que conoce y que fundamentan lo que para él es la verdad. Es tomando conciencia de su prejuicio como la historia comienza a convertirse en realmente crítica y como se distancia (en la medida de lo posible) de las fantasías de la ficción[22].

Los historiadores no comprometidos, aquellos que se pretenden puramente científicos, son quizá quienes corren más peligro, puesto que puede faltarles lucidez sobre su propia posición. Esto es así porque, en este caso, no sienten la misma necesidad de preguntarse sobre la motivación que les mueve. «Uno tiene derecho a hacerlo todo, a condición de saber lo que hace», recoge la sabiduría popular; pero el historiador nunca se dedica sólo a la historia. H.-I. Marrou, que fuera un gran investigador del catolicismo antiguo, especialista en San Agustín, a la vez que un católico convencido y un militante de izquierda, formuló perfectamente esta exigencia.

---

[21] *De la connaissance historique,* pág. 205 (trad. esp., pág. 152).

[22] Francis H. Bradley, *Les Présupposés de l'histoire critique,* pág. 154.

HENRI-I. MARROU: ESCLARECER LAS RAZONES DE LA CURIOSIDAD

La honradez científica paréceme que exige al historiador que, mediante un esfuerzo previo de toma de conciencia, defina la orientación de su pensamiento y explicite sus postulados (en la medida en que ello sea posible); que se muestre en acción y nos deje asistir a la génesis de su obra: por qué y cómo ha escogido y deslindado su tema; lo que buscaba en él y lo que ha encontrado; que nos describa su itinerario interior, porque toda investigación histórica, si es verdaderamente fecunda, implica un progreso en el alma misma de su autor: el «encuentro de lo otro», los asombros, las sorpresas al ir descubriendo, se la enriquecen y transforman. En una palabra, que el historiador ponga a nuestra disposición todos los materiales que una introspección escrupulosa puede aportar a lo que, con términos tomados de Sartre, proponía yo que llamáramos su «psicoanálisis existencial».

De la connaissance historique, pág. 240 (trad. esp., pág. 175).

Eso que H.-I. Marrou llama un «psicoanálisis existencial», ese trabajo de elucidación de las motivaciones, es de hecho una *catarsis,* una purificación, una depuración. En ese sentido, no es un pasatiempo o un medio de sustento. Es más bien, en cierto sentido, una ascesis personal, la conquista de una liberación interior. La distancia que crea la historia es así también una distancia en relación a uno mismo y a sus propios problemas. Se advierte aquí, pues, la profunda seriedad de la historia. Ciertamente es un saber, pero también un trabajo de cada uno sobre sí mismo. Resulta demasiado pobre decir que es una escuela de sabiduría. Al escribir la historia, el historiador se crea a sí mismo. Michelet lo expresó, al terminar su obra, de forma penetrante:

JULES MICHELET: MI LIBRO ME HA CREADO...

Mi vida estuvo en este libro, transcurrió en él. Ha sido mi único acontecimiento. Pero ¿no es peligrosa esta identificación entre libro y autor? ¿No está la obra coloreada con los sentimientos, con el tiempo, de quien la hizo?

Lo vemos siempre. No hay retrato, si se pretende exacto, conforme al modelo, en el que el artista no haya puesto un poco de sí mismo (...).

Si eso es un defecto, hay que reconocer que nos ha rendido un buen servicio. El historiador que está desprovisto de ese rasgo, el que pretende suprimirse escribiendo, el que pretende no estar presente, el que va por detrás de la crónica contemporánea (...), no es en absoluto un historiador (...).

Al penetrar cada vez más en su objeto, lo aprecia y así lo observa con un interés creciente. El corazón dotado de clarividencia ve miles de cosas que resultan invisibles para la mayoría. La historia, el historiador se mezclan en esta mirada. ¿Es eso bueno? ¿Es malo? Opera allí una cosa que no describimos y que debemos revelar.

Con el transcurso del tiempo, la historia hace más al historiador que éste a aquélla. Mi libro me ha creado. Yo soy su obra. Este hijo ha engendrado a su padre. Si surgió de mí en un principio, de mi tormentosa (de mi aún turbada) juventud, me ha correspondido dándome fuerza e iluminación, incluso calor fecundo, potencia real para resucitar el pasado. Si nos parecemos, bien está. Los rasgos que ha heredado de mí son en buena medida los que le debía, los que yo recibí de él.

Prefacio de *Histoire de France*, ed. de 1869, en
J. Ehrard et G. Palmade, *L'Histoire*, págs. 264-265.

Así pues, no resultaría razonable que tratando de evitar un extremo fuéramos a caer en su contrario. Si bien todo historiador, incluso aquel que se percibe más «científico», se halla personalmente comprometido con la historia que escribe, eso no significa que haya de concebir su discurso como simple opinión subjetiva, fruto de sus humores, reflejo de un inconsciente rebosante. Es precisamente para alcanzar una mejor racionalidad por lo que el historiador debe aclarar sus implicaciones. Poner el acento en el sujeto-historiador no debe difuminar los objetos de la historia, a menos que queramos renunciar a proponer un discurso que si es socialmente pertinente es porque descansa en unas razones determinadas. Philippe Boutry ha señalado el peligro de la «hipertrofia del sujeto-historiador»:

...mientras el *ego* del historiador ocupe en solitario el lugar en el que antaño, como ingenuidad propia de la edad del cientifismo, reinaba el *hecho* bruto, un cuestionamiento más o menos radical de la capacidad de la razón humana para extraer cualquier verdad del conocimiento del pasado significa rechazar en bloque los grandes modelos explicativos para deleitarse lúdicamente con la experimentación sistemática a partir de hipótesis e interpretaciones infinitamente «revisitadas». Como maestro del juego, el historiador parece haber perdido en ocasiones la percepción sobre lo que es importante en su dis-

ciplina —que no sería otra cosa que la inteligibilidad, para cada sucesiva generación, de la memoria conservada de los hombres, de las cosas y de los nombres que ya no existen[23].

La pregunta del historiador debe, pues, dirigirse de lo más subjetivo a lo más objetivo. Profundamente enraizada en la personalidad de quien la formula, sólo se plantea en relación con los documentos en los que pueda hallar la respuesta que busca. Inserta en determinadas teorías, o quizá siguiendo simplemente las modas que recorren la profesión, desempeña a la vez una función profesional, una función social y una función personal más íntima.

Este análisis de la cuestión, en que se basa la seriedad de la historia, nos da una primera respuesta a la recurrente pregunta sobre la objetividad. Ésta no puede proceder de la perspectiva adoptada por el historiador, pues se halla necesariamente situado, es decir, es necesariamente subjetivo. El punto de vista de Sirio[24] no existe, al menos en historia. De loco cabría calificar a quien así lo pretendiera: sería sólo el reconocimiento de su definitiva ingenuidad. Más que de objetividad, mejor sería hablar de imparcialidad y de verdad. Ahora bien, éstas no son sino metas conquistadas laboriosamente por el esfuerzo del historiador. Aparecen al término de su trabajo, no al inicio. Lo cual refuerza la importancia de las reglas del método.

---

[23] Philippe Boutry, «Assurances et errances de la raison historienne», en *Passés recomposés*, pág. 67.

[24] Sirius o Sirio es, como se sabe, la estrella más luminosa de todo nuestro cielo. Por ello, en muchos pueblos, fue un elemento capital para la elaboración del calendario. Su mención es habitual en numerosos relatos mitológicos, mágicos y religiosos. Por tanto, dada su centralidad, el punto de vista de Sirius o Sirio es el punto de vista objetivo por excelencia. *(N. de los T.)*

5
El tiempo de la historia

Probablemente, si nuestro objeto hubiera sido la sociología, podríamos mantener lo expuesto en las páginas anteriores sin necesidad de grandes cambios: bastaría con sustituir *sociología* por *historia, sociólogo* por *historiador* y *sociológico* por *histórico*. En efecto, todas las disciplinas que se interesan de algún modo por los hombres en sociedad plantean a sus fuentes, en el seno de un grupo profesional y de una sociedad dada, preguntas que tienen un sentido personal para quien las formula. Aquello que distingue las que hace un historiador y que las distancia de aquellas otras que plantean los sociólogos o los antropólogos es algo que aún no hemos abordado: su dimensión *diacrónica*.

No se equivoca el profano cuando reconoce como textos históricos aquellos que contienen fechas. Lévi-Strauss lo advirtió, aunque no sin malicia.

CLAUDE LÉVI-STRAUSS: NO HAY HISTORIA SIN FECHAS

> No hay historia sin fechas; para convencerse de ello, basta con pensar en cómo llega un alumno a aprender la historia: la reduce a un cuerpo descarnado del que las fechas forman el esqueleto. Con razón se ha reaccionado contra este método desecante, pero para caer a menudo en el exceso contrario. Si las fechas no son toda la historia, ni lo más interesante de la historia, sí son aquello que, de faltar, la historia misma se desvanecería, puesto que toda su originalidad y su especificidad estriban en la aprehensión de la relación del

antes y después, condenada a disolverse si, por lo menos virtualmente, sus términos no pudiesen ser fechados.

Ahora bien, el código cronológico disimula a una naturaleza mucho más compleja de lo que nos imaginamos, cuando se concibe a las fechas de la historia en forma de una simple serie lineal.

La Pensée sauvage, pág. 342 (trad. esp., páginas 374-375)

El historiador plantea sus preguntas desde el presente remontándose hasta el pasado, de modo que se refiere a los orígenes, a las evoluciones, a los itinerarios seguidos, los cuales se demarcan con fechas. La historia es un trabajo sobre el tiempo, pero se trata de un tiempo complejo, un tiempo construido, con múltiples caras. ¿Qué tiempo es ese del que se sirve la historia, a la vez que lo construye, y que constituye una de sus particularidades fundamentales?

La historia del tiempo

Un tiempo social

Hay un primer rasgo que apenas sorprenderá: el tiempo de la historia es el de las colectividades públicas, las sociedades, los Estados, las civilizaciones. Es un tiempo que sirve de referencia común a los miembros de un grupo.

La observación es tan banal que, para comprender su alcance, resulta conveniente reparar en aquello que excluye. El tiempo de la historia no es el tiempo físico ni el tiempo psicológico. No es el de los astros ni el de los relojes de cuarzo, divisible hasta infinito en unidades rigurosamente idénticas. Se les asemeja por su continuidad lineal, su divisibilidad en periodos constantes, siglos, años, meses, días. Pero difiere de ellos porque no es un marco exterior, disponible para todo tipo de experiencias. «Tampoco (el tiempo histórico) es una infinitud de hechos, a la manera como la recta geométrica es una infinitud de puntos»[1]. El tiempo de la historia no es una unidad de medida: el historiador no lo utiliza para medir los reinados y compararlos entre ellos, pues eso no tendría ningún sentido. El tiempo de la historia está en cierto modo incorporado a las preguntas, a los documentos, a los hechos: es la sustancia misma de la historia.

[1] P. Ariès, *Le Temps de l'histoire,* pág. 219 (trad. esp., pág. 246).

Tampoco se refiere a la duración psicológica, imposible de medir, con segmentos de intensidad y de espesor variables. En cierto sentido, se los podría comparar por su carácter vivido. Cincuenta y dos meses de guerra, entre 1914 y 1918, por ejemplo, no son análogos a pasar semanas en un hospital debatiéndose entre la vida y la muerte. El tiempo de guerra es muy largo... El de la Revolución, el de mayo de 1968, pasó muy rápidamente. A veces, el historiador cuenta en días, puede que en horas, pero en ocasiones lo hace en meses, en años o incluso más. Ahora bien, esas fluctuaciones en el desarrollo del tiempo histórico son colectivas. No dependen de la psicología de cada uno: pueden ser objetivadas.

Por otra parte, es lógico que el tiempo de la historia esté en consonancia con el objeto mismo de la disciplina. Como hemos repetido, cuando estudiamos los hombres en sociedad, utilizamos un tiempo social, compuesto de señales en el tiempo que son comunes a los miembros de una misma sociedad. Pero no todas las sociedades emplean esas mismas referencias. Así, el tiempo de los historiadores actuales es el de nuestra sociedad occidental contemporánea. Es el resultado de una larga evolución, fruto de una conquista secular. Sería imposible, dentro de los límites de este ensayo, describir la historia en su totalidad, tanto más cuanto que en buena medida aún está por escribir. Pero al menos es indispensable colocar los principales jalones y determinar las grandes líneas de esta conquista secular[2].

La unificación del tiempo: la era cristiana

El tiempo de nuestra historia está ordenado, es decir, tiene un origen y una dirección. A este respecto, cumple una primera función, esencial, de ordenación: permite disponer los hechos y los acontecimientos de forma coherente y común. Esta unificación se produjo con el advenimiento de la era cristiana: nuestro tiempo está organizado a partir de un acontecimiento fundador que lo unifica, el nacimiento de Cristo. Y ello aunque esté mal datado, puesto que, según los críticos, Cristo habría nacido o algunos años antes o algunos años después de Jesús: lo cual refuerza el carácter abstracto y simbólico de una referen-

[2] Remitimos al lector a las obras de Bernard Guénée, *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval,* de K. Pomian, *L'Ordre du temps,* de R. Koselleck, *Le Futur passé* y de D. S. Milo, *Trahir le temps,* sin olvidar el texto de P. Ariès citado en la nota anterior.

cia que, con todo, continúa siendo indispensable y que funciona como un origen algebraico, con sus fechas negativas y positivas (antes y después de C.).

Será necesario esperar al siglo XI para que la era cristiana, datada con el nacimiento de Cristo, triunfe en la propia cristiandad, y a la expansión de los imperios coloniales, español, holandés, británico y francés, para que se imponga al mundo entero como referencia común. Pero esta conquista no fue rápida y no quedó completamente acabada.

La generalización de la era cristiana implicó el abandono de una concepción circular del tiempo que había estado ampliamente expandida. Era, por ejemplo, la que se utilizaba en la China o en el Japón, lugares donde se databa siguiendo por años de reinado del emperador: el comienzo del reinado se toma como fecha inicial. Pero los reinados se encadenan en dinastías o en eras, cada una de las cuales sigue la misma trayectoria, es decir, va de la fundación por un soberano prestigioso a sus posteriores decadencia y ruina. Cada dinastía se corresponde con una de las cinco estaciones, con una virtud cardinal, con un color emblemático y uno de los cinco puntos cardinales. Así, el tiempo forma parte del orden mismo de las cosas[3].

El tiempo cíclico fue también característico del Imperio bizantino. Los bizantinos tomaron del Imperio romano un ciclo fiscal de quince años, la indicción, que a partir de la conversión de Constantino (312) se convirtió en un modo de contar regularmente los años. Las indicciones se sucedían y se numeraban aunque una fecha se corresponde con el año de una indicción concreta: por ejemplo, el tercer año de la vigésimo tercera indicción. Pero los contemporáneos sabían en qué indicción se encontraban y no siempre se tomaban la molestia de precisar, cuando databan un documento, el número de la indicción, tal y como nosotros fechamos siempre nuestras cartas. Era, pues, en cierto modo un tiempo circular.

En Occidente, los romanos databan por referencia a los cónsules, esto es, más cómodamente, por referencia al comienzo del reinado de los emperadores. El Evangelio de Lucas nos ofrece un buen ejemplo de esas prácticas al fechar de este modo el inicio de la vida pública de Cristo: «El año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea; Herodes, tetrarca de Galilea; su hermano Filipo, tetrarca de Iturea (...), bajo el pontificado de

[3] Jérôme Bourgon, «Problèmes de périodisation en histoire chinoise», en *Périodes*, págs. 71-80. Los cinco puntos cardinales son los nuestros más el centro.

Anás y Caifás (...)»[4]. Al unir unos reinados con otros y al elaborar la lista de cónsules, los historiadores habían calculado una cronología que tomaba la fundación de Roma como punto de partida, *ab urbe condita*. Era un cálculo tan erudito como precario, y que no tuvo uso común. Tras el hundimiento del Imperio, la datación se hizo por referencia a las distintas autoridades. Los soberanos fechaban partiendo del inicio de su reinado, y los monjes, desde la fundación de su abadía o por periodo abacial. Los cronistas aceptaban esa división que permitía introducir sucesiones ordenadas, pero era como si cada reino o cada abadía fueran una región con sus propios mapas, escalas y símbolos. Por lo demás, la datación siguiendo los reinados o las magistraturas locales ha sobrevivido mucho tiempo. Incluso hoy en día subsisten sus huellas, como ocurre en esa placa situada en la fachada de la iglesia de Saint-Étienne-du-Mont, en la que se advierte al transeúnte de que su construcción se inició bajo Francisco I y se concluyó con Luis XIII. Por su parte, la gente corriente vivía un tiempo que se estructuraba a través de los trabajos del campo y la liturgia: un tiempo cíclico por excelencia, que ni avanza ni retrocede. Los cambios se dan en un momento determinado del ciclo: Pentecostés difiere de Adviento, pero esa misma secuencia se repite año tras año.

Hay dos grandes razones que explican por qué esos tiempos cíclicos plurales han acabado por integrarse en el calendario único de la era cristiana. La primera radica en la voluntad de encontrar una concordancia entre tiempos diversos, de ordenar, relacionando los unos con los otros, los reinados de los soberanos de las distintas partes del mundo conocido. Ésta es la lenta toma de conciencia de la unidad de la humanidad, la aparición del concepto de historia universal. P. Ariès la data en el tercer siglo de nuestra era:

> Ni el helenismo ni siquiera la latinidad tuvieron idea de una historia universal que abarcara en un conjunto único todos los tiempos y todos los espacios. Al entrar en contacto con la tradición judía, el mundo romano, cristianizado, descubrió que el género humano tenía una historia solidaria, una historia universal: momento decisivo, en el que hay que reconocer el origen del sentido moderno de la historia; se sitúa en el siglo III de nuestra era[5].

---

[4] Lucas 3, 1. La cita en castellano está extraída de la edición hecha en 1964 por las Ediciones Paulinas. *(N. de los T.)*

[5] *Le Temps de l'histoire,* pág. 100 (trad. esp., pág. 110).

En el momento de esta aparición, advirtámoslo, la historia desempeñó un papel decisivo: los historiadores o, al menos, los cronistas fueron necesarios para hacer surgir esa idea de una comunidad referida al conjunto de la humanidad. No fue fruto de una conciencia inmediata: fue obra de una voluntad de recapitulación cuya primera forma sería la tabla de concordancias.

El advenimiento de la era cristiana responde asimismo a una segunda razón: la necesidad de hacer coincidir el calendario solar, heredado de los romanos, con el lunar, recibido del judaísmo, que organizaba la vida litúrgica. En efecto, la principal fiesta cristiana, la Pascua, no se celebra cada año en la misma fecha. De ahí las enormes dificultades para datar partiendo de la Pasión de Cristo, como lógicamente habían empezado a hacer los cristianos: ¿cómo ajustar cada año la Pascua cuando no comienza en el mismo momento? Se necesitaba una verdadera ciencia para el cálculo de los años, del cómputo y del calendario. Debemos a un monje inglés, Beda el Venerable, haber optado a principios del siglo VIII por un recuento basado en el nacimiento de Cristo como punto de partida. Hay que celebrar su audacia, que le llevó a inventar el cómputo negativo: «En el sexagésimo año anterior a la Encarnación del Señor, Cayo Julio César fue el primer romano que hizo la guerra a los británicos»[6]. En el continente, el primer documento fechado en el año de la Encarnación se remonta a 742, aunque será necesario esperar para que la era cristiana se generalice[7].

La inclusión de los calendarios litúrgico y civil en la era cristiana constituye un cambio de primer orden. Esta preocupación era lógica porque la cristiandad necesitaba dividir el año en periodos litúrgicos. Pero el calendario es cíclico: no implica la era. Ésta es lineal, continua, regular y orientada. En la medida en que se data por reinos y pontificados, el relato histórico se despliega según la adición, la que se observa en los anales y en las crónicas, una adición que lleva a colocar los hechos relacionados en su lugar, sin que necesariamente los jerarquice, haciendo referencia a la vez a los acontecimientos naturales (las inundaciones, un invierno riguroso) y a acontecimientos políticos (las batallas, los matrimonios o las muertes de los príncipes). La historia supone una lógica narrativa, causal, que vincula unos hechos con otros: la era le proporciona un marco indispensable. Pero el tiempo de los hombres no ha llegado del todo, pues el tiempo de Dios aún permanece.

---

[6] *Historia eclesiastica gentis anglorum,* hacia 726. Véase D. S. Milo, *Trahir le temps,* cap. 5, «Esquisse d'une histoire de l'Ère chrétienne».

[7] B. Guénée, *Histoire et culture historique,* pág. 156.

Un tiempo orientado

Proponer un tiempo que condujera hasta nosotros fue una pretensión inaudita y, más exactamente, supuso su laicización. Cuando los revolucionarios franceses intentaron hacer del inicio de la Republica el acontecimiento fundador de una nueva era, suplantando para ello el nacimiento de Cristo, no sólo modificaron el origen del tiempo, sino su término. Reemplazaron un tiempo que llevaba al fin del mundo por otro que conducía hasta ellos. Era algo que, por sí solo, constituía un cambio de primer orden, y era posible en aquella época porque respondía al movimiento mismo de la sociedad y de la cultura «modernas».

Para la cristiandad, y al menos hasta el Renacimiento, el fin del mundo era el único desenlace verdadero del tiempo. Entre el nacimiento de Cristo y el día del juicio final, el tiempo de los hombres consistía en una espera de la venida de Dios: un tiempo sin grosor ni consistencia propias. «No sabéis ni el día ni la hora...», Dios es el único señor del tiempo. Nada que fuera importante podía ocurrir, pues, al compás de los días, nada verdaderamente nuevo para los individuos o para las sociedades. El tiempo cíclico seguía presente en la era cristiana. El joven difiere del anciano, pero cuando llegue a viejo no se distinguirá realmente de él. Nada hay que esperar de ese tiempo que pasa, salvo el propio fin de los tiempos y el retorno de Cristo. Hasta cierto punto, el tiempo está quieto, estático. *No hay nada nuevo bajo el sol...*, dice en el Eclesiastés el hijo de David. El reformador alemán Melanchton se inscribe dentro de ese tiempo estático cuando, a principios del siglo XVI, afirma: «El mundo sigue siendo el mundo, por eso sigue habiendo los mismos conflictos en él aunque las personas hayan muerto»[8].

Es en esta textura temporal premoderna, que será reemplazada por la temporalidad propiamente histórica, en donde los hombres de todas las edades son en cierto modo contemporáneos. Los maestros que realizaron las vidrieras medievales, como también los pintores del Quattrocento, no vieron dificultad alguna en que algún generoso donante figurara vestido con las ropas de la época junto a los santos y los pastores de la Natividad: todos pertenecían al mismo mundo y al mismo

[8] R. Koselleck, *Le Futur passé*, pág. 19 (trad. esp., pág. 299).

tiempo. R. Koselleck comenta en este sentido un famoso cuadro de Altdorfer, pintado en 1529 para el duque de Baviera y conservado en la pinacoteca de Múnich, *La batalla de Alejandro*[9]. Los persas se asemejaban a los turcos que, entonces, asediaban Viena, así como los macedonios a los lansquenetes de la batalla de Pavía. Alejandro y Maximiliano se superponen. Altdorfer indica en su cuadro el número de los combatientes, de los muertos y de los prisioneros, pero no la fecha. Carece aquí de importancia. Entre el ayer y el hoy no hay diferencia.

Por el contrario, el tiempo moderno es portador de diferencias irreversibles: el después será irreductible con respecto al antes. Es un tiempo fecundo, pleno de novedades, que no se repite nunca y en el que todos lo momentos son únicos. Todo ello supuso una suerte de revolución mental que no fue fruto de un solo día.

La primera etapa se corresponde con el humanismo y el Renacimiento. Al redescubrir la Antigüedad y a sus maestros, tanto en la literatura posterior a Petrarca como en el arte, los humanistas de la segunda mitad del siglo XVI establecen una división de la historia en tres épocas: entre la Antigüedad y el tiempo en el que ellos viven se extiende un periodo intermedio. Es ésta una *media aetas,* nuestra Edad Media, una especie de agujero negro caracterizado peyorativamente por la pérdida de todo aquello que había supuesto la excelencia de la Antigüedad. Los reformadores compartían esta visión, y es por eso por lo que pretendían remontarse a las fuentes de una fe primitiva que se habría corrompido más tarde.

Pero los humanistas, los reformadores y, por extensión, los hombres del Renacimiento no perciben más que un tiempo estacionario: los modernos esperan reencontrar el nivel de los antiguos, pero sin que aspiren a hacerlo mejor que ellos. Habrá que esperar a la mitad del siglo XVI para que la idea de un posible progreso comience a emerger. Para Vasari, por ejemplo, que se propuso hacer en 1550 una historia de los pintores, escultores y arquitectos, el mensaje de la Antigüedad había sido olvidado, y si bien los modernos lo restablecían, eran capaces de hacerlo mejor. El regreso a las fuentes constituía una superación: lo que antaño era círculo ahora deviene espiral ascendente.

A lo largo de los siglos XVII y XVIII se pueden seguir los progresos de esta idea, constitutiva de nuestra percepción moderna de la temporalidad. En 1688, por ejemplo, es Fontenelle quien declara: «Los hombres nunca degenerarán y las visiones sanas de todos los rectos espíri-

---

[9] *Ibíd.,* pág. 271.

tus que se irán sucediendo se irán añadiendo unas a otras»[10]. Son sobre todo los hombres del siglo de las Luces quienes difunden esta idea, ilustrados como Turgot y su *Cuadro filosófico de los sucesivos progresos del espíritu humano* (1750). Es, en fin, la Revolución la que le dará una expansión formidable: la representación moderna del tiempo se impone entonces como una evidencia. Kant se alzó, por ejemplo, contra la tesis de que todo seguía igual a lo largo del tiempo: por el contrario, a su entender, el futuro sería otra cosa, es decir, mejor. El tiempo de la historia, nuestro tiempo, el que entonces triunfa, es el del progreso.

En cambio, tras el trágico siglo XX, sabemos que el porvenir puede ser peor, al menos temporalmente. No podemos, pues, compartir el optimismo propio del siglo XIX. Sin embargo, subsiste implícitamente en las representaciones de nuestros contemporáneos, que toleran mal que el progreso pueda detenerse, que el nivel de vida deje de crecer, que los Derechos del Hombre sean ignorados por numerosos gobiernos. El tiempo en el cual se mueve nuestra sociedad es ascendente. En ese sentido, cuando se pide a los estudiantes que representen gráficamente el tiempo jamás dibujan una línea plana ni en sentido descendente...[11]. Pese a los desmentidos concretos y la ausencia de una necesidad lógica, permanecemos fieles a ese tiempo progresivo, a aquel que debe conducirnos necesariamente hacia algo mejor. Para convencerse basta tener en cuenta el uso de términos como «regresión» o «vuelta atrás» que empleamos para designar todo aquello que contradice esa norma.

Es en ese tiempo ascendente, creador de novedad y de sorpresas, en el que se mueve nuestra sociedad. Pero, para poder utilizarlo, los historiadores le aplican algunas transformaciones.

La construcción histórica del tiempo

Tiempo, historia y memoria

Para identificar las particularidades del tiempo de los historiadores, resultará clarificador compararlo con el de nuestros contemporáneos, tal y como los etnólogos nos han enseñado. Véase, por ejemplo, un

[10] Citado por K. Pomian, *L'Ordre du temps,* pág. 119 (trad. esp., pág. 142).

[11] Véase Nicole Sadoun-Lautier, *Histoire apprise, Histoire appropriée,* cap. 3. Los alumnos representan el tiempo bien con una flecha en ascenso, bien con un trazo sinuoso o de forma escalonada, aunque igualmente ascendente, pero nunca con una recta horizontal o descendente.

pueblo de la Borgoña, Minot, que fue objeto de una profunda investigación[12]. Los antropólogos advirtieron claramente la presencia de ese concepto de temporalidad moderna: el presente no se asemeja al pasado, sino que es otro y mejor. Además, se opone a un pasado indistinto, sin fechas, sin referencias, sin etapas. La separación entre el antes y el después es muy nítida, pero el antes es un todo inmóvil que no se puede remontar.

El tiempo de la historia y la temporalidad moderna son en sí mismos un producto de la historia. R. G. Collingwood[13] imaginó una sociedad de pescadores en la que, gracias al progreso técnico, su pesca pasara de diez a veinte capturas diarias. En el seno de esa comunidad, jóvenes y viejos no juzgarían de igual modo ese cambio. Los ancianos invocarían con nostalgia la solidaridad a la que obligaba la técnica desechada. Los jóvenes destacarían el tiempo ahorrado. Los juicios son, pues, solidarios con el modo de vida al que están ligados. Para comparar uno con otro así como las técnicas que se les asocian, es necesario empezar a hacer historia. Ésta es la razón por la que, prosigue nuestro autor, los revolucionarios no podían juzgar que su revolución constituyera un progreso a menos que fueran historiadores, es decir, a no ser que comprendieran el modo de vida que, no obstante, rechazaban.

Esta comparación entre el pasado y el presente implica que el tiempo de la historia está objetivado. Visto desde el presente, es un tiempo ya pasado, dotado en consecuencia de una cierta estabilidad, y que se puede recorrer según la investigación que se emprenda. El historiador se remonta y desciende en el tiempo, sigue el hilo en los dos sentidos, de acuerdo con su criterio, aunque sepa muy bien que sólo lo puede recorrer en uno de ellos. P. Ariès anotó con emoción el momento —la segunda mitad del siglo XVIII— en que un historiador de Juana de Arco, reacio hacia lo maravilloso, escribió sin reparo:

> *Trasladémonos por algún tiempo al siglo XV* (subrayemos esta frase, que anuncia un sentimiento nuevo y moderno de la historia). No se trata de lo que nosotros pensamos actualmente de las revelaciones de Juana de Arco, sino de la opinión que tuvieron nuestros antepasados, ya que esta opinión fue la que produjo la asombrosa revolución de la que vamos a dar cuenta[14].

---

[12] Françoise Zonabend, *La Mémoire longue. Temps et histories au village,* París, PUF, 1980.

[13] *The Idea of History,* págs. 325-326.

[14] *Le Temps de l'histoire,* pág. 155 (trad. esp., pág. 173).

El vaivén permanente entre el pasado y el presente, así como entre los diferentes momentos del pasado, es la operación misma de la historia. Ésta emplea una temporalidad propia, familiar, un poco como aquel itinerario sin fin que discurre por un bosque, con sus señales, con sus senderos borrosos o despejados. El historiador, puesto que él mismo está situado en el tiempo, de algún modo intenta distanciarse cuando trabaja, jalonándolo con sus investigaciones, marcando sus referencias y dándole una estructura.

Ese tiempo objetivado presenta dos rasgos complementarios. En primer lugar, excluye la perspectiva teleológica, la que busca en el después la razón del antes. Lo que pasó después no puede causar lo que ocurrió antes. Este modo de pensar no es tan natural ni evidente como nos pudiera parecer y, de hecho, las explicaciones teleológicas no han desaparecido. En el libro de cualquier sociólogo, sea cual sea el objeto que trate, se lee, por ejemplo, que, para aplastar la Comuna, la burguesía francesa cedió la región de Alsacia-Lorena a Alemania. El historiador se sobresalta ante tal afirmación: los preliminares de la paz fueron firmados el primero de marzo de 1871, con anterioridad a que la Comuna estallara el 18...

El abandono de la perspectiva teleológica evita que el historiador admita ese tiempo tan claramente orientado con el que piensan sus contemporáneos. Su dirección ya no viene definida «por referencia a un estado ideal, situado fuera de ella o a su final, y hacia el que se orientaría si no para alcanzarlo, al menos por acercarlo asintóticamente. Se extrae a partir de la evolución de determinados indicadores (...). Son los procesos estudiados los que, gracias a su desarrollo, imponen al tiempo una topología determinada»[15]. No obstante, es cierto que, tanto en la representación social como en la construcción histórica, el tiempo es un factor de novedad, un creador de sorpresas. Tiene un movimiento y una dirección.

De ahí su segundo rasgo: nos permite el pronóstico. No la profecía, que es anuncio del fin de los tiempos, más allá de los episodios y de las peripecias que nos separan. En cambio, el pronóstico, que se dirige desde el presente al futuro, se basa en el diagnóstico extraído del pasado para augurar evoluciones posibles y evaluar sus respectivas probabilidades.

---

[15] K. Pomian, *L'Ordre du temps*, págs. 93-94 (trad. esp., pág. 116)

REINHART KOSELLECK: PROFECÍA Y PRONÓSTICO

> Mientras que la profecía traspasaba el horizonte de la experiencia calculable, el pronóstico se sabe vinculado a la situación política. Tan vinculado está que formular un pronóstico significa ya modificar la situación. El pronóstico es un momento conocido de acción política. Está referido a acontecimientos cuya novedad alumbra. Por ello, el tiempo se excluye continuamente del pronóstico, de una manera que es imprevisible de prever.
>
> El pronóstico produce el tiempo desde el que se proyecta y dentro del cual se proyecta, mientras que la profecía apocalíptica destruye el tiempo, de cuyo fin precisamente vive. Los acontecimientos, vistos desde el horizonte de la profecía, sólo son símbolos para lo que ya se sabe. Un profeta desilusionado no puede desconcertarse ante sus vaticinios. Como se mantienen variables pueden prolongarse a lo largo del tiempo, y lo que es más, con cada expectativa frustrada aumenta la certeza de una consumación futura. Por el contrario, un pronóstico desacertado no puede repetirse como equivocación, pues permanece ligado a sus únicos presupuestos.
>
> *Le Futur passé,* págs. 28-29 (trad. esp., págs. 32-33).

Objetivado, situado a distancia, orientado hacia un porvenir que no lo regula retrospectivamente, aunque pueda discernir las líneas probables de su evolución, el tiempo de los historiadores comparte sus rasgos con el de la biografía individual. Cada uno de nosotros puede reconstruir su historia personal, objetivarla hasta cierto punto, recopilando sus recuerdos, remontándose desde el momento presente hacia la lejana infancia, o descendiendo desde ésta hasta el momento en el que, por ejemplo, uno empezó a ejercer una profesión, etcétera. La memoria, como la historia, trabaja con un tiempo ya pasado.

La diferencia estriba en la distancia que se toma, en la objetivación. El tiempo de la memoria, el del recuerdo, jamás podrá ser objetivado totalmente, distanciado, y es de ahí de donde extrae su fuerza: revive con una carga afectiva inevitable. Está inexorablemente influido, modificado, alterado en función de las experiencias posteriores, que lo invisten con nuevos significados.

El tiempo de la historia se construye contra el de la memoria. Contrariamente a lo que se suele escribir, la historia no es una memoria. El antiguo combatiente que visita las playas del desembarco de Normandía posee una memoria de los lugares, de las fechas y de lo vivido. Es-

tuvo allí, tal día, y, cincuenta años después, se sumerge en el recuerdo. Evoca a los camaradas muertos o heridos. Más tarde, visita el *Mémorial*[16], el monumento correspondiente, y la memoria se transforma en historia, comprende la amplitud del desembarco, evalúa las masas humanas contendientes, el material de guerra, las decisiones estratégicas y políticas. El registro frío y sereno de la razón sustituye a aquel otro, más cálido y tumultuoso, de las emociones. No se trata de revivir, sino de comprender.

Eso no significa que debamos borrar la memoria para hacer historia, o que el tiempo de la historia sea el de la desaparición de los recuerdos; se trata de entender que una y otra forman parte de registros diferentes. Hacer historia no puede consistir jamás en un relato de recuerdos, ni en un intento de paliar su ausencia a través de la imaginación. Significa construir un objeto científico, historiar, lo cual supone ante todo construir una estructura temporal, distanciada, manipulable, puesto que la dimensión diacrónica es lo que distingue a esta disciplina dentro del conjunto de las ciencias sociales.

Eso quiere decir que el tiempo no se le presenta al historiador como algo dado, que está allí, preexistente a su investigación, sino que es construido por un trabajo característico del oficio de historiador.

El trabajo sobre el tiempo. La periodización

El primer trabajo del historiador es la cronología. Ante todo, se trata de colocar los acontecimientos en un orden temporal. El empeño parece simple, evidente. Pero a menudo depara sorpresas, pues los acontecimientos se superponen, se imbrican. Para no violentar los datos, el orden cronológico debe ser flexible, matizado, interpretado. Esa operación nos proporciona una primera criba.

El segundo trabajo —segundo lógicamente, pues en la práctica ambos se confunden— es el de la periodización. En un primer nivel, se trata de una necesidad práctica: no podemos abrazar la totalidad sin dividirla. Del mismo modo que la geografía fragmenta el espacio en regiones para poder analizarlo, el historiador desglosa el tiempo en pe-

---

[16] No hay entrada en el diccionario de la Real Academia Española para esta palabra. En francés, *Mémorial* es el lugar o monumento conmemorativo relativo al siglo XX. En general, suele ser un museo, para dar así el sentido de memoria viva, pues en él se desarrollan actividades culturales además de ser centros de documentación e investigación. *(N. de los T.)*

riodos[17]. Pero no todas las divisiones son válidas: es necesario dar con aquellas que tienen un sentido y que identifican conjuntos relativamente coherentes. Platón comparaba al filósofo con el buen cocinero que sabe trinchar los pollos *kat' arthra,* siguiendo las articulaciones. La comparación resulta igualmente válida para el historiador: éste debe hallar las articulaciones pertinentes para dividir la historia en periodos, es decir, sustituir la continuidad inasequible del tiempo por una estructura significante.

La importancia esencial de la periodización se halla en que trata, dentro de la propia cronología, el problema central de la temporalidad moderna. Dado que el tiempo es portador de novedades, de sorpresas, la cuestión es articular lo que cambia y lo que subsiste. De hecho, si el problema de la continuidad/ruptura ha sido tan manoseado es porque es consustancial a nuestra concepción del tiempo. La periodización permite pensar ambas a la vez. Ante todo, lo que hace es asignar una y otra a momentos diferentes: continuidad en el interior de los periodos, rupturas entre ellos. Los periodos se siguen y no se parecen; periodizar es, pues, identificar rupturas, tomar partido por aquello que se modifica, datar el cambio y darle una primera definición. Ahora bien, en el interior de un periodo, es la homogeneidad la que prevalece. El análisis incluso puede ir un poco más lejos. Toda división en periodos supone siempre tomar una decisión que tiene algo de arbitrario. En cierto sentido, todos son «periodos de transición». El historiador que destaca un cambio al definir dos periodos distintos está obligado a decirnos cuáles son los aspectos en que difieren y, aunque sea como reverso, de forma implícita o explícita, cuáles en los que se asemejan. La periodización permite identificar continuidades y rupturas. Abre la vía a la interpretación. Hace que la historia sea, si no inteligible, al menos pensable.

La propia historia del concepto que hay en la voz *siglo* lo confirma. En efecto, fue la Revolución la que lo «creó»[18], pues con anterioridad el término tenía un sentido aproximativo. El «siglo» de Luis XIV tenía para Voltaire el significado de un reinado algo largo, pero no un periodo de cien años claramente delimitado. Ahora bien, con la Revolución prevalece el sentimiento de estar en presencia de una modificación capital, de un contraste, y el cambio de siglo es vivido, por primera vez, como un cambio *tout court.* Producto de una comparación entre una

---

[17] Christian Grataloup, «Les régions du temps», en *Périodes,* págs. 157-173.

[18] D. S. Milo, *Trahir le temps,* cap. 2, «... y la Revolución "crea" el siglo».

centuria que se apaga y otra que despunta, el siglo permite pensar la comparación, es decir, apelar simultáneamente a la continuidad y a la ruptura. Por otra parte, ésta es la razón por la que los siglos de los historiadores adquieren una cierta plasticidad: el siglo XIX termina en 1914, como también tenemos un siglo XVI largo y otro corto.

Así pues, la historia no puede prescindir de la periodización. Y, sin embargo, los periodos tienen mala reputación entre los historiadores. De Lord Acton, cuyo gran precepto «study problems, not periods» tiene ya un siglo, a las críticas radicales de P. Veyne y F. Furet[19], el periodo se ha convertido en un problema.

A decir verdad, se trata de una demarcación construida, fría, de una demarcación que el historiador hereda, y no de la periodización viva. La acción de periodizar es plenamente legítima y ningún historiador puede pasar sin ella. Pero el resultado no deja de ser sospechoso. El periodo adquiere la forma de un marco arbitrario y restrictivo, de un yugo que deforma la realidad. Ésta es la razón por la que, una vez construido el objeto histórico «periodo», éste funciona inevitablemente de un modo autónomo. «La creación deviene concreción»[20]. Además, la enseñanza contribuye a ese endurecimiento, a esa petrificación de los periodos históricos: la exposición didáctica busca la claridad y la simplicidad, dando a cada etapa una suerte de evidencia que no le es propia. Para advertirlo, basta con pensar en lo que ocurre cuando enseñamos un periodo que aún no está estudiado. En cierta ocasión, impartí un curso sobre la Francia comprendida entre 1945 y la actualidad, en una época en la que todavía no existían manuales sobre el tema. Como era de esperar, la periodización se convirtió en un problema: ¿Cuál era la cesura adecuada? ¿1958, con el fin de la IV República?, ¿o bien 1962, con la conclusión de la guerra de Argelia y la elección del presidente de la República por sufragio universal? En realidad, ensayé una y otra, cada una con sus ventajas y sus inconvenientes. La enseñanza será, pues, la que decida, de modo que uno de los cortes se impondrá con una evidencia análoga a aquella que nos encontramos en el paso de la «República progresista» a la «República radical» en torno al asunto Dreyfus.

El historiador no reconstruye la totalidad del tiempo cada vez que emprende una investigación: recibe un tiempo ya trabajado, que otros historiadores ya han segmentado en periodos. Al igual que las

---

[19] Paul Veyne, *L'Inventaire des différences;* F. Furet, *L'Atelier de l'histoire.*

[20] O. Dumoulin, «La guerre des deux périodes», en *Périodes...,* págs. 145-153, especialmente, pág. 148.

preguntas de los investigadores obtienen su legitimidad científica de su inserción en el campo de la disciplina, del mismo modo no pueden hacer abstracción de las divisiones temporales preexistentes; éstas forman parte del propio lenguaje de la profesión. Hablamos de un «primer siglo XX», de una «alta» y «baja» «Edad Media», del «Renacimiento», de la «Ilustración». Por otra parte, estos periodos-objetos-históricos tienen una historia. Así, por ejemplo, es sabido cómo el Renacimiento (y no podemos dejar de recurrir a este objeto-periodo) «inventó» la Edad Media.

Los periodos no se institucionalizan solamente a través de la enseñanza y de la lengua, sino que son fijados de forma duradera por las estructuras universitarias. Las cátedras, los diplomas, se ven influidos por los periodos que consolidan. La institucionalización va más allá de los cuatro grandes periodos clásicos (Antigüedad, Edad Media, Moderna y Contemporánea), con la arbitraria paradoja que encierran esas designaciones, con una «contemporánea», por ejemplo, que no es moderna pero que tampoco no es ya necesariamente contemporánea. Tenemos especialistas en el siglo XVI, en el XVIII, en el XIX, en el XX...

El tiempo de los historiadores se presenta así como un tiempo ya estructurado, ya articulado. En ese sentido, las ventajas no son más evidentes que los inconvenientes. Entre las primeras, además de las comodidades de lenguaje —peligrosas— ya señaladas, podemos mencionar la facilidad de acceso a las fuentes, puesto que los escritos, los tipos de documentos o los lugares de conservación obedecen a menudo a una división en periodos. Pero cada etapa presenta un verdadero interés científico: nos advierte de que la simultaneidad en el tiempo no es una yuxtaposición accidental, sino una relación entre hechos de órdenes diversos. Los diferentes elementos son de algún modo más o menos interdependientes, es decir, «van juntos». Es el *Zusammenhang* de los alemanes. Se explican los unos por los otros. El todo da cuenta de las partes.

Los inconvenientes constituyen precisamente el reverso de esta ventaja, y son de dos órdenes. En primer lugar, la clausura de todo periodo en sí mismo impide captar su originalidad. Para comprender la religión romana, como indicaba P. Veyne, es necesario salir del periodo romano e interrogarse sobre el fenómeno religioso en su conjunto. Lo cual no significa que no haya vínculos entre la religión romana, el derecho romano, las estructuras familiares, la sociedad... Nadie está condenado a encerrarse dentro de «su» periodo. La propiedad del tiempo histórico es precisamente que se puede recorrer en todos los sentidos, tanto hacia arriba como hacia abajo, y a partir de cualquier punto.

En segundo lugar, se reprocha a la demarcación en periodos crear una unidad artificial a partir de elementos heterogéneos. La temporalidad moderna es también el descubrimiento de la no simultaneidad en lo simultáneo, o también de la contemporaneidad de aquello que no es contemporáneo (Koselleck)[21]. A Jean-Marie Mayeur le gusta decir que en un mismo momento coexisten varias Francias de edades diferentes[22]. No se puede sino suscribir esa observación. Desde finales del siglo XVIII, el tiempo que se ve como nuevo es percibido también como algo que no se produce al mismo ritmo en todos los sectores. Los historiadores utilizan los términos «adelantado» o «atrasado»: la evolución social está «atrasada» respecto a la evolución económica, o el movimiento de las ideas está «adelantado»... La revolución de 1848 ocurre «demasiado pronto» en Alemania, etcétera. Estas formas de hablar indican que, si nos detenemos en un momento determinado del tiempo y observamos los diversos aspectos de una realidad dada, advertiremos que no todos ellos están en la misma fase de la evolución o, para decirlo de manera paradójica, empleando los dos sentidos del término: todos los elementos contemporáneos no son contemporáneos.

La pluralidad del tiempo

Cada objeto histórico tiene su propia periodización. Marc Bloch lo dijo con humor y exactitud.

> MARC BLOCH: A CADA FENÓMENO, SU PERIODIZACIÓN
>
> Mientras nos limitamos a estudiar, en el tiempo, cadenas de fenómenos emparentados, el problema es, en suma, sencillo. Es a esos fenómenos mismos a quienes conviene pedir sus propios períodos. ¿Una historia religiosa del reinado de Felipe Augusto? ¿Una historia económica del reinado de Luis XV? ¿Por qué no: «Diario de lo que pasó en mi laboratorio bajo la segunda presidencia de Grévy», por

[21] R. Koselleck, «Die Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen», *Le Futur passé*, pág. 114 y pág. 121.

[22] Jean-Marie Mayeur, al que se refiere A. Prost, es un historiador poco conocido entre nosotros (sólo una de sus obras fue traducida hace más de treinta años) y es profesor de la Sorbona dedicado a la historia política y religiosa de la Francia contemporánea. *(N. de los T.)*

Louis Pasteur? ¿O, inversamente: «Historia aplicada de Europa, desde Newton hasta Einstein»?

Sin duda, se ve muy claro por qué han podido seducir las divisiones sacadas uniformemente de la sucesión de imperios, reyes o regímenes políticos. Tenían no sólo el prestigio que una larga tradición suele asignar al ejercicio del poder (...). Un advenimiento, una revolución tienen su sitio fijo, en el tiempo, un año, un día antes o después; ahora bien, el erudito gusta, a lo que dicen, de «fechar finamente». (...)

Sin embargo, tengamos cuidado de no sacrificarlo todo al ídolo de la falsa exactitud. El corte más exacto no es forzosamente el que pretende conformarse con la más pequeña unidad de tiempo (...), sino el mejor adaptado a la naturaleza de las cosas. Pero cada tipo de fenómeno tiene su medida particular y, por decirlo así, su decimal específico».

Apologie pour l'histoire, págs. 93-94 (trad. esp., págs. 140-141).

Así pues, a cada objeto histórico le corresponde su periodización específica. En ese sentido, no resulta pertinente adoptar un marco temporal establecido a partir de los acontecimientos políticos para estudiar la evolución económica o religiosa, ni a la inversa. Pero tampoco podemos llevar esta posición a su extremo sin disolver el tiempo en un conjunto de temporalidades que careciesen de coherencia entre sí. La negación absoluta del periodo como unidad dinámica sería una dimisión de la inteligencia puesto que implicaría renunciar a la síntesis. De este modo, nos hallamos ante una contradicción que debemos asumir —encontraremos otras—, pues no podemos sacrificar ninguna de las dos alternativas sin perder algo esencial.

La mayoría de los historiadores se han enfrentado a esta contradicción, aunque sin llegar a solucionarla. Ranke se alzó contra la división de la historia en tres periodos, pero empleó estas categorías y las dotó de contenido[23]. Seignobos era muy consciente del carácter artificial de los periodos, «divisiones imaginarias», introducidas por los historiadores[24]. L. Febvre subrayó «el estrecho vínculo de interdependencia que

[23] R. Koselleck, *ibíd.*, pág. 267.

[24] Ch. Seignobos, «L'enseignement de l'histoire dans les facultés», *Revue Internationale de l'Enseignement,* II, 15 de julio de 1884, pág. 36: «Sé que este procedimiento puede parecer artificial. Los periodos no son realidades, es el historiador quien introduce divisiones imaginarias dentro de la serie continua de las transformaciones.»

se da en una época determinada», aunque a la vez deplorara la arbitrariedad que rompe las continuidades[25]. F. Braudel se pregunta: «¿Hay o no hay, excepcional y breve coincidencia entre todos los tan variados tiempos de la vida de los hombres?» Y responde: «No hay un tiempo social de una sola coladura, sino un tiempo social con mil velocidades, con mil lentitudes»[26].

Por tanto, debemos encontrar el modo de hacer que esta contradicción se torne sostenible y fecunda. Jerarquizar los tiempos, que son diferentes, puede permitirnos articularlos, los unos en relación con los otros. Esta operación es aproximadamente semejante a la profundidad de campo que el cineasta emplea para mostrar el mayor número de personajes, todos distintos, a la vez que logra escalonarlos a una distancia variable de su objetivo.

Éste es el modelo al que se ciñó F. Braudel en su *Mediterráneo,* cosa que hizo con un éxito de sobra conocido. Su distinción de los tres tiempos es ya clásica, hasta el punto de experimentar los avatares que describíamos más arriba, de la creación a la concreción. En realidad, si bien este célebre texto es el prefacio de una tesis articulada en tres partes siguiendo las reglas tradicionales de la retórica académica francesa[27] y aunque, como cualquier prefacio, persigue sobre todo el objetivo de justificar el plan de la obra, nos seduce tanto por su pertinencia como por su elegancia. Braudel va de lo más amplio, de lo más general, a lo más particular. La primera parte está consagrada al marco geográfico y material, la segunda a la economía y la tercera a los acontecimientos políticos. Estos tres objetos, relativamente solidarios y relativamente independientes, corresponden a tres temporalidades escalonadas: un tiempo largo, el de las estructuras geográficas y materiales; un tiempo intermedio, el de los ciclos económicos y la coyuntura; y un tiempo corto, el de lo político y de los acontecimientos. F. Braudel no se enga-

---

[25] O. Dumoulin, *Profession historien,* pág. 148.

[26] *Ibíd.,* págs. 149-150. Véase F. Braudel, *Écrits sur l'histoire,* pág. 31 (Lección inaugural en el Collège de France, 1950) y pág. 48 (artículo sobre la larga duración, de 1958). (La pregunta y la respuesta de Braudel forman parte de su Lección inaugural de 1950 en el Collège de France, trad. esp., FCE, págs. 29 y 23. Para evitar confusiones, cabe advertir que hay *Écrits* de Braudel en ediciones diferentes, pero se trata de textos distintos. Prost cita la que se corresponde con la editada en FCE; en cambio no cita ni emplea los *Écrits* traducidos y editados en España por Alianza. *[N. de los T.]).*

[27] Apostaría que, si él hubiese sido chino, habría compuesto su tesis en cinco partes y distinguido cinco tiempos, pero el hecho de que nuestra cultura sea ternaria (Antigüedad, Edad Media, tiempos modernos) no resta eficacia a su distinción, más bien al contrario.

ñaba, pues conocía mejor que nadie la pluralidad indefinida de los tiempos históricos.

FERNAND BRAUDEL: LOS TRES TIEMPOS...

Este libro se divide en tres partes, cada una de las cuales es, de por sí, un intento de explicación de conjunto. La primera trata de una historia casi inmóvil, la historia del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea; historia lenta en fluir y en transformarse, hecha no pocas veces de insistentes reiteraciones y de ciclos incesantemente reiniciados. No he querido olvidarme de esta historia, casi situada fuera del tiempo, en contacto con las cosas inanimadas, ni contentarme tampoco, a propósito de ella, con las tradicionales introducciones geográficas de los estudios de historia (...).

Por encima de esta historia inmóvil se alza una historia de ritmo lento (...) que nosotros llamaríamos de buena gana, si esta expresión no hubiese sido desviada de su verdadero sentido, una historia *social,* la historia de los grupos y las agrupaciones. Cómo este mar de fondo agita el conjunto de la vida mediterránea es lo que me he esforzado por exponer en la segunda parte de mi libro, estudiando sucesivamente las economías y los Estados, las sociedades y las civilizaciones e intentando, por último, poner de manifiesto, para esclarecer mejor mi concepción de la historia, cómo todas estas fuerzas profundas entran en acción en los complejos dominios de la guerra. Pues la guerra no es, como sabemos, un dominio reservado exclusivamente a las responsabilidades individuales.

Finalmente, la tercera parte, la de la historia tradicional o, si queremos, la de la historia cortada, no a la medida del hombre sino a la medida del individuo, la historia de los acontecimientos, de François Simiand: la agitación de la superficie, las olas que alzan las mareas en su potente movimiento. Una historia de oscilaciones breves, rápidas y nerviosas. Ultrasensible por definición, el menor paso queda marcado en sus instrumentos de medida. Historia que tal y como es, es la más apasionante, la más rica en humanidad, y también la más peligrosa. Desconfiemos de esta historia todavía en ascuas, tal como las gentes de la época la sintieron, la describieron[28]

[28] En la edición mexicana del *Mediterráneo* (FCE), que es la que reproducimos, el verbo «describieron» ha desaparecido. Sin embargo, en el extracto de ese mismo prefacio que publicó dicha editorial dentro de los *Escritos sobre historia* sí que consta, aunque bajo otra presentación: «Desconfiemos de esta historia todavía ardiente, como sus contemporáneos la han sentido, descrito, vivido, siguiendo el ritmo de su vida, breve como la nuestra» (trad. esp., pág. 14). *(N. de los T.)*

y la vivieron, al ritmo de su vida, breve como la nuestra. Esta historia tiene la dimensión tanto de sus cóleras como de sus sueños y de sus ilusiones...

La Méditerranée, págs. 11-12 (trad. esp., páginas 17-18).

Si deseamos conservar la fecundidad del planteamiento braudeliano, es necesario que retengamos la intención que lo anima antes que el resultado obtenido. Lo importante es tener en cuenta la temporalidad propia de toda serie de fenómenos a la hora de buscar su articulación. Las distintas series de fenómenos no evolucionan al mismo paso. Cada uno tiene el suyo propio, un ritmo específico que lo distingue en relación con otros rasgos característicos. Para comprender su combinación, resulta esencial jerarquizar esas temporalidades desiguales.

No obstante, es conveniente estar en guardia ante los presupuestos lógicos de todo enfoque. El escalonamiento braudeliano de la historia inmóvil a la historia rápida constituye en realidad una toma de partido muy clara sobre la importancia respectiva de los diferentes planos de la realidad estudiada y sobre el sentido de las causalidades. La noción paradójica de «tiempo inmóvil», recogido por los discípulos de F. Braudel, no debe inducir a error. El sustantivo tiene mucho más peso que el adjetivo, de modo que ese tiempo permanece como tal, como una duración que registra cambios lentos, sin duda, e incluso muy lentos, pero no una estabilidad absoluta. El tiempo inmóvil[29] conoce fluctuaciones, oscilaciones, es decir, no es realmente inmóvil. Se sitúa dentro de la temporalidad de la historia. Ahora bien, la noción implica una toma de posición a favor de la larga duración[30]. Aquello que cambia lentamente se erige por esa misma razón en un factor capital, mientras que aquello que muda rápidamente es asignado a una región secundaria, en ocasiones subsidiaria, de la historia. La perspectiva temporal escogida es, pues, una opción interpretativa global que conviene aclarar.

Se observa así la importancia decisiva que el trabajo sobre el tiempo adquiere en la construcción de la historia. No se trata sólo de una puesta en orden, de un arreglo cronológico, ni tan siquiera de una es-

---

[29] Este es el título de la lección inaugural que impartió en 1973 Emmanuel Le Roy Ladurie en el Collège de France. Véase E. Le Roy Ladurie, *Le Territoire de l'historien,* París, Gallimard, 1978, t. II, págs. 7-34.

[30] F. Braudel, «Histoire et sciences sociales. La longue durée», *Annales ESC,* octubre-diciembre de 1958, págs. 725-752, reeditado en *Écrits sur l'histoire,* págs. 71-83.

tructuración en periodos. Se trata más bien de jerarquizar los fenómenos en función del ritmo con el que cambian. El tiempo de la historia no es una línea recta, ni una línea quebrada construida con una sucesión de periodos, ni tampoco un plano: las líneas que se entrecruzan componen más bien un relieve, con grosor y profundidad.

La historia no es sólo trabajo sobre el tiempo. Reflexiona sobre él y sobre su propia fecundidad. El tiempo crea y toda creación reclama tiempo. En el tiempo corto de la política, uno sabe que una decisión aplazada tres semanas puede ser abandonada, que la indecisión torna a veces los problemas insolubles y que, por el contrario, en otras ocasiones, basta con dejar pasar el tiempo para que el problema se disuelva por sí mismo. El adagio atribuido a Queuille[31], que fuera presidente del Consejo de Ministros, lo expresa con claridad: «No hay problema que no termine por encontrar solución si uno no decide nada.» En el marco más extenso de la economía o la demografía, el historiador mide la inercia del tiempo y, por ejemplo, valora la imposibilidad de remediar rápidamente (suponiendo que sea un mal...) el envejecimiento de la población.

Así pues, la historia invita a una meditación retrospectiva sobre la fecundidad propia del tiempo, sobre lo que teje y desteje. El tiempo, protagonista de la historia.

[31] Henri Queuille (1884-1970), médico de profesión, ocupó diversas carteras ministeriales antes de la guerra. En 1943 abandonó Francia y se unió al general De Gaulle en Londres. Tras la contienda, resultó elegido diputado radical-socialista en 1946, acta que mantuvo hasta 1958. Durante ese periodo, fue jefe del Gobierno en tres ocasiones, entre 1948 y 1951, siempre bajo la presidencia de Vincent Auriol. *(N. de los T.)*

6
Los conceptos

«No se puede decir que algo es, sin decir lo que es. Al pensarlos, se refieren los *facta* a conceptos y no es indiferente a cuáles»[1]. En este sentido, la historia no es distinta de las otras disciplinas. Pero ¿recurre a conceptos específicos?

De entrada podría parecerlo, pues el enunciado histórico no se reconoce sólo en aquello que se refiere al pasado y que comporta fechas. Una declaración como la siguiente es evidentemente histórica: *En vísperas de la Revolución, la sociedad francesa atravesaba una crisis económica de Antiguo Régimen.* En efecto, emplea expresiones que no pertenecen a ningún otro vocabulario y que podemos calificar como conceptos: *Revolución* o *crisis económica de Antiguo Régimen.* ¿Qué tienen de particular?

De los conceptos empíricos

Dos tipos de conceptos

En la frase que acabamos de tomar como ejemplo se pueden identificar, por un lado, una designación cronológica que se refiere a un acontecimiento-periodo a partir de una palabra *(En vísperas de la Revo-*

[1] W. von Schlegel, citado por R. Koselleck, *Le Futur passé*, pág. 307 (trad. esp., pág. 333).

lución); y, por otro, dos conceptos complejos *(sociedad francesa* y *crisis económica de Antiguo Régimen). Revolución* es un término de época. Recuérdese a este propósito la célebre apostilla: «—¿Es una revuelta? —No, Sire, es una revolución»[2]. En cuanto a la expresión *Antiguo Régimen,* ésta se introduce en el vocabulario durante el segundo semestre de 1789 para designar aquello que acaba de quedar sumido en el pasado. Estos dos términos, utilizado el primero como elemento de datación y el segundo como carácter distintivo, son obviamente dos conceptos, pero no han sido forjados por el historiador: forman parte de la herencia misma de la historia... Los otros dos, *sociedad francesa* y *crisis económica,* son también una herencia. En efecto, no es que el historiador los haya creado para responder a las necesidades de la demostración, sino que son un legado desigualmente antiguo: *sociedad francesa* se remonta al siglo XIX y el segundo, *crisis económica,* a la primera mitad del XX, en particular a Labrousse. En este sentido, no podemos dejar de seguir a R. Koselleck cuando distingue dos planos conceptuales.

REINHART KOSELLEK: DOS PLANOS CONCEPTUALES

> Cualquier historiografía se mueve en dos planos: o investiga los estados de cosas que ya fueron articulados lingüísticamente con anterioridad, o reconstruye estados de cosas que no se articularon antes lingüísticamente, pero que pueden ser elaborados con la ayuda de determinados métodos y deducciones de indicios. En el primer caso, los conceptos tradicionales sirven como acceso heurístico para concebir la realidad pasada. En el segundo caso, la *Historie* se vale *ex post* de categorías formadas y definidas que se emplean sin poder demostrar su presencia en las fuentes. Así, por ejemplo, se formulan premisas teórico-económicas para investigar los inicios del capitalismo con categorías que en aquel momento eran desconocidas. O se desarrollan teoremas políticos que se aplican a las relaciones constitucionales del pasado sin tener que dar lugar por ello a una historia optativa.

Al primer plano pertenecen todas las expresiones de época, a menudo herméticas para el profano. Hablar de *tenencia, manso, feudo, vasallaje, alodio, recaudador de impuestos, oficial,* es designar con su propio

[2] Como se sabe, en la noche del 14 de julio de 1789, Luis XVI, al enterarse por el duque de La Rochefoucauld-Liancourt de la toma de la Bastilla, le preguntó si era «una revuelta», a lo que el duque contestó: «No, Sire, es una revolución.» *(N. de los T.)*

nombre realidades que hoy en día carecen de equivalente. Es dudoso que podamos hablar propiamente de conceptos, pues esos términos no tienen un contenido concreto indiscutible. Pero pongamos otro ejemplo del que no dudaremos de que se trata de un concepto: el término burgués tiene también un contenido concreto, como toda designación referida a una realidad social o a una institución.

Entre esos términos, la diferencia radica en la mayor o menor generalización que permiten. El concepto de *oficial* es menos general que el de *burgués,* puesto que este último engloba no sólo a los oficiales del rey y de las ciudades, sino también otros personajes. Pero ambos presentan una cierta generalidad. Es esto precisamente lo que constituye el paso de la palabra al concepto: para que eso ocurra, es necesario que *esa única* palabra acoja una pluralidad de significados y de experiencias.

Por lo general, para designar realidades pasadas encontramos conceptos adecuados en el vocabulario de la época. Pero también es común que el historiador recurra a otros conceptos que son extraños a ese tiempo, porque le parece que se adaptan mejor. Es conocida la discusión en torno a la sociedad del Antiguo Régimen: ¿sociedad de *órdenes* o de *clases?* ¿Es necesario pensarla siguiendo los conceptos que ella misma utilizaba, y que no se corresponden exactamente a las realidades del siglo XVII? ¿O es mejor hacerlo tomando aquellos otros que fueron elaborados durante la Revolución francesa o incluso más tarde?

Al pensar el pasado con conceptos que nos son contemporáneos, nos arriesgamos a caer en el anacronismo. El peligro es particularmente alto en el dominio de la historia de las ideas o de las mentalidades. L. Febvre nos mostró en su *Rabelais*[3] cómo los conceptos de *ateísmo* y de *incredulidad* aplicados al siglo XVI constituyen graves anacronismos. Con todo, la tentación resurge inevitablemente, pues el historiador formula sus preguntas con conceptos que son propios de su tiempo y los utiliza desde la sociedad en la que vive. Como ya vimos, el trabajo de distanciamiento, contrapeso necesario al arraigo contemporáneo y personal de las preguntas que plantea el historiador, comienza precisamente con una verificación de la validez histórica de los conceptos gracias a los que esas preguntas son pensadas. Es comprensible que el pedagogo de los años 80, atrapado en el (¿falso?) debate «instrucción o educación», comience por aplicar esta rejilla conceptual al estudio de

[3] L. Febvre, *Le Problème de l'incroyance au XVIe siècle: la religion de Rabelais,* París, Albin Michel, 1942.

las reformas de J. Ferry[4], pero, si no advierte rápidamente el sesgo que eso supone, se arriesga a caer en el anacronismo y en el contrasentido. Uno se siente tentado de decir que eso implica salirse de la historia, si a su vez no supusiera admitir que ya estaba dentro...

Como contrapartida, hay realidades en las que el historiador no puede escoger entre los conceptos de época y los construidos *ex post:* así ocurre con los periodos y los procesos.

Resulta extremadamente raro que los contemporáneos de una época hayan sido conscientes de la originalidad del periodo en que vivían hasta el punto de darle un nombre en aquel mismo momento. Para hablar de la *Belle Époque* es necesario haber atravesado la guerra de 1914 y haber vivido la época de la inflación. La cómoda expresión *primer siglo XX* que empleamos para designar el periodo 1900-1940 apenas aparece antes de los años 60... Los griegos de la época *clásica* ignoraban que lo era, y lo mismo les sucedía a los de la época *helenística*... Acaso sólo los grandes movimientos populares o las guerras suscitan en los contemporáneos el sentimiento de constituir un periodo particular que requiere un nombre: la Revolución fue nombrada inmediatamente y los franceses de 1940 tuvieron clara conciencia de vivir un desastre.

Del mismo modo y en general, los procesos históricos, las evoluciones más o menos profundas de la economía, de la sociedad e incluso de la política, raramente se perciben en el momento en el que ocurren, y es más extraño aún que se conviertan en conceptos. Uno de los rasgos de la sociedad actual es la inmediata conciencia que tiene de sí misma. Eso le permite gracias a la sociología científica o al periodismo ofrecer un diagnóstico sobre lo que está pasando y que aún no ha concluido, aun a riesgo de contribuir así a que ocurra aquello que anuncia. Un secretario general del Centre National des Jeunes Agriculteurs describía la *revolución silenciosa* que experimentaban los agricultores, y que aún no había concluido, como algo que mecaniza y concentra las explotaciones, como algo que les integra en los mercados internacionales, y como algo que hace desaparecer al viejo campesino que vivía en la autosubsistencia. El concepto de *nueva clase* obrera data de 1964, y treinta años después aún puede permitirnos describir una evolución que continúa.

---

[4] Prost se refiere a Jules Ferry (1832-1893), quien entre otras cosas fue ministro de Instrucción Pública entre 1879 y 1883. A él se deben las reformas de la política escolar de la Tercera República, consistentes en organizar la escuela laica, gratuita y obligatoria. *(N. de los T.)*

La distinción en estos dos planos, fundamental para la historia de los conceptos, no implica necesariamente que existan diferencias lógicas. En ambos casos, en efecto, el concepto procede de la misma operación intelectual: la generalización o el resumen.

De la descripción resumida al tipo ideal

Los conceptos verdaderos son aquellos que permiten la deducción. Empiezan definiendo una propiedad pertinente de la cual derivan diversas consecuencias. Definir al hombre como un animal razonable significa asociar dos conceptos: el de animal y el de razón. Del primero se deducirá que el hombre es mortal, etcétera; del segundo que es capaz de conocimiento y de moralidad.

Los conceptos históricos no son de este tipo. Son construidos a través de una serie de generalizaciones sucesivas y son definidos gracias a un cierto número de rasgos pertinentes, los cuales derivan del conocimiento empírico, no de la necesidad lógica.

Tomemos como ejemplo el concepto de *crisis económica de Antiguo Régimen*[5]. Comprende tres planos de distinta precisión, que la comparación paradigmática pone de relieve. En primer lugar, es una crisis: el término designa un fenómeno relativamente violento y repentino, un cambio súbito, un momento decisivo, pero siempre penoso o doloroso. Este sentido original está presente en el lenguaje familiar, por ejemplo cuando, en un equipo que ya no sabe cómo afrontar todas sus tareas y atraviesa un momento de pánico, alguien dice: *es la crisis...* El vocabulario médico lo emplea en ese sentido, con diagnósticos como *apendicitis* o *cólico nefrítico*. En este caso, además, su oposición a las llamadas enfermedades *crónicas* refuerza ese carácter breve e intenso que tiene el término.

En segundo lugar, la *crisis económica* se distingue de otras crisis: *social, política, demográfica,* etcétera. En eso ocurre como lo que sucede con la diferencia que existía en francés entre la *machine à laver le linge* (la-

[5] Este concepto fue forjado en la misma época por C.-E. Labrousse, *La Crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au debut de la Révolution,* París, PUF, 1944, y por Jean Meuvret, en este último caso en dos célebres artículos: «Les mouvements des prix de 1661 à 1715 et leurs répercussions», *Journal de la Société de Statistique de Paris,* 1944, y «Les crises de subsistances et la démographie de l'Ancien Régime», *Population,* 1946, núm. 4. Véase la discusión de Pierre Vilar, *Un histoire en construction,* «Réflexions sur la crise de l'ancien type», págs. 191-216.

vadora de ropa) y la *machine à laver la vaisselle* (lavadora de vajilla), antes de que la creación del término *lave-vaisselle* (lavavajillas) devolviera a la *machine à laver* (lavadora) el sentido exclusivo de *machine à laver le linge* (lavadora de ropa). En efecto, crisis económica es el término que más frecuentemente se emplea en el lenguaje de las ciencias sociales, aunque se aplique por extensión fuera de la esfera económica. Así, cuando en una discusión sobre el desempleo, alguien dice *es la crisis,* todo el mundo comprende que se refiere a la crisis económica. Del mismo modo, los historiadores también sabrían de qué se hablaba si alguien se limitara a decir *crisis de Antiguo Régimen.* Sin embargo, la determinación económica, implícita o explícita, es esencial en este tipo de definición. En efecto, implica un reparto de lo real en diversos dominios (económico, social, político, cultural) que dista mucho de ser neutro. Es una manera de pensar la historia.

Por otra parte, al precisar el término con la expresión de *Antiguo Régimen,* lo que hacemos es resumir las características que esa crisis de 1788 debe presentar normalmente: es de origen agrícola y no industrial, su causa es una mala cosecha, supone una escalada de precios, así como la carestía de pan en las ciudades en el mismo momento en el que, a falta de trigo que poner a la venta, en el campo se carece de dinero, lo que cierra la salida rural a los productos industriales. La crisis se extiende así a la ciudad y a la industria. A su vez, va acompañada de un aumento de la mortalidad y de una disminución diferida de la natalidad. Esta crisis de Antiguo Régimen se opone a la crisis de tipo industrial, en la que el origen se encuentra en una superproducción que provoca una caída de los precios de los productos, una contracción de los salarios, desempleo, etcétera.

Con este ejemplo podemos apreciar claramente cómo funciona el concepto histórico. Alcanza una cierta generalidad, puesto que resume un conjunto de observaciones extraídas de las similitudes y los fenómenos recurrentes. R. Koselleck, que se ha dedicado a la historia de los conceptos, lo señala con precisión: «Un concepto reúne la pluralidad de la experiencia histórica y una suma de relaciones teóricas y prácticas de relaciones objetivas en un contexto que, como tal, sólo está dado y se hace experimentable por el concepto»[6]. La *crisis económica de Antiguo Régimen*

---

[6] *Le Futur passé,* pág. 109 (trad. esp., pág. 117). Esta cita es al mismo tiempo una definición del verbo *subsumir:* colocar bajo la unidad de un concepto los datos de la experiencia concreta. (El comentario de Prost referido al verbo «subsumir» se debe a que la traducción francesa del texto de Koselleck empieza del siguiente modo: «Sous un concept se *subsument* la multiplicité de l'expérience historique...» *[N. de los T.]).*

resume bien un conjunto de relaciones teóricas y prácticas entre cosechas, producción industrial, demografía, etcétera, y es asimismo cierto que ese contexto no existe como tal más que por el uso del concepto.

Habríamos podido escoger otros ejemplos, como el concepto de *ciudad antigua,* el de *sociedad feudal,* el de *régimen señorial* o el de *revolución industrial,* etcétera. La *ciudad antigua,* pongamos por caso, agrupa un conjunto de rasgos pertinentes que son empíricamente constatables, aunque con matices, en la antigüedad grecolatina y que mantienen entre ellos unas relaciones estables. Lo mismo ocurre con la designación de realidades, como aquella de *oficial* en la época moderna, que combinan una descripción y un haz de relaciones: los oficiales del rey en relación a los de las ciudades, las modalidades de adquisición y de transmisión de sus oficios, sus formas de remuneración. Es imposible pensar la historia sin recurrir a conceptos de este tipo. Son instrumentos intelectuales indispensables.

En un primer plano, el concepto es una comodidad de lenguaje, pues permite una economía de descripción y de análisis. *Crisis económica de Antiguo Régimen* ofrece una idea aproximada de lo que pasó, pero no permite conocer si la crisis en cuestión fue larga o corta, si fue violenta o no. La deducción es imposible pues cada crisis es diferente de otras, e incluso otros factores —una guerra, por ejemplo— pueden complicar el esquema. Es decir, ese concepto que Kant denominaba empírico es una descripción resumida, un modo económico de hablar, no un «verdadero» concepto. La abstracción sigue siendo incompleta y no puede evitar referirse a un contexto localizado y datado. De ahí el estatuto de «seminombre propio» o de «nombres comunes imperfectos» de los conceptos genéricos que se utilizan en historia, como, por otra parte, ocurre también en la sociología. Permanecen sometidos al control enumerativo de los contextos singulares que subsumen[7]. Así, no se los puede definir con una fórmula: es necesario describirlos, desenrollar la madeja de realidades concretas y de relaciones que ellos resumen, como acabamos de ver en el caso del concepto *crisis económica de Antiguo Régimen;* explicarlos supone siempre explicitarlos, desarrollarlos, desplegarlos. Son, pues, «concentrados de muchos contenidos significativos», nos dice Koselleck citando a Nietzsche: «Todos los conceptos en los que se resume semióticamente un proceso

[7] Sobre este particular véase J.-Cl. Passeron, *La Raisonnement sociologique,* págs. 60 y ss.

completo se escapan a la definición; sólo es definible aquello que no tiene historia»[8].

La imposibilidad de definir los conceptos históricos está en relación con su carácter necesariamente *polisémico* y su plasticidad:

> Una vez «acuñado», un concepto contiene en sí mismo la posibilidad puramente lingüística de ser usado de forma generalizadora, de formar categorías o de proporcionar la perspectiva para la comparación. Quien trata de un determinado partido, de un determinado Estado o de un ejército en particular, se mueve lingüísticamente en un plano en el que también está disponiendo potencialmente partidos, Estados o ejércitos[9].

En la medida en que constituyen herramientas de comparación, y para que puedan suscitar una «inteligibilidad comparativa» (Passeron), los conceptos son, no obstante, algo más que descripciones resumidas. El proceso de construcción que acabamos de describir no da cuenta suficientemente. En efecto, descansa sobre la similitud más que sobre la diferencia: o, si el concepto está construido por reagrupación de rasgos comunes a un mismo fenómeno, la diferencia reside en la ausencia de ciertos rasgos o en la presencia de otros suplementarios en el fenómeno estudiado, y no tiene mucho sentido. En realidad, los conceptos históricos son algo más: incorporan un razonamiento y se refieren a una teoría. Es lo que Max Weber llamó los tipos ideales.

Retomemos el ejemplo de la crisis de Antiguo Régimen. Hemos señalado que tal concepto implica un vínculo de causalidad entre los fenómenos climáticos, las producciones agrícolas, los precios, los comportamientos demográficos. No es sólo una colección de rasgos concretos yuxtapuestos, sino también, y ante todo, un vínculo entre esos rasgos, un razonamiento mucho más complejo que el de una simple determinación climática. Es, por otro lado, una toma de posición en cuanto al reparto de lo real en diferentes dominios. No descansa sólo en observaciones empíricas, sino también en razonamientos y en una teoría. Max Weber no describió otra cosa cuando se refería al término que calificó de tipo ideal. Y, por otra parte, los ejemplos que él ofreció resultan siempre familiares a los historiadores.

---

[8] *Le Futur passé,* pág. 109 (trad. esp., pág. 117).

[9] *Ibíd.,* pág. 115 (trad. esp., pág. 123).

...*no* se forma el concepto de «economía urbana» como un *promedio* de los principios económicos existentes de hecho en la totalidad de las ciudades observadas, sino, antes bien, como un *tipo ideal.* Se los obtiene mediante el *realce* unilateral de *uno* o de *varios* puntos de vista y la reunión de una multitud de fenómenos *singulares,* difusos y discretos, que se presentan en mayor medida en unas partes que en otras o que aparecen de manera esporádica, fenómenos que encajan en aquellos puntos de vista, escogidos unilateralmente, en un cuadro *conceptual* en sí unitario. Éste, en su pureza conceptual, es inhallable empíricamente en la realidad: es una *utopía* que plantea a la labor *historiográfica* la tarea de comprobar, en cada *caso singular,* en qué medida la realidad se acerca o se aleja de ese cuadro ideal, y, por lo tanto, en qué medida el carácter económico de las relaciones imperantes en determinada ciudad puede calificarse como «economía urbana» en el sentido conceptual (...).

[Max Weber analiza a continuación el concepto de civilización capitalista] esto es, regida exclusivamente por el interés de valorizar los capitales privados. Esa utopía destacaría rasgos singulares, que se presentan de manera difusa, de la vida cultural moderna tanto material como espiritual, considerados en su especificidad, a fin de reunirlos en un cuadro ideal carente para nosotros de contradicciones. Se trataría, pues, de un ensayo de delinear una *«idea» de la cultura capitalista;* aquí hemos de dejar de lado la cuestión de si y cómo se la puede obtener. Ahora bien, es posible (...) que se esbocen varias utopías de este tipo, de las cuales *ninguna* sea idéntica a otra y, más todavía, *ninguna* sea observable en la realidad empírica como ordenamiento social válido de hecho, pero que, sin embargo, *todas* ellas pretendan constituir una representación de la «idea» de la cultura capitalista, pretensión *posible* porque todas *ellas* han extraído de la realidad determinados rasgos de hecho de nuestra cultura, en su *especificidad plena de significación,* para incluirlos en un cuadro ideal unitario.

(...) el historiador, en cuanto se propone ir más allá de la mera comprobación de conexiones concretas para establecer la *significación cultural* de un proceso individual (...), labora y debe laborar con conceptos que por regla general sólo son determinables de manera precisa y unívoca como tipos ideales (...).

Constituye éste (el tipo ideal) un cuadro conceptual que no *es* la realidad histórica, al menos no la «verdadera», y que mucho menos está destinado a servir como esquema *bajo* el cual debiera subsumirse la realidad como *espécimen,* sino que, en cambio, tiene el significa-

do de un concepto *límite* puramente ideal, respecto del cual la realidad es *medida y comparada* a fin de esclarecer determinados elementos significativos de su contenido empírico. Tales conceptos son formaciones en las cuales, por aplicación de la categoría de posibilidad objetiva, construimos conexiones a las que nuestra *fantasía,* disciplinada y orientada en vista de la realidad, *juzga* adecuadas.

Essais sur la théorie de la science, págs. 180-185
(trad. esp., págs. 79-82).

Los conceptos son, pues, abstracciones con las que los historiadores comparan la realidad, sin que hayan de explicitarlo siempre. De hecho, razonan sobre la divergencia entre los modelos conceptuales y las realizaciones concretas. Ésta es la razón por la que los conceptos introducen una dimensión comparativa, más o menos explícita, en toda historia, de modo que los diferentes casos estudiados apelan al mismo modelo de tipo ideal. Su abstracción transforma la diversidad empírica en diferencias y en similitudes que producen sentido, resaltando a la vez lo específico y lo general.

Los conceptos forman redes

Dado que son abstractos y se refieren a una teoría, los conceptos forman redes. El ejemplo de crisis de Antiguo Régimen ya lo ha evidenciado. El de fascismo, que pertenece a otro dominio distinto, quizá lo muestre aún mejor.

Que el concepto de *fascismo* sea un tipo ideal responde claramente al uso que de él hacen los historiadores[10]. O bien lo califican, y hablan de fascismo *hitleriano* o *italiano,* lo cual significa que el fascismo *tout court* no existe en ninguna parte como tal (de lo contrario, bastaría con decir fascismo para que todos supieran con precisión a qué país y a qué época nos referimos); o bien lo utilizan para plantearse preguntas y se interrogan, por ejemplo, sobre si «era fascista el régimen de Vichy». En

[10] Sobre este tema véase la *Nouvelle Histoire des idées politiques* dirigida por Pascal Ory (París, Hachette, 1987), en concreto la parte 4.2: «La solution fasciste», y sobre todo la contribución de Philippe Burrin, «Autorité», págs. 410-415 (trad. esp., *Nueva historia de las ideas políticas,* Barcelona, Mondadori, 1992). Asimismo, y entre otros muchos títulos, véase el artículo de Robert Paxton, «Les fascismes, essai d'histoire comparée», *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire,* núm. 45, enero-marzo de 1995, págs. 3-13, y la introducción del *Dictionnaire historique des fascismes et du nazisme,* de Serge Berstein y Pierre Milza (Bruselas, Complexe, 1992).

este caso, la respuesta que se requiere no es una simple negación o afirmación, sino más bien un inventario de diferencias, por utilizar la expresión de Paul Veyne, o, más exactamente, una serie de comparaciones entre el tipo ideal de fascismo y la realidad histórica concreta del régimen de Vichy.

En esta confrontación entre realidad histórica y tipo ideal, el historiador tropieza necesariamente con otros conceptos, ya sean opuestos o solidarios. *Fascismo* se opone ante todo a *democracia, libertades públicas* o *derechos del hombre* y, dentro de esa oposición, se aproxima a *dictadura:* concretamente, ésta implica un modelo policial arbitrario, ausencia de libertades fundamentales, como las de prensa y reunión, y el sometimiento del poder judicial al ejecutivo. Sin embargo, el fascismo es más que una dictadura: se caracteriza, por otro lado, por una forma de movilización colectiva y de liderazgo, así como por una voluntad totalitaria de control de la sociedad. Supone asimismo la presencia de un líder carismático, el desarrollo de formas intensas de adhesión entre sus partidarios, al mismo tiempo que las instituciones toman a su cargo la totalidad de la vida civil, con el corporativismo, el encuadramiento de toda la juventud, el sindicato único y el partido único. Esos rasgos permiten diferenciar los regímenes hitleriano y mussoliniano del de las dictaduras sudamericanas. Pero no del régimen soviético: para ello resulta necesario hacer intervenir rasgos de orden ideológico, oponer la ideología de clase a la de la nación y recuperar el concepto de *totalitarismo.* Al término del razonamiento dejaremos de lado los rasgos que aproximan a Vichy con el fascismo y aquellos que lo distinguen, e introduciremos las diferencias que existen entre el Vichy de 1940 y el entregado en 1944 a la Milicia.

Como se puede observar, el concepto de fascismo no adquiere pleno sentido más que a través de una red conceptual que comprende otros como *democracia, libertades, derechos del hombre, totalitarismo, dictadura, clase, nación, racismo,* etcétera. Es lo que los lingüistas denominan un campo semántico: una suma de términos que mantienen unos con otros unas relaciones estables, sean de oposición, de asociación o de sustitución. Los conceptos que se encuentran en oposición pertinente presentan rasgos simétricos contrarios. Los asociados tienen rasgos idénticos, aunque no en su totalidad. Si dos conceptos pudieran describirse con los mismos términos, entonces ambos constituirían una suerte de equivalencia y serían intercambiables el uno con el otro para cualquier uso.

Los historiadores franceses no siempre hacen un uso riguroso de los conceptos, pues su tradición historiográfica no les invita a ello. La

alemana, más filosófica, es diferente en este sentido y no es extraño ver un libro de historia que comience con un capítulo consagrado enteramente a justificar los conceptos que el autor utilizará[11]. Con el fin de evitar las repeticiones y en aplicación de las reglas escolares de redacción, los historiadores franceses utilizan a menudo distintas palabras para designar la misma realidad. Utilizan indistintamente *Estado* y *gobierno,* incluso en ocasiones *poder,* cuando en realidad esos términos aluden a conceptos diferentes. Unas veces hablan de *clase social,* otras de *grupos sociales* e incluso de *sectores.* Esas licencias que se conceden resultan deplorables, pero son de uso frecuente y sus consecuencias no son perjudiciales mientras no alteren la estructura y la coherencia de la red conceptual.

Una parte del sentido de los conceptos históricos procede, en efecto, de las determinaciones que reciben. El discurso histórico rara vez los emplea de forma absoluta. En Francia, apenas se dice *revolución.* Existe *la* Revolución, la de 1789. Todas las otras demandan, para ser comprendidas, adjetivos o complementos de determinación que las califiquen: con fechas (1830, 1848), o con epítetos (revolución *industrial,* y al mismo tiempo *primera* o *segunda* revolución industrial, revolución *del ferrocarril,* revolución *tecnológica,* revolución *campesina, agrícola, china, soviética, política y social,* etcétera). El sentido preciso del concepto lo aporta la determinación que recibe, y el juego comparativo resumido más arriba es una búsqueda idéntica de la determinación pertinente.

No podríamos sostener, pues, que los conceptos impongan a la historia un orden lógico riguroso. Antes que de conceptos ya constituidos, mejor sería hablar de conceptualización —como planteamiento y como investigación—, de conceptualizar la historia. Esta operación implica ordenar la realidad histórica, aunque se trataría de una ordenación relativa y parcial, pues la realidad jamás se deja reducir a lo racional: tiene siempre una parte de contingencia, y las particularidades concretas perturban necesariamente el bello orden de los conceptos. Las realidades históricas nunca se ajustan plenamente a los conceptos con ayuda de los cuales se las piensa; la vida desborda sin cesar la lógica y, en la lista de rasgos pertinentes racionalmente organizados que constituyen un concepto, siempre hay quien falta a la cita o se presenta bajo una configuración imprevista. El resultado no es despreciable:

---

[11] A título de ejemplo, véase la obra de Peter Schöttler, *Naissance des bourses du travail. Un appareil idéologique d'État à la fin du XIXe siècle,* París, PUF, 1985, y la de Jürgen Kocka, *Facing Total War. German Society, 1914-1918,* Cambritlge (Mass.), Harvard University Press, 1984.

la conceptualización introduce un cierto orden en la realidad, aunque sea imperfecto, incompleto y desigual.

En esta fase de la reflexión, hay que reconocerle a la historia una cierta especificidad en el manejo, en el uso que hace de los conceptos. Pero esos conceptos que emplea de forma particular ¿tienen una naturaleza que sea propia de la disciplina? ¿O bien se vale de conceptos como de hechos históricos que no existen?

Conceptualizar la historia

Los conceptos tomados en préstamo

La historia no cesa de pedir a las disciplinas vecinas conceptos en préstamo: dedica su tiempo a incubar huevos que no ha puesto. Por tanto, no intentaremos elaborar la lista de los conceptos, dado que está indefinidamente abierta.

La historia política, como si fuera lo más natural del mundo, utiliza conceptos procedentes del derecho constitucional y de la ciencia política cuando no de la política *tout court: régimen parlamentario* o *presidencial, partido de cuadros* o *de masas,* etcétera. El rápido análisis del fascismo que hemos presentado más arriba se basaba por completo en conceptos prestados por este dominio, como el de *líder carismático*. La historia económica recurre al arsenal de los economistas o los demógrafos. En cuanto éstos imaginan un nuevo concepto, como con Rostow y su *take off* (despegue), los historiadores se lo apropian de inmediato para preguntarse si hubo un *take off* en la Cataluña del siglo XVIII o cuándo se produjo en Francia. Se les ve tratar de determinar el *cash flow* de las empresas de principios de siglo a pesar de las dificultades derivadas de una contabilidad que no contemplaba tal variable. Tampoco la historia social actúa de otro modo: vemos, por ejemplo, que toma el concepto de *control social* para aplicarlo al siglo XIX, cuando no a la antigüedad griega o romana. En fin, la «nueva historia» ha sido constituida a partir de préstamos conceptuales tomados de la etnología.

Si nos atenemos a este primer examen, parece que la historia no tenga conceptos propios, que se adueñe de los de otras ciencias sociales. De hecho, consume una gran cantidad de conceptos importados.

Estos múltiples empréstitos devienen posibles por el uso propiamente histórico de la determinación. Al pasar de su disciplina de origen a la historia, los conceptos se tornan muy flexibles, pierden su ri-

gor y dejan de emplearse en su sentido absoluto para recibir de inmediato una especificación concreta. El préstamo implica ya una primera distorsión a la que seguirán otras.

En estas condiciones, se comprende mejor la relación ambigua que se da entre la historia y las otras ciencias sociales. El préstamo de conceptos y su uso determinado, contextualizado, permite a la historia retomar a su cargo todas las cuestiones de las otras disciplinas, sometiéndolas a esa interrogación diacrónica que constituye su especificidad, su única dimensión propia. De ahí la posición de encrucijada dentro de las ciencias sociales que la historia ha tenido en ciertas configuraciones sociales y disciplinarias del mundo científico. De ahí también que a menudo se arrogue el derecho de ejercer una cierta hegemonía dentro de ese universo: el intercambio de conceptos es de dirección única, la historia importa pero no exporta, puede situarse en territorio de otros sin por eso dejar de ser ella misma, mientras que no se da la situación inversa.

Las entidades sociales

Existen conceptos, pues, que sin ser propios de la historia, ocupan un lugar a la vez importante y privilegiado. Son aquellos que designan entidades colectivas. El enunciado que hemos tomado como ejemplo al inicio de este capítulo contiene uno de esos conceptos: en vísperas de la Revolución, *la sociedad francesa* atravesaba una crisis económica de Antiguo Régimen.

La *sociedad, Francia,* la *burguesía,* la *clase obrera,* los *intelectuales,* la *opinión,* el *país,* el *pueblo:* otros tantos conceptos que tienen de particular el hecho de subsumir un conjunto de individuos concretos y de figurar en el discurso del historiador como singulares plurales, como actores colectivos. Todos ellos son utilizados como sujetos de verbos de acción o de volición, a menudo incluso bajo su forma pronominal: la burguesía *veía que, pensaba que, se sentía segura* o *amenazada,* etcétera; la clase obrera estaba *descontenta, se rebelaba.* La opinión estaba *inquieta,* era *compartida, reaccionaba,* a menos que *se resignara...*

Pero ¿tenemos derecho a prestar a las entidades colectivas los rasgos de la psicología individual? ¿Es legítima esa transferencia? Tendremos la ocasión de volver sobre este particular. Los sociólogos liberales, partidarios de reconstituir las conductas colectivas a partir de los componentes racionales de los actores individuales, tildaron de realismo ingenuo esta forma de tratar los grupos como personas. Se

puede objetar que los actores individuales tienen una conciencia más o menos confusa sobre su pertenencia a un grupo. Aquello que autoriza a un historiador a decir que *Francia* tenía tal o cual actitud hacia Alemania en 1914 es que los movilizados podían decir en la época: «*Nosotros* estamos en guerra, Alemania *nos* hace la guerra.» Del mismo modo, si hablamos de *obreros* es porque ellos, cuando hacen huelga, dicen: «*Nosotros* queremos la satisfacción de *nuestras* reivindicaciones.» El *nosotros* de los actores funda implícitamente la entidad colectiva que utilizan los historiadores. P. Ricoeur propone la noción de pertenencia participativa para legitimar esa transferencia de la psicología individual a las entidades colectivas: los grupos en cuestión están constituidos por individuos que les pertenecen y que tienen una conciencia más o menos confusa de esa pertenencia participativa. Es esta referencia, obligada e implícita, la que permite tratar al grupo como un actor colectivo.

No se trata, pues, de una simple analogía ni de una fusión de individuos en el grupo ni de su reducción en un colectivo. Por eso, la objeción que asalta al espíritu del historiador, la de que el sentimiento de pertenencia es a menudo confuso, no sirve. Que los campesinos volvieran precipitadamente a sus casas en busca de cubos al oír el toque de movilización, el 2 de agosto de 1914, porque interpretaron la alarma como señal de un incendio, carece aquí de importancia: eso no obsta para decir que Francia entró en la guerra con resolución, puesto que los movilizados dijeron *nosotros*. La referencia de la entidad colectiva a los individuos que la componen descansa sobre la reversibilidad del *nosotros* de los actores al singular colectivo del historiador: permite obrar como si la entidad nacional o social fuera ella misma una persona.

Por lo demás, el vocabulario de la historia no difiere en este punto del que utilizamos a diario. Los conceptos que permiten pensar la historia que se escribe son los mismos con los que se dice la historia que se hace. Lo que nos devuelve el riesgo del anacronismo ¿Cómo prevenirlo?

Historizar los conceptos de la historia

Al historiador le asiste el derecho de utilizar todos los conceptos disponibles en el vocabulario, pero no lo tiene a emplearlos ingenuamente. Su máxima es la de no tratarlos jamás como cosas. La advertencia de Pierre Bourdieu no es superflua:

> Paradójicamente, los historiadores no lo son bastante cuando tratan de pensar los instrumentos con los que piensan la historia. Siempre deben tomarse los conceptos de la historia (o de la sociología) con pinzas históricas... (...) ...no es suficiente con emprender una genealogía histórica de los términos tomados aisladamente: es necesario, para historizar verdaderamente los conceptos, hacer una genealogía sociohistórica de los diferentes campos semánticos (históricamente constituidos) en los que, en cada momento, se inserta toda palabra hallada y los campos sociales en los que han sido producidos, así como en los que circulan y son utilizados.
>
> «Sur les rapports entre la sociologie et l'histoire», pág. 116

Afirmar que es necesario «historizar» los conceptos de la historia, retomarlos desde una perspectiva propiamente histórica, tiene varios sentidos. El primero contempla la divergencia entre la realidad y el concepto bajo el que se la subsume. El concepto no es la cosa, sino el nombre con el que se la designa, su representación. Medir la posible distancia, es decir, verificar si los rasgos incluidos en el concepto se encuentran en la cosa, y a la inversa, es ya un precepto del método crítico, de lo que Seignobos denominaba la crítica de la interpretación.

En segundo lugar, constituye uno de los elementos de la construcción del tiempo de la historia. El significado antiguo de los términos requiere su traducción a la lengua que nosotros conocemos hoy, del mismo modo que, como contrapartida, el significado de los conceptos actuales debe redefinirse si pretendemos traducir el pasado a través de ellos. El historiador tiene en cuenta la profundidad diacrónica de los conceptos, su historia. La permanencia de un término no es la de sus significados, y el cambio de éstos no coincide con el de las realidades que designa. «Las palabras que se han mantenido, tomadas en sí mismas, no son un indicio suficiente de que las circunstancias hayan permanecido igual»[12]. Pero, a la inversa, los cambios terminológicos no constituyen un indicio de cambios materiales, pues a menudo es necesario que pase cierto tiempo antes de que el cambio material haga sentir a los contemporáneos la necesidad de nuevos términos.

---

[12] R. Koselleck, *Le Futur passé,* pág. 106 (trad. esp., pág. 114).

La historización de los conceptos de la historia permite, al delimitar la relación entre historia y realidad, pensar situaciones dadas de forma diacrónica y sincrónica a un tiempo, siguiendo el eje de las preguntas a la par que el de los periodos, como estructura y como evolución.

La semántica de los conceptos es una parte menor de la lingüística, puesto que es la más tributaria de las realidades nombradas y, por tanto, la menos formal. Por el contrario, resulta fundamental para el historiador. En la medida en que supone, para delimitar cada concepto, tener en cuenta los que le son opuestos o le están asociados y, paradigmáticamente, los que son alternativas posibles, todo ello permite medir, con el grosor de la realidad social, el conjunto de las temporalidades escalonadas. En general, una misma realidad puede ser pensada y dicha con la intermediación de diversos conceptos que no tienen el mismo horizonte ni pertenecen a la misma trayectoria temporal. Historizar los conceptos es identificar la temporalidad de la que forman parte. Es un modo de captar la contemporaneidad de lo no-contemporáneo.

La historización de los conceptos permite, en fin, que el historiador comprenda el valor polémico que algunos de ellos tienen. Después de P. Bourdieu y su escuela, los sociólogos han estado muy atentos al valor performativo de los enunciados[13]: decir es, en un sentido, hacer. Las designaciones de los grupos sociales son resultado de luchas a través de las cuales los actores han buscado imponer un reparto de lo social.

> Así, la ciencia que pretenda proponer criterios fundados en la realidad, los de mayor fundamento en lo real, debe de tener siempre bien presente que en realidad sólo registra un *estado* de la lucha de las clasificaciones. Es decir, un estado de la relación de fuerzas materiales o simbólicas entre quienes tienen que habérselas con uno u otro modo de clasificación, grupos que suelen invocar la autoridad científica para fundar en realidad y en razón el reparto *arbitrario* que desean imponer[14].

---

[13] La palabra «performativo» es un anglicismo *(performative)* que es traducido de varias maneras. En ocasiones, como realizativo, y en otras como performativo. Como se sabe, alude a los actos de habla en cuya enunciación se realiza una acción, y su estudio procede de J. L. Austin, *Cómo hacer cosas con palabras,* Barcelona, Paidós, 1982, págs. 44 y ss., y *passim. (N. de los T.)*

[14] P. Bourdieu, *Ce que parler veut dire,* París, Fayard, 1982, pág. 139 (trad. esp., *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos,* Madrid, Akal, 1985, págs. 89-90). El ejemplo tomado aquí por Pierre Bourdieu es el de las circunscripciones regionales. El texto continúa del siguiente modo: «El discurso regionalista es un *discurso performativo,* que pretende imponer como legítima una nueva delimitación de las fronteras y hacer conocer y reconocer la *región* así delimitada...» (trad. esp., pág. 90).

Los conceptos de la historia son, pues, el resultado de luchas, rara vez aparentes, en las que los actores intentan hacer prevalecer las representaciones de lo social que les son propias: definición y delimitación de los grupos sociales, jerarquías de prestigios y derechos, etcétera. L. Boltanski, por ejemplo, muestra cómo la aparición del término *cuadro,* tan característico de la manera francesa de parcelar la sociedad, aparece en el contexto del Frente Popular, en concurrencia con el concepto de *clases medias* y por oposición a su vez al empresariado y a la clase obrera[15]. R. Koselleck observa que cuando el canciller prusiano Hardenberg a principios del siglo XIX empleaba términos descriptivos tales como *habitantes* o *propietarios,* e incluso términos jurídicos nuevos como *ciudadanos,* eso traslucía una voluntad de cambiar la vieja constitución de órdenes, los *Stände*[16]. Los conceptos adquieren sentido por su inserción dentro de una configuración heredada del pasado, por su valor performativo anunciador de un futuro y su alcance polémico presente.

Como se puede observar, los conceptos no son cosas; en cierto modo, son armas. En cualquier caso, son herramientas con las cuales los contemporáneos, pero también los historiadores, se esfuerzan en hacer prevalecer una ordenación de lo real y de hacer decir al pasado su especificidad y sus significados. Ni externos a lo real ni anclados en él como signos perfectamente adecuados a las cosas, mantienen con las realidades que nombran una distancia, una tensión en donde se juega la historia. Al tiempo que reflejan lo real, le dan forma nombrándolo. En esta relación cruzada de dependencia y de confrontación es en donde radica el interés y la necesidad de la historia de los conceptos. Del mismo modo que la historia es a la vez trabajo sobre el tiempo y trabajo del tiempo, es trabajo sobre los conceptos y trabajo de los conceptos.

---

[15] Luc Boltanski, *Les Cadres, la formation d'un groupe social,* París, Éd. de Minuit, 1982.

[16] *Le Futur passé,* «Histoire des concepts et histoire sociale», págs. 99-118 (trad. esp., págs. 105-126).

7

La historia como comprensión

Nada de lo que hemos visto hasta ahora nos da una idea clara de la historia. Parece constantemente empeñada en conciliar contradicciones. Por un lado, necesita hechos, que toma de las fuentes; por otro, si no formula preguntas, las huellas del pasado permanecen mudas y ni siquiera son propiamente «fuentes». Es necesario ser ya un historiador para saber qué cuestiones plantear a las fuentes y con qué procedimientos hacerlas hablar. El método crítico que garantiza el establecimiento de los hechos supone por sí mismo un saber histórico confirmado. Es decir, necesitamos ser historiadores para hacer historia. En cuanto al tiempo, la dimensión diacrónica constitutiva de toda cuestión histórica no es un marco vacío que rellenamos de hechos, sino una estructura a la que han dado forma la sociedad y la historia ya escrita. El historiador que lo trabaja como material debe considerarlo también como un protagonista de pleno derecho en el escenario. Debe periodizar y desconfiar de las divisiones establecidas que, con todo, expresan simultaneidades esenciales. Para pensar la historia debe utilizar, en fin, los conceptos que la disciplina le transmite o que él toma prestados de otras ciencias sociales. No hay nada en todo esto que evoque la existencia de un auténtico método, nada que pueda ser formalizado. La historia se presenta más bien como una práctica empírica, una suerte de bricolaje donde los ajustes varían en cada ocasión y producen una suma de materiales de textura variada atendiendo de modo más o menos adecuado a exigencias contradictorias. ¿Qué dicen los historiadores de todo esto?

AUTORRETRATO DEL HISTORIADOR COMO ARTESANO

La historia como oficio

Cuando uno lee los textos de los historiadores sobre su disciplina, advierte que es frecuente en ellos el vocabulario artesanal. El historiador habla como si fuera un carpintero. La historia es un *oficio:* el término fue escogido por L. Febvre para la obra póstuma de M. Bloch, pero también este último lo utilizó abundantemente haciendo de él una realidad colectiva: nuestro oficio, el oficio de historiador. Al inicio de su Introducción, Bloch se compara a un «artesano, envejecido en su oficio», y el término reaparece en la última frase donde él indica su deseo de que el libro se tome como «el *memento* de un artesano (...); el *carnet* de un oficial que ha manejado durante muchos años la toesa y el nivel, sin considerarse por eso matemático».

M. Bloch no es el único. Todos los historiadores hablan, como es el caso de F. Furet, de su taller: evocan las reglas de su arte. No describen su oficio como algo que pueda trasmitirse de forma didáctica, sino como una práctica que requiere aprendizaje. Evocando la *corporación (Zunft),* el historiador alemán Werner Conze distingue incluso entre maestros, camaradas y aprendices[1]. Bernard Bailyn, por su parte, utiliza el término *craft:* la historia puede ser algo más, pero al menos debe ser un oficio, *a craft,* en el sentido de que las competencias, los *skills* que se necesitan, exigen una práctica y requieren tiempo. Ésta es la razón por la que tiene sentido la existencia de un aprendizaje en camaradería, *guildlike training*[2]. La historia se aprende como la carpintería: a través de la camaradería del taller. Uno se convierte en historiador cuando hace historia.

Con todo, la negación linda aquí con la afirmación. M. Bloch habla también de la historia como ciencia, una ciencia «en la infancia», cierto, pero «la más difícil de todas las ciencias, como decían Bayle y Fustel de Coulanges. Para dar cuenta de su tarea, no basta con enumerar «una tras otra, las manipulaciones consagradas», como si la historia formara parte de las «artes aplicadas». «La historia no es lo mismo que la relojería o la ebanistería»[3].

---

[1] Esta idea procede de un texto de 1983. Véase Carola Lipp, «Histoire sociale et *Alltagsgeschichte», Actes de la Recherche en Sciences Sociales,* núms. 106-107, marzo de 1995, pág. 54.

[2] Bernard Bailyn, *On the Teaching and Writing of History,* págs. 49-50.

[3] *Apologie,* pág. XIV (trad. esp., pág. 15).

En buena lógica, pues, es necesario escoger. La carpintería no es una ciencia, el taller no es un laboratorio, ni la mesa de trabajo es el banco de ensayos. Las ciencias se enseñan y sus reglas se pueden enunciar. Ahora bien, las de la historia no son realmente tales, aunque existan y se afirmen. La presencia, dentro del propio discurso sobre la historia, de términos que remiten a universos intelectuales y a prácticas tan distintos da qué pensar. La metáfora artesanal se presenta demasiado a menudo como para ser una simple *captatio benevolentiae* o una falsa modestia. Seguramente, los historiadores traducen al léxico del artesanado un aspecto esencial de su experiencia, ese fuerte sentimiento de que no hay normas que poder aplicar de forma automática y sistemática, que todo es cosa de dosificación, de habilidad, de comprensión. Lo cual no les impide ser rigurosos y expresarse recurriendo al léxico científico.

En realidad, la complejidad de la historia como práctica nos remite a la complejidad misma de su objeto.

Los hombres, objetos de la historia

Los historiadores se muestran relativamente unánimes en relación con el objeto de su disciplina, a pesar de las diferencias de formulación en cuya justificación desperdician buena parte de su talento. La historia es el estudio de las sociedades humanas, decía Fustel de Coulanges[4]. Seignobos también se hacía eco de esa misma idea: «La historia tiene por objeto describir, por medio de los documentos, las sociedades pasadas y sus metamorfosis»[5]. L. Febvre y M. Bloch rechazan el término *sociedad* porque les parece demasiado abstracto, pero tanto Fustel como Seignobos insisten en el carácter necesariamente concreto de la historia. El propio Seignobos escribe en 1901: «La Historia, en el sentido moderno, se reduce al estudio de los hombres que viven en sociedad»[6]. Es decir, sobre este particular no existe una auténtica divergencia con los fundadores de los *Annales*, quienes prefieren «la historia de los hombres en sociedad» más que «la historia de las sociedades humanas»[7]. No me resisto a citar aquí un texto bien conocido de L. Febvre:

---

[4] N. Fustel de Coulanges, citado por M. Bloch, *ibíd.*, nota 4, pág. 110.

[5] Ch. Seignobos, «L'enseignement de l'histoire dans les universités allemandes», pág. 586.

[6] Ch. Seignobos, *La Méthode historique*, pág. 2 (trad. esp., pág. 6).

[7] Véase François Hartog, *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, páginas 212-213.

LUCIEN FEBVRE: LOS HOMBRES, ÚNICOS OBJETOS DE LA HISTORIA

> Los hombres son el objeto único de la historia (...); una historia que no se interesa por cualquier tipo de hombre abstracto, eterno, inmutable en su fondo y perpetuamente idéntico a sí mismo, sino por hombres comprendidos en el marco de las sociedades de que son miembros. La historia se interesa por hombres dotados de múltiples funciones, de diversas actividades, preocupaciones y actitudes variadas que se mezclan, chocan, se contrarían y acaban por concluir entre ellas una paz de compromiso, un *modus vivendi* al que denominamos Vida.
>
> *Combats pour l'histoire,* págs. 20-21 (trad. esp., págs. 40-41).

Tres rasgos caracterizan el objeto de la historia. Es humano, lo cual significa que incluso las historias aparentemente indiferentes a los hombres nos hacen dar un rodeo: la historia de la vida material o del clima se interesa por las consecuencias que esas evoluciones analizadas tienen para los grupos humanos. Es colectivo: «Una vez más, no el hombre, nunca el hombre. Las sociedades humanas, los grupos organizados», dice L. Febvre[8]. Para que un hombre individual interese a la historia es necesario que sea, como suele decirse, *representativo,* es decir, representativo de la mayoría o, al menos, que haya tenido una influencia verificable sobre la vida y el destino de los otros o, también, que haga resaltar, por su propia singularidad, las normas y las costumbres de un grupo en un tiempo dado. En suma, el objeto de la historia es concreto: los historiadores desconfían de los términos abstractos, quieren ver, entender, sentir. Hay algo de carnal en la historia. Marc Bloch lo dejó escrito en un texto célebre:

MARC BLOCH: EL HISTORIADOR, COMO EL OGRO DE LA LEYENDA...

> ...el objeto de la historia es esencialmente el hombre. Mejor dicho: los hombres. Más que el singular, favorable a la abstracción, conviene a una ciencia de lo diverso el plural, que es el modo gramatical de la relatividad. Detrás de los rasgos sensibles del paisaje, de las herra-

[8] Citado por M. Bloch, *Apologie,* nota 5, pág. 110 (trad. esp., pág. 157).

mientas o de las máquinas, detrás de los escritos aparentemente más fríos y de las instituciones aparentemente más distanciadas de los que las han creado, la historia quiere aprehender a los hombres. Quien no lo logre no pasará jamás, en el mejor de los casos, de ser un obrero manual de la erudición. El buen historiador se parece al ogro de la leyenda[9]. Allí donde huele la carne humana, sabe que está su presa.

Apologie pour la histoire, pág. 4 (trad. esp., págs. 24-25).

Decir que el objeto de la historia es concreto es decir que está situado en el espacio y en el tiempo. Presenta una dimensión diacrónica. «Ciencias de los hombres» es un término demasiado vago para M. Bloch, quien añade: «de los hombres en el tiempo». Por su parte, L. Febvre, en la citada conferencia que impartiera a los estudiantes en la ENS, ofrece la misma definición: la historia es «el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables, unas a otras (el postulado es de la sociología); actividades y creaciones con las que cubrieron la superficie de la tierra y la sucesión de las edades»[10]. No hay más sociedad concreta que aquella que está situada en el tiempo y en el espacio.

La historia y la vida

La calidad literaria, por no decir el lirismo, de los textos de los fundadores de los *Annales* provoca la adhesión del lector. El historiador encuentra ahí la expresión misma de su trabajo cotidiano, la formulación de una experiencia que constituye para él el precio de la disciplina. Con todo, la definición continúa siendo vaga y poco informativa para el profano. El historiador advierte que, al asignar a su disciplina el

[9] «El buen historiador se parece al ogro de la leyenda.» Esta frase de la cita de Bloch, que justifica el epígrafe, no aparece en la traducción de Max Aub y de Pablo González Casanova, que es la que nosotros empleamos habitualmente. Sin embargo, sí que aparece en la nueva edición que debemos a María Jiménez y Danielle Zaslavsky titulada *Apología para la historia o el oficio de historiador,* México, FCE, 1996, pág. 139. *(N. de los T.)*

[10] L. Febvre, «Vivre l'histoire», conferencia a los alumnos de la ENS, 1941, en *Combats pour l'histoire,* pág. 18 (trad. esp., pág. 40).

estudio de los hombres en sociedad, se le abre un campo prácticamente ilimitado. Desde una posición externa a la historia, tal extensión causa perplejidad.

Esa perplejidad se acrecienta cuando aparece el tema de la vida, y más aún cuando se decreta que ésta constituye «nuestra única escuela», como en aquella conferencia en la ENS que el propio L. Febvre tituló «Vivir la historia».

LUCIEN FEBVRE: «VIVIR LA HISTORIA»

> Y porque tengo la suerte de saber que en esta sala hay jóvenes decididos a consagrar su vida a la investigación histórica, les digo con plena consciencia: para hacer historia volved la espalda resueltamente al pasado, vivid primero. Mezclaos con la vida, con la vida intelectual, indudablemente, en toda su variedad (...). Pero hay que vivir también una vida práctica. No hay que contentarse con ver desde la orilla, perezosamente, lo que ocurre en el mar enfurecido (...). Hay que arremangarse (...). Y ayudar a los marineros en la maniobra.
>
> ¿Es eso todo? No. Eso apenas es nada si tenéis que continuar separando la acción del pensamiento, la vida como historiador de la vida como hombre. Entre la acción y el pensamiento no hay ningún tabique, ninguna barrera. Es preciso que la historia deje de aparecer como una necrópolis dormida por la que sólo pasan sombras despojadas de sustancia.
>
> *Combats pour l'histoire,* pág. 32 (trad. esp., págs. 56-57).

¿Cuál es el significado de esta referencia a la vida? Cuando un historiador como L. Febvre afirma la necesidad de vivir para hacer historia, es difícil pensar que hable por hablar. Pero ¿qué quiere decir? ¿Cuál es la relación entre la vida del historiador y la historia que escribe?

LA COMPRENSIÓN Y EL RAZONAMIENTO ANALÓGICO

Explicación y comprensión

Precisamente, el hecho de tomar como objeto a los hombres concretos y a su vida entraña para la historia un modo de inteligibilidad específico.

La oposición entre la forma de inteligibilidad de los hombres y la de las cosas fue teorizada por Dilthey y retomada en Francia por R. Aron en su tesis[11]. Aunque tenga una cronología precisa, ese debate epistemológico continúa siendo importante. Establece una diferencia radical entre las ciencias del espíritu o ciencias humanas *(Geisteswissenschaften)* y las de la naturaleza *(Naturwissenschaften)* que, en este último caso, venían referidas a la física y a la química de fines del siglo XIX. Las ciencias de la naturaleza explican las cosas, las realidades materiales; las del espíritu nos permiten comprender a los hombres y sus conductas. La explicación es el distintivo de la ciencia propiamente dicha: busca las causas y verifica las leyes. Además, es determinista: las mismas causas producen siempre los mismos efectos, y eso es precisamente lo que dicen las leyes. Si juntamos un ácido y un óxido, siempre obtendremos un compuesto salino, producto del agua y el calor.

Es evidente que las ciencias humanas no pueden contemplar este tipo de inteligibilidad. Lo que hace inteligibles las conductas humanas es que son racionales o, al menos, intencionales. La acción humana supone la elección de un medio en función de un fin, pero no la podemos explicar por causas y leyes, pues sólo podemos comprenderla. Éste es el modo mismo de inteligibilidad de la historia. En ese sentido, podemos poner como ejemplo el análisis que realizara R. Aron sobre los discursos de *La guerra del Peloponeso,* de Tucídides: lo importante no es saber si éstos fueron efectivamente pronunciados o si Tucídides los recogió fielmente. Se trata de procesos de escritura para explicitar, poniéndolos en boca de los principales protagonistas, los motivos que inspiraron sus políticas[12].

La distinción entre explicar y comprender es muy manida, e incluso más de un examen de bachillerato nos ha dado su propia versión. En todo caso, merece que la consideremos a la vez en sus negaciones y en sus afirmaciones. Es cierto que la historia no es una ciencia, ya esté «en la infancia» o sea «la más difícil». No hay más ciencia que la que se ocupa de lo general, de los acontecimientos que se repiten, pero la historia trata de acontecimientos originales, de situaciones singulares que nunca hallamos reproducidas de forma idéntica. Desde este punto de vista, Lacombe ya nos dejó dicho lo esencial, y lo hizo hace más de un siglo: «El acontecimiento, el hecho histórico visto según el as-

---

11 Raymond Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire,* París, Gallimard, 1938.

12 R. Aron, «Thucydide et le récit historique», *Dimensions de la conscience historique,* págs. 124-167.

pecto que lo hace singular es refractario a la ciencia, puesto que, en primer término, ésta es comprobación de cosas homogéneas. (...) la filosofía de la historia ha sucumbido en sus tentativas por no haber comprendido el carácter anticientífico del acontecimiento y haber querido explicarlo con el mismo criterio que las instituciones»[13]. A su vez, también denunció el *impasse* que supone la búsqueda exhaustiva de los hechos: «A medida que la masa de la realidad histórica aumente, la parte que cada uno de los eruditos puede asimilarse llega a ser un fragmento muy pequeño, una parcela muy estrecha del todo. Cuanto más alejado de la concepción del conjunto, el saber del erudito disminuye gradualmente en valor. Así se llega a nociones absolutamente vanas que, de ninguna manera, adelantan el conocimiento del mundo y del hombre»[14].

Habría mucho que decir sobre esta concepción de la ciencia y de la explicación científica, a la cual se opone la noción misma de comprensión. Sin entrar detenidamente en este debate, sí que debemos señalar aquí su datación.

La idea de que la ciencia establece leyes —de que hace reinar una predicción rigurosa del tipo «si se produce el acontecimiento A, entonces el acontecimiento B se seguirá necesariamente»— proviene más del cientifismo del siglo XIX que de la ciencia moderna. Por un lado, a partir de esa centuria, gentes con buenas intenciones, como fue el caso de Cournot, alertaban contra esta simplificación abusiva[15]. El ejemplo que él da, hablando de la «armonía» entre los seres vivos y su medio, de la «red» que forman los fenómenos naturales[16] ha sido confirmada por la moderna ecología: el análisis de los ecosistemas es seguramente una ciencia, y el desarrollo de las algas de un lago se explica por la temperatura y el contenido en oxígeno del agua, sin que uno pueda extraer de todo ello una predicción cierta. La definición de la ciencia por la ley no es, pues, completamente per-

---

[13] Paul Lacombe, *De l'histoire considérée comme science,* págs. 10-11 (trad. esp., págs. 20-21).

[14] *Ibíd.,* págs. X-XI (trad. esp., págs. 9-10).

[15] «Aunque no se conciba organización científica sin reglas, sin principios, sin clasificación y, por consiguiente, sin una cierta generalización de hechos y de ideas, tampoco sería necesario tomar al pie de la letra aquel aforismo de los antiguos: que lo individual y lo particular no pertenecen al dominio de la ciencia. Nada más desigual que el grado de generalización de los hechos sobre los que se apoyan las ciencias, susceptibles de otra parte del mismo grado de orden y de clasificación que constituye la perfección científica» (A. Cournot, *Essai,* pág. 363).

[16] *Ibíd.,* pág. 81.

tinente. Por lo demás, las leyes científicas han perdido el carácter puramente determinista que las definió en el siglo XIX, y la física moderna se ha vuelto probabilista. No obstante, continúa definiéndose por unos rigurosos procedimientos de verificación/refutación[17] a los que la historia, como las otras ciencias sociales, es incapaz de acogerse. Es evidente que la historia no puede ser una ciencia del mismo tipo que lo es la química.

Tampoco lo pretende, en absoluto, y es aquí donde el término comprensión halla todo su alcance. Tiene por objeto particularizar un modo de conocimiento que, siendo diferente, no es ni menos legítimo ni menos riguroso ni menos verdadero, dentro de su ámbito, que el conocimiento objetivo de las ciencias de la naturaleza.

Comprensión y orden del sentido

Desde este punto de vista, eso es lo que constituye el objeto de la historia, no el hecho de que sea singular ni que se despliegue en el tiempo. Ciertamente, ya hemos visto hasta qué punto el historiador valora lo concreto, lo singular. Las citas de M. Bloch y de L. Febvre reproducidas al inicio de este capítulo muestran claramente su rechazo a transformar el objeto de estudio en una abstracción desprovista de carnalidad. En tal sentido, le dan la espalda a los planteamientos del físico o del economista. Para formular una ley, aquél elide todas las situaciones concretas en las cuales se produce el fenómeno, para no retener más que una situación experimental, que reduce por abstracción a unos determinados parámetros. Ahora bien, fuera del espacio artificial del laboratorio, no hay más que hechos singulares. La manzana, cuya caída proporcionó a Newton la ocasión de formular la teoría de la gravitación, sólo cayó una vez, y esa ley no explica que hubiera caído precisamente en el momento en el que Newton descansaba a la sombra del manzano. Así pues, no siempre es posible controlar todos los parámetros, de ahí los riesgos de la técnica: el cohete *Ariane* probablemente despegará sin problemas en su próximo lanzamiento, pero no se puede excluir que alguien haya olvida-

[17] «Falsación», dice Popper. Una proposición científica se define por su «falsación»: una proposición que es imposible de falsar, es decir, cuya falsedad es imposible de probar, no puede pretenderse científica. Un enunciado es científico si, y sólo si, es posible refutarlo lógicamente. Véase Karl Popper, *La Logique de la découverte scientifique.*

do un trapo en uno de sus conductos... Los lanzamientos del *Ariane* tienen, pues, una historia.

La inclusión del fenómeno histórico en una temporalidad no constituye un rasgo que lo distinga absolutamente. Cournot observó que los registros de las loterías públicas podían ofrecer una sucesión de jugadas singulares sin por ello constituir una historia, «pues las jugadas se suceden sin conectarse, sin que las primeras ejerzan influencia alguna sobre las que le siguen»[18]. No ocurre lo mismo con los naipes.

ANTOINE COURNOT: LA PARTIDA DE CARTAS COMO EMBLEMA DE LA HISTORIA

> ...en el juego de cartas, donde la determinación reflexiva del jugador es sustituida por los caprichos del azar, de manera que las ideas del jugador, al cruzarse con las del adversario, dan lugar a una multitud de encuentros accidentales, se dan las condiciones de una secuencia histórica. El relato de una partida (...) sería una historia como otra cualquiera, con sus crisis y sus desenlaces: ya que no sólo las jugadas se suceden, sino que se conectan; es en este sentido en el que cada jugada influye más o menos sobre la serie de las que le siguen y recibe la influencia de las anteriores. Que las condiciones del juego se compliquen más y que la historia de una partida se vuelva filosóficamente comparable a la de una batalla (...), acaba dependiendo de los resultados. Se podría decir, sin incurrir en una *boutade*, que hay un buen número de batallas (...) cuya historia no merece ser más recordada que la de una partida de cartas.

Essai sur les fondements de nos connaissances, pág. 370.

Para Cournot, lo que cuenta es la secuencia, no la sucesión. No basta con que los hechos se dispongan en orden cronológico para que haya historia, es necesario que influyan los unos sobre los otros. Ahora bien, esta influencia pasa por la conciencia de los actores que perciben una situación y se adaptan, en función de sus objetivos, de su cultura, de sus representaciones. No hay historia que podamos decir que es puramente «natural»: toda historia implica significados, intenciones, voluntades, miedos, imaginaciones, creencias. La singularidad que defienden celosamente los historiadores es la del sentido.

[18] *Essai*, pág. 369.

Eso es lo que significa hablar de ciencias del espíritu o de ciencias del hombre.

El término comprensión adquiere aquí un valor polémico, pues tiene por objeto conferir a las ciencias del hombre una «respetabilidad científica»[19], una legitimidad idéntica a la de las ciencias propiamente dichas. El hecho de que la historia no sea una ciencia no implica que su materia sea cuestión de opinión ni que los historiadores digan lo que les venga en gana. Entre la ciencia y la opinión, entre el saber propiamente dicho y tener una simple idea, existen otros modos de conocimiento riguroso que pretenden la verdad. El término comprensión intenta tenerlo en cuenta, proponiendo un modelo de inteligibilidad consustancial a este orden de fenómenos.

Por otra parte, la validez de esta noción pierde fuerza si su campo de acción se centra sólo en la búsqueda de los motivos que gobiernan las acciones de los hombres, incluso si eso permite bellos efectos de simetría con las ciencias propiamente dichas, y desarrollos en los que las causas se oponen a las razones. La comprensión ahonda en el modo de inteligibilidad de la historia (pero también de la sociología y de la antropología, como nos muestra J.-Cl. Passeron) en cuanto se refiere a los comportamientos investidos de sentidos y de valores, incluso cuando los hombres no son conscientes y se contentan con adaptarse a la situación. En efecto, podemos afinar el análisis y distinguir con Max Weber entre las acciones orientadas subjetivamente por las intenciones o las creencias de los individuos que persiguen su objetivo —o su sueño— independientemente de lo real («racionalidad con relación a fines subjetiva»), y las acciones orientadas juiciosamente y que responden de forma adaptativa a una situación («racionalidad con relación a lo regular, objetiva»)[20]. Hay historias plenamente humanas en las que, de tan estrecho que es el margen de elección, las intenciones pesan bien poco, como ocurre con la historia de las crisis cerealícolas: las malas cosechas de trigo, las subidas de precio que provocan, las hambrunas, la mortalidad resultante, no forman parte del ámbito de los motivos o de las razones, por oposición a las causas, pero son situaciones a las que los contemporáneos se adaptan y dan sentido.

---

[19] La expresión pertenece a P. Ricoeur, «Expliquer et comprendre», pág. 127.

[20] Max Weber, «Essais sur quelques catégories de la sociologie compréhensive», *Essais*, pág. 334. (Tomamos la traducción de las categorías de Weber —que se han prestado a versiones diferentes e incluso encontradas— de la edición castellana publicada en Buenos Aires por la editorial Amorrortu [trad. esp., pág. 180]. *[N. de los T.]).*

Experiencia vivida y razonamiento analógico

Si la comprensión pretende alcanzar la verdad de las situaciones o de los hechos dotados de sentido para los hombres, nos queda dilucidar los modos con que se pretende lograrlo. Ahora bien, la precisión y el rigor de sus procedimientos no parecen estar a la altura de sus ambiciones. No estamos en presencia de un método que pudiéramos describir, sino ante una suerte de intuición que descansa sobre la experiencia anterior que atesora el historiador. Lo que caracteriza a la comprensión es el hecho de estar arraigada en la vivencia del sujeto, y eso mismo es lo que permite aclarar las palabras, a primera vista sorprendentes, que los historiadores emplean para hablar del hombre y de la vida. Ni Bloch ni Febvre citan a Dilthey, pero esa intuición los acerca al análisis de aquél.

WILHELM DILTHEY: EXPERIENCIA VIVIDA Y REALIDAD

Esta edificación (de las ciencias del espíritu) parte de la vivencia, va de la realidad a la realidad; consiste en un ahondamiento cada vez más profundo de la realidad histórica, en un recoger más de ella, en expandirse más ella sobre ella. No existe ningún supuesto hipotético por el que pondríamos algo debajo de lo dado, pues el comprender penetra en las manifestaciones de vida ajenas por una trasposición basada en la plenitud de las propias vivencias. (...) Este comprender no sólo designa la actitud metódica peculiar que adoptamos ante tales objetos; entre la ciencia del espíritu y la ciencia de la naturaleza no se trata únicamente de una diferencia en la posición del sujeto con respecto al objeto, en un tipo de actitud, en un método, sino que el método comprensivo está fundado realmente en el hecho de que lo exterior en que consiste su objeto se diferencia del objeto de la ciencia natural de un modo absoluto. El espíritu se ha objetivado en ello. Se han formado fines, se han realizado valores en ello, y precisamente este algo espiritual que se ha incorporado al objeto es lo que capta la comprensión. Entre el objeto y yo existe una relación de vida. Su apropiación a un fin se funda en mi adopción de fines, su belleza y bondad en mi estimación, su carácter inteligible en mi inteligencia. (...)

En la naturaleza exterior ponemos, mediante el enlace de conceptos abstractos, una conexión debajo de los fenómenos. Por el

contrario, en el mundo del espíritu, la conexión es vivida y comprendida. La conexión de la naturaleza es abstracta pero la conexión anímica y la histórica son vivas, saturadas de vida.

Wilhelm Dilthey, *L'Édification du monde historique,* págs. 72-73 (trad. esp., págs. 139-141).

Mientras que las ciencias de la naturaleza proceden a través del conocimiento objetivo y abstracto, la humanidad, como meta de las ciencias del espíritu, sólo se nos revela a través de la experiencia vivida de cada uno: «Nos comprendemos a nosotros mismos y comprendemos a otros a medida que vamos colocando nuestra propia vida "vivida" por nosotros en toda clase de expresión de vida propia y ajena. Así, pues, tenemos que la conexión de vivencia, expresión y comprensión constituye el método propio por el que se nos da lo humano como objeto de las ciencias del espíritu»[21].

Más concretamente, cabe preguntarse cómo procede el historiador que desee comprender —o explicar, en el sentido ordinario, no científico, del término— un fenómeno histórico. Por lo general, se esforzará en reducirlo a otros fenómenos más generales, o bien intentará hallar sus causas profundas o accidentales. Las razones de la Revolución francesa son la situación económica, el movimiento de las ideas, el auge de la burguesía, la crisis financiera de la monarquía, las malas cosechas de 1787, etcétera.

A esta «explicación», que se da por científica, podríamos intentar oponerle otras «explicaciones» más triviales. Por ejemplo, la que daría el testigo de un accidente de circulación al policía que llegase al lugar: «Voy a explicarle... La anciana cruzaba por el paso de peatones, el automóvil llegó demasiado deprisa... Frenó, pero el suelo estaba mojado y no pudo detenerse a tiempo. He aquí la explicación...» O también las explicaciones sobre los resultados electorales que uno daría en una cafetería: «Han perdido porque los escándalos les han desacreditado ante sus electores, porque no tenían ningún programa y la crisis económica y el desempleo continúan.» Evidentemente, esas «explicaciones», en el segundo sentido del término, no tienen ni valor ni pretensión científica, pero no significa que no sean adecuadas. Nosotros nos pasamos la vida dando, pidiendo y recibiendo tales «explicaciones».

Desde el punto de vista de la lógica, la explicación del historiador no difiere de la del hombre corriente. La forma de razonamiento utili-

[21] Wilhelm Dilthey, *L'Édification du monde historique,* pág. 38 (trad. esp., pág. 107).

zada para explicar la Revolución francesa no es lógicamente distinta de la que emplea una persona de la calle para dar cuenta de un accidente de tráfico o del resultado de unas elecciones. Se trata fundamentalmente del mismo proceso intelectual, afinado, mejorado por la toma en consideración de factores suplementarios. De igual modo que uno puede enriquecer la explicación del accidente recurriendo a la embriaguez del conductor, a la calidad del asfalto o al desgaste de los neumáticos del coche, factores que, en sí mismos, pueden a su vez ser explicados: «Voy a decirles por qué los automóviles de la marca X frenan mal...»

Se trata, pues, de constatar que no hay método histórico. Hay más bien un método crítico que nos permite establecer con rigor los hechos para dar validez a las hipótesis del historiador. Pero la explicación histórica es eso que todos practicamos diariamente. El historiador no explica la huelga de los ferroviarios de 1910 con razonamientos que sean distintos de los que utiliza el jubilado que les explica a sus nietos la de 1947[22]. Lo que éste hace es aplicar al pasado tipos de explicación que le permitan comprender situaciones o acontecimientos que vivió. Cuando el historiador dice que el aumento de los impuestos al final de su reinado hizo impopular a Luis XIV, es el contribuyente quien habla... De hecho, en qué se basa el historiador para aceptar o rechazar las explicaciones que le proponen sus fuentes, sino en su propia experiencia del mundo y de la vida en sociedad, de la que ha aprendido que hay cosas que pasan y otras, en cambio, que nunca suceden[23].

Nos hallamos aquí ante lo que J.-Cl. Passeron ha llamado «el razonamiento natural». El historiador razona por analogía con el presente,

---

[22] Las huelgas de 1910 y 1947, a las que alude Prost, tienen en la historia francesa una significación especial. Entre los días 10 y 17 de octubre de 1910 se convocó una huelga de ferroviarios en el marco de una campaña más amplia de protesta contra la carestía de la vida. Era todo un síntoma del auge del sindicalismo revolucionario. El gobierno del socialista Aristide Briand (1862-1932) la reprimió duramente, decretando la movilización de estos trabajadores y ordenando detener al comité de huelga, acciones a las que siguió una política de despidos masivos. Por su parte, también la huelga de 1947, iniciada a principios de junio de aquel año, cabe contemplarla dentro de un conjunto más amplio de movilizaciones que, tras la Segunda Guerra Mundial, exigieron una mejora de las condiciones de trabajo. En esta ocasión, sin embargo, el presidente Vincent Auriol rehusó la intervención del gobierno y dejo la solución del conflicto en manos de empresarios y trabajadores. De hecho, a principios de agosto la CGT (Confédération Générale des Travailleurs) y el CNPF (Conseil National du Patronat Français) acordaron una subida de los salarios del 11 por ciento. *(N. de los T.)*

[23] R. G. Collingwood discute en *The Historical Imagination*, pág. 11, esta opinión de Bradley, al que reprocha que sólo proporciona una criterio negativo de verdad.

transfiriendo al pasado modelos de explicación probados en la experiencia social que cada uno vive diariamente. Ésta es, por otra parte, una de las razones del éxito que la historia logra ante el público: el lector que quiera adentrarse en un libro de historia no necesita poseer ninguna competencia específica.

Es evidente que, para ser posible, este razonamiento por analogía supone a la vez la continuidad en el tiempo y su objetivación. El movimiento de vaivén entre el presente y el pasado que hemos analizado más arriba resulta ahora fundamental. Se basa, además, en el postulado de una continuidad profunda entre los hombres a través de los siglos y apela, en fin, a una experiencia previa de la acción y de la vida de los individuos en sociedad, lo cual nos sitúa de nuevo ante ese vínculo existente entre la comprensión y lo vivido.

La historia como aventura personal

Historia y prácticas sociales

Es en este punto en el que precisamente el consejo de «vivir» que L. Febvre diera a sus estudiantes de la calle Ulm[24] encuentra su justificación y su importancia. Quien no haya vivido en sociedad no puede comprender la historia. Robinson, náufrago en una isla durante tres años, sería incapaz de hacer historia.

En las páginas precedentes ya hemos tenido ocasión de señalar, a propósito de los compromisos del historiador, el vínculo que existe entre las prácticas sociales y la historia. Habíamos observado entonces que los antiguos —o actuales— comunistas que hacen la historia de su partido cuentan con la ventaja de la intimidad que tienen con su objeto, aunque también corren un riesgo evidente, el que se deriva de haber tomado partido. Así, si el historiador comprende las situaciones históricas es a partir de la experiencia que obtiene de las diversas prácticas sociales.

La cuestión de la ampliación del campo de experiencia del historiador tiene, por tanto, una cierta importancia: cuanto más amplio sea, más oportunidades tendrá para comprender situaciones históricas dis-

[24] Prost toma el nombre de la célebre calle para referirse al centro en donde, como hemos visto, Febvre impartió la lección titulada «Vivir la historia». Fue a principios del curso de 1941 en la École Normale Superieure. *(N. de los T.)*

tintas. Aunque lo que decimos pueda verse como una justificación de experiencias que parecen distraer al historiador de su trabajo en el taller, en realidad son las que le permiten regresar mejor pertrechado para comprender su propio objeto. Experiencias como la de la Primera Guerra Mundial para M. Bloch o la de la práctica del movimiento socialista para C.-E. Labrousse son las que contribuyeron a que estos historiadores se convirtieran en maestros. La presidencia de reuniones interministeriales instruye más sobre las decisiones del Gobierno que la lectura del *Diario Oficial,* del igual modo que jamás habría comprendido la guerra de 1914 si yo mismo no hubiera recorrido las montañas argelinas a la búsqueda de *fellaghas*[25]. Los ejemplos podrían multiplicarse: el historiador comprende a través de sus prácticas sociales.

Sin embargo, el historiador sólo tiene una vida y pasa largos periodos en las bibliotecas y los archivos. No puede ser sucesivamente ministro, monje, caballero, banquero, campesino, prostituta; no puede conocer sucesivamente la guerra, el hambre, la revolución, la crisis, los descubrimientos. Por tanto, se ve obligado a echar mano de la experiencia de otros. Esta experiencia social indirecta, que hasta cierto punto diríamos que se obtiene por aproximación, pasa por los relatos de amigos, de relaciones, de testigos. Una tarde junto a un empresario ayuda a veces a comprender a los burgueses del siglo XIX o a los del XVIII, así como podemos decir que quien sólo conozca el campo por tener allí su segunda residencia jamás hará una buena historia del campesinado. El interés por las memorias de los políticos radica tanto en lo que nos aclaran sobre el funcionamiento de las instituciones y la correlación de fuerzas como en lo que nos dicen sobre sus propias acciones. La contribución de los coloquios organizados por la Fondation Nationale des Sciences Politiques sobre el gobierno Blum, sobre el régimen Vichy o sobre el gobierno Daladier reside precisamente en la confrontación entre las explicaciones de los testigos y las de los historiadores. El historiador necesita guías que lo introduzcan en la comprensión del universo que ignora.

No obstante, y a la inversa, cuanto más historiador se es más rica halla la actualidad, pues la transferencia puede funcionar en los dos sentidos, tanto desde el presente hacia el pasado como desde el pasado hacia el presente. La explicación del pasado se funda sobre las analogías con el presente, pero alimenta a su vez la explicación sobre el

---

[25] *Fellaghas:* con este término se designa a los partisanos combatientes por la independencia de Argelia entre 1954 y 1962. *(N. de los T.)*

presente. Como tendremos ocasión de volver a tratar, es eso mismo lo que justifica que la historia se enseñe a los niños y a los adolescentes.

Este análisis de la historia como razonamiento analógico, como vaivén entre una práctica social actual, directa o indirecta, y las prácticas sociales del pasado, permite comprender el discurso de los historiadores sobre los hombres y sobre la vida. Pero eso nos lleva más lejos aún.

La historia como amistad

En historia, comprender es siempre y en cierto modo ponerse mentalmente en el lugar de aquellos de quienes se hace la historia. Eso supone una clara disponibilidad, una atención, una capacidad para escuchar, cuyo aprendizaje proviene de la vida cotidiana. Redescubrimos el pensamiento de Hammourabi o de Solón, decía Collingwood, de la misma manera que averiguamos el pensamiento de un amigo que nos escribe una carta[26]. Como ha señalado Marrou con precisión, un buen historiador es el que comprende «a través» de lo que le dicen sus amigos:

> HENRI-I. MARROU: LA HISTORIA COMO ESCUCHA
>
> ...Sólo por su semejanza con nuestro yo comprendemos a otros: por lo que se parecen a los contenidos de nuestra experiencia, a nuestro propio clima o universo mental, únicamente podemos comprender lo que, en gran parte, sea ya nuestro, fraternal; si el otro fuera absolutamente desemejante, extraño en ciento por ciento, no se ve cómo sería posible su comprensión.
>
> Reconocido esto, no puede haber conocimiento de otros más que si yo me esfuerzo en ir a encontrarlos, olvidándome por un instante de lo que yo mismo soy (...). Mas esto no a todos les es dado: todos hemos conocido en la vida a hombres manifiestamente incapaces de abrirse, de prestar atención a otro (gentes de esas de las que se suele decir que no atienden cuando se les habla): hombres así serían pésimos historiadores.
>
> Ocurre este fenómeno a veces por estrechez de espíritu y es entonces claro indicio de falta de inteligencia (no lo achaquemos a egoísmo: el verdadero egocentrismo es más sutil); pero la mayoría

[26] *The Idea of History,* pág. 218.

de las veces, se trata de personas que, agobiadas por sus preocupaciones, se resisten en cierto modo a admitir este «lujo» de ponerse a disposición de otros (...). El historiador (...) aceptará el dar vacaciones a su pensamiento propio, enviándolo a hacer largas excursiones que lo desprovincialicen, pues sabe muy bien qué gran ampliación del yo proporcionan estos viajes que pasan por el descubrimiento del otro.

De la connaissance historique, págs. 88-90 (trad. esp., págs. 67-68).

De todos modos, comprender «bien», es decir, comprender sin más, supone una cierta forma de connivencia, de complicidad con el otro. Es necesario que aceptemos entrar en su personalidad, ver con su mirada, experimentar con su sensibilidad, juzgar según sus criterios. No se comprende bien si no se hace desde el interior. Se trata de un esfuerzo que moviliza la inteligencia pero que afecta a zonas más íntimas de la personalidad, pues nadie queda indiferente ante lo que comprende. La comprensión es, pues, una forma de simpatía, un sentimiento. Marrou habla incluso de «amistad».

HENRI-I. MARROU: LA COMPRENSIÓN HISTÓRICA COMO AMISTAD

Si la comprensión consiste en esta dialéctica del Mismo con el Otro que hemos descrito anteriormente, supone la existencia de una amplia base de comunión fraterna entre sujeto y objeto, entre el historiador y el documento (digámoslo más exactamente: entre el historiador y el hombre que se revela a través de ese signo que es el documento): ¿cómo comprender, sin esta disposición de ánimo que nos hace connaturales con otro, nos permite volver a sentir sus pasiones, a pensar sus ideas iluminadas, por la misma luz a las que él las vivió..., en una palabra, sin comunicar con el otro?

Hasta el término «simpatía» resulta aquí insuficiente: entre el historiador y su objeto ha de establecerse una amistad vinculadora, si es que el historiador quiere comprenderlo, pues, según la bella fórmula de san Agustín, «no se puede conocer a nadie si no es por la amistad», *et nemo nisi per amicitiam cognoscitur.*

De la connaissance historique, pág. 98 (trad. esp., págs. 73-74).

Más allá del humanismo cristiano que lo inspira, y que también tiene su cronología precisa, este texto reclama nuestra atención sobre

un punto esencial. Nos advierte con toda claridad sobre la imposibilidad de una historia enteramente fría, aséptica, insensible. El historiador no podría ser indiferente, so pena de hacer una historia muerta, que no comprende nada y a nadie interesa. Tras haber frecuentado largo tiempo a los hombres que estudia, el historiador no puede dejar de experimentar hacia ellos simpatía o amor, incluso aunque en ocasiones se trate de un amor desengañado. Nuestra historia es una historia viva que comporta una parte irreductible de afectividad. Ahora bien, todo eso nos plantea tres problemas.

El primero es el de los límites morales de la comprensión histórica. Explicar con profundidad y simpatía es, al menos implícitamente, «disculpar», nos dice B. Bailyn, quien toma el ejemplo de Jefferson y de los padres de la Constitución americana: ellos tenían razones comprensibles para no liberar a sus esclavos y para no incluir en la Constitución la abolición de la esclavitud. Ahora bien, «intentar explicar sus razones parece un forma de disculparlos»[27]. Más aún cuando se trata de episodios tan monstruosos y criminales como los campos de concentración. A la luz de las palabras de Primo Levi, no concibo que se pueda comprender a Hitler:

> Quizás no se pueda comprender todo lo que sucedió, o *no se deba* comprender, porque comprender casi es justificar. Me explico: «comprender» una proposición o un comportamiento humano significa (incluso etimológicamente) contenerlo, contener al autor, ponerse en su lugar, identificarse con él. Pero ningún hombre normal podrá jamás identificarse con Hitler, Himmler, Goebbels, Eichmann e infinitos otros. (...) porque quizás sea deseable que sus palabras (y también, por desgracia, sus obras) no lleguen nunca a resultarnos comprensibles. Son palabras y actos no humanos, o peor: contrahumanos, sin precedentes históricos[28].

En este sentido, a menos que se haga de otra forma, sin comprensión, es imposible emprender una historia del nazismo, pues para el historiador eso supondría, en cierto modo, ponerse en el lugar de Hitler, identificarse con él, y nadie emprendería sólo su examen...

El segundo problema es el de la objetividad o, más bien, el de la imparcialidad. Tendremos ocasión de retomar esta cuestión más ade-

---

[27] Bernard Bailyn, *On the Teaching and Writing of History*, pág. 58.

[28] Primo Levi, apéndice escrito en 1976 para la edición escolar de *Si c'est un homme*, París, Julliard, 1995, pág. 261 (trad. esp., *Si esto es un hombre*, Barcelona, Muchnik, 1987, pág. 208).

lante. Digamos ahora solamente que el historiador tiene el deber de la lucidez, que pasa también por el deber de comprender en profundidad el conjunto de interlocutores y de situaciones que analiza: los *sansculottes* y los emigrados; los soldados del frente, los estados mayores y la retaguardia. Es el ecumenismo de su comprensión lo que le permite mantener la distancia necesaria y lo que fundamenta el valor de su análisis.

El último problema es, sin duda, el más difícil: el de la legitimidad de la transposición. Ponerse en el lugar de aquel al que se estudia es perfecto, pero ¿cómo garantizar que se ha logrado? La comprensión es precaria, pues nunca estamos seguros de haber sido comprendidos. ¿Cuántas veces las explicaciones honestas y completas desembocan en un malentendido? Este problema, temible ya en la vida cotidiana, se acrecienta en la historia debido a la distancia que nos separa del pasado. Nosotros, hombres de nuestro siglo, al situarnos en el lugar de los hombres de la Edad Media, o sólo en el de los de la década de 1930, ¿no corremos el riesgo de extraviarnos? Ya L. Febvre nos advertía contra «el anacronismo psicológico, el peor de todos, el más insidioso»[29].

> Pues hay un problema especial en la psicología histórica. Cuando, en su memorias, en sus tratados, los psicólogos nos hablan de emociones, de decisiones, de razonamientos del «hombre» —en realidad, es de nuestras emociones, de nuestras decisiones, de nuestros razonamientos de lo que tratan. De nuestra suerte, la de los hombres blancos de Europa occidental, integrantes de grupos que cuentan con una cultura muy antigua. Ahora bien, ¿cómo podríamos valernos, nosotros los historiadores, para poder interpretar las perspectivas de los hombres de antaño utilizando una psicología basada en la observación de los hombres del siglo XX?[30].

El peligro es hablar de uno mismo creyendo que se está haciendo hablar a los hombres del pasado. Pero ¿es un peligro o es un elemento inherente a toda historia?

---

[29] *Combats pour l'histoire,* pág. 218. (Esta traducción y la del siguiente texto son nuestras, puesto que en la edición española de los *Combats* no aparece el texto de donde proceden al ser ésta muy incompleta: sólo contiene quince de los cuarenta y cinco ensayos originales. En concreto, ambos textos pertenecen al artículo titulado «Una vue d'ensemble. Histoire et psychocologie», aparecido originariamente en 1938 en la *Encyclopédie française... [N. de los T.]).*

[30] *Ibíd.,* pág. 213.

La historia como historia de uno mismo

Todos los empeños del historiador para ponerse mentalmente en el lugar de otros no le impiden, en efecto, ser él mismo. Por grande que sea su esfuerzo de comprensión jamás será otro. Lo que hace es repensar, reconstituir en su espíritu la experiencia humana colectiva cuya historia hace. Lo que expone no son los pensamientos, los sentimientos, las emociones, los motivos de las personas, humildes o eminentes, cuyas huellas sigue en los documentos. Son sus propios pensamientos, la forma en la que él mismo se representa el pasado. La historia es repensar, reactivar, la reacción presente del historiador frente a cosas que fueron pensadas y experimentadas antes, frente a actos de otros. Haga lo que haga, el historiador no sale de sí mismo.

Collingwood insistió precisamente sobre este punto. Para el historiador, las actividades cuya historia estudia no son espectáculos que se ofrecen a su mirada, sino experiencias que debe vivir a través de su propia mente, y la experiencia se entiende aquí en su más amplio sentido, en el de algo que es vivido, experimentado, pensado. Tales actividades son objetivas, es decir, las conoce sólo porque son también subjetivas, porque son actividades propiamente suyas[31]. La historia, para él, es a un tiempo conocimiento del pasado y conocimiento del presente. Es «conocimiento del pasado en el presente, el autoconocimiento de la propia mente del historiador como la reactualización y revivificación presente de experiencias pasadas»[32]. En este sentido, toda historia lo es de cosas que el historiador piensa en el presente.

ROBIN G. COLLINGWOOD: NO HAY HISTORIA MÁS QUE DE COSAS PENSADAS

Si suscitamos la pregunta ¿de qué puede haber conocimiento histórico?, la respuesta es: de aquello que puede re-crearse en la mente del historiador. En primer lugar, aquello tiene que ser experiencia. No puede haber historia de lo que no es experiencia sino mero objeto de la experiencia. Por eso no hay y no puede haber historia de la naturaleza, ya sea como la percibe o como la piensa el hombre de ciencia.

---

[31] *The Idea of History,* pág. 218.
[32] *Ibíd.,* pág. 175 (trad. esp., pág. 173).

(...) Lo que está estudiando es un cierto pensamiento, estudiarlo supone re-crearlo dentro de él mismo, y a fin de que pueda tener su sitio en la inmediatez de su pensamiento, este pensamiento tiene que estar, por así decirlo, pre-adaptado para convertirse en su aposentador (...).

Si el historiador (...) trata de dominar la historia de un pensamiento dentro del cual no puede entrar personalmente, en lugar de escribir su historia se limitará a repetir las declaraciones que registran los hechos externos de su desarrollo: nombres y fechas, y frases descriptivas ya hechas. Tales repeticiones bien pueden ser útiles, pero no porque sean historia. Son huesos descarnados que pueden convertirse algún día en historia, cuando alguien pueda vestirlos con la carne y la sangre de un pensamiento que es al mismo tiempo de él mismo y de ellas. Ésta no es más que una manera de decir que el pensamiento del historiador tiene que surgir de la unidad orgánica de su experiencia total y ser una función de su personalidad entera con sus intereses prácticos así como teóricos.

The Idea of History, págs. 302-305 (trad. esp., págs. 289-293).

Así pues, podemos decir que toda historia es conocimiento de uno mismo: *self-knowledge.* El conocimiento del pasado es también la mediación a través de la cual el historiador se busca a sí mismo. Puede muy bien ocurrir que, durante un periodo de su vida, cierta historia carezca de interés para él y que, entonces, se decante por otra, para comprender más tarde aquello que no percibió con anterioridad. Los ensayos de egohistoria, a pesar de todo el interés que encierran, nos enseñan menos sobre los historiadores que la lectura de sus obras. Nos reencontramos aquí, después de este largo rodeo, con el mensaje que nos legara Michelet: el historiador es hijo de sus obras.

Pero a la vez que se descubre a sí mismo, el historiador descubre que es capaz de ponerse en el lugar de innumerables personajes diferentes. Hasta cierto punto, pues, condensa dentro de sí a buena parte de la humanidad, en una multitud de situaciones. La historia sería menos fascinante si no combinara de este modo la profundización en uno mismo y el descubrimiento de los otros.

ROBIN G. COLLINGWOOD: AUTOCONOCIMIENTO Y CONOCIMIENTO DEL MUNDO DE LOS ASUNTOS HUMANOS

...el conocimiento que (el historiador) obtiene por medio de la investigación histórica no es conocimiento de su situación en cuanto opuesto al conocimiento de sí mismo, sino que es un conocimiento

de su situación que es al mismo tiempo conocimiento de sí mismo. Al repensar lo que alguien más pensó, lo piensa él mismo. Al saber que alguien más lo pensó, sabe que él mismo es capaz de pensarlo. Y al descubrir lo que él es capaz de hacer descubre la clase de hombre que es. Si es capaz de comprender, al repensarlos, los pensamientos de muchas distintas clases de gentes, se sigue de ahí que él debe ser muchas clases de hombre. Que debe ser, de hecho, un microcosmo de toda la historia que puede conocer. De esta suerte, su propio autoconocimiento es al mismo tiempo su conocimiento del mundo de los asuntos humanos.

An Autobiography, págs. 114-115 (trad. esp., pág. 116).

Deberemos retomar más adelante esta vertiente «comprensiva» del procedimiento histórico, pero su análisis exigirá situar al otro lado de la balanza elementos menos intuitivos, más racionales y firmes. Si bien este momento no lo es todo en la historia, no es menos cierto que se trata de un componente esencial, que da calor y vida a la explicación.

8

Imaginación e imputación causal

La comprensión concede a la imaginación un lugar esencial en la construcción de la historia. Transferir a una situación histórica esquemas explicativos probados en el presente, ponerse en el lugar de aquellos a los que se estudia, es imaginar las situaciones y a los hombres. Para ilustrar este punto, Collingwood tomaba el ejemplo de aquel que invita a un amigo a cenar y que, unos minutos más tarde, piensa como él y se lo imagina en el trance de subir las escaleras de su casa y de buscar las llaves en el bolsillo. Cuando se lo imagina, obra como lo haría el historiador cuando construye la historia.

La observación no tiene nada de novedosa. Un historiador como Seignobos, a quien por lo común se le toma como fuente de las verdades más ingenuas, ya lo tenía en cuenta:

CHARLES SEIGNOBOS: ESTAMOS OBLIGADOS A IMAGINAR...

Realmente, en Ciencia social se trabaja, no con cosas verdaderas, sino con las representaciones que de ellas nos formamos. No se ven los hombres, los animales, las casas que se consignan en el censo, no se ven las instituciones que se describen. Hay que *imaginarse* los hombres, las cosas, los actos, los motivos que se estudian. Estas imágenes son la materia práctica de la Ciencia social, estas imágenes es lo que se analiza. Algunas pueden ser recuerdos de cosas que personalmente se ha observado, pero un recuerdo no es ya más que una imagen. La mayor parte, por lo demás, ni siquiera han sido obteni-

> das por recuerdo, las inventamos *a imagen* de nuestros recuerdos, es decir, por analogía con imágenes obtenidas por medio del recuerdo. (...) Para describir el funcionamiento de un sindicato, nos figuramos los actos y gestiones de sus miembros.
>
> *La Méthode historique,* pág. 118 (trad. esp., págs. 105-106).

Con un vocabulario diferente, Seignobos dice lo mismo que Collingwood. Resultaría inútil retomar aquí la cuestión de si la imaginación sólo es aplicable a la construcción de los hechos históricos. Ahora bien, es la que preside la búsqueda de las causas, es a la que apela por lo general la explicación histórica, dicho ahora en un sentido que no se opone ya a la comprensión como explicación «científica» que vimos en el capítulo precedente, sino que más bien la prolonga.

A LA BÚSQUEDA DE LAS CAUSAS

Causas y condiciones

Podemos discutir sobre la importancia que en el ámbito de la historia deba tener la búsqueda de las causas. Pero no adoptaremos una perspectiva normativa. Más que decir lo que deba ser la historia, ambicionamos analizar cómo se practica habitualmente. Ahora bien, si existen en historia otras formas de inteligibilidad además de la reconstitución de causalidades, hay que reconocer que los historiadores ocupan gran parte de su tiempo buscando las causas de los acontecimientos que estudian y determinando cuáles son las más importantes. ¿Cuáles son las causas del nazismo?, ¿y de la guerra de 1914?, ¿y del Terror? ¿y de la caída del Imperio romano? Es en torno a cuestiones como éstas sobre las que se organiza el debate histórico.

Para comprender lo que dicen los historiadores cuando hablan de esto, es necesario realizar algunas distinciones, pues hay causas y causas.

A menudo, se acostumbra a oponer causas superficiales a causas profundas, lo cual nos devuelve al ajuste de las temporalidades: las segundas son más difíciles de percibir, más generales, más globales, más importantes, tienen un mayor peso sobre los acontecimientos, hasta cierto punto son más «causas» que las superficiales. Esto nos remite a una jerarquía causal que no tiene cabida en el universo de las ciencias: dentro de la lógica determinista, una causa lo es o no lo es, pero no lo

puede ser ni mucho ni poco. Evidentemente, la palabra no tiene el mismo sentido en ambos universos.

Quizá sea más clarificadora la distinción entre causas finales, materiales y accidentales. Las primeras se refieren a la intención, a la conducta juzgada en términos de racionalidad, es decir, a la comprensión, distinguiendo con Weber entre racionalidad objetiva con relación a lo regular y racionalidad subjetiva con relación a fines (véase *supra,* cap. 7). Pero, junto a las causas finales, están las causas materiales, es decir, los datos objetivos que explican el acontecimiento o la situación histórica: la mala cosecha, la subida del precio del pan, etcétera. Más que de causas, convendría que habláramos de condiciones: éstas no determinan, en sentido estricto, el acontecimiento o la situación, no lo hacen ineludible y, sin embargo, podemos pensar que sin ellas no se habría producido. Las condiciones lo hacen posible e incluso probable. Las causas accidentales son siempre aquellas que aparecen como fruto del azar, contingentes en todo caso, y que sirven como desencadenante. Nos explican que el acontecimiento provocado por las causas materiales se produjo precisamente en tal momento y bajo determinada forma. Retomemos un ejemplo célebre, ya que fue puesto por Seignobos, recogido después por Simiand en su contra haciéndole decir lo opuesto de lo que había dicho, y vuelto a utilizar más tarde por M. Bloch. En la explosión de una mina, la chispa que prende fuego a la pólvora es la causa accidental, pero las causas materiales son otras: la cavidad excavada para situar el explosivo, la compacidad de la roca que hay a su alrededor, la carga de pólvora[1]. Y a todo ello podríamos añadir la causa final: las razones por las cuales alguien decidió volar una mina, como por ejemplo el proyecto de ampliar una carretera.

En un cierto sentido, esta búsqueda y esta jerarquía de las causas se aproximan a la historia de las ciencias: nos alejamos aquí de la comprensión empática o de la intuición romántica para entrar en el orden intelectual del razonamiento, de la argumentación. Hay en eso además un segundo tiempo, bien diferente, al menos en un primer análisis. La comprensión y la explicación de los fenómenos históricos son análogas a las que se emprenden en relación con los textos literarios. Ricoeur ha observado[2] que es inútil oponer la comprensión inmediata

---

[1] Ch. Seignobos, *La Méthode historique,* pág. 270; François Simiand, «Méthode historique et science sociale», pág. 93; M. Bloch, *Apologie,* pág. 48.

[2] «Expliquer et comprendre.»

del texto por intuición o comunicación y el análisis estructural que se pueda hacer, ya que ¿cómo estar seguro de haberlo comprendido correctamente sin analizarlo y por qué hacer esto último si no hay nada que comprender? Del mismo modo, en historia, la comprensión no es suficiente, y corre el riesgo de ser errónea si uno no se preocupa de construir a partir de ella una explicación más sistemática, analizando la situación inicial, identificando los diversos factores y sopesando las causas.

Este recurso a una explicación racional reduce la distancia que separa la historia de la ciencia. Cierto es que en la ciencia existen leyes y que en la historia no ocurre lo mismo, pero toda ley está sometida a condiciones que determinan su validez. Las reacciones químicas están sujetas a una serie de condiciones relativas a la temperatura y a la presión. La pregunta es, pues, si la propia historia excluye la posibilidad de leyes o si las condiciones de validez a las que estarían sometidas las posibles leyes son tan numerosas, complejas e interdependientes que uno no puede desenredar la madeja. Se podría entonces prever que una historia más acabada, mejor rematada, se podría incorporar a la ciencia. Es en este sentido en el que M. Bloch nos hablaba de una ciencia «en la infancia».

Con todo, es necesario renunciar a esta ilusión. Al menos por dos razones. La primera la hemos abordado extensamente en el capítulo precedente: las conductas humanas, objeto de la historia, pertenecen al orden del sentido y no al de la ciencia. La segunda es también fuerte: la complejidad del entramado de causas en historia es infinita. Incluso un historiador perfecto, omnisciente y omnicompetente sucumbiría al desentrañarla. Lo que caracteriza a los objetos históricos es su complejidad inagotable. «En efecto —decía M. Weber—, jamás puede concebirse como exhaustiva aun la *descripción* del segmento más ínfimo de la realidad. El número y la índole de las causas que determinaron cualquier evento individual son siempre *infinitos...*»[3].

Estamos, pues, en una encrucijada. La historia no se explica en su totalidad, pero se explica. Si se explicara por completo, entonces sería previsible. Ahora bien, ni está determinada del todo ni es simplemente aleatoria. No se puede llegar a conocer por completo, y el historiador que se empeñara en ello podría, hasta cierto punto, prever los acontecimientos futuros, pero no en sus formas precisas. El pronósti-

[3] M. Weber, *Essais*, pág. 162 (trad. esp., pág. 67).

co, que se basa en el diagnóstico y deja margen a la contingencia, no es imposible. «Es posible prevenir el porvenir, con tal de que no se quiera profetizar lo particular», decía en 1850 Stein, cuyo pronóstico sobre la evolución constitucional de Prusia ha sido verificado por la historia[4]. Pero lo que sucede es que los historiadores también se equivocan: ¿cuántos habían descrito los regímenes socialistas de la Europa oriental como estructuras absolutamente estables? Y, sin embargo, el muro de Berlín se derrumbó... La experiencia cotidiana nos demuestra que no hay determinismo absoluto, por un lado, y pura contingencia, por el otro, sino una mixtura de dosificaciones variadas que van de lo que es ciertamente previsible a lo imprevisible, pasando por todos los grados de lo probable y lo posible.

La explicación histórica, que desenreda ese enmarañado conjunto de causas múltiples, le debe a esta situación algunas de las particularidades que hacen de ella una operación intelectual específica.

Retrodicción

Por un lado, como pusiera de manifiesto P. Lacombe a finales del siglo XIX, la historia se remonta desde el efecto a la causa, mientras que la ciencia desciende desde la causa al efecto. Éste es el sentido de la importancia que los científicos conceden a la repetición de las experiencias: las mismas causas, reunidas bajo los mismos protocolos experimentales, provocan los mismos efectos. En cambio, la historia sólo ve efectos, diferentes en cada ocasión, e intenta remontarse a las fuentes. Eso es la retrodicción.

> PAUL LACOMBE: DE LO CONTINGENTE A LO DETERMINADO
>
> ...un fenómeno tiene por causa otro fenómeno que necesariamente le precede. Si el fenómeno consecuente no tenía necesidad de la precedencia del otro para producirse, no pensaríamos en considerar a éste como una causa.
>
> A la idea del antecedente necesario otra idea se une en una suerte de polaridad, la idea de la consecuencia más o menos obligada. Concebimos que, estando presente el primer término, llegará el

[4] R. Koselleck, «Le pronostique historique dans l'ouvrage de Lorenz von Stein sur la Constitution prussienne», *Le Futur passé*, págs. 81-95 (trad. esp., pág. 153).

segundo; después de la causa consideramos el efecto, pero no con la misma certeza que tenemos cuando se trata de la precedencia de la causa.

En efecto, la experiencia nos enseña que la consecuencia no es siempre ordenada imperiosamente. En esta especie de violencia que el antecedente ejerce sobre el consecuente, observamos una infinidad de grados; eso es debido en forma absolutamente inevitable a lo probable y a lo posible.

Cuando un efecto nos parece seguir indefectiblemente a su causa, decimos que está determinado; cuando a pesar de la presencia de la causa parece poder no presentarse el efecto, decimos que es contingente. Estos son términos subjetivos que se refieren a nosotros, que traducen una impresión a la vez intelectual y moral (...); esos términos no tienen nada de absoluto; no hay en la naturaleza dos cosas distintas, lo determinado y lo contingente, pero sí en nosotros un impresión graduada; oponemos lo determinado a lo contingente, como hablamos del frío y del calor.

(...) Nosotros hemos empleado hasta aquí la palabra causa. Se puede emplear la palabra condición. Todo lo que se llama causa de un efecto constituye las condiciones de la producción del efecto. Una condición puede imponerse de una manera absoluta al efecto; en tanto que ella no es cumplida, el efecto es imposible; pero por otra parte, cumplida ella, puede que el efecto tarde indefinidamente en producirse; por tanto, ella lo condiciona imperiosamente; no lo determina del todo...

De l'histoire considérée comme science, páginas 250-251 (trad. esp., págs. 210-211).

Como veremos más adelante, la retrodicción implica un tiempo que pueda recorrerse en los dos sentidos. Lo que hace es dar estabilidad a esa búsqueda de causas en historia y lo hace con un elemento de estabilidad y de fuerza que no debe ser subestimado: el punto de llegada nos viene dado, y es a partir de él desde donde el historiador trabaja. No permite descartar el riesgo de una construcción intelectual delirante, pero al menos la reduce considerablemente. El historiador puede presentar todas las interpretaciones posibles de la Revolución francesa, pero, como mínimo, todas sus explicaciones tienen una variable común, aquello a lo que deben conducir: la propia Revolución. No es para menos si se ha de contener la imaginación.

La observación no carece de fundamento, dado que, en la búsqueda de las causas, el historiador recurre a menudo a ella.

La experiencia imaginaria

Escribir la historia con los si

No se escribe la historia con los «si», se repite a menudo. Ahora bien, ¿y si...?

Cierto es que sólo hay una historia: la que pasó, y no sirve de nada —o al menos eso se cree— soñar con que las cosas hubiesen podido ser de un modo distinto al que fueron. Resulta inútil, a primera vista, imaginar que la Revolución no hubiera tenido lugar o que Francia no hubiera sido derrotada en 1940, que los ferrocarriles no se hubieran inventado o que la vid no se hubiera cultivado en el Imperio romano. Al recordar que la historia no se escribe con los «si», devolvemos a la realidad a aquellos que intentan evadirse. Es ésta una función reguladora indispensable, y conviene dejar constancia de ella inmediatamente.

Pero el carácter recurrente de la advertencia nos obliga a interrogarnos sobre si no habría en ello, en la formulación del si, una permanente tentación, inherente al procedimiento histórico. ¿Podemos comprender por qué las cosas pasadas sucedieron como lo han hecho sin interrogarnos sobre si podrían haber ocurrido de otra manera? En verdad, imaginar otra historia es el único camino para hallar las causas de la historia real.

Este mismo modelo ha sido sistematizado por los historiadores americanos de la *New Economic History*. Con el fin de valorar el impacto del ferrocarril sobre el crecimiento de la economía americana, emprendieron la reconstrucción de cómo habría evolucionado esa economía si en aquella época no hubieran existido los caminos de hierro[5]. Otros historiadores han construido un modelo de crecimiento de la economía rusa después de 1918 a partir de la hipótesis de que no hubiera sido socialista, es decir, partiendo de la hipótesis del fracaso de la revolución soviética.

Los historiadores franceses han sido por lo general reticentes ante este planteamiento. Las construcciones contrafactuales les parecen aventuradas. Es cierto que, en los ejemplos citados, estos modelos ponen en liza un número considerable de variables cuya combinación es

---

[5] Robert Fogel, *Railroads and American Economic Growth: Essays in Econometric History*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1964.

en parte aleatoria. Pero el procedimiento, en sí mismo, es perfectamente legítimo. Para mostrarlo, tomaré un ejemplo que me parece irrefutable.

Los historiadores de la guerra de 1914 y los de la población francesa tienen por costumbre, cuando evalúan las bajas de la contienda, añadir a las pérdidas bélicas propiamente dichas lo que denominan la «sobremortalidad civil». La guerra tuvo para la población consecuencias nefastas, penurias alimenticias, falta de carbón durante un invierno muy riguroso como lo fue el de 1916-1917. Estas malas condiciones de vida provocaron la muerte de un número de civiles mucho mayor de lo que es normal en tiempo de paz. Parece lógico, pues, incluir esa «sobremortalidad» en el balance de la contienda.

El análisis presenta un primer defecto: incluye las pérdidas causadas por la gripe española de 1918. Ahora bien, nadie puede afirmar que dicha epidemia fuera debida a la guerra, pues afectó también a los países neutrales, y a veces cuando la contienda ya había finalizado.

Un segundo defecto es el carácter aproximativo del razonamiento. En efecto, la noción de «sobremortalidad civil» implica ya un análisis contrafactual: para hablar de sobremortalidad se necesita comparar la mortalidad efectiva con la que se podría haber producido sin una guerra de por medio. Sin embargo, como esta historia contrafactual no es consciente de serlo, no formaliza sus hipótesis, lo que le impide verificarlas.

Intentemos, pues, hacerlo[6]. Son conocidas las estadísticas de decesos por sexo y por edad. Necesitamos también un poco de crítica, para no entristecer a Seignobos. Así, podremos descartar del análisis las muertes masculinas, pues resulta difícil separarlas de lo que son las pérdidas militares, las cuales, por otro lado, son tan importantes para algunas cohortes de edad que hacen imposible cualquier comparación. Centrémonos, por tanto, sólo en los decesos femeninos. Describen la historia que realmente aconteció.

Para compararlo con lo que habría pasado si no hubiera habido guerra, deberemos evaluar cuántas mujeres de los diversos grupos de edad habrían fallecido cada año si todo hubiera sido normal: ésta es la hipótesis contrafactual. Ahora bien, es perfectamente posible calcular esos decesos «teóricos»: conocemos las tasas de mortalidad por cohortes de edad y sexo de los años anteriores y posteriores a la guerra. To-

[6] Retomamos aquí los resultados inéditos de un estudio del Dr. Jay Winter, del Pembroke College, Cambridge.

mando como hipótesis que el curso de esa evolución hubiera continuado sin conflicto bélico de por medio, obtendremos esas tasas «teóricas» para los años de la contienda. Finalmente, aplicándolas a los efectivos conocidos de la población femenina, tendremos el número de decesos «teóricos». La comparación deviene posible.

Y aquí está la sorpresa: hubo en los años 1915, 1916 y 1917 menos muertes de mujeres de las que debería haber habido si, por otra parte, todas las cosas hubieran marchado con normalidad. No sólo no existe tal «sobremortalidad», sino que, por el contrario, deberíamos hablar de una «submortalidad» civil. El análisis conduce a resultados semejantes para el Reino Unido, aunque no para Alemania, donde ocurre lo contrario. De ahí, la conclusión de que las potencias aliadas consiguieron preservar las condiciones de vida de su población civil durante la guerra, mientras que, por el contrario, la poderosa administración alemana no pudo conseguirlo en absoluto. Cabe decir que no fue ésta poca contribución a la desorganización de la sociedad germana en 1918 y a las tentativas revolucionarias que marcaron el fin de la guerra al otro lado del Rin.

Estuve tentado de desarrollar este ejemplo con mayor detalle no sólo en razón de su interés, sino también por la formalización que implica recurrir al cálculo. En cualquier caso, ilustra claramente un procedimiento contrafactual que se encuentra, aunque no siempre se haga conscientemente, en toda historia.

La experiencia imaginaria

En efecto, toda historia es contrafactual. Para identificar las causalidades, no hay otro medio que viajar al pasado con la imaginación y plantearse la hipótesis de si el desarrollo de los acontecimientos habría sido el mismo en el caso de que tal o cual factor, considerado aisladamente, hubiese sido diferente. La experiencia imaginaria es la única posible en historia, como subrayó P. Lacombe hace ya un siglo.

> PAUL LACOMBE: LA EXPERIENCIA IMAGINARIA EN HISTORIA
>
> Aquí debo decir algunas palabras sobre una clase de experiencia que es también la única posible en historia: la experiencia imaginaria. Suponed mentalmente un giro distinto del que tuvieron una serie de acontecimientos, rehaced por ejemplo la Revolución Francesa. Sin duda, muchos espíritus dirán que eso constituye una obra vana y también peligrosa. No comparto tal apreciación. Veo un peligro más real en la tendencia que nos lleva a creer que los aconteci-

mientos históricos no podrían ser de otra manera de lo que han sido. Por el contrario, es necesario darle el sentimiento de su verdadera inestabilidad. Imaginar la historia de otra manera de lo que fue, sirve desde luego para este fin.

De l'histoire considérée comme science, págs. 63-64 (trad. esp., pág. 62).

En general, también los filósofos han abordado esta cuestión, y lo han hecho a partir de ejemplos tomados en préstamo de la historia episódica más clásica. Max Weber razonó sobre el papel desempeñado por Bismarck en el estallido de la guerra entre Austria y Prusia de 1866[7], y Raymond Aron utilizó el mismo ejemplo para analizar con precisión las operaciones con las que procede el historiador.

RAYMOND ARON: SOPESAR LAS CAUSAS...

Si digo que la decisión de Bismarck ha sido causa de la guerra de 1866 (...), entonces entiendo que, sin la decisión del canciller, la guerra no habría estallado (o al menos no habría estallado en ese momento) (...), la causalidad efectiva no se define más que por una confrontación con lo posible. *Todo historiador, para explicar lo que ha sido, se pregunta por lo que habría podido ser.* La teoría se limita a formalizar lógicamente esa práctica espontánea del *hombre de la calle.*

Si buscamos la causa de un fenómeno, no nos limitamos a adicionar o a cotejar los antecedentes. Nos esforzamos en *sopesar* la influencia de cada uno. Para realizar esta discriminación, tomamos uno de los antecedentes, presuponemos mentalmente su desaparición o su modificación y tratamos de construir o de imaginar lo que habría pasado con esa hipótesis. Si debemos admitir que el fenómeno estudiado habría sido otro en ausencia de ese antecedente (o bien en el caso en el aquél que hubiera sido diferente), concluimos que ese antecedente es *una* de las causas de una parte del fenómeno efecto, a saber de la parte que hemos debido suponer transformada (...).

Lógicamente, la búsqueda comprende las siguientes operaciones: 1.° desglose del fenómeno efecto; 2.° discriminación de los antecedentes y separación de un antecedente cuya eficacia vamos a considerar; 3.° construcción de evoluciones irreales; 4.° comparación entre las imágenes mentales y los acontecimientos reales.

[7] Max Weber toma este ejemplo de Édouard Meyer, *Zur Theorie und Methodik der Geschichte*, Halle, 1902, que ve la guerra de 1866 como resultado de una decisión de Bismarck. Toda esta discusión se puede encontrar en los *Essais*, págs. 290 y ss.

> Supongamos provisionalmente (...) que nuestros conocimientos generales, de orden sociológico, permiten las construcciones ideales. ¿Cuál será su modalidad? Weber responde: se trata de *posibilidades objetivas,* o, en otros términos, de consecuciones conformes a las generalidades conocidas, pero solamente *probables.*
>
> *Introduction à la philosophie de l'histoire,* pág. 164.

Más allá del ejemplo del acontecimiento, el análisis tiene un alcance general: «Todo historiador, para explicar lo que ha sido, se pregunta por lo que habría podido ser.» Es, en efecto, el mismo procedimiento intelectual que se practica en cualquiera que sea el problema histórico que se aborde: «La causalidad efectiva no se define más que por una confrontación con lo posible.»

Si uno se interroga, pongamos por caso, sobre las causas de la Revolución francesa y quiere sopesar la importancia respectiva de los factores económicos (la crisis de la economía francesa a fines del siglo XVIII, la mala cosecha de 1788), los factores sociales (el auge de la burguesía, la reacción nobiliaria), los factores políticos (la crisis financiera de la monarquía, la destitución de Turgot), etcétera, no tiene otra solución que considerar una a una las distintas causas, suponerlas diferentes e intentar imaginar entonces la evolución que habrían seguido. Como dijo M. Weber, «para desenredar las relaciones causales reales, construimos otras irreales»[8]. Para el historiador, esta «experiencia imaginaria» es la única forma no sólo de identificar las causas, sino de *desenredarlas,* de *sopesarlas,* por utilizar los términos de M. Weber y de R. Aron. Es decir, jerarquizarlas.

Este papel decisivo de la experiencia imaginaria en la construcción de las explicaciones históricas obliga a interrogarse sobre sus condiciones de posibilidad.

FUNDAMENTOS E IMPLICACIONES DE LA IMPUTACIÓN CAUSAL

Pasado, presente y futuro del pasado

En primer lugar, la experiencia imaginaria descansa sobre una manipulación del tiempo. La construcción de evoluciones irreales para hallar las causas de las que sí son reales implica mantener la distancia

[8] Reproducido por P. Ricoeur, *Temps et Récit,* t. I, pág. 328 (trad. esp., pág. 307).

y reconstruir el tiempo. Ya hemos analizado en profundidad la forma de temporalidad propia de la historia, subrayando el hecho de que ese pasado que llega hasta el presente es percibido por el historiador en los dos sentidos, de arriba abajo y de abajo arriba. Es con ese vaivén continuo entre el presente y el pasado, y entre los distintos momentos del pasado, con el que se construye la historia. La búsqueda de las causas es un recorrido temporal a lomos de la imaginación.

Por otra parte, esta última puede descansar sobre el tiempo: entre las causas cuya importancia intenta sopesar el historiador figura necesariamente el tiempo, ya sea éste corto o largo. ¿Alemania hubiera sido derrotada en 1918 si los americanos hubieran entrado en guerra más tarde? Si la Rusia zarista no se hubiera involucrado en la contienda de 1914, ¿la política de constitución de una burguesía rural habría proporcionado bases sociales suficientes para un régimen constitucional?

En ese transcurso del tiempo, el historiador se sitúa en un momento, en un presente de sus antepasados, en el que esos hombres, a la luz de su propio pasado, anticipaban el futuro. Así, gracias a la imaginación, reconstruye un momento pasado como un presente ficticio en relación al cual redefine un pasado y un futuro. Su pasado es un tiempo tridimensional.

Pero el pasado y el futuro de ese pasado no tienen la misma textura. R. Koselleck ha formalizado esta diferencia con ayuda de los dos conceptos, no simétricos, de espacio de experiencia y horizonte de expectativa[9]. El espacio de experiencia de los hombres del pasado es la presencia de su pasado, la forma en la que les era actual. Es a la vez racional e irracional, individual e interindividual. Franquea la cronología y se salta periodos de tiempo enteros, pues los hombres de antaño, como nosotros, borraban ciertos elementos de su pasado en beneficio de otros. El horizonte de expectativa es la presencia, para ellos, del futuro: un horizonte que no se descubre jamás en su totalidad, como el historiador puede ver hoy en día, sino que se deja comprender por elementos sucesivos. Los hombres del pasado debieron esperar para descubrirlo. Este futuro pasado está hecho de anticipación, de alternativas posibles, de esperanzas y temores.

Esta manipulación del tiempo comporta a la vez una gran ventaja y un gran riesgo. La primera consiste en que el historiador es posterior al acontecimiento o a la situación que estudia, sabe cuál ha sido la evo-

[9] R. Koselleck, «Champ d'expérience et horizon d'attente», *Le Futur passé*, páginas 307-329.

lución real. Incluso podemos decir que este conocimiento de la evolución ulterior (en relación con el pasado estudiado) es el que otorga a los hechos su carácter histórico. Como muy bien saben los estudiantes, los acontecimientos «históricos», en el sentido de «memorables», «dignos de ser relatados», son aquellos que acarrean consecuencias. Ir a comprar una lata de conservas a una tienda no es un hecho histórico. Para serlo es necesario que tenga la capacidad de provocar un cambio[10]. Hasta cierto punto, el historiador está «anticipándose» al tiempo que estudia. Puede diagnosticar desde luego sobre lo que ocurrirá, puesto que ya ha ocurrido. Distingue fácilmente, muy fácilmente incluso, los acontecimientos importantes. Es lo que F. Braudel llamaba «las irremplazables comodidades» de nuestro oficio.

> ¿No podemos al primer examen descubrir lo esencial de una situación histórica, en cuanto a su devenir? En unas fuerzas en conflicto, sabemos quiénes ganarán, discernimos de antemano los acontecimientos importantes, «los que tendrán consecuencias», esos a los que finalmente les será entregado el porvenir. ¡Inmenso privilegio! ¿Quién sabrá, en los mezclados hechos de la vida actual, distinguir con esa seguridad lo durable de lo efímero?[11].

«Evidente y peligrosa simplificación», dice, por otra parte, F. Braudel[12]. En efecto, esta suerte no se puede separar del gran riesgo que comporta. Con el conocimiento retrospectivo de lo que, para los hombres del pasado, era el futuro corremos el riesgo de pervertir la reconstitución del horizonte de expectativa y de estrecharlo, o incluso de permanecer ciegos ante las posibilidades que ocultaba la situación.

La historia de la campaña militar que se desarrolla en Francia en 1940 nos proporciona un buen ejemplo. La derrota es un acontecimiento tan rápido y tan masivo que los historiadores franceses, atrapados por las imágenes del desastre y, quizá también, traumatizados por el hundimiento de su país, han tendido a escribir la historia de las cinco semanas que van de la invasión alemana en las Ardenas a la solicitud de armisticio, como si se tratase de una tragedia clásica de desenla-

---

[10] Véase N. Sadoun-Lautier, *Histoire apprise, Histoire appropriée,* capítulo 3.

[11] De su lección inaugural en el Collège de France, *Écrits sur l'histoire,* pág. 30 (trad. esp., págs. 28-29). El texto citado adquiere particular valor por el hecho de que F. Braudel lo escribiera en dos ocasiones y con los mismos términos. La primera vez para aquella lección y la segunda en un artículo de la *Revue Économique,* ambas de 1950. Este último artículo está reproducido también en los *Écrits,* págs. 123-133.

[12] En el célebre artículo sobre la larga duración, *ibíd.,* pág. 58 (trad. esp., pág. 53).

ce ineludible. No obstante, en el horizonte de expectativa que tenían los franceses a principios de mayo de 1940, solidario a su vez de un espacio de experiencia en el que brillaban las referencias a la batalla del Marne y a la victoria largamente esperada de 1918, la derrota no era más que una alternativa entre otras, posible, pero ni cierta ni inevitable. Ha sido necesario esperar medio siglo para que una historia bien documentada, y que por añadidura le debemos a un resistente, nos señale que las pérdidas del ejército francés entre mayo y junio de 1940, alrededor de 100.000 hombres, fueron proporcionalmente más importantes que las de la batalla de Verdún y que, a finales del mes de mayo, bajo la perspectiva de una recuperación en el Somme, la moral de las tropas se había restablecido momentáneamente. Habida cuenta de las fuerzas en contienda, así como del ritmo de producción de armamento alcanzado en la época —en mayo, a pesar de las operaciones, Francia fabricaba más carros de combate que Alemania— la derrota no era inevitable[13].

Es decir, en aquel punto es importante que el historiador no se reprima en exceso y que no reduzca sus hipótesis sólo a la evolución que tiene la oportunidad de conocer porque es posterior al acontecimiento. Construir evoluciones irreales es «el único medio de escapar a la *ilusión retrospectiva de fatalidad*»[14].

Posibilidades objetivas, probabilidades, fatalidad

Nos hallamos aquí en el corazón de lo que constituye el oficio de historiador, en su punto más sensible. En efecto, esta construcción imaginaria, probabilística, es la que permite al historiador conciliar la libertad de los protagonistas y el futuro imprevisible, con la puesta en evidencia y la jerarquización de las causas que condicionan su acción.

P. Ricoeur, después de R. Aron, ha subrayado esos dos puntos. El hecho de reconstituir, dentro del horizonte de expectativa del pasado, posibilidades objetivas que sólo eran —y desigualmente— probables

---

[13] El lector deseoso de mayores precisiones sobre el particular, puesto que yo sólo lo cito a título de ejemplo, puede dirigirse a Jean-Louis Crémieux-Brilhac, *Les Français de l'an quarante,* París Gallimard, 1990, 2 vols. Por otra parte, Jean-Pierre Azéma, en su contribución a la obra que ha escrito con Michel Winock *(Naissance et Mort. La Troisième République,* París, Calmann-Lévy, 1970), ha tenido sumo cuidado en relatar la campaña de 1940 como si no conociera el desenlace, pero él no disponía entonces del trabajo de archivo que después hizo —durante diez años— J.-L. Crémieux-Brilhac.

[14] R. Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire,* págs. 186-187. Las cursivas son de R. Aron.

no es un recurso literario que permita al historiador introducir en su relato un elemento de «suspense», sino que, sobre todo, supone guardar el debido respeto a la incertidumbre fundamental del acontecimiento.

PAUL RICOEUR: RESPETAR LA INCERTIDUMBRE DEL ACONTECIMIENTO

...la lógica de la probabilidad retrospectiva reviste una significación precisa que interesa directamente a nuestra investigación sobre la temporalidad histórica: «La investigación causal del historiador —dice Aron— no pretende tanto dibujar los grandes rasgos de relieve histórico como conservar o restituir al pasado la incertidumbre del futuro.» Y también: «Las construcciones irreales deben seguir siendo parte integrante de la ciencia, aunque no superen la verosimilitud equívoca, pues brindan el único medio de escapar a la *ilusión retrospectiva de fatalidad.*» ¿Cómo es esto posible? Hay que comprender que la operación imaginaria por la que el historiador concibe uno de los antecedentes desparecidos o modificados, y luego trata de construir lo que hubiera pasado en esta hipótesis, tiene una significación que sobrepasa a la epistemología. El historiador se comporta en este caso como narrador que *redefine,* con relación a un presente ficticio, las tres dimensiones del tiempo. Al pensar en un acontecimiento distinto, opone la ucronía a la fascinación del pasado concluido.

De este modo, la estimación retrospectiva de las probabilidades reviste una significación moral y política que sobrepasa su significación puramente epistemológica: recuerda a los lectores de historia que «el pasado del historiador ha sido el futuro de los personajes históricos». Por su carácter probabilista, la explicación causal incorpora al pasado la imprevisibilidad, que es la marca del futuro, e introduce en la retrospección la incertidumbre del acontecimiento.

Temps et Récit, t. I, págs. 331-332 (trad. esp., t. I, pág. 313).

La lección moral y política que se extrae del respeto por lo imprevisible del futuro es también una lección de libertad. R. G. Collingwood, a su manera paradójica y en el marco de su filosofía idealista, argumentaba que no se podría descubrir que la historia es una ciencia autónoma sin descubrir al mismo tiempo que el hombre es libre[15]. Se

[15] *The Idea of History,* págs. 315 y ss. Para R. G. Collingwood el hombre no es libre en relación con la situación; la situación sólo existe en cuanto pensada por el hombre, y en cuanto éste piensa la situación, la construye y es libre.

refería así a un aspecto fundamental: a condición de respetar la incertidumbre del acontecimiento, es la historia la que nos permite pensar a la vez la libertad de los hombres y la coacción de las situaciones.

Al mismo tiempo, la reconstitución probabilística de los futuros posibles que habrían podido acontecer es la única vía para descubrir y jerarquizar las causas de la historia. La imaginación a la que se apela aquí no es la de la invención desenfrenada. Las construcciones irreales que construye son ciertamente ficciones, pero no tienen nada que ver con el delirio o con los sueños. Se afianzan con determinación en lo real y se inscriben en los hechos reconstituidos por el historiador. La hipótesis de una posible estabilización del frente en mayo de 1940 responde a un análisis del tiempo desperdiciado por el alto mando francés en la sustitución de Gamelin por Weygand, del conocimiento de las dificultades del ejército alemán, de los blindados disponibles. La fecundidad de esta operación es manifiesta: evidencia, por contraste, el papel que en las causas de la derrota desempeñan los errores cometidos por los militares y la doctrina sobre el uso de los blindados. Su punto de interrogación es la inferioridad de la aviación francesa, tanto en número como en calidad. La experiencia imaginaria es un inventario guiado por hipótesis alternativas.

Anclada en la realidad, la construcción de evoluciones irreales tiene en cuenta, por otro lado, todo aquello que el historiador conoce sobre las regularidades sociales, aquello que M. Weber llamaba las «reglas de la experiencia», la manera como los hombres acostumbran a reaccionar ante situaciones dadas. En unas ocasiones se trata de lo que la vida le ha enseñado y de lo que ha descubierto en sus propias prácticas sociales; en otras, se apoya en las relaciones de la historia con la sociología. En cualquier caso, se inspira en los precedentes y moviliza conocimientos múltiples y, por tanto, no se guía por no se sabe qué «olfato» de buen sabueso. Es este precio, y sólo a éste, el que se puede llegar a pagar por aquello que R. Aron llamó «una verosimilitud equívoca».

Afianzada de este modo en lo real y armada con un saber social, la experiencia imaginaria conduce al historiador a reparar en el pasado en posibilidades que eran objetivas, pero que no se realizaron, pues no eran necesarias, sino solamente probables. En el oficio de historiador, lo dificil es asignar a cada posibilidad objetiva un grado adecuado de probabilidad, que funde la jerarquía de las causas[16].

---

[16] Véase en este caso P. Ricoeur, *Temps et Récit*, t. I., pág. 329.

Aquí se pone en juego algo fundamental, y el historiador bien lo sabe, pues no le pide al lector creer sólo en su palabra cuando señala las posibilidades objetivas desigualmente probables. Se siente obligado a rendir cuentas y, por citar a P. Ricoeur, a dar «las razones por las que considera a un factor *más que a otro* como la causa suficiente de un curso de acontecimientos». Debe, además, argumentar «porque sabe que se puede explicar *de otro modo*. Y lo sabe porque se halla, como el juez, en una situación de discusión y de proceso y porque su alegato no se acaba nunca, pues la prueba es más concluyente para eliminar candidatos a la causalidad (...) que para coronar a uno solo de ellos definitivamente»[17].

Todo lo anterior nos devuelve, pues, a la posición incómoda del historiador. Uno siente que no habla de cualquier cosa, que argumentamos sobre hechos construidos a partir de documentos y según las reglas del arte. Comprende que la experiencia imaginaria de evoluciones irreales, que le permiten sopesar las causas, tienen en cuenta todos los datos objetivos. Se trata además de una operación ficticia, guiada por la imaginación. La balanza con la que pesa las causas no ha sido verificada por ningún servicio de pesos y medidas. Por tanto, en su apreciación siempre hay algo de subjetivo. Las causas que declara preponderantes al término de su investigación tienen todas las papeletas para ser aquellas que su teoría privilegia. Ésta es la razón por la que Henri-I. Marrou, citando a R. Aron, pudo decir que «La teoría precede a la historia».

HENRI-I. MARROU: LA TEORÍA PRECEDE A LA HISTORIA

> La teoría, es decir, la posición que consciente o inconscientemente adopta el historiador con respecto al pasado: elección y delimitación del tema, cuestiones planteadas, conceptos a los que se recurre y, principalmente, tipos de relaciones, sistemas de interpretación, valor relativo que a cada uno se le adjudica. Es la filosofía personal del historiador la que le dicta la elección del sistema de pensamiento en función del cual va a reconstruir y, según cree, a explicar el pasado.
>
> La riqueza, la complejidad de la naturaleza de los hechos humanos, y, por ende, de la realidad histórica, hace que ésta (...) sea prácticamente inagotable para el esfuerzo de redescubrirla y compren-

[17] *Ibíd.* Las cursivas son de P. Ricoeur (trad. esp., págs. 310-311).

derla. *Inagotable, la realidad histórica es, a la vez, equívoco:* hay siempre, perfilándose y superponiéndose en un mismo punto del pasado tantos aspectos diversos, tantas fuerzas en acción, que el pensamiento del historiador hallará siempre allí, sin acabar nunca, el elemento específico que, según su teoría, se revele como preponderante y se imponga como principio de inteligibilidad (...) como la explicación. El historiador escoge a su gusto: los datos se prestan complacientes a su demostración y se acomodan por igual a cualquier sistema. Encuentra siempre lo que busca...

De la connaissance historique, págs. 187-188 (trad. esp., 137-188).

Pero si el historiador encuentra siempre lo que busca, ¿qué lugar reservamos a la verdad en historia? ¿Es ésta algo más que un entretenimiento literario? Podemos utilizar la reconstrucción intelectual de explicaciones y la búsqueda de causas; podemos de este modo tomar cierta distancia en relación con la intuición romántica o el humanismo de la comprensión. Pero aun así, el estatuto de la historia, tal y como se nos presenta en esta fase, continúa siendo bastante frágil. ¿Se puede estar satisfecho?

9

El modelo sociológico

Son muchos los que se declaran insatisfechos con las aproximaciones metodológicas que acabamos de describir. Si uno se forma una concepción exigente de la verdad, le resulta difícil remitirse a una comprensión inefable y a una imputación causal que descanse sobre la imaginación. Es común admitir que los historiadores evitan entregarse a la fantasía por la exigencia de argumentar, es decir, que argumentan a partir de hechos construidos siguiendo las normas de su oficio, su punto de vista, así como su personalidad y que todo ello pesa mucho en su planteamiento. Como hemos repetido, estamos muy lejos de lo que habitualmente llamamos ciencia, incluso de una ciencia entreverada de práctica clínica como la medicina.

Ahora bien, un siglo después, el prestigio de la ciencia en nuestra sociedad es tal que conduce a los historiadores, y con ellos a los sociólogos y a los antropólogos, a robustecer sus métodos y a reclamar procedimientos más rigurosos. Se trata de un esfuerzo de aproximación al modelo de legitimidad que rige en las ciencias exactas, un modelo que, como hemos visto, a pesar de su evolución, continúa siendo una referencia a la vez envidiada e inaccesible.

Los historiadores de finales del siglo XIX habían intentado afirmar el carácter científico de su disciplina con el método crítico y el establecimiento de los hechos. Es todo el debate que hemos abordado más arriba sobre la observación directa del químico o del naturalista y la

observación indirecta del historiador (véase *supra*, cap. 3, *in fine*). Pero eran demasiado historiadores como para disimular la subjetividad en la obra de su oficio. Vimos, por ejemplo, cómo Seignobos subrayaba el papel de la imaginación en historia. Se hallaba muy lejos aún del modelo de las ciencias positivas. Ahora bien, su concepción no sólo era válida para la historia, sino también para el conjunto de las ciencias humanas. Lo afirma con fuerza ante la emergencia, amenazante para la historia, de la sociología.

Su argumentación descansa sobre dos puntos esenciales. En primer lugar, tal como vimos, el de que todas las ciencias sociales operan «no sobre objetos reales, sino sobre las representaciones que se hace de esos objetos». Se trata de imágenes que constituyen la materia práctica de la ciencia social. Que se interese por los hechos pasados no otorga a la historia ningún estatuto particular sobre este punto.

En segundo lugar, Seignobos va más lejos y hace valer, en el estilo de su tiempo, aquello que traduciríamos en el nuestro diciendo que si se quieren comprender los hechos humanos no se puede hacer abstracción de su sentido.

Charles Seignobos: No se puede estudiar la danza sin la música

> Los actos humanos que constituyen la materia de la Ciencia social no pueden, pues, ser comprendidos sino por mediación de los fenómenos conscientes del cerebro. Así se ha llegado irresistiblemente a la interpretación cerebral (es decir, psicológica) de los hechos sociales. Augusto Comte había confiado evitarla constituyendo la Sociología sobre la observación de los hechos exteriores; pero estos hechos exteriores no son más que los productos de los estados internos. Estudiarlos solos sin conocer los estados psicológicos que los motivan, sería querer comprender los movimientos de un bailarín sin oír la música con que baila.
>
> *La Méthode historique*, pág. 109 (trad. esp., pág. 97).

Cuestionado en la persona de su padre fundador, A. Comte, los sociólogos impugnaron radicalmente este punto de vista en nombre de la ciencia positiva. Era éste un debate fundamental y fundador que merece la pena reanudarse.

El método sociológico[1]

El rechazo del subjetivismo

Para los sociólogos positivistas, la ciencia social procede como lo hacen todas las demás ciencias. Debían, pues, refutar a Seignobos y de ello se encargó Simiand en un célebre artículo aparecido en 1903:

> ...la práctica seguida equivale a *imaginar* las acciones, los pensamientos, los motivos de los antepasados, y eso según las acciones, los pensamientos, los motivos de los hombres que él *(el historiador)* conoce, de sus contemporáneos, y es a partir de esta construcción arbitraria, hecha con su imaginación, del empleo acrítico de esta vaga y mal elaborada psicología, de la aplicación inconsciente de reglas analógicas postuladas sin discusión previa, de donde el historiador extrae «la explicación».

Pero aquello que se sustituye no queda completamente destruido. ¿En qué se convierte la historia si se rechaza la imaginación analógica?

La respuesta es categórica: la historia debe darse objetos tales como lo pudiera hacer cualquier ciencia. Debe, pues, repudiar toda erudición vana, que sólo sirve para acumular hechos singulares sobre los que no puede haber ciencia, pues ésta sólo lo es de lo general. Después de P. Lacombe, que lo aprueba, Simiand reanuda la prescripción: «Si el estudio de los hechos humanos quiere constituirse en ciencia positiva, eso debería conducirnos a rechazar los hechos únicos para tomar aquellos que se repiten, es decir, a descartar lo accidental para aproximarnos a lo regular, a eliminar lo individual para estudiar lo social»[2].

El sentido de este precepto se aclara con las consecuencias que Simiand extrae. No sólo rechaza la interpretación psicológica de las conductas a partir de los motivos, sino que también niega aquello que parece más objetivo en el planteamiento de los historiadores: su manera de poner de relieve el carácter único de un periodo —más exactamente, de una sociedad dada en un momento dado— y de mostrar los vínculos de interdependencia que unifican todos los aspectos de ese pre-

---

[1] Utilizo este término tomándolo de É. Durkheim, *Les Règles de la méthode sociologique,* prefiriéndolo a otros más contemporáneos y menos generales.

[2] F. Simiand, «Méthode historique et science sociale», pág. 95.

cisa sociedad en ese preciso momento del tiempo. No se trata de que niegue la existencia de tales vínculos: el *Zusammenhang* es una realidad (véase *supra,* cap. 5). Pero el método tradicional es incapaz de establecerlo. En este punto, su argumentación es lo bastante densa como para que merezca la pena seguirla.

El ejemplo escogido es una cita de H. Hauser que, después, ha sido reproducida a menudo: «Conquista del mundo, llegada al poder de los *homines novi,* modificaciones producidas en la propiedad quiritaria y en la *patria potestas,* formación de una plebe urbana (...), todo eso forma un *complexus* inextricable, todos esos hechos se explican unos a otros mejor que si intentáramos explicar la evolución de la familia romana a partir de la familia judía, china o azteca.» Ahora bien, objeta Simiand, es ésta una afirmación gratuita «mientras H. Hauser no haya establecido que la familia romana ha evolucionado de forma diferente a una familia análoga de tipo originario que se pueda encontrar en otra parte, que esta evolución idiosincrásica ha sido *causada* por los fenómenos sociales de otra índole diferente a la de los ejemplos que nos ofrece, que las contingencias históricas propias de la historia de la sociedad romana desempeñaron un papel causal decisivo y que no fueron simplemente una causa ocasional. Ahora bien, cómo podría hacerlo sin rigor, sin método, sin el valor de una prueba científica (...), sin recurrir al método comparativo»[3]. En otros términos, es éste el objetivo propio de los historiadores: comprender la originalidad de una sociedad en sus diversos aspectos solidarios implica situar correctamente la originalidad de cada componente, lo que exige ante todo un estudio comparativo.

Este debate es fundamental y a menudo ha sido retomado, aunque desde perspectivas opuestas. Historiadores tan distintos como F. Furet o P. Veyne, que no son en absoluto sociólogos positivistas, lo han defendido también contra la búsqueda de vínculos sincrónicos, del *Zusammenhang,* y por la comparación sistemática de realidades análogas en distintas sociedades, retomando a veces el ejemplo mismo que utilizara Simiand[4].

---

[3] *Ibíd.,* págs. 104-105.

[4] Cabe subrayar las oscilaciones de los herederos de Simiand sobre este particular. El proyecto de historia total, tan querido por Braudel, señalaba que el *Zusammenhang,* que Simiand decretaba imposible de atender, ya no daba más de sí. Por otra parte, volviendo a una historia en algunos aspectos más próxima a Seignobos que a Simiand, P. Veyne y F. Furet renunciaban al «todo vale», que es para ellos y para Simiand un «cajón de sastre», y preconizaban un historia comparativa centrada en una institución dada.

La propuesta de los sociólogos positivistas rechaza la preocupación historizante por lo concreto: lo concreto es siempre único. Pero sólo hay ciencia de lo general, es decir, de lo abstracto. Es necesario, pues, construir hechos sociales o políticos abstractos, como el absolutismo monárquico, para erigir la historia en una verdadera ciencia.

Simiand no ofrece ningún otro ejemplo de esos hechos sociales abstractos que desearía que la historia estudiara. Si se quiere comprender lo que es la construcción de hechos sociales es necesario dirigirse hacia el trabajo de los sociólogos y, ante todo, hacia el de Durkheim, cuya obra sobre el suicidio vale como demostración.

El ejemplo del suicidio

La audacia del proyecto es evidente: ¿hay algún acto más individual, más psicológico, que el suicidio? Pues bien, Durkheim convierte precisamente el suicidio en hecho social.

Su primer trabajo consiste en definirlo. En efecto, el científico no puede emplear las palabras del lenguaje corriente sin elaboración previa. Aquello que le interesa no es el suicidio como acto individual sino el conjunto de los suicidios, lo cual constituye un hecho *sui generis*. Durkheim muestra, a través de series estadísticas referidas a seis países diferentes, la estabilidad y la constancia del número total de suicidios año a año, además de explicar las excepciones. Los índices referidos a la población total confirman esa constancia, aunque evidencian grandes diferencias estables entre países. De este modo, cada sociedad está predispuesta a proporcionar un contingente determinado de muertes voluntarias. ¿Cómo explicar estas diferencias?

El análisis pasa revista a todos los factores susceptibles de dar cuenta de las divergencias registradas. En primer lugar, los factores extrasociales: contrariamente a lo que se habría podido creer, el suicidio no está ligado a los estados psicopáticos. La prueba nos la proporciona la comparación entre las estadísticas de los alienados y las de los suicidas: ambas poblaciones son muy diferentes, sobre todo en cuanto hace al sexo y a la religión. Por otra parte, uno y otro fenómeno no varían del mismo modo en los diferentes países. El alcoholismo tampoco es una explicación más adecuada, pues el mapa de suicidios por departamentos es muy distinto al del consumo de alcohol.

Así pues, es necesario acudir a factores no sociales ni patológicos, como son los de la raza y la herencia, además del clima, que proporcionan conclusiones interesantes. En efecto, se constata un ritmo esta-

cional de suicidios que culmina en verano y varía según la duración media de los días.

Durkheim se vuelve entonces hacia los factores sociales. Ante todo la religión, cuyo efecto es sensible: los protestantes se suicidan más que los católicos, y estos últimos en mayor número que los judíos. A continuación, la situación familiar: es más frecuente entre los solteros que entre los casados. De este modo, avanza inexorablemente hacia la conclusión de que el suicidio se hace posible por el debilitamiento de los lazos sociales, por la *anomia* social.

Detengo aquí la exposición del ejemplo. Hemos visto el método puesto en práctica, método que Durkheim había presentado, años antes de *El suicidio,* en *Las reglas del método sociológico* (1895).

Las reglas del método

La preocupación central del método, aquello que lo gobierna, es la voluntad de probar. Una ciencia no está constituida por afirmaciones verosímiles, ni siquiera verdaderas, sino verificadas, probadas, irrefutables. No basta con decir cosas inteligentes que abran perspectivas inéditas, sino que es necesario administrar la prueba de lo que se dice. La ciencia no forma parte del ámbito de la opinión, ni siquiera de la verdadera, sino del de la verdad probada. Así pues, si de hechos humanos sociales hablamos, ¿cómo aportar pruebas de nuestras afirmaciones?

Para Durkheim, el método de las ciencias sociales no difiere en principio del de las ciencias naturales, las llamadas experimentales.

> ÉMILE DURKHEIM: EL MÉTODO COMPARATIVO
>
> No tenemos más que un medio para demostrar que un fenómeno es la causa de otro fenómeno, y es comparar los casos en que están simultáneamente presentes o ausentes e investigar si las variaciones que presentan en estas diferentes combinaciones de circunstancias testimonian que uno depende del otro. Cuando se pueden producir artificialmente a voluntad del observador, el método es la experimentación propiamente dicha. Cuando, por el contrario, la producción de los hechos no está a nuestra disposición y, por ello, no podemos más que compararlos tal como se han producido espontáneamente, el método que se emplea es el de la experimentación indirecta o método comparativo.
>
> *Les Règles de la méthode sociologique,* pág. 124 (trad. esp., pág. 133).

Es éste el método propio de la medicina experimental según Claude Bernard. Es necesario buscar si la ausencia de un determinado hecho viene acompañada de la de tal otro o, a la inversa, si la presencia de uno se acompaña con la falta de otro. «Desde el momento en que se ha probado que en cierto número de casos dos fenómenos varían el uno como el otro, podemos estar seguros de que nos encontramos en presencia de una ley» (pág. 132, trad. cast., pág. 139). Así, el suicidio no está vinculado a la enfermedad mental, puesto que varía en sentido inverso al número de alienados. En cambio, está relacionado con la edad, la religión, el estatus matrimonial, el sexo, etcétera. Se trata del mismo método de las variaciones concomitantes utilizado por las ciencias de la naturaleza, con la única diferencia de que no es el resultado de una experimentación en el sentido propio del término: es un *método experimental a posteriori.*

Evidentemente, eso supone que uno busca situaciones sociales diferentes para compararlas y observar si, por lo general, los hechos que se estudian varían o no de forma simultánea. Eso es lo que nos obliga a salir de un único periodo y de un solo país. *El suicidio* abarca el conjunto del siglo XIX y lo hace a través de diversos países europeos. No comprenderemos la familia romana si no salimos de la historia romana y buscamos la comparación con la familia judía o la azteca.

Para que podamos practicar este método comparativo *a posteriori,* es necesario que los hechos sociales sean elaborados con esta intención. El paso decisivo consiste, pues, en construir los hechos sociales en cuanto sociales, es decir, que se presten a la comparación. Es en este sentido en el que Durkheim enunció su célebre regla: «Es necesario tratar los hechos sociales como cosas.» Eso no significa que sean cosas, y seríamos injustos con Durkheim si le reprocháramos ignorar el aspecto moral o psicológico de las cosas, algo que él conocía perfectamente. Lo que ocurre es que eligió descartarlo, porque es la única forma de construir hechos sociales que se presten a la comparación: «Una explicación puramente psicológica de los hechos sociales no puede sino dejar escapar todo lo que ellos tienen de específico, es decir, de social» (pág. 106, trad. esp., pág. 118).

El hecho social debe extraerse de datos, de *data,* como dirían los anglosajones, que se imponen a la observación. Esos datos son externos a los individuos, les vienen impuestos desde fuera, lo cual significa que son colectivos o que se imponen a una colectividad. El porcentaje de suicidios que se registra dentro de una determinada población constituye un hecho social, como la mortalidad por accidentes de carretera o el desempleo: inadie puede hacer nada y son evidentes las di-

ficultades que encuentran nuestros gobernantes para hacer disminuir la una y el otro! Incluso ésta podría ser una definición de las políticas llamadas «voluntaristas», las que combaten precisamente hechos sociales que se les escapan.

Para ser comparables, los hechos sociales deben estar construidos sobre bases que permitan la comparación: con una tasa de suicidios masculinos en Alemania y otra sobre los femeninos en Austria nada podemos hacer. La comparación sistemática supone una construcción previa, y su valor dependerá de lo que valga esta construcción.

Estamos viendo cómo los sociólogos argumentan para justificar su pretensión de construir una auténtica ciencia social. ¿Puede afrontar la historia ese reto y asumir las mismas obligaciones metodológicas?

El método sociológico aplicado a la historia

De la tipología a las estadísticas

Es obvio que determinadas formas de historia no pueden plegarse a reglas tan rigurosas y que, por eso mismo, se hallan descalificadas. Se trata de historias condenadas. Al final de su artículo, Simiand lanza tres anatemas significativos, de los cuales los dos primeros conciernen al ídolo político y al ídolo individual. La condena es lógica, pues el político pertenece por definición al orden de las intenciones, es decir, al de lo psicológico, y no al de lo social en el sentido durkheimiano. En cuanto al individual, es necesariamente excluido de una ciencia que se pretende social.

La condena del individual incluye la monografía: para que una monografía, como lo es la historia de una localidad o la de una familia, aspire a un estatuto científico sería necesario, desde esta perspectiva, que se pudiera probar su carácter representativo. Ahora bien, esa misma prueba ya supone salir de la monografía para comparar su objeto de estudio con otros de su misma clase. Para ser legítima, la monografía debe integrar una fase comparativa. Es decir, renunciar a ser una monografía.

A la inversa, la historia que se privilegia partirá a la búsqueda de las covariaciones, en niveles más o menos elaborados.

En el plano más humilde, esta historia se limitará a utilizar criterios simples, del tipo presencia/ausencia, que cruzará para definir las tipologías. En ese sentido ha sido ampliamente practicada y por

autores que no osarían reclamar una herencia durkheimiana[5]. Se pueden poner como ejemplo las páginas donde P. Barral pretende comparar, desde una perspectiva sociopolítica, las regiones rurales que él ha construido para ese objeto[6]. Para simplificar podemos decir que él utiliza tres criterios que cruza: la forma dominante de aprovechamiento (arrendatario o aparcero/propietario), el tamaño de las explotaciones y la religión. De este modo, distingue democracias rurales (de derecha o de izquierda, según el factor religioso), tierras de dependencia, aceptada o rechazada, y zonas de agricultura capitalista.

En un nivel de mayor sofisticación, la historia busca comparaciones más sistemáticas, ya sean en el tiempo o en el espacio. Como ejemplo de variaciones espaciales se podría tomar el libro pionero de André Siegfried, aparecido en 1913: *Tableau politique de la France de l'Ouest*. Por primera vez, un análisis se tomaba la molestia de cartografiar cuidadosamente las diferentes variables sociales y compararlas con la orientación política. Más tarde, la comparación de estos documentos cartográficos se ha convertido en un método habitual del oficio, aunque se haga, a menudo, de forma muy aproximada. Deberíamos calcular sistemáticamente las correlaciones que se dan entre los datos que traducen las cartografías: si lo hiciéramos, entonces nos daríamos cuenta de que, a menudo, las diferencias tienen mayor peso que las semejanzas sobre las que se concentra el comentario[7].

Como ejemplo de variaciones temporales, el mejor es ciertamente el estudio de la crisis económica del Antiguo Régimen, tal como lo ha llevado a cabo J. Meuvret[8]. Él trata aquí de traducir la evolución de los hechos sociales a través de curvas que puedan ser comparadas entre ellas. La del precio del trigo se dispara tras las malas cosechas, para vol-

---

[5] J.-Cl. Passeron argumenta de forma convincente el carácter tipológico del método durkheimiano. Retomaremos este debate al final del presente capítulo.

[6] Pierre Barral, *Les Agrariens français de Méline à Pisani*, París, Presses de la FNSP, 1968. Esta tipología ha sido retomada y revisada por Maurice Agulhon en el tomo III de la *Histoire de la France rurale* (bajo la dirección de Georges Duby y Armand Wallon, París, Seuil, 1976).

[7] Cuando se calcula la correlación entre los valores que traducen dos series de planos, es frecuente llegar a resultados no significativos. Por eso, las correlaciones llamadas ecológicas (entre datos espaciales) son más sensibles a la unidad de análisis adoptada. Entre la práctica religiosa y el voto de derechas, la correlación es muy distinta si se la calcula en el nivel de la comunidad, de la provincia o de la región.

[8] *Supra*, nota 3, cap. 6.

ver a caer tras la *soudure*[9], a finales del siguiente verano, si la nueva cosecha ha sido buena, de lo contrario se encamina hacia nuevas cimas. La de la mortalidad acompaña en sus fluctuaciones a la del trigo. En cuanto a la de la natalidad, varía en sentido inverso, con un desfase de alrededor de un año: el hambre no favorece la concepción. La interrelación de estas tres variables no agota la descripción de la crisis económica del Antiguo Régimen, pero responde fielmente a las prescripciones de los sociólogos.

Si nos exigimos una mayor elaboración, entonces no nos contentaremos con comparaciones sistemáticas entre fenómenos previamente cuantificados (el precio del trigo, la mortalidad, la natalidad), sino que pretenderemos medir la covariación para saber si es bastante o muy pronunciada. El propio Durkheim escribía en una época en la que los *tests* estadísticos que permitían medir la covariación o la correlación aún no existían[10]. *El suicidio* pone frente a frente numerosas series estadísticas sobre las que habrían sido posibles los cálculos de correlación sin ninguna elaboración suplementaria; por lo demás, éstos proporcionan a veces resultados muy elevados.

Entramos aquí en el ámbito de la estadística, algo que da miedo a muchos historiadores, hasta el punto de que nuestra disciplina ha padecido en este punto un retraso dramático. En las tesis de Estado en historia encontramos dos errores por los que cualquier estudiante de psicología o de sociología sería suspendido en el DEUG. El B-A BA es deliberadamente ignorado, por coquetería y pereza más que por incapacidad, ya que la estadística que necesitan los historiadores es bastante rudimentaria: es una simple cuestión de sensatez. Pero parece que, para algunos, resulta de buen tono jugar a ser príncipes de la inteligencia que desprecian con soberbia, como contingencias subalternas o mezquindades viles y mecánicas, las exigencias del rigor y las dificultades de la cuantificación, algo por otra parte evidente... Esto es lo que conduce a que haya quien quede satisfecho con enunciados perezosos y devastadores, o que haya quien proclame, sin verificación alguna,

---

[9] En francés, *faire la soudure* significa garantizar el suministro de víveres entre dos cosechas, dos entregas, etcétera; por extensión hacer la transición entre dos periodos, dos personas, etcétera. *(N. de los T.)*

[10] *Le Suicide* data de 1897. La correlación lineal (Bravais-Pearson) fue inventada por Pearson a principios de siglo para demostrar la ausencia de relación entre el alcoholismo de los padres y el nivel mental de los niños, dado el carácter hereditario de la deficiencia mental. Véase Michel Armatte, «Invention et intervention statistiques. Une conférence exemplaire de Karl Pearson», *Politix*, núm. 25, 1994, págs. 21-45, y André Desrosières, *La Politique des grands nombres*.

que un fenómeno «expresa» o «traduce» (¿cómo?) otro[11]. Esto terminará por saberse y por pagarse muy caro.

Para hacer comprender la necesidad de recurrir a un mínimo de elaboración estadística para la administración de la prueba, pondré dos ejemplos. Veamos en primer lugar las proclamaciones oficiales de los candidatos a las elecciones legislativas de 1881[12]. Se toman dos muestras de igual tamaño de textos, conservadores los unos y socialistas o radicales los otros, y nos preguntamos cuáles son los términos característicos de uno y otro discurso. *República* o *progreso* son obviamente mucho más frecuentes en la izquierda que en la derecha. Pero hay otros, como *derecho, libertad,* etcétera, cuya ubicación es menos nítida: cuando un término es utilizado tres veces por la derecha y diez por la izquierda, ¿es una casualidad? Una diferencia de cuatro a diez es más concluyente, pero ¿lo es realmente? Después de todo, bastaría que un candidato sufriera algún «tic» en el habla para que obtuviéramos ese resultado. Diez contra cinco sería ciertamente más decisivo... Pero ¿dónde poner el límite?

Tomemos —como segundo ejemplo— los municipios que se pueden clasificar políticamente a partir de los votos conseguidos en las elecciones de 1919, justamente cuando erigen los monumentos a los caídos en la guerra. Por supuesto, su emplazamiento depende de las circunstancias locales, de los lugares disponibles. Así pues, encontramos, tanto en los municipios de derechas como de izquierdas, monumentos en el centro de las escuelas, en el cementerio, en las plazas públicas, etcétera. Con todo, tenemos la impresión de que la elección de la plaza pública es más republicana, más de izquierdas que las otras, sobre todo que la del cementerio. En efecto, en principio, sólo los monumentos erigidos en los cementerios podían incorporar elementos religiosos; los municipios que deseaban poner una cruz sobre su monu-

---

[11] La carencia estadística se presenta bajo dos formas. O bien el historiador evita pura y simplemente cualquier elaboración estadística, aunque fuera posible, o bien la emprende sin aceptar sus exigencias. He visto a un investigador, hoy ya desaparecido tras una brillante carrera, retomar en la versión impresa de su tesis una fórmula errónea del coeficiente de correlación y persistir en conceder un valor fuerte a un coeficiente de correlación, aunque ambas faltas le habían sido indicadas en la defensa de la tesis por el economista H. Guitton. Se observa, pues, la desenvoltura estadística a que ha conducido la moda cuantitativa, en el caso de los investigadores que la tomaban como tal, y no como un dispositivo de administración de la prueba.

[12] Antoine Prost, en colaboración con Louis Girard y Rémi Gossez, *Vocabulaire des proclamations electorales de 1881, 1885 et 1889,* París, PUF-Publications de la Sorbonne, 1974.

mentos podían, pues, privilegiar esta última ubicación, y es conocido el fuerte vínculo que existía en aquella época entre la fuerza del catolicismo y la orientación de la derecha. Pero no podemos establecer una regla simple del tipo: todos los municipios de izquierda sitúan su monumento en una plaza pública y todos los de la derecha hacen lo propio en el cementerio. De hecho, encontramos ambas localizaciones, tanto en unos como en otros. Es una cuestión de proporciones. ¿La diferencia es suficiente por sí misma como para que podamos hablar, no obstante, de cierta inclinación, de tendencia, de preferencia? ¿O es simplemente el azar de las circunstancias?[13].

Intuitivamente, advertimos en estos ejemplos que hay ciertas diferencias cuantificadas que son lo bastante fuertes como para permitirnos extraer conclusiones, mientras que otras no lo son. Nos damos cuenta asimismo de que el azar tiene mayor peso en las pequeñas muestras que en las grandes[14]: cuando tenemos unos pocos más niños que niñas sobre un conjunto de 750.000 nacimientos, se trata de un resultado muy seguro; mientras que sería de estúpidos declarar muy diferentes dos clases de colegios en el que uno tuviera el 52 por ciento de muchachos y el otro el 48 por ciento... Pero los mismos porcentajes ¿autorizarían una conclusión para dos colegios de 2.000 alumnos cada uno, siendo uno un antiguo colegio de chicos y el otro de chicas?

Si el historiador quiere realmente probar algo, debe plantearse estas cuestiones. Tanto más cuanto que son simples y fáciles de resolver, ya que basta con un poco de reflexión. Los cálculos estadísticos son a un tiempo pesados y fastidiosos, y es razonable reservarlos para aquellos puntos realmente críticos. Las calculadoras y los ordenadores han modificado totalmente el paisaje, y el recurso a los *tests* estadísticos debería convertirse en una rutina para el historiador, como ya lo es para psicólogos y sociólogos.

Su principio es simple. Se fija en primer lugar un nivel de exigencia en relación al papel único de la casualidad. El azar, en efecto, produce diferencias. Si se es muy exigente, se decidirá que, por ejemplo, para ser admitida como prueba, una diferencia estadística no deberá tener una oportunidad entre cien de ser debida al azar. O bien podemos decir que es «significativa» sólo en un 0,01 o en un 1 por ciento. Pero se

---

[13] Este ejemplo lo he discutido más ampliamente, para el caso del Loire-Atlantique, en mi artículo «Mémoires locales et mémoires nationales: les monuments de 1914-1918 en France», París, *Guerres mondiales et Conflits contemporains*, julio de 1992, págs. 14-50.

[14] ¡De ahí el absurdo de ofrecer porcentajes calculados con dos o incluso un decimal, y todo para referirse a algunas decenas...!

pueden aceptar otros límites máximos: del 5 o del 10 por ciento. Ir más allá y extraer argumentos de la diferencia resultaría aventurado. Así se obtiene, por referencia a la hipótesis nula, un indicador graduado del valor probatorio de la diferencia constatada, habida cuenta, por un lado, de la amplitud de esta diferencia y, por otro, del tamaño de la población de objetos o personas en las que está constatada. Se sabe cuáles son las diferencias que no prueban nada, así como cuáles tienen un valor probatorio y en qué proporción. A condición, no obstante, de no caer en un exceso de rigor y tener en cuenta el hecho de que las variables en juego son tan numerosas que los resultados no pueden ser perfectos[15].

La construcción de los indicadores

La historia cuantitativa ha suscitado, en el segundo tercio del siglo, una fuerte adhesión entre los historiadores franceses, sobre todo entre aquellos que entonces formaban la sexta sección de la École Pratique des Hautes Études. Uno de sus más eminentes representantes, quien por lo demás parecía tener el viento a favor, finalizaba un artículo en *Le Monde,* tras alguna vacilación, escribiendo lo siguiente: «No hay más historia científica que la cuantitativa»[16].

Los humores de hoy en día son diferentes, y a la mayoría de los historiadores les repugna entrar en ese planteamiento científico. Pero, como su fuerza es evidente y como no se atreven a reconocer algún bloqueo psicológico o su pereza, justifican su rechazo a través de la crí-

---

[15] François Furet y Jacques Ozouf, en *Lire et Écrire, l'alphabétisation des Français de Calvin à Jules Ferry* (París, Minuit, 1977, t. I), constatan bajo el título de «Le veredict de l'ordinateur», una correlación extremadamente fuerte (0,927 en 1866; 0,866 en 1896) entre la alfabetización de los reclutas y los indicadores de escolarización. Añaden, lo cual es exacto, que tal correlación da cuenta del 80 por ciento del fenómeno (el cuadrado del coeficiente de correlación) y que el 20 por ciento restante no ha sido alfabetizado «al menos a través de la escuela» (pág. 306). Eso es ser muy tajante, teniendo en cuenta todas las variables no tomadas en consideración en un análisis de este tipo (la escolarización en orfelinatos), la correlación obtenida es excepcionalmente elevada, y son contados los investigadores que han tenido ocasión de constatarlo así. Un resultado tan significativo permite concluir la existencia de un vínculo muy fuerte entre ambos fenómenos.

[16] E. Le Roy Ladurie, artículo del 25 de enero de 1969, *Le Territoire de l'historien,* I, pág. 22. Para que nos hagamos una idea de lo que en cierta época era la «moda» cuantitativa de los historiadores franceses, se puede consultar como documento histórico las actas del célebre, y por otro lado interesante, coloquio realizado en la ENS de Saint-Cloud en 1965, *L'Histoire sociale, sources et méthodes.*

tica de la cuantificación. Y ello no sin mala fe, pues, como observó Popper, esos métodos «están siendo usados gran éxito (...) en algunas de las ciencias sociales. ¿Cómo, visto esto, se puede negar que sean aplicables?»[17] Hay quien objeta solamente que no todo es cuantificable, aunque no necesitaríamos presionarlos demasiado para que añadieran que sólo lo es aquello que tiene poco sentido o es de poca importancia.

El argumento carece de pertinencia y más aún de imaginación. Desde el momento en que el historiador se da por objeto un hecho social en el sentido durkheimiano, es decir, un hecho de orden colectivo, se refiere a una población que se puede contabilizar de forma más o menos precisa: no estamos en el ámbito de lo único, de lo inefable. Del mismo modo que para los pueblos amenazados por el hambre la primera calidad de la comida es su cantidad, para el historiador del hecho social, las cantidades asociadas a ese hecho son una de sus cualidades. Podemos optar por no estudiar los hechos sociales, descartando los aspectos sociales de los hechos individuales, pero entonces resultaría difícil pretender ser historiador. Estudiar el pensamiento de Proudhon o de Maurras sin interesarse por su recepción no es hacer una historia distinta de la que resultaría de estudiar las aliteraciones en la obra de Mallarmé. Todo estudio histórico comporta una parte social, es decir, colectiva y, por tanto, enumerada o enumerable.

La oposición cualitativo/cuantitativo, tras la que muchos se esconden, no tiene en realidad otro sentido que el de la desigual dificultad para construir indicadores sobre los que poder razonar de forma comparativa. Lo cuantitativo es un dominio donde los indicadores son evidentes, inherentes hasta cierto punto a los propios hechos: si nos interesamos por los precios del trigo, la construcción del indicador no plantea ningún problema. Incluso a veces es una trampa: hay precios y precios, y no se logra el mismo resultado tomando los precios a la salida de la explotación agraria que a su llegada al molino, los de las importaciones o los del mercado interior.

Lo cualitativo es un dominio donde la construcción de indicadores pertinentes requiere cierto ingenio. Es ahí donde se revela la imaginación creativa del investigador. ¿Hay tema más cualitativo que la religión? Gabriel Le Bras no ha pretendido sondear la fe individual de los creyentes, ni entrar en su intimidad y descubrir la verdad de sus relaciones con Dios. La ha tratado como un hecho social, a partir de la

[17] K. Popper, *Misère de l'historicisme,* pág. 23 (trad. esp., pág. 38).

práctica que constituye la manifestación colectiva de la religión. Ha construido, pues, indicadores a partir de las prácticas que exige la iglesia católica: asistencia a la misa dominical, comunión pascual. Tales indicadores, como se puede observar, son discontinuos, es decir, fundan una tipología. G. Le Bras distingue entre los católicos practicantes, quienes acuden a misa todos los domingos, los católicos estacionales, los que cumplen con el precepto pascual y van a misa con ocasión de las fiestas señaladas, como Navidad, Todos los Santos..., y, en fin, los no practicantes.

Una vez construidos estos indicadores, la cuantificación depende de las fuentes. Si disponemos de buenas estadísticas religiosas, como las de la diócesis de Orleans bajo el episcopado de monseñor Dupanloup[18], podemos evaluar en porcentajes relativos la proporción por municipios de practicantes, estacionales y no practicantes. Si no contamos con una verdadera estadística, sino con testimonios incompletos, podemos contentarnos con definir el tipo localmente dominante. Lo que permite la administración de la prueba no es ante todo la cuantificación, es la construcción de los indicadores pertinentes, de forma que la validez de la prueba depende de la que tengan esos indicadores.

En definitiva, es lo mismo construir un hecho social y construir indicadores que permitan operar comparativamente entre diversos hechos sociales. Son los indicadores los que constituyen la definición operativa del hecho social.

Los límites del método sociológico

Los límites epistemológicos

Es aquí precisamente en donde cabe situar el límite epistemológico del hecho social.

Lejos de mí la idea de devaluar la cuantificación en historia o, más en general, el modo de razonamiento durkheimiano. Considero que una y otro son indispensables, pero no constituyen una panacea. A mi entender existen dos límites.

El primero es de orden epistemológico. Durante mucho tiempo creí que el historiador era un «manitas» que ensamblaba relatos hechos

[18] Estudiado por Christiane Marcilhacy, *Le Diocèse d'Orléans sous l'épiscopat de Mgr. Dupanloup, 1849-1878,* París, Plon, 1963.

al modo de Tucídides con piezas duras de «verdadera» ciencia social durkheimiana[19]; y no sabía qué estatuto epistemológico conferir a este *patchwork* de diferentes trozos tanto por su materia como por su textura. En realidad, sobrestimaba el planteamiento durkheimiano y lo tomaba por más científico de lo que es. Se puede reformular este debate en términos modernos, partiendo de la definición del enunciado «científico» como «refutable» (falsable, dice Popper)[20]. En apariencia, las afirmaciones de la sociología, y sobre todo aquellas que se apoyan en cuantificaciones y cálculos estadísticos, son «refutables» y podrían reivindicar a este respecto un estatuto «científico». En realidad, no es el caso; seguramente son más robustas que otras, pero no pueden pretender un estatuto de leyes universales. En efecto, como ha mostrado J.-Cl. Passeron, es imposible extraer totalmente de cualquier contexto histórico las realidades que le conciernen[21]. Desde ese punto de vista, también la afirmación sociológica es siempre histórica, pues se refiere a realidades indisociables de contextos determinados y, por tanto, sólo es válida dentro del espacio y el tiempo de esos contextos. Para convencerse, basta con ver «con qué facilidad un investigador (...) puede siempre oponer a una constatación empírica que lo contradice que tal constatación no estaba hecha en el contexto que suponía la validez de su proposición»[22]. Y la cláusula «todas las cosas funcionan igual en todas partes» puede devenir una «coartada ilimitada» tanto en las comparaciones sociológicas como en las históricas. El recurso a un planteamiento durkheimiano no permite, pues, que el historiador escape a la historia de la diversidad de las situaciones concretas, las cuales por otro lado son su objeto.

Más aún, el razonamiento estadístico sólo constituye el horizonte, el modelo al que aspira la sociología. Por lo general, el método comparativo preconizado se limita al método de las variaciones concomitantes o, incluso en su versión más débil, al método de las diferencias. No salimos, pues, del universo del razonamiento natural. La sociología propone una versión más pertrechada, más rigurosa, puede incluso

---

[19] Véase mi debate con J.-Cl. Passeron, «L'enseignement, lieu de rencontre entre historiens et sociologues», *Sociétés Contemporaines,* núm. 1, marzo de 1990, págs. 7-45.

[20] En este caso conviene consultar la obra de K. Popper, *La lógica de la investigación científica,* en vez de *La miseria del historicismo,* que es un panfleto contra las «grandes» teorías y ante todo contra el marxismo.

[21] Se me dispensará que no retome aquí la demostración de J.-Cl. Passeron, en *Le Raisonnement sociologique,* sobre todo en su conclusión.

[22] *Ibíd.,* pág. 64.

que más intimidatoria, del razonamiento natural. La diferencia con el historiador es de grado, no de naturaleza.

De golpe, dentro del discurso histórico, el vaivén entre las secuencias explicativas o comprensivas y las secuencias comparativas, o incluso cuantificadas, no es el matrimonio entre la carpa y el conejo, la mixtura inconfesable de métodos heterogéneos, sino la utilización completa de una gama argumentativa que se despliega en su totalidad en un universo donde los conceptos son indisociables de sus contextos.

Eso supone decir a la vez que el planteamiento sociológico es tipológico: constituye tipos, que compara, entre los cuales establece relaciones de presencia concomitante o de incompatibilidad, o entre los que calcula distancia o correlaciones. Pero estas relaciones no tienen valor universal: su alcance se limita a los tipos considerados.

Los dominios privilegiados

En segundo lugar, el razonamiento sociológico no es utilizable en la historia de los acontecimientos propiamente dichos. Es verdad que en ocasiones puede confirmar o invalidar la imputación causal: si se sostiene que la miseria es la causa de las huelgas, se pueden cuantificar, por un lado, los niveles salariales y de desocupación y, por otro, la frecuencia de las huelgas, con el fin de examinar si son correlativos. Pero en este caso se trata de una causa material. Ahora bien, las causas finales escapan enteramente a la cuantificación, pues la estadística jamás nos dirá si la decisión de Bismarck fue o no la responsable de la guerra de 1866.

De todo ello se desprende muy claramente que existen dos modos de razonamiento histórico. Para simplificar, diremos que el primero se interesa por los encadenamientos en el desarrollo temporal, mientras el segundo lo hace por las coherencias en el seno de una sociedad y un tiempo dados. El primero se ocupa de los acontecimientos y se organiza según el eje del relato; el segundo se dedica a las estructuras y depende del cuadro estadístico. Naturalmente, uno y otro se entrecruzan, pues todo problema histórico concreto es deudor a la vez del relato causal y del cuadro estructural.

Ciertas formas de historia privilegian el relato. El análisis de los encadenamientos constituye su dimensión fundamental, como vemos en la enseñanza. La historia política, aquella que es propia de las guerras o las revoluciones, de lo que para nuestros contemporáneos siguen siendo los «grandes» acontecimientos, se organiza principalmente se-

gún una serie de imputaciones causales. Esto nos devuelve al capítulo precedente.

La gran aportación del planteamiento sociológico, del que la cuantificación es uno de los elementos y, a la vez, el símbolo, es la de hacer posible que pensemos con rigor las coherencias que permiten soldar una sociedad, sus estructuras, el *Zusammenhang* paradójicamente tan criticado por Simiand en Hauser (véase *supra* el apartado «El método sociológico» en este mismo capítulo). Algunas de las más eminentes obras históricas del siglo XX, comenzando por *El Mediterráneo,* se organizan en torno a estas solidaridades, a estas coherencias. «Explicar —dirá Braudel— es señalar, imaginar las correlaciones que existen entre el hálito de la vida material y las otras fluctuaciones a su vez tan diversas de la vida de los hombres»[23]. La devaluación del acontecimiento y el desinterés por la cuestión de las causas se acompañan aquí con una valoración del tiempo largo de las estructuras geográficas, económicas y técnicas. El razonamiento sociológico ocupa su lugar, incluso aunque Braudel muestre cierta desconfianza hacia los sistemas demasiado deterministas.

Se podría ir incluso más lejos y sostener que, en este preciso sentido, no hay historia que no sea total. La pretensión de escribir una historia total, que lo fuera de toda la humanidad, desde los orígenes a nuestros días, y bajo sus diversos aspectos, es evidentemente absurda. Ya hemos mostrado más arriba (cap. 4) cómo la inevitable y necesaria renovación de las preguntas invalida toda concepción acumulativa del saber histórico. Pero, en otro sentido, cualquier historia es total, pues ambiciona mostrar cómo los elementos que trata forman un entero. Seguramente no podremos conocer la totalidad de una época o de una sociedad. Pero lo que caracteriza al historiador es la voluntad de restituir la totalidad, es decir, las estructuras organizadas allí donde la mirada superficial sólo vería revoltijo o yuxtaposición[24].

Es obvio, pues, que algunos ámbitos se prestan más fácilmente que otros a este tipo de historia.

La demografía histórica es evidentemente un ámbito privilegiado para una historia preocupada por la administración de la prueba. Los demógrafos han elaborado múltiples tasas (mortalidad, natalidad, fecundidad, reproducción) y su ingenio no tiene límites. Ya hemos mostrado más arriba, en relación con el problema de la «sobremorta-

---

[23] Citado por Paul-André Rosental, «Métaphore et stratégie épistémologique».
[24] K. Popper, *Misère de l'historicisme,* pág. 81.

lidad» civil durante la Primera Guerra Mundial, un ejemplo de su destreza.

La historia económica es un segundo dominio que se presta espontáneamente al empleo de los métodos cuantitativos. Los economistas reconstituyen series continuas que les permiten comparaciones seguras. Pensemos, por ejemplo, en la gran investigación dirigida por J. Bouvier sobre el beneficio en las industrias del norte de Francia[25] o en las series de F. Crouzet sobre la industria francesa del siglo XIX[26].

La historia de los grupos sociales se presta asimismo al método comparativo. El análisis de su riqueza es evidentemente un elemento indispensable de esa historia, y los investigadores se han aplicado en este campo con un gran talento. Las investigaciones sobre las fortunas de París o de las grandes ciudades de provincias, como Lyon, Lille o Toulouse[27], han explotado de forma sistemática, para distintas fechas que jalonan un largo siglo XIX, las declaraciones de sucesión. Esto les ha permitido establecer comparaciones entre grupos sociales y entre ciudades. La superioridad de las fortunas parisinas es abrumadora. Otro ejemplo nos lo proporciona la tesis de Gabriel Désert sobre los campesinos de Calvados en el siglo XIX[28], que parte de la evolución de los precios de los productos agrícolas (trigo, leche, queso, etcétera), de los arrendamientos rústicos y de los impuestos, y que tiene en cuenta las transformaciones de las prácticas culturales. En este caso, cabe destacar la forma en que ha reconstituido la evolución secular de las rentas de distintos tipos de agricultores, desde el propietario que explota 35 hectáreas de tierra dedicada al cereal en Caen al pequeño campesino propietario que practica un policultivo sobre cinco hectáreas, pasando por los ganaderos y distinguiendo según los modos de aprovechamiento.

Se puede estudiar así, con la ayuda de indicadores más o menos cuantificados, la movilidad de los distintos grupos sociales, sus modos

---

[25] J. Bouvier, F. Furet, M. Gillet, *Le Mouvement du profit en France au XIXe siècle,* París-La Haya, Mouton, 1965.

[26] François Crouzet, «Essai de construction d'un indice annuel de la production industrielle française au XIXe siècle», *Annales ESC,* enero-febrero de 1970, págs. 56-99.

[27] Adeline Daumard, *Les Fortunes françaises au XIXe siècle,* París-La Haya, Mouton, 1973; Pierre Léon, *Géographie de la fortune et Structures sociales à Lyon au XIXe siècle (1815-1914),* Lyon, Université de Lyon-II, 1974.

[28] Gabriel Désert, *Les Paysans du Calvados, 1815-1895,* Lille, servicio de reproducción de tesis, 3 vols., 1975.

de vida, sus comportamientos. Christophe Charle, en su tesis sobre las elites francesas de fines del siglo XIX, ha comparado la elite administrativa (consejeros de Estado, etcétera), la elite de los negocios (banqueros, etcétera) y la elite universitaria (profesores) bajo distintos criterios y sin limitarse a la renta. De este modo, ha tenido en cuenta el domicilio (¿en qué calles viven?, ¿pertenecen a los barrios más distinguidos?) y su lugar habitual de vacaciones[29].

A menudo, la historia política ha utilizado para las sociedades democráticas el voto libre de los ciudadanos tomado como indicador. Los análisis de geografía electoral, fundados por A. Siegfried y desarrollados por F. Goguel, forman parte de los elementos básicos de toda historia política, pues permiten seguir la implantación de los partidos a la vez que articulan las esferas social, local y nacional. Pero hay también otros asuntos políticos que se prestan a este modo de razonamiento. Se pueden estudiar, por ejemplo, las manifestaciones, los desfiles, los mítines. Así, en la tesis de Jean-Louis Robert se tratan los informes redactados por los inspectores de policía sobre 18.000 reuniones sindicales, socialistas o pacifistas, a lo largo de la Primera Guerra Mundial[30].

La historia de las mentalidades se presta en menor medida, o al menos así lo parece, a esta aproximación «cientifica». Se trata de un dominio donde impera el matiz y la finura, que no se deja aprehender con las herramientas, robustas pero toscas, de la cuantificación. Al menos eso es lo que se alega cuando se renuncia a buscar indicadores pertinentes. Pero, si uno se toma la molestia de buscarlos, como ha hecho G. Le Bras, se los encuentra. Así, por ejemplo, el análisis sistemático del vocabulario ofrece innumerables posibilidades[31]. Igualmente fértil resulta si se aplica a las prácticas simbólicas, tal como he ejemplificado en relación con los monumentos funerarios. En ese mismo sentido, Daniel Roche o Michel Vovelle han mostrado todo el partido que se le puede extraer al estudio de las bibliotecas o los testamentos[32]. Del mismo modo que hay una histo-

---

[29] C. Charle, *Les Élites de la République,* 1880-1900, París Fayard, 1987.

[30] Jean-Louis Robert, *Les Ouvriers, la Patrie et la Révolution, Paris 1914-1919,* Besançon, Annales Littéraires de l'Universitè de Besançon, núm. 592, 1995.

[31] Me permito remitir aquí a mi contribución a la obra dirigida por René Rémond, *Pour une histoire politique,* París, Seuil, «Les mots», 1988, págs. 255-285.

[32] Daniel Roche, *Le Peuple de Paris. Essai sur la culture populaire au XVIIIe siècle,* París, Aubier-Montaigne; Michel Vovelle, *Piété baroque et Déchristianization en Provence au XVIIIe siècle. Les attitudes devant la mort d'après les clausse des testaments,* París, Plon, 1973.

ria social de la política, existe también una historia social de las mentalidades y de las representaciones.

Esta historia, que podríamos denominar sociológica en la medida en que asume las normas de la sociología durkheiminana y aplica métodos análogos, resulta particularmente eficaz en la larga y la media duración. Tuvo sus días de gloria y hubo un tiempo en el que la escuela de los *Annales* no estaba más que por las grandes investigaciones cuantitativas y promovía la historia serial, un modelo que se apoyaba sobre largas series de cifras, como las que estableciera P. Chaunu en su tesis sobre el tráfico de metales preciosos entre América y España en el siglo XVI[33]. Era la época en la que E. Le Roy Ladurie, que trabajaba en una investigación sobre los reclutas franceses del siglo XIX, concluía un texto proclamando de forma categórica: «El historiador del mañana será programador o no será»[34].

Y luego se nos fue a Montaillou... Por uno de esos virajes que tienen más de moda que de ciencia, más de signo de los tiempos y de demanda de los medios de comunicación que de desarrollo coherente de una disciplina científica, la historia cuantitativa quedó relegada en algún armario.

Con todo, tenía un gran mérito, tal como acabamos de exponer detenidamente y que, por eso mismo, no podemos resumir en dos frases. Es una historia que administra la prueba de sus afirmaciones, que permite manejar estructuras y compararlas entre ellas. Pero, por sí solo, el método cuantitativo y comparativo no basta para dar cuenta del modelo que ha dominado de forma duradera la historiografia en Francia, el de la historia social. Su equilibrio es más complejo y merece ser examinado en sí mismo.

---

[33] Pierre Chaunu, *Seville et l'Atlantique entre 1504 et 1650,* París, SEVPEN, 1959-1960, 8 vol.

[34] E. Le Roy Ladurie, «L'historien et l'ordinateur», *Le Nouvel Observateur,* 8 de mayo de 1968, reproducido en *Le Territoire de l'historien,* t. I, pág. 14.

10
La historia social

La historia social constituye un buen ejemplo para comprender cómo se unen en un planteamiento concreto la estructura y el acontecimiento, el análisis de las coherencias y la búsqueda de las causas. Se trata de una historia que está situada justo «en el centro» de los diferentes asuntos que hemos inventariado hasta aquí. Por lo demás, la entiendo en un sentido amplio, como una tradición de larga duración, que va desde Voltaire o Guizot a Labrousse o Braudel, pasando por Michelet, Fustel, Taine, el Seignobos de su tesis, Bloch, Lefebvre y muchos otros. Para explicar el modo de razonamiento que le es característico, la forma en la que se intenta sintetizar el acontecimiento y la estructura, tomaré dos ejemplos: el primero lo extraigo del *Cours d'histoire moderne* de Guizot (1828), el segundo de la introducción a la tesis de Labrousse (1943).

Guizot: clases y lucha de clases

Un ejemplo: la emergencia de la burguesía

En 1828, tras haber sido prohibido por los ultras, Guizot retoma su curso en la Sorbona y elige como tema el del desarrollo de la «civilización moderna», para lo cual se remontará a lo largo de una decena de siglos. La larga duración, como se puede observar, no es un asunto de

ayer... La séptima lección[1] estuvo dedicada a la emergencia de la burguesía y a su consolidación, desde el siglo X al XVI. Veamos cómo la presenta.

Cuando el régimen feudal empezó a asentarse —Guizot no ofrece fechas ni territorios—, los poseedores de los feudos experimentaron nuevas necesidades. Para satisfacerlas, reaparecieron en las ciudades el comercio y la industria, al tiempo que la riqueza y la población se recobraban lentamente. Pero los poderosos del mundo, obligados a renunciar al saqueo y a la conquista, no cesaron por ello en su avidez. «En vez de ejercer su pillaje en tierras lejanas, lo hicieron cerca. Las extorsiones de los señores sobre los burgueses se redoblan a partir del siglo X.» De ahí las denuncias de los mercaderes que no pueden volver a entrar tranquilamente en sus ciudades y las de las burgueses víctimas de las extorsiones.

Se puede observar aquí el carácter psicológico de las explicaciones que da Guizot de los comportamientos, de los burgueses y de los señores. Pero dejémosle proseguir.

Ante esta situación, los burgueses con intereses que defender proceden a «la gran insurrección del siglo XI». «La liberación de los municipios (...) ha sido el fruto de una verdadera insurrección, de una verdadera guerra, guerra declarada por la población de las villas a sus señores. El primer hecho que se encuentra siempre en tales historias es el del levantamiento de los burgueses que se arman con todo aquello que encuentran a mano; el de la expulsión de los representantes señoriales que venían a ejercer alguna extorsión...»

Lo que Guizot hace aquí habría interesado a Simiand: construye un hecho social *avant la lettre*. Para decir que «el primer hecho que se encuentra siempre en tales historias» (en plural), necesita conocer otros casos de insurrecciones urbanas, haberlas comparado y haber retenido los rasgos que les son comunes. Nos hallamos en el orden de las regularidades tan caras a los sociólogos. Pero uno encuentra en ese concepto de insurrección urbana, como en los de burgués y de señor que él presupone, las características del tipo ideal: por un lado, proceden de los razonamientos y no sólo de las descripciones generales; por otro, son indisociables de los contextos concretos que permiten pensarlos.

---

[1] Cito una edición antigua en la que cada lección tiene su propia paginación, *Cours d'histoire moderne, par M. Guizot, Histoire générale de la civilisation en Europe,* París, Pichon-Didier, 1828.

Estas insurrecciones conocieron una fortuna diversa, pero implicaron progresivamente la institución de franquicias. La liberación es un gran hecho, cuyas consecuencias analiza Guizot. La primera es el inicio de una intervención real en los límites del feudo. Aunque sea local, la monarquía ha intervenido en la querella y «la burguesía se acerca al centro del Estado». Las dos siguientes consecuencias merecen que no se las resuma, que dejemos hablar al propio Guizot.

FRANÇOIS GUIZOT: LA CLASE BURGUESA Y LA LUCHA DE CLASES

Aunque todo siguiera siendo local, se creó no obstante, gracias a la liberación, una clase general y nueva. Ninguna coalición había existido entre los burgueses: no tenían, como clase, ninguna existencia pública y común. Pero el país estaba cubierto de hombres comprometidos en la misma situación, con los mismos intereses, las mismas costumbres, entre los que no podía menos de nacer poco a poco un cierto vínculo, una cierta unidad que debía engendrar a la burguesía. La formación de una gran clase social, de la burguesía, fue el resultado necesario de la liberación local de los burgueses.

No necesitamos creer que esta clase fuera entonces lo que pasó a ser después. No sólo su situación ha cambiado mucho, sino que los elementos eran bien distintos: en el siglo XII apenas se componía de comerciantes, de negociantes que regentaban un pequeño comercio y de pequeños propietarios, ya fuera de casas o de tierras, que habían decidido instalar su vivienda en la ciudad. Tres siglos después, la burguesía comprendía además a los abogados, a los médicos, a los letrados de todas las clases, así como a todos los magistrados locales. La burguesía se fue formando sucesivamente, y con elementos muy diversos (...). Siempre que se habla de burguesía, se tiende a suponer que en todas las épocas está compuesta con los mismos elementos. Suposición absurda. Es quizá en la diversidad de su composición en las distintas épocas de la historia donde hay que buscar el secreto de su destino. Mientras no contó ni con magistrados ni con letrados, mientras no fue lo que devino en el siglo XVI, no tuvo dentro del Estado ni el mismo carácter ni la misma importancia. Es necesario ver nacer sucesivamente en su seno nuevas profesiones, nuevas situaciones morales, un nuevo estado intelectual, para comprender las vicisitudes de su fortuna y de su poder (...).

El tercer gran resultado de la liberación de los municipios es la lucha de clases, lucha que constituye el hecho mismo, y que llena la historia moderna. La Europa moderna nació de la lucha de las diversas clases de la sociedad.

Cours d'histoire moderne, 7e leçon, págs. 27-29.

Toda esta lección exigiría evidentemente innumerables actualizaciones por lo que a los hechos se refiere. Las cosas no se desarrollaron de forma tan simple y negaríamos el progreso de la historia si, casi dos siglos más tarde, no tuviéramos que corregir en profundidad el análisis de Guizot. Pero lo que aquí nos interesa es comprender cómo razona y no saber si estaba equivocado o acertado. En este sentido, no podemos sino quedar impresionados por la importancia que la noción de clase social adquiere en su análisis.

La clase social

La forma en la que Guizot define la burguesía es interesante por tres razones. En primer lugar, porque se trata de una definición por el derecho, por las instituciones: «Se creó, gracias a la liberación, una clase general y nueva.» La burguesía no es una simple realidad de hecho: toma forma a través de las instituciones.

Ciertamente, existe una suerte de circularidad entre el hecho y el derecho. Guizot habla de burgueses antes de la liberación, puesto que la insurrección de la que resulta es obra de burgueses. Había, pues, burgueses con anterioridad a que la liberación formara una burguesía. Es éste un proceso de refuerzo, de consolidación, por el cual la burguesía deviene aquello que ya era. Vemos aquí que la política ejerce el papel de reveladora y creadora de lo social que, por lo demás, algunos de nuestros contemporáneos no negarían. Pero la política no es tenida en cuenta desde la perspectiva del acontecimiento: Guizot evoca la intervención de la monarquía, no la de tal o cual monarca. Más aún, él construye lo general, lo institucional en esta ocasión, a partir de lo concreto que extrae de los hechos.

Por otra parte, su definición jurídica y política no deja lugar a una definición económica. No se trata de que este tipo de factores sea ignorado: los burgueses se rebelan contra los señores ante todo porque ven amenazados sus intereses. La explicación participa de la psicología más elemental, la de esos comportamientos que están al alcance de la experiencia que pueda tener el hombre de la calle. Pero estamos muy lejos de una concepción marxista de la clase social: no hay ninguna referencia a términos como modo de producción, estructuras del sistema de producción e intercambio y sus modificaciones.

En segundo lugar, esta definición institucional se acompaña de otra que procede por enumeración de los personajes que componen la burguesía: comerciantes, negociantes, luego abogados, etcétera. La

enumeración no era necesaria. Podríamos haber definido la burguesía por una lista de rasgos pertinentes, de criterios de pertenencia: fortuna igual o superior a tal o cual suma, niveles de instrucción, etcétera. Guizot prefiere nombrar a los miembros de la clase. Pero, por un lado, él no pretende incluirlos a todos: la enumeración no es exhaustiva y la lista queda abierta. Por otro, no se plantea la cuestión de los límites de la clase: no se pregunta si tal o cual categoría social forma o no parte de la burguesía.

Su objetivo es dotar de un contenido concreto a la clase, permitir a su auditorio representársela, imaginarse la burguesía. No lo hace elaborando el retrato de individuos determinados, sino nombrando grupos profesionales (comerciantes, abogados, etcétera) que constituyen por sí mismos un primer grado de generalización. La burguesía constituye un segundo nivel: reagrupa los grupos. Estamos, pues, alejados de los individuos reales. Así pues, si la enumeración puede ser eficaz es porque las palabras empleadas conservan un sentido presente: Guizot sabe que su auditorio conoce qué es concretamente un comerciante o un abogado. La imaginación del pasado moviliza saberes formados por la práctica cotidiana de la sociedad en la que se vive. Por nuestra parte, ya nos hemos extendido sobre ello más arriba.

Para Guizot, aún queda un tercer carácter de la clase burguesa: la continuidad en el tiempo, la estabilidad diacrónica en el cambio. La burguesía no es inmóvil, cambia: «No necesitamos creer que esta clase era entonces lo que pasó a ser después.» La composición de la clase —dice Guizot— se transforma por adiciones sucesivas de nuevos elementos, y esta evolución interna entraña otra que se refiere al lugar que ocupa y al papel que desempeña dentro del Estado y, podríamos añadir, dentro de la sociedad. Ahora bien, a pesar de esos cambios, se trata siempre de la misma clase.

Esa identidad preservada y la continuidad mantenida a través de figuras sucesivas hacen de la clase social un personaje colectivo: la burguesía del siglo XVIII resulta ser la misma clase social que aquella otra del siglo X, de la cual difiere profundamente, del mismo modo que yo sigo siendo la misma persona que el estudiante, el militar, etcétera, que fui sucesivamente. El recurso a la noción de clase social permite conjugar en singular una realidad plural. Así, transforma una colección de realidades individuales y locales en un actor colectivo.

Este aspecto es esencial y deberemos retomarlo más adelante. En todo caso, es lo que permite a Guizot contar la historia de la sociedad siguiendo los mismos modos y los mismos esquemas de explicación que se utilizan para los individuos: con la clase social, él tiene un pro-

tagonista de la historia con intenciones y estrategias. Incluso les presta sentimientos: las clases «se detestaban», dice poco después del pasaje citado más arriba. Habla también de sus «pasiones». De repente, la historia deviene la historia de la lucha entre las clases: «La lucha, en lugar de devenir un principio de inmovilidad, ha sido una causa de progreso.» «Quizá de allí se extrajera el más enérgico, el más fecundo principio de desarrollo de la civilización europea.» La lucha de clases «constituye el hecho propio y llena la historia moderna».

Vemos, pues, cómo esta historia social consigue hacer compatible el acontecimiento y la estructura. El actor colectivo escapa a la anécdota desprovista de significado; se sitúa en un nivel de generalización y de estabilidad que se refiere al conjunto de la sociedad. La suma de las clases sociales compone un todo conflictivo, interdependiente. Pero los actores colectivos ejecutan una historia: la composición de la clase, su lugar dentro de la sociedad y del Estado, las propias estructuras de esa sociedad y de ese Estado se transforman bajo la acción de las clases en lucha. La noción de clase es así constitutiva de una historia preocupada en pensar la sociedad como tal. Pero eso no es exclusivo de Guizot; Tocqueville llegó a escribir: «Uno es sobre todo de su clase, antes que de su opinión» y, por otra parte, afirma de las clases que «sólo ellas deben ocupar al historiador»[2].

LABROUSSE: EL FUNDAMENTO ECONÓMICO DE LAS CLASES SOCIALES

Un ejemplo: la crisis de la economía francesa a fines del Antiguo Régimen

Como he indicado más arriba, tomo este ejemplo de la introducción a la tesis de Labrousse[3]: texto pleno, escrito en un estilo deslumbrante y que se nos presenta como un atajo para descubrir el conjunto de su planteamiento.

De entrada, el interés que suscita este análisis se halla en que Labrousse encaja, con anterioridad a Braudel, tres temporalidades de ritmos desiguales. Un movimiento largo cubre el siglo XVIII. Los precios suben. La producción agrícola crece, pero lentamente, pues el incremento de los precios «sólo puede repercutir sobre el empresario que

---

[2] Citado por G. Lefebvre, *Réflexions sur l'histoire,* pág. 135.

[3] C.-E. Labrousse, *La Crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au debut de la Révolution. I. Aperçus géneraux. Sources, Méthode, Objectifs, la crise de la viticulture,* París, PUF, 1944, «Introduction générale», págs. VII-LII.

vende, que dispone de un excedente negociable». Éste es el caso de los viticultores, sean grandes o pequeños, pero las técnicas de la época no permitían que ocurriera lo mismo con los productores de trigo y con los ganaderos, salvo los propietarios más grandes, que eran una minoría. Así pues, «a excepción del viñedo, la coyuntura favorable sólo beneficia a una pequeña minoría de productores, incitada así a extender o intensificar el cultivo».

Sin embargo, esta minoría de grandes propietarios posee muchas tierras cedidas en arrendamiento. Los colonos sí aprovechan la subida, dado que, mientras que el precio que pagan se mantiene estable a lo largo del arriendo, los precios aumentan. Los propietarios que no explotan directamente sus tierras también aprovechan de forma masiva el alza de los precios: cada renovación de los contratos les permite actualizarlos, y así lo hacen tanto los burgueses que ceden sus tierras en arriendo como los señores que perciben anualmente pagos en especie. «La renta señorial, a diferencia de la renta burguesa, no queda rezagada en relación con el beneficio.» Los acaparadores extraen enormes ganancias cuando los precios se disparan. Por último, la madera bate todos los registros y por eso el bosque, elemento importante de la gran propiedad, jamás es arrendado: «La renta aristocrática territorial no transige aquí con el aprovechamiento campesino.»

«No obstante, a diferencia del beneficio, la renta acumulada no retornará por lo general a la tierra». Se invierte en la ciudad, en las nuevas construcciones, en el consumo ostentoso, en la domesticidad ampliada, pero también en las empresas industriales. Hay, pues, una redistribución urbana de la renta rural. «Criados, obreros de la construcción, artistas, manufactureros, empresarios de todo tipo, acuden a las ciudades; el comercio local se beneficia ampliamente de tal flujo y se refuerza con la muchedumbre de recién llegados.»

Los salarios de las ciudades y del campo también mejoran a su modo con este crecimiento económico, aunque sus beneficiarios no tengan ningún producto que poner a la venta: «En efecto, se ganaron la vida.» Con la crisis de subsistencias «murieron muchos menos jornaleros, obreros, aparceros, pequeños cultivadores. Consecuencia: un proletario o un *cuasi* proletario sin nadie que le contrate entorpece rápidamente el mercado de trabajo (...). Si bien se le permite subsistir, el asalariado pagará con trabajos forzados el bajo precio de esta tolerancia».

El segundo movimiento es más corto: una decena de años. Comienza hacia 1778, cuando los precios se retraen. La situación del agricultor deviene entonces difícil, con un beneficio que retrocede y unos arrenda-

mientos que tienden al alza, puesto que no faltan candidatos cuando llega la hora de renovar los contratos. «El crecimiento de la población (...) ha ampliado las filas de la familia campesina: los padres de familia esperan, con todos sus efectivos al completo, a las puertas de la finca.» Para los agricultores, la única manera de defender su beneficio consistirá en disminuir el salario de sus obreros. Por el contrario, los propietarios quedan satisfechos. «El precio del arrendamiento sube, ¡sube violentamente! El capitalismo agrario no está considerado sólo como un sector social a cubierto. Ataca, avanza a pasa vertiginoso y, ante él, el beneficio campesino retrocede derrotado.» Se observa en este pasaje la personalización indirecta de este «protagonista» de la historia que es, para Labrousse, el capitalismo agrario: él «ataca», acción que supone un sujeto animado. La industria del lujo saca provecho, pero la contracción del mercado rural penaliza en conjunto al comercio y a la industria. La reducción del gasto en mano de obra supone desempleo, el cual es entonces «la gran herida del proletariado del campo y de las ciudades».

El tercer movimiento, inscrito en un tiempo muy corto, es el de la crisis cíclica de 1789, que comienza con la mala cosecha de 1788. Detengo aquí este ejemplo, pues el análisis de Labrousse es más corto, menos importante, y menos novedoso también, incluso para él mismo. Labrousse concluye su introducción general planteando la siguiente cuestión: ¿revolución de la miseria o de la prosperidad? Se decanta por la primera interpretación, pues, para él, el pleito con el régimen monárquico extrae su fuerza del descontento. «Un inmenso error de imputación hace surgir la crisis política de la crisis económica. Los acontecimientos revolucionarios (...) nacen, pues, en buena medida, de los retrocesos del beneficio y del salario, del malestar del industrial, del artesano, del agricultor, del propietario cultivador, del desamparo del obrero, del jornalero. Una coyuntura desfavorable reúne, bajo una oposición común, a la burguesía y al proletariado. La Revolución aparece, a este respecto (...) como una revolución de la miseria.»

Economía, sociedad, política

Si analizamos el razonamiento de Labrousse tal y como lo acabamos de resumir, se constata ante todo una construcción de los grupos sociales muy elaborada. Él utiliza grandes agregados, como «proletariado» o «burguesía», pero prefiere categorías más sutiles: arrendatarios, propietarios cultivadores, propietarios no cultivadores, asalariados urbanos, etcétera.

En realidad, más que distinguir entre grupos sociales, diferencia entre diversos tipos de renta[4]. Se sitúa en el cruce exacto entre lo económico y lo social, en el punto preciso en donde el movimiento de los precios y las cantidades producidas toman la forma concreta de recursos determinados para los individuos. Así pues, constituye grupos sociales a partir de formas a un tiempo diversas y desiguales que han de insertarse en la economía. De ahí la distinción, por ejemplo, entre aristocracia y burguesía, es decir, entre renta señorial (los censos) y renta agraria (los arriendos).

Esta forma de proceder nos muestra una diferencia fundamental con Guizot. En este caso, la psicología no desempeña ningún papel, mientras que los aspectos jurídicos o institucionales sólo intervienen en la medida en que regulan la asignación de las rentas. Los grupos sociales están determinados, pues, por la posición objetiva que ocupan dentro de la esfera económica. De ese modo, su satisfacción o su malestar no son cambios de humor, reacciones a agresiones, sino la traducción directa de una renta al alza o a la baja. O más exactamente, la satisfacción y el malestar no tienen ningún grosor, ninguna realidad propia, no son objeto de construcción social o cultural: son la simple traducción de una mejora o de un deterioro de la situación material de sus intereses. Labrousse admite que la subida de las rentas produce satisfacción, mientras la caída provoca descontento, aunque lo haga sin demostrarlo, sin ser consciente de que lo hace y de que su análisis lo requiere, pues para él se trata de una evidencia. El postulado parece ser evidente, aunque si lo examinamos con atención puede deparar alguna sorpresa. Asegura el paso automático desde la oscilación de las rentas, por tanto desde la esfera económica, al movimiento social.

Ahora bien, para que los contemporáneos reaccionen a esa mejora o a ese deterioro de su situación, aún es necesario que tomen conciencia. ¿Cómo percibieron la evolución de sus recursos? ¿A cuál de los múltiples movimientos de los precios concedieron mayor importancia? ¿Cómo pasar de la construcción estadística retrospectiva del historiador a la realidad vivida por los contemporáneos? Es aquí donde habría podido asentarse un análisis cultural, sobre la percepción de los contemporáneos en relación con los movimientos económicos. En todo caso, se trata de un análisis difícil, dada la falta de fuentes para estudiar las clases humildes. Labrousse no se compromete. Él postula

[4] Véase el análisis de Jean-Yves Grenier y Bernard Lepetit, «L'expérience historique. A propos de C.-E. Labrousse».

que lo real, aquello que fue percibido por los contemporáneos, es la media de los precios, que fluctúa pero que a la vez suaviza los accidentes coyunturales. Nos hallamos ante un postulado evidentemente indemostrable, pero que resulta indispensable dentro del paradigma labroussiano. Expulsada a la hora de establecer el vínculo existente entre oscilación de los precios y satisfacción o descontento, la psicología reaparece, por otro lado, a la hora de percibir el movimiento de los precios[5].

Lo que ocurre es que el individuo también ha sido apartado desde el principio, dada la elección de las fuentes, y, por eso mismo, la clase social tal como la entiende Labrousse difiere de aquella que preconizara Guizot. Éste la construye agregando individuos concretos. Aquél parte de datos ya abstractos, colectivos, construidos. Como ha subrayado K. Pomian, sus fuentes son las listas de precios, es decir, series construidas sobre lo que ocurre en los mercados, sobre las cotizaciones medias, y no precios concretos pagados por tal o cual comprador o recibidos por tal granjero o tal diezmero, lo cual sería para H. Hauser el auténtico precio[6]. Como en los suicidios de Durkheim, los precios de Labrousse son hechos sociales construidos para permitir precisamente la comparación entre diversos grupos, comparación a la cual él se entrega.

Sin embargo, permanecemos dentro de la historia, y ello por dos razones. En primer lugar, porque la interrogación diacrónica deviene esencial: el trabajo sobre el tiempo es aquí fundamental. El tiempo de Labrousse difiere profundamente del de Guizot. Por un lado, obedece a una periodización económica y no política. Por otro, es un tiempo cíclico, a diversos ritmos: el de los ciclos económicos ajustados. Ade-

---

[5] J.-Y. Grenier y B. Lepetit, *ibíd.,* han subrayado este punto, que afecta a toda la escuela labroussiana. En su tesis, G. Dupeux calcula una media móvil de precios sobre nueve años. Justifica tal elección (¿por qué no siete o cinco?) por la duración media de las fluctuaciones cíclicas, que es de nueve años. Admitámoslo. Afirma que el precio percibido por los contemporáneos es la media móvil de los nueve años precedentes. Constata a continuación que los precios percibidos tienen un retraso de nueve años sobre los precios reales. ¡Admirable descubrimiento que se logra al final de la investigación de unos postulados que se han situado al principio! ¿Pero sobre qué base descansa la afirmación de que los precios percibidos son la media de los nueve años precedentes? Véase Georges Dupeux, *Aspects de l'histoire sociale et politique du Loire-et-Cher, 1848-1914,* París, Imp. Nationale, 1962, 2.ª parte cap. 1.

[6] K. Pomian, *L'Ordre du temps,* págs. 77-78; J.-Y. Grenier y B. Lepetit, «L'expérience historique», insisten también sobre este punto: la construcción estadística de series de precios es fundamental en el paradigma labroussiano y ha sido muy difícil de aceptar por los historiadores antes de 1940.

más, no es ya exactamente el tiempo del progreso, el del advenimiento de una «civilización moderna». No obedece a ninguna finalidad que sea externa al trabajo del historiador: esa temporalidad no es más que una organización extraída *a posteriori* por los resultados de la investigación.

En segundo término, esta historia mantiene la pretensión de explicar los acontecimientos, aunque éstos hayan cambiado de estatuto: el acontecimiento ha devenido coyuntural. Ya no consiste en la acción de tal o cual personaje, ni en la confrontación de tal o cual grupo social, como hacía Guizot al situarlo en la intersección entre lo social y lo político. Para Labrousse, el acontecimiento se ha convertido en accidente que rompe la continuidad ideal de las curvas, el alza súbita de precios que supone, por ejemplo, una mala cosecha, la bajada o la caída que siguen a un cambio brusco, o a la inversa. La coyuntura recupera hasta cierto punto la dimensión episódica de la historia después de haber excluido las dimensiones individual y psicológica.

Observamos, pues, cómo en este tipo de historia todos los aspectos están vinculados, y ello en una doble acepción. Ante todo, desde la perspectiva propia del historiador, las preguntas son coherentes con las fuentes privilegiadas y el método con que las trata. La explicación descansa sobre una comparación doble: por un lado, la de los acontecimientos de una serie entre ellos mismos, a lo largo de las curvas que construyen su evolución; por otro, las propias curvas entre ellas. Labrousse compara comparaciones. El método no es nuevo: el gran maestro fue F. Simiand, aunque con anterioridad, en el siglo XIX, ya fuera utilizado por hombres como É. Levasseur. Pero Labrousse introducirá un punto de perfección que hará escuela. La comparación de las curvas es a la vez plenamente histórica y totalmente científica: lo primero porque se trata de una evolución en el tiempo; lo segundo porque, del todo objetiva, se presta de forma directa al método comparativo. En fin, está claro que la temporalidad de la historia labroussiana mantiene una coherencia total con su proyecto.

Pero la coherencia se encuentra también en la integración de los diversos aspectos de la realidad social cuya historia hace Labrousse. Aunque sea una historia sobre todo económica y social, integra la política como un efecto directo o indirecto de lo social, como la obra de esos actores colectivos animados que son los diferentes grupos sociales (arrendatarios, asalariados, rentistas, etcétera). Las conductas de esos actores son intencionales, y esa intencionalidad está fundada objetivamente en los datos que resultan de los movimientos económicos. La política se encaja directamente en lo social, que a su vez se encaja en

lo económico. El resultado es, a costa naturalmente de algunas simplificaciones, una explicación coherente y global.

Se comprende, pues, la fascinación que el paradigma labroussiano ha llegado a ejercer sobre generaciones de estudiantes. En efecto, permite satisfacer simultáneamente tres exigencias intelectuales. En primer lugar, una exigencia de síntesis: sitúa la explicación a un nivel de generalización desde el que da la impresión de dominar el conjunto de la evolución social. En segundo término, una exigencia de explicación causal: presenta el desarrollo de la historia como el resultado ineluctable de fuerzas profundas, establecido por mediaciones evidentes. Él describía hasta cierto punto la fuerza de las cosas, la acción irreprimible de los grandes movimientos objetivos. Una exigencia científica, en fin: se basa en procedimientos robustos de administración de la prueba que no se podían poner en tela de juicio. Era una síntesis plenamente explicativa y completamente científica.

Por eso, toda la historiografía francesa del segundo tercio del siglo ha estado dominada por este tipo de la historia social. Con las naturales diferencias que se derivan tanto de la personalidad de sus autores como de sus temas, las tesis de P. Goubert, P. Chaunu, F. Braudel, P. Vilar, E. Le Roy Ladurie, G. Dupeux, P. Vigier, A. Daumard, R. Baehrel, R. Trempé, M. Perrot, G. Désert, A. Corbin y tantos otros se inscriben en esta perspectiva de una síntesis entre lo económico, lo social y lo político o lo religioso[7]. Todos ellos recurren a series cuantificadas, traducidas en curvas o en gráficos, con el fin de objetivar los hechos que inventan y con la pretensión de apoyar sus razonamientos. Cuando la llamada «nueva» historia apenas empezaba a llamar a la puerta, la escuela de los *Annales* iba aún mas lejos en el terreno de la cuantificación apostando por los nuevos recursos que el ordenador ofrecía[8].

---

[7] En el caso de que el lector se preguntara dónde me situó en relación con esta prestigiosa cohorte, diré que mi tesis *(Les Anciens Combattants et la Société française, 1914-1939,* París, Presses de la FNSP, 1977, 3 vol.) tenía como proyecto estudiar un grupo social que no era una clase: un grupo que atravesaba el conjunto de las clases sociales y que estaba definido por criterios que no eran económicos. Para admirar a Labrousse no hace falta haber sido discípulo suyo...

[8] Sobre este particular, véanse especialmente dos textos de E. Le Roy Ladurie: un artículo de *Le Monde* de 25 de enero de 1969 y una conferencia que imparriera en Toronto en diciembre de 1967, ambos incluidos en *Le Territoire de l'historien,* I, «La révolution quantitative et les historiens français: bilan d'une génération (1932-1968)», páginas 15-22, y «Du quantitatif en histoire: la VIe section de l'École Pratique des Hautes Études», págs. 23-37.

El declive del paradigma labroussiano

Paradigma labroussiano y marxismo

El apogeo del paradigma labroussiano coincide con un contexto histórico que le da toda su pertinencia[9]: ante todo con la crisis de los años 30, a la cual parece escapar la economía soviética; después, la guerra de 1940 conferirá a los vencedores de Stalingrado un prestigio considerable; finalmente, la liberación permite ver cómo la clase obrera se erige en clase universal, portadora del futuro de la nación, y «su» Partido Comunista investido entre los intelectuales del crédito que parecía merecer el socialismo «científico» y el materialismo dialéctico.

El descrédito del paradigma labroussiano se inscribe, pues, en una coyuntura dominada por el hundimiento del socialismo real en los países soviéticos. Además, ha venido acompañado y precedido de una crítica del marxismo tanto más vigorosa cuanto que había adquirido en Francia, a mitad de los años 60, un cariz a la vez dogmático y mesiánico, con Althusser como modelo filosófico y Mao como modelo político. R. Aron no fue entendido realmente cuando puso de manifiesto que Tocqueville había comprendido mucho mejor que Marx las grandes tendencias históricas de la evolución social[10]. Pero estaba en lo cierto, y la elevación del nivel de vida del conjunto de la población en los países capitalistas terminó por desacreditar a los profetas de la pauperización, antes incluso de que el hundimiento económico de los países del este los ridiculizara.

En este nuevo clima, todo aquel que, con razón o sin ella, pareciera vinculado al marxismo se tornó obsoleto, y ciertos intelectuales fueron aún más lejos para denunciar el mínimo rastro de culto

---

[9] El razonamiento que formulo aquí, al hacer la historia del paradigma labroussiano, es un modo de explicación histórica del que se pueden hallar innumerables ejemplos en cualquier libro de historia. Decir que el auge de este tipo de historia «coincide» con un contexto histórico determinado es explicarla a través de ese contexto. La noción de *Zusammenhang* criticada por Simiand es aquí crucial. Se aprecia la fuerza de la explicación, que se podría apoyar con argumentos factuales si fuera necesario, pero también la debilidad: ¿qué son esas «coincidencias», esos vínculos afirmados sin ser a la vez analizados en sus diversas modalidades? Así, por tanto, funciona la historia. Jack Hester ha explicado de esta forma y con mucho talento el éxito de Braudel. Véase «Fernand Braudel and the Monde Braudellien» *(sic)*, en *On Historians*, págs. 61-145.

[10] R. Aron, *Dix-huit Leçons sur la société industrielle*, París, Gallimard, 1968.

marxista que pudiera hallarse en sus predecesores del periodo 1945-1950 —en ocasiones, ellos mismos. El descrédito fue tal, que implicó asumir que todos los conceptos más o menos vinculados al marxismo eran un verdadero fracaso. Sucedió así que los historiadores, a pesar de estar teóricamente advertidos, sucumbieron a esta corriente. De repente, la historia se privó de conceptos, como los de clase y lucha de clases, que no eran marxistas y que los historiadores habían utilizado con anterioridad, incluso conservadores como Guizot.

KARL MARX:
YO NO HE INVENTADO LAS CLASES NI LA LUCHA DE CLASES

...Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esa lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía económica de éstas. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar: 1) que la *existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción;* 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la *dictadura del proletariado;* 3) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la *abolición de todas las clases* y hacia una *sociedad sin clases...*

Carta a Weydemeyer, 5 de marzo de 1852 (trad. esp., pág. 542)[11].

Si abandonamos conceptos como el de clase o lucha de clases que, como los de historia y economía «burguesas», tenían el consentimiento del propio Marx, corremos el riesgo de hacer imposible toda historia de la sociedad. En efecto, ¿cómo pensar esta historia si la sociedad no se la concibe compuesta de una pluralidad de entidades colectivas en las que puede cambiar la definición y la configuración, pero en la que el término «clase social» traduce adecuadamente? ¿Cómo comprender las «clases sociales» si rechazamos considerar las realidades económicas sobre las que descansan, incluso si es a través de mediaciones seguramente menos evidentes que aquellas que

[11] Utilizamos la versión castellana incluida en las *Obras escogidas* de Marx y Engels (Moscú, Progreso, 1981, t. 1). *(N. de los T.)*

postulara Labrousse? La moda intelectual que impone, no sin cierto terrorismo, la crítica actual del marxismo podría conducir a que los historiadores renunciaran a todo discurso sintético sobre el conjunto de nuestras sociedades.

En cualquier caso, devino totalmente imposible hacer un uso ingenuo de estas u otras nociones análogas *(burgués, obreros,* etcétera). Aun en el caso de que no se trate de términos totalmente marxistas, su utilización comporta dos riesgos básicos, uno y otro estrechamente vinculados.

El primero es el de cosificar, reificar las clases, hacerlas realidad por sí mismas. En el caso de Labrousse, como en el de los historiadores de los años 50 y 60, no había ninguna duda: los grupos sociales existían. Estaban ya allí, dispuestos a servir de categorías de análisis[12]. Ese realismo ingenuo ha estado doblemente atento a las preguntas de los sociólogos y a las de los estadísticos. Los primeros se pusieron a dudar de la realidad de la clase obrera, hablando de «nueva» clase obrera, de «segmentación» de esa clase[13]. La clase social más evidente se convertía en problemática. En cuanto a los estadísticos, reflexionando sobre la historia de su disciplina, hicieron la historia de las categorías socioprofesionales[14]. La idea que en adelante se impondrá es la de que las clasificaciones no son datos de la naturaleza social, sino que son el resultado de una construcción que es también social. Bourdieu y su escuela han subrayado el hecho de que las clasificaciones sociales son resultado de luchas históricas en las que, ante todo, aquéllas son lo que está en juego[15]. La noción de clase exige, pues, una recomposición, una reconstrucción; es admisible en términos de una elaboración histórica, no como punto de partida.

El segundo peligro que podemos advertir en un uso acrítico de estas nociones es el del reduccionismo. Para Labrousse, como para Guizot, la lucha de clases es el motor no sólo de la política sino del cam-

---

[12] Las discusiones del coloquio de 1965 sobre la codificación socioprofesional muestran la profundidad de este realismo: hay grupos y son las clasificaciones las que se deben adaptar. Véase *L'Histoire sociale, sources et méthodes.*

[13] Véase mi artículo «Qu'est-il arrivé à la sociologie du travail française?», *Le Mouvement Social*, núm. 171, abril-junio de 1995, págs. 79-95.

[14] Véase A. Desrosières, «Eléments pour l'histoire des nomenclatures socio-professionnelles», en *Pour une histoire de la statistique,* t. I, págs. 155-231. El coloquio de Vaucresson (1976) sobre la historia de la estadística en donde se presentó este texto marca un hito en la evolución de la historia social.

[15] Un precioso ejemplo de la construcción histórica de una categoría social lo podemos hallar en L. Boltanski, *Les Cadres: la formation d'un groupe social,* París, Minuit, 1982.

bio social. Responde a motivaciones transparentes: los grupos sociales luchan por mejorar su posición relativa. Sin embargo, con Labrousse se gana y se pierde en relación con Guizot. Se gana en una consideración más atenta de las realidades económicas, cuyo valor explicativo es evidente. Pero ello a costa de una doble reducción, de lo social a lo económico, y de lo político a lo social. Bajo esta concepción, no hay lugar para los procesos históricos en los que los actores, individuales o colectivos, tomen conciencia, a la vez fundada y sesgada, de las realidades objetivas. Tampoco para que, al hacerlo así, contribuyan a constituir grupos conscientes de sus intereses y de las fronteras cambiantes que les separan de sus aliados y de sus adversarios. Es, pues, una suerte de realismo que presenta como naturales, evidentes, los diversos grupos sociales, quedando ciego ante su construcción histórica y tornándola *cuasi* automática. Sin duda, Labrousse no era consciente de que sus explicaciones descansaban sobre el postulado de que un crecimiento de las rentas supone la satisfacción o la disminución del descontento de los grupos sociales implicados. Este postulado, que es ciertamente robusto y verosímil, a él le parecía evidente, pero nos reserva algunas sorpresas si se le somete a un examen atento: las cosas no son tan simples. Pero esta simplificación no desconcertaba a la historia social labroussiana, puesto que le permitía extraer lo esencial: los conflictos entre los diversos grupos daban una visión a la vez sintética y dinámica de la sociedad.

El paradigma labroussiano habría podido enmendarse para remediar tanto su realismo como su reduccionismo. Pero fue abandonado antes de haber sido corregido. Vale decir, es como si el encanto se hubiese roto, y ese tipo de historia ya sólo perteneciera al pasado.

Paradigma labroussiano y «nueva» historia

En efecto, en lo que a este paradigma respecta, en sus propias ventajas tenía los inconvenientes. Su fuerza explicativa asumía un doble coste, un precio que los historiadores de la época aceptaban pagar pero que parece excesivo a sus sucesores actuales.

En primer lugar, destinada toda ella a descomponer la fuerza de las cosas, esta historia dejaba poco lugar a la libertad de los actores. La intervención de los hombres en la historia quedó reducida a la insignificancia. Las innumerables acciones de los hombres ordinarios son contradictorias entre ellas y se anulan sin producir nada im-

portante[16]. En cuanto a aquellos que creen «hacer la historia», son en realidad víctimas de una ilusión, pues las fuerzas profundas son más fuertes que ellos y son las que deciden. Lo que ocurre *debía* ocurrir. Tal insistencia sobre el carácter necesario, ineluctable, de aquello que acontece en el curso de la historia, ese punto de algún modo *fatalista,* al contrario de lo que ocurre en Aron y Weber, no es exclusivo de Labrousse ni de los historiadores influidos por el marxismo. Lo encontramos en toda historia social: el punto de vista que adopta la conduce a valorar las condiciones y a ignorar los márgenes de acción de los actores. En este sentido, F. Dosse reproduce unas palabras de Braudel que no dejan lugar al equívoco: «Uno no lucha contra una marea equinoccial... No hay nada que hacer frente al peso del pasado, a no ser tomar consciencia.» «Por eso, frente a un hombre, siempre estoy tentado de verlo encerrado en un destino que apenas fabrica»[17]. Nos hallamos en el reino del determinismo, donde la libertad de los actores se desplaza a unos márgenes carentes de importancia y significación.

Contra esta historia de las estructuras sociales, una nueva historia ha vuelto a dignificar un análisis más concreto. «Los hombres no están en las categorías sociales como si fueran canicas dentro de una bolsa, y (...), además, la "bolsa" no tiene más existencia que la que los hombres (los indígenas del pasado y los historiadores de hoy en el caso de la disciplina histórica) le dan contextualmente»[18]. La historia social, pues, se ha vuelto hacia niveles de análisis de mayor amplitud, donde la libertad de los actores reencuentra su lugar. La escala ha cambiado, es la

---

[16] Este punto de vista fue formulado por F. Engels en una carta de 1890 publicada en *Le Devenir Social* (marzo de 1897): «La historia se hace de tal suerte que el resultado final procede siempre del conflicto de muchas voluntades individuales, donde cada una es lo que es a consecuencia de una infinidad de condiciones particulares; hay, pues, innumerables fuerzas que se entrecruzan, un infinito grupo de paralelogramos de fuerzas, de donde surge un resultado —el acontecimiento histórico— que, él mismo, puede ser considerado como el producto de una fuerza activa, en cuanto un todo, *inconscientemente* y sin voluntad. Pues eso que cada uno quiere es contrario para cada uno de los otros, y lo que sucede es algo que nadie ha querido.» La necesidad que despunta a través de todos estos azares es para Engels económica.

[17] *L'Histoire en miettes,* pág. 114 (trad. esp., págs. 120-121). La primera cita procede de la intervención de F. Braudel en la TF1 el 22 de agosto de 1984; la segunda, de *La Méditerranée,* edición de 1976, t. 2, pág. 220. (La traducción de esta última frase en su edición de FCE es mucho mejor: «Por eso, cuando pienso en el hombre individual, siempre tiendo a imaginármelo prisionero de un destino sobre el que apenas puede ejercer algún influjo» [trad. esp., t. II, pág. 795]. *[N. de los T.]).*

[18] B. Lepetit, en *Les Formes de l'expérience,* pág. 13.

hora de la *microstoria*[19]. Ésta toma un campo bastante limitado para poder hacer un escrutinio más pormenorizado, cruzando así gran número de fuentes, analizando las prácticas sociales, las identidades y las relaciones, las trayectorias individuales o familiares, con todo lo que éstas incorporan de representaciones y de valores.

La rehabilitación de los actores habría podido beneficiar a la historia política. El paradigma labroussiano no permitía pensar la especificidad de lo político ni, más en general, la de lo cultural: su reduccionismo le conducía a la ceguera en este punto. Reducir lo político a lo social y lo social a lo económico le impedía comprender que economías semejantes se acomodaran en sociedades muy diferentes, y que sociedades parecidas lo hicieran en regímenes políticos distintos. Por un lado, Labrousse, el Labrousse que se remitía al marxismo ha aplicado en ocasiones de forma simplista, sobre todo por lo que se refiere al siglo XIX, el esquema que hace surgir la crisis social de la crisis económica y la crisis política de la crisis social, sin otorgar importancia al juego de los actores. Pero, por otro, los historiadores de su escuela, incluso los comunistas, han sabido permanecer atentos a los matices y a las especificidades de lo político. Por eso, han evitado por lo general aplicarle una violencia ideológica. Enriquecida más que empobrecida por la historia social labroussiana, la historia política apenas se benefició de su decadencia.

Así pues, son otros los objetos hacia los que vuelven su mirada los historiadores actuales. El paradigma labroussiano se aleja de nuestro horizonte sin que haya sido verdaderamente remplazado, y ello porque nuestros contemporáneos ya no están interesados en las cuestiones que aquél permitía tratar. En esta evolución de los intereses históricos, la relación de la historia con las otras ciencias sociales tuvo mucho peso.

Los *Annales* se beneficiaron de la coyuntura científica de los años 30, 40 y 50 para hacer de la historia la ciencia social integradora. La contestación vino de la etnología, más que de la sociología, de la mano de Lévi-Strauss. Ante ese reto, Braudel reivindicó para la historia el dominio de la larga duración y el de las estructuras, lo cual le permitiría mantener una posición fuerte, dominante, en relación con la cual las otras ciencias sociales aparecerían como ciencias del tiempo corto, del

[19] Prost emplea la voz italiana *(microstoria)* dado que es común atribuir el origen de esa corriente o forma de análisis histórico a ciertos historiadores de aquel país. Véase a este propósito J. Serna y A. Pons, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Madrid, Cátedra-Universitat de València, 2000. *(N. de los T.)*

momento presente. Pero la historia se ha apoderado de sus objetos para tratarlos a su manera. Ese cambio recíproco y simultáneo fue el que preparó el estallido de la historia.

Hoy en día ya no se concibe la historia social si no toma en consideración el universo de las prácticas sociales concretas, las representaciones, las creaciones simbólicas, los ritos, las costumbres, las actitudes ante la vida y la muerte, es decir, si no tiene en cuenta eso que en una época se llamo las «mentalidades», las culturas y las prácticas culturales. Ciertamente, se trata de realidades colectivas que se podrían construir a la manera de un hecho social. Pero eso sólo tendría sentido si quisiéramos compararlas con otros conjuntos a fin de lograr una construcción más ambiciosa. Esos universos perderían así su sabor, su color, su calor humano; tanto su funcionamiento como su organización interna correrían el riesgo de desvanecerse. Ésta es la razón por la que, en la nueva historia, la descripción antropológica triunfa sobre la explicación y el análisis de los funcionamientos sobre la búsqueda y jerarquización de las causas. Las monografías cambian su estatuto: ya no se les exige ser representativas, sino que desvelen el funcionamiento de lo social o lo individual. Dada la divergencia que manifiestan, revelan hasta cierto punto y en negativo las normas implícitas de una sociedad.

Una visión más pesimista y más polémica es la que hace intervenir las demandas de los medios de comunicación y el espíritu de los tiempos que corren[20]. La historia ya no pretende una explicación global de las sociedades y no cultiva los acontecimientos sino objetos dispersos a merced de los humores de cada uno, de las estructuras locales, dotadas de una temporalidad propia, que permiten evadirse de un presente aburrido[21]. La empresa *annalista* y el paradigma labroussiano desembocan de este modo en su negación dialéctica.

François Dosse: El nuevo discurso histórico

¿Qué queda hoy de *Annales?* Un acercamiento superficial podría invitar a pensar en la ausencia de relaciones entre los poderes dominantes, la tecnocracia, la tecnocultura y los historiadores actua-

[20] F. Dosse, *L'Histoire en miettes.*

[21] «Para mí, la historia es, en cierta manera, una forma de evasión del siglo XX. Vivimos una época bastante siniestra», palabras de E. Le Roy Ladurie citadas por F. Dosse, *ibíd.*, pág. 250 (trad. esp., págs. 263-264).

les recogidos en una historia inmóvil y lejana. Nada de eso. El nuevo discurso histórico, como los antiguos, se adapta al poder y a la ideología ambiente. En nuestro mundo moderno, el deseo de cambio se ve rechazado a los márgenes, al *status* de fantasma, de delirio, cuando el cambio es pensado como cualitativo y no como simple transformación cuantitativa, reproducción del presente. El *Annales* de hoy presenta fases de ruptura, revoluciones a la manera de falsas maniobras en el seno de continuidades portadoras de una evolución lineal. En este discurso histórico, la revolución se ha vuelto mitología, y aquel que desease pensar el cambio no encontraría nada que le sirviese en los múltiples y, sin embargo, fecundos trabajos de la escuela de *Annales,* tal como reconoce Jacques Revel. El discurso «annalista» traduce el predominio de los *media,* se adapta a sus normas y presenta una historia que es esencialmente cultural, etnográfica. Se trata de una descripción espectacular de la cultura material en una aproximación neo-romántica en que los locos se condenan con las brujas, en que los márgenes y la periferia sustituyen al centro, en que una nueva estética aporta un revés necesario a la tecnocracia circundante. Esta historia integra los fantasmas y los rechazos para realizar un consenso alrededor de la construcción de nuestra modernidad, y es el historiador el encargado de rastrear todos estos desvíos para devolverlos a un universo compuesto en que cada uno tiene su lugar en un conjunto social sin contradicción.

L'Histoire en miettes, pág. 255 (trad. esp., páginas 268-269).

En efecto, los paradigmas globales, el marxista o el estructuralista, provocan hoy en día una decepción que es acorde con el luto guardado en honor de las grandes esperanzas colectivas y con el individualismo de finales del siglo XX. Esta decepción entraña también la renuncia a poseer un discurso sobre el conjunto de la sociedad y su evolución. En ese sentido, la historia social no ha sido reemplazada: su lugar, el que correspondería a la síntesis, sigue vacante.

El declive de las entidades colectivas

En sucesivas ocasiones hemos señalado el recurso a la personificación de entidades colectivas. En efecto, a lo largo del análisis que acabamos de presentar sobre la historia social, de Guizot a Labrousse, hemos insistido en este hecho. Esta historia construye hechos sociales colectivos hasta cierto punto abstractos, explicables de acuerdo con el

orden de las regularidades constatadas. Pero, para ser comprensible según el orden de los móviles y las intenciones, aplica a los actores colectivos las mismas intenciones, los mismos afectos, la misma psicología que a los individuos. De algún modo, crea individuos colectivos. La clase «piensa», «ve», «detesta», «tiene necesidad de», «siente». Para los lingüistas, pertenece al conjunto de los seres animados que pueden ser sujetos de verbos de acción, de volición, etcétera. Es sobre la transferencia de los esquemas explicativos individuales a los actores colectivos donde descansa la posibilidad de una historia social entendida como historia de los actores colectivos.

Ya hemos advertido más arriba *(supra,* capítulo 6), siguiendo a P. Ricoeur, cómo tal transferencia podía fundarse en la conciencia, característica de los individuos, de un «nosotros» del que reconocen formar parte. Pero eso sólo es válido para los grupos, para las comunidades humanas. Ahora bien, ya se la rechace o se la preconice[22], lo que es un hecho es que la historia social ha llevado la personalización mucho más lejos.

En el caso de Labrousse es el capitalismo el que ataca. Pero, para Febvre, el Franco-Condado era ya «una persona histórica colectiva»[23]. Asimismo, las realidades geográficas son constantemente personificadas por Braudel. El desierto se convierte en un huésped; las montañas se presentan, unas veces como personas incómodas y otras como rostros igualmente incómodos y repelentes. Braudel amó apasionadamente el Mediterráneo, que es un personaje complejo, fuera de serie, un personaje necesitado de saciar su hambre. Por el contrario, el hombre es naturalizado por el recurso a las metáforas animales o vegetales: empuja como una planta vivaz, se dispersa del mismo modo que hacen las abejas cuando la colmena es demasiado numerosa; los pobres son como las orugas o los abejorros[24]. Por otra parte, quizá la reacción de la nueva historia no habría ido tan lejos por la senda del individualismo si la deshumanización de los actores sociales no hubiera sido tan

---

[22] Hay quien aprueba la personalización, mientras otros la condenan, siguiendo la estela de Huizinga, como P. Burke, *New Perspectives,* pág. 235. Como no me sitúo aquí en una perspectiva normativa, no entraré en el debate de lo que habría que hacer en este asunto. Me limito a constatar que los historiadores de las estructuras practican la personalización metafórica.

[23] Véase el Prefacio de su tesis, *Philippe II et la Franche-Comté,* citado por O. Dumoulin, «Comment on inventa les positivistes», en *L'Histoire entre épistémologie et demande sociale,* pág. 88.

[24] Tomo prestado este análisis de P.-A. Rosental, «Métaphore et stratégie épistémologique».

fuerte en sus predecesores. En cualquier caso, la personificación de los actores inanimados es uno de los procedimientos centrales de toda historia social. Para situar en escena el juego de las estructuras, así como para hacer comprender su intervención en el desarrollo de la historia, el historiador personaliza sus objetos.

Cuando la personalización se refiere a colectivos humanos (grupo profesional, clase, nación), no es que no haya riesgo, sino que está limitado: consiste en hacer pasar por «naturales» las entidades en cuestión, olvidando que todas ellas son construcciones humanas y producto de una historia. A fuerza de hablar de burguesía y de Francia olvidamos interrogarnos sobre la forma en que una y otra están constituidas como comunidades en la propia representación de sus miembros. La clase objetivada encubre la clase subjetiva o vivida, así como los medios de su toma de conciencia.

Cuando la personalización se refiere a realidades materiales, por ejemplo las geográficas, o a instituciones o ritos, políticas, prácticas sociales (la fiesta, la escuela, etcétera), esa operación no es más que una metáfora, es decir, una figura de estilo. Seguramente la historia se vuelve más viva, pero ¿es correcta? Seignobos y su escuela condenaban absolutamente las metáforas, «que deslumbran sin iluminar». Su rechazo de la historia como literatura pasaba por rehusar los procedimientos literarios. El precio a pagar por ese rechazo fue inevitablemente el de una escritura un tanto gris.

Los historiadores que lo combatieron, en aras de la ciencia social objetiva y de la vida —uno piensa en los textos de Febvre citados más arriba—, han resuelto el problema empleando las metáforas para dar vida a las entidades sociales. Febvre, Bloch, Labrousse, Braudel fueron, no cabe duda, grandes escritores. No abordamos aquí ningún otro objeto de la historia: ésta no consiste solamente en hechos, preguntas, documentos, temporalidades, conceptualización, comprensión, búsqueda de causas y exploración de estructuras; se compone como una intriga y se escribe con una sucesión de frases, hechas de palabras. Toda historia presenta una dimensión literaria, o lingüística, digamos retórica y relacionada con el lenguaje, que aún nos queda por explorar.

11
Trama y narratividad

Reconocer, como nosotros hemos hecho, que la historia en su totalidad es muestra de un razonamiento natural no está exento de consecuencias.

Por un lado, eso justifica nuestro rechazo de lo exclusivo. Desde el principio, decidimos considerar como historia todas las producciones intelectuales reconocidas históricamente bajo ese término. Dado nuestro escaso aprecio por los manifiestos y menos aún por las requisitorias, hemos escogido una perspectiva analítica y no normativa. Esta posición se fundamenta ahora lógicamente. En efecto, hay un método crítico para establecer, a partir de las fuentes, respuestas fiables a las preguntas que se plantean los historiadores, pero todos lo practican. En cambio, no hemos podido identificar un método histórico cuyo seguimiento permitiera definir, además, la buena historia.

Por otro lado, esa constante reactiva el análisis. Si la historia es una muestra del razonamiento natural, entonces no está sola: la sociología y la antropología recurren a los mismos conceptos ideal-típicos y a las mismas búsquedas de causas y coherencias. Aún más, los periodistas, los habituales de las tertulias, también practican el mismo tipo de razonamiento. ¿Dónde está la diferencia? La diferencia existe, puesto que un libro de historia es inmediatamente reconocido como tal.

Se pueden formular de otro modo tanto la observación como la pregunta. En primer lugar, la observación: es evidente que con métodos diferentes se pueden escribir grandes libros de historia, obras plenas de sentido, que nos iluminen y nos satisfagan enteramente desde

el momento en que aceptamos su tema. Qué mayor diferencia, por ejemplo, que la que existe entre, por un lado, los últimos libros de Jean-Baptiste Duroselle, *La Décadence* y *L'Abîme* y, por otro, *Civilización material, economía y capitalismo: siglos XV-XVIII* de F. Braudel, por tomar obras casi contemporáneas[1]. Por una parte, una historia diplomática que abarca un tiempo corto; por otra, una historia de las estructuras a lo largo de tres largos siglos. Y con todo, esas obras resisten igualmente. Si juzgamos el árbol por sus frutos, a la fuerza habremos de admitir que, si bien son diferentes, esas obras son válidas y plenamente históricas. Y, por otro lado, el lector no se equivoca, pues las reconoce inmediatamente como tales. De ahí que se nos plantee la siguiente cuestión: ¿qué tienen en común, qué es lo que permite designarlas de forma evidente como históricas?

Para responder a esta pregunta debemos cambiar de perspectiva. No vamos a seguir al historiador a lo largo de su investigación para averiguar cómo construye sus hechos y sus interpretaciones. Tal empresa analítica tenía su interés, pero ya nos ha proporcionado lo que podíamos esperar de ella. Por lo demás, y precisamente porque estamos en un universo histórico donde los hechos son indisociables de sus contextos, no nos permite comprender el núcleo del planteamiento histórico.

Del todo a las partes

En efecto, la historia no procede desde las partes al todo. No se construye encajando elementos, llamados hechos, que se explicarían a continuación del mismo modo que si se tratara de un albañil que construye un muro de ladrillos. Las explicaciones no se ensartan como lo hacen las perlas en un collar. Ni los hechos ni las explicaciones le son dadas al historiador de forma aislada, separada, como átomos. La materia histórica jamás se presenta como una serie de pequeñas piedras distintas, sino más bien como una especie de pasta, un conglomerado inicialmente confuso. No hay nada de asombroso en el hecho de que, en el campo de la historia, los lógicos sean incapaces de articular lógicamente las causas y efectos en un sentido estricto: se interrogan sobre

[1] Jean-Baptiste Duroselle, *La Décadence: 1932-1939*, París, Impr. Nationale, 1979; *L'Abîme: 1939-1945*, París, Impr. Nationale, 1982; F. Braudel, *Civilisation matérielle, Économie et Capitalisme, XVe-XVIIIe siècle*, París, Armand Colin, 1979, 3 vols.

la existencia de una relación de causalidad entre cosas que no existen, o que al menos no existen como átomos individualizables.

La pregunta que formulara Weber relativa al papel desempeñado por Bismarck en el desencadenamiento de la guerra de 1866 jamás le ha sido planteada en esos términos a un historiador. Ha sido considerada dentro de variados universos discursivos, en los cursos, en los libros, en aquellos que, por ejemplo, se refieren a la «unidad alemana», o «las relaciones internacionales» o, incluso, a «la vida política en la Europa del siglo XIX». Si el razonamiento de Weber y de Aron sobre este ejemplo resulta pertinente es porque, por otra parte, tiene en cuenta, en torno a los «dos» hechos puestos en relación, la red de hipótesis alternativas, de evoluciones irreales que el historiador construye para sopesar *esta* causa *entre* otras. Eso no impide considerar que el ejemplo, como cualquier otro que pudiera ponerse, sea artificial.

La metáfora artesanal recupera aquí su sentido. A diferencia de la industria, donde las piezas están estandarizadas, el artesano jamás concebirá una pieza independientemente del conjunto al que pertenece[2]. En su banco de trabajo, el historiador es como un ebanista: jamás intentará ensamblar dos pedazos de madera cualesquiera; construye un mueble y por eso elige un tipo de montaje distinto si está acoplando los cajones o si está disponiendo los fondos. Es el todo el que gobierna las partes. Para comprender el planteamiento del historiador, vamos a proceder en adelante desde el todo a las partes. Es decir, vamos a comenzar desde las obras acabadas, considerándolas como textos concluidos y nos interrogaremos, en primer lugar, sobre su composición y, después, sobre su escritura.

Relatos, cuadros, comentarios

Consideremos las estanterías que una librería dedica a la historia: la diversidad de los libros allí reunidos es sorprendente. Para introducir cierto orden en ese conjunto heteróclito, partiremos de criterios externos como puedan ser los títulos o las materias. Eso nos permite distinguir tres tipos distintos: los relatos, los cuadros y los comentarios.

Los relatos se caracterizan por ser un recorrido en el tiempo. Su plan, como su título, es principalmente cronológico. En su forma mínima, parten de un primer elemento, desembocan más tarde en un se-

[2] Es esto lo que da cuenta de los límites del trabajo de equipo en historia.

gundo y explican cómo se ha pasado de uno a otro. En otros términos, para que haya relato se necesitan y basta con dos acontecimientos o situaciones ordenadas en el tiempo. Desde el punto de vista que adoptamos aquí[3], esos rasgos formales son suficientes para definir el relato.

En efecto, el relato puede abarcar periodos de tiempo muy diferentes. La colección «Cent journées qui on fait la France»[4] tenía como objeto los relatos referidos a un día, pero pueden tratar periodos mucho más amplios; un reinado, un siglo, varios, incluso milenios, como esas historias de Francia que se publican periódicamente y que van desde los orígenes a nuestros días. El relato implica una dimensión cronológica, pero se adapta a cualquier cronología.

Del mismo modo, el relato puede referirse a cualquier objeto histórico. Es necesario disipar aquí la confusión a menudo existente entre el relato y la historia episódica o política. En ese sentido, hay algo de abusivo cuando se habla del «retorno del relato»[5]: el relato jamás ha desaparecido y el propio Braudel, que identificaba de buen grado la historia-relato con la historia episódica que él deseaba poner en la picota, acuñó la expresión «narrativo de la coyuntura» para designar aquel relato que él elogiaba. La historia económica como la de las prácticas culturales o la de las representaciones pueden apelar al relato como también podría hacerlo la historia política. En *El territorio del vacío,* por ejemplo, A. Corbin analiza cómo una representación del litoral reemplaza a otra anterior y cuál es el significado de este cambio. Nos hallamos indiscutiblemente en el orden del relato[6]. Por el contrario, como veremos, no es por el hecho de que algunos historiadores retomen temas aparentemente episódicos, como hace G. Duby con *El domingo de Bouvines,* por lo que haya que decir que cultivan el relato.

En fin, el relato no es necesariamente lineal y sería abusivo restringir el género únicamente a aquellos textos que respetan escrupulosamente el orden cronológico. Por un lado, ese respeto es por lo general imposible, incluso en la historia más tradicionalmente episódica y po-

---

[3] Este análisis debe mucho a P. Carrard, *Poetics of the New History*. En el capítulo siguiente nos ocuparemos de aquello que pueda decirse acerca de la oposición clásica entre relato y discurso.

[4] Esta colección pertenece a Gallimard y en ella se publicó, por ejemplo, *Le Dimanche de Bouvines: 27 juillet 1214* en 1973. Ahora bien, el título exacto de la colección no es «Cent journées qui on fait la France», sino «Trente journées qui ont fait la France». *(N. de los T.)*

[5] Véase Lawrence Stone, «Retour au récit».

[6] A. Corbin, *Le Territoire du vide. L'Occidente et le desir du rivage 1750-1840,* París, Aubier, 1988.

lítica. Imaginemos, por ejemplo, un relato sobre el 13 de mayo de 1958: si queremos ser claros, no iremos incesantemente de París a Argel y a la inversa, sino que, dentro de un marco global cronológico, describiremos sucesivamente secuencias argelinas y secuencias parisinas paralelas, algo que parecería incomprensible si presentáramos ambas entrecruzadas. Por otro, el relato adopta múltiples procedimientos literarios que permiten una exposición más viva, incluso más significativa.

El relato conviene a la explicación de los cambios («¿por qué ocurrió?»). Naturalmente, implica buscar las causas y las intenciones. Pero no es la única forma de exposición histórica. En otros libros se recurre a descripciones situadas en el tiempo y en el espacio. Yo las llamo, por convención, los cuadros.

El cuadro es el modo de exposición histórica que pone de relieve las coherencias, el *Zusammenhang*. Responde a la siguiente pregunta: «¿Cómo ocurrieron las cosas?» Es obvio que está situada en el tiempo, en ocasiones en un tiempo muy largo: la historia inmóvil permite los cuadros pluriseculares. El cuadro no está centrado sobre el cambio, sino sobre las particularidades de su objeto y sobre aquello que asegura su unidad; conecta una pluralidad de hechos contemporáneos y construye de ese modo una totalidad, un conjunto donde las cosas «se tienen unas a otras», «van juntas».

Más aún que el relato, el cuadro se asocia necesariamente a un tipo de objeto histórico. Como es natural, se adapta a la presentación de una sociedad dada o de un grupo social preciso en un momento determinado de la historia: así ocurre con *La sociedad feudal* de M. Bloch[7]. Pero también la historia cultural requiere en ocasiones de este modelo. El *Rabelais* de L. Febvre[8] no es un relato, una biografía que siga al héroe desde su nacimiento hasta su muerte, sino un cuadro descriptivo del *utillaje mental* del siglo XVI.

Se pueden dedicar los cuadros a acontecimientos, incluso a los más episódicos, como las batallas. Todo depende de la pregunta que se privilegie. En *El domingo de Bouvines*[9], G. Duby sólo consagra la primera parte al relato de la batalla. La segunda, la más extensa, toma dicha contienda como punto de partida para plantear las cuestiones que es-

---

[7] M. Bloch, *La Société féodale*, París, Albin Michel, t. 1; *La Formation des liens de dépendance*, 1939, t. 2; *Les Classes et le Gouvernement des hommes*, 1940.

[8] L. Febvre, *Le Problème de l'incroyance au XVIe siècle: la religion de Rabelais*, París, Albin Michel, 1942.

[9] G. Duby, *Le Dimanche de Bouvines: 27 juillet 1214*, París, Gallimard, 1973.

capan al relato: ¿qué es lo que eran, a principios del siglo XIII, la guerra, la batalla o la paz? La batalla deviene así una suerte de «desnarrativización»[10]. El cuadro triunfa sobre el relato.

El comentario es más inusual. Aborda su tema a partir de las interpretaciones propuestas por los historiadores o por los contemporáneos. Se trata de un ensayo sobre otros textos situados en sus contextos. Un ejemplo podría ser el libro de François Furet, *Pensar la revolución francesa*, o la emisión televisiva de M. Ferro, *Histoire parallèle*, que se dedica a tratar las distintas formas de presentar la guerra que simultáneamente ofrecieron las actualidades cinematográficas de los diversos países beligerantes. Este género histórico es aún poco frecuente, y por eso no nos demoraremos en su análisis.

Como es evidente, los relatos comportan cuadros y éstos, a su vez, relatos. Dentro de *El domingo de Bouvines* podemos hallar un relato de la batalla, así como de otras secuencias episódicas. Del mismo modo, en *La sociedad feudal* se incluyen numerosos relatos que explican cómo se han situado los diferentes elementos de la estructura: las técnicas militares asociadas al uso de la lanza o el ritual de la lealtad. A la inversa, los relatos incorporan secuencias descriptivas y estructurales. Algunos describen incluso la evolución de las estructuras o de las configuraciones coherentes que deben comenzar por describir. En un nivel más profundo, la explicación causal del relato recurre a regularidades que dependen de las estructuras, mientras que la descripción de estas últimas recurre a la personalización que las transforma en actores de relatos de signo distinto. Ambas categorías se distinguen sin ser excluyentes.

Eso nos permite comprender la existencia de formas mixtas, más complejas. La primera yuxtapone partes de cuadro y partes de relato. La tesis labroussiana comienza por lo general con una o dos partes dedicadas a las estructuras geográficas, demográficas y económicas: es un cuadro. A continuación, se detiene primero en el análisis de la coyuntura económica y luego en la vida política, de modo que entonces se impone el relato[11].

---

[10] Este ejemplo es importante pues, precisamente, lo aporta L. Stone en apoyo de su tesis de retorno al relato. P. Carrard tiene toda la razón en su análisis, *Poetics of the New History*, págs. 64-65.

[11] Lo contrario también es posible. Si tomo mi propia tesis, la primera parte, titulada «Historia», es un relato. Las dos siguientes, tituladas respectivamente «Sociología» y «Mentalidades e ideologías», son cuadros. Véase A. Prost, *Les Anciens Combattants et la Société française, 1914-1939*, París, Presses de la FNSP, 1977, 3 vols.

La segunda de estas formas complejas es la del relato por escenas sucesivas, por etapas[12]. Un buen ejemplo es el libro de Philippe Ariès, *La muerte en Occidente*[13], que se articula en cuatro capítulos sucesivos dedicados cada uno a la muerte en una época determinada: «La muerte amaestrada» cubre un tiempo largo, desde la Edad Media al siglo XVIII, «La muerte propia» concierne a la segunda Edad Media, «La muerte ajena» comienza en el siglo XVIII y da paso a «La muerte prohibida». Esa fórmula se adapta bien al relato, puesto que pasamos de una situación a otra y, además, el plan de la obra es cronológico. Pero es un relato sin acontecimientos, de ritmo muy lento. En cada configuración, se analizan las coherencias y podríamos decir que Ariès presenta cuatro cuadros sucesivos. Sin embargo, los rasgos que caracterizan a cada época son pertinentes en relación con las configuraciones que la preceden y que la siguen, aunque es el análisis global del cambio de las actitudes ante la muerte hasta nuestros días lo que orienta y estructura la descripción. En este caso, el relato organiza los cuadros.

La historia como despliegue de una intriga

Que una historia sea un relato, un cuadro o una forma mixta, no impide que en todos los casos sea un texto cerrado, un elemento arbitrariamente recortado dentro del conjunto indefinido de ese *continuum* ilimitado que es la historia. Toda empresa histórica se define por un cierre.

Como hemos visto más arriba, la historia parte de una pregunta. No basta con mostrar el arraigo social, científico y personal de las preguntas y comprender que cada una de ellas puede devenir histórica, sino que deben estar acompañadas de una idea, cuanto menos aproximada, de los documentos que permitirán responderla, así como de los planteamientos a seguir para lograrlo. Así pues, todavía necesitamos distinguir entre las preguntas que conducen a construir hechos y aquellas que apelan a una intriga.

En efecto, no es lo mismo interrogarse por si hubo sabotaje en las fábricas durante *la drôle de guerre*[14] o preguntarse por qué Francia se

---

[12] «Stage narratives», las llama P. Carrard.

[13] P. Ariès, *Essais sur l'histoire de la mort en Occident du Moyen Age à nos jours,* París, Seuil, 1975.

[14] Se llama *la drôle de guerre* al periodo que precede a la invasión alemana en Francia, Bélgica y los Países Bajos, comprendido entre septiembre de 1939 a mayo de 1940. *(N. de los T.)*

descompuso en 1940. La primera cuestión es inmediatamente operativa: sé dónde están los archivos en los que hallaré la respuesta[15], de modo que el problema es puramente factual. La segunda, mucho más ambiciosa, no es operativa como tal; para tratarla, necesito una elaboración compleja que me permita extraer las cuestiones del primer tipo: definir los planos sucesivos de análisis y las cuestiones subordinadas que se plantean (la del sabotaje puede resultar pertinente), definir un periodo (¿a qué fecha me remontaré?) y un territorio (¿qué haré con las colonias?). Todo ese trabajo de construcción del objeto histórico, que está en el centro de las discusiones entre directores de tesis y tesinas a la hora de iniciar las investigaciones, es determinante. La obra histórica se constituye en primer lugar partiendo de la delimitación de su objeto.

Así pues, todo puede ser tratado por la historia: los objetos materiales, los grupos sociales, las instituciones, los símbolos, las técnicas, las producciones agrarias o industriales, los intercambios, los territorios, las artes, etcétera. Y no es que quiera exagerar: cualquier catálogo de librero o el tablón de anuncios de las defensas de tesis son inventarios más surrealistas que los del propio Prévert. Y si no, véase la relación: la alimentación, las enfermedades, el crecimiento, la contracepción, la prostitución, la fiesta, la familia y sus múltiples declinaciones, el folklore, la sociabilidad, la alfabetización, la descristianización, y todo ello con las consiguientes especificaciones referidas al tiempo y al lugar. También están los campesinos de aquí y los burgueses de más allá, las fortunas, las ciudades, los obreros, las huelgas, las campanas, la pesca con caña. Asimismo, las técnicas, las ciencias, los libros, los periódicos, las revistas, las mil formas del arte. Reto a que alguien imagine un tema cuya historia esté aún por hacer.

Ahora bien, el historiador no puede hacer la historia de todo: debe escoger. Elección en parte arbitraria, pues todo está dentro del *continuum* de la historia y no es ni principio ni fin absoluto. Pero elección ineludible, pues, de lo contrario, la historia se disuelve.

Pues bien, el concepto de intriga da cuenta de este cierre y de esta organización del texto histórico en torno a la pregunta que lo estructura. Por lo demás, el concepto se toma prestado de P. Veyne y H. White, aunque, por otra parte, no tiene el mismo sentido en uno y otro. Dejando de lado por un instante la cuestión de su validez para los cua-

---

[15] En este caso la respuesta es negativa. Véase J.-L. Crémieux-Brilhac, *Les Français de l'an quarante,* París, Gallimard, 1990, 2 vols.

dros, nosotros lo utilizaremos con el fin de mostrar cómo la perspectiva global del libro acabado es a la vez el principio de construcción y de explicación de la historia.

La intriga histórica

La intriga como configuración

Para un historiador, definir una intriga es ante todo configurar su tema. Jamás se lo encuentra todo hecho, sino que lo construye, le da forma a través de un acto inaugural y constitutivo que podemos designar como trama *(emplotment* en la literatura americana)[16].

La trama comienza con la demarcación del objeto, la identificación de un principio y un final. La elección de los límites cronológicos no es la delimitación del campo que se quisiera labrar, sino la definición de la evolución que se quiere explicar y, en consecuencia, de la cuestión a la que se va a dar respuesta. El despliegue de la intriga decide de entrada el sentido de la historia. No es lo mismo hacer un relato de la guerra de 1914 que comience en 1871 y termine en 1933, que si lo iniciamos en 1914 y lo finalizamos con los tratados de 1919. De

[16] En este capítulo, el autor emplea en francés dos expresiones que son las de *intrigue* y de *mise en intrigue,* y esta última la asocia al término inglés de *emplotment.* ¿Cuál es su traducción correcta? ¿Cómo se han traducido en otras obras históricas de autores que él cita? La versión castellana ha sido generalmente la de *trama* y es en ese sentido en el que Prost lo emplea para hablar de la construcción de la obra histórica. Sin embargo, Prost distingue entre *trama (mise en intrigue, emplotment),* la acción de organizar el relato, e *intriga* a secas *(intrigue),* que es su resultado, una historia que se puede resumir en unas pocas líneas. En el diccionario de la RAE, intriga es la disposición interna, contextura, ligazón entre las partes de un asunto u otra cosa, y en especial el enredo de una obra dramática o novelesca; y por trama se entiende enredo, embrollo. Es decir, que no se distingue claramente una cosa de la otra. Sin embargo, en los estudios de narratología —y en éstos se funda en parte Prost— se distingue con mayor precisión. Por ejemplo, en el diccionario de Marchese y Forradellas, «intriga» es el conjunto de acontecimientos de una historia, es decir, se presenta como sinónimo de suspense, de aquello que motiva la atención o el interés del lector o espectador (por ej.: una intriga policial); en ese mismo diccionario, la voz «trama» es definida a partir del formalismo ruso (y, por tanto, trama equivale a la disposición de los motivos narrativos de una fábula o historia externa). Véase A. Marchese, y J. Forradellas, *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria,* Barcelona, Ariel, 1997. La fuente de esta distinción es la de la *Teoría de la literatura* (Madrid, Akal, 1982), de Boris Tomachevski. Por último, cabe indicar que Prost emplea también el término *trame* y que, en este caso, lo hemos traducido como *urdimbre* para que no se preste a confusión con el término filológico. *(N. de los T.)*

igual modo, si hacemos la historia del matrimonio en Francia desde principios de siglo hasta los años 60, lo que proponemos es plantear la cuestión del paso del matrimonio controlado por las familias (pero ¿lo estaba completa y generalmente? y ¿cómo lo estaba?) al matrimonio por amor. Si llegáramos hasta los años 90, entonces haríamos la historia de la crisis de una institución. El corte cronológico es también una decisión interpretativa. Cuando F. Furet elige insertar la historia de la Revolución francesa dentro de un siglo largo, de 1770 a 1880[17], es para proponer otra visión.

La trama se refiere también a los personajes y a las escenas, supone una elección de actores y de episodios. Toda historia comporta, de forma implícita, una lista de personajes y una serie de decorados. Por continuar con el ejemplo de la guerra de 1914, no construiremos la misma intriga si tenemos en cuenta la retaguardia, las mujeres, los viejos y los niños, que si nos limitamos a los soldados. De igual modo, la intriga de los generales no es la misma que la que los soldados. Es decir, la historia toma un sentido diferente si se decide visitar los hospitales y los cementerios o si se limita a las trincheras y a los ministerios.

La trama supone también el nivel en el que se sitúa el historiador: puede contemplar una intriga más o menos de cerca. Hasta cierto punto, debe elegir la distancia focal y el poder de definición de su lente. En efecto, toda historia siempre puede contarse añadiendo más o menos detalles, siempre puede ser recontada de otra manera: ya sea añadiendo precisiones, alargando o recortando la escena e incluso recurriendo a protagonistas suplementarios. En ese sentido, «el discurso narrativo (...) es *intrínsecamente incompleto,* ya que toda frase narrativa está sujeta a revisión por un historiador posterior»[18]. O, retomando la metáfora geográfica de P. Veyne, no basta con decir que el historiador jamás elabora un plano completo de los acontecimientos, contentándose con el de sus itinerarios, sino que debemos añadir que escoge la escala.

La construcción de la intriga es el acto fundador por el cual el historiador recorta un objeto particular dentro de la urdimbre episódica e infinita que es la historia. Pero esa elección tiene mayores implicaciones, constituye los hechos como tales.

El hecho aislado no existe. Es al estudiarlo cuando lo aislamos, a la vez que lo construimos como hecho particular, bajo un aspecto concreto. El acontecimiento no es un lugar que uno va a visitar, sino que

---

[17] F. Furet, *La Révolution: de Turgot à Jules Ferry (1770-1880),* París, Hachette, 1988.

[18] Véase A. Danto citado por P. Ricoeur, *Temps et Récit,* I, pág. 254 (trad. esp., pág. 248).

es una encrucijada de diversos itinerarios posibles, de modo que se lo puede abordar bajo distintos aspectos, dándole una importancia variable. El mismo hecho, tomado desde intrigas diferentes, cambia de valor, de significación y de importancia. P. Veyne toma el ejemplo de la guerra de 1914. Si me decanto por una historia militar de la guerra, entonces seguramente Verdún será un acontecimiento capital, pero está dentro la serie de batallas que incluye las del Marne y Champagne en 1915, Somme y Chemin de Dames, y es testimonio de los atolladeros a los que conduce una estrategia. Bajo esta perspectiva, la gripe española es una peripecia marginal. Por el contrario, se convertiría en un hecho capital si hiciéramos una historia demográfica de la guerra; el acento se pondría entonces en sus vínculos con la guerra, y Verdún sólo aparecería por las pérdidas que produjo, menores en total a las que supusieron Charleroi y Marne. En una historia social y política de la guerra, Verdún pasaría a primer plano: el valor simbólico que inmediatamente asociamos a la ciudad, su defensa sobre el flanco derecho impuesta por los políticos a los militares, el lugar que la batalla ocupa dentro de la opinión pública, la *noria*[19] que una y otra vez ha conducido a todos los ejércitos franceses a ese frente de modo que ninguna otra batalla de la guerra ha sido vivida por tantos veteranos, confieren a este acontecimiento una importancia decisiva. La selección del hecho, su construcción, los aspectos que delimita, la importancia que se le concede, dependen de la intriga elegida. El acontecimiento, dice P. Ricoeur, es una variable de la intriga.

Así pues, la trama configura la obra histórica y decide incluso su organización interna. Los elementos escogidos son integrados dentro de un escenario, a través de una serie de episodios o secuencias cuidadosamente dispuestos. La disposición cronológica es lo más simple, pero nada es indispensable. Puede complicarse con el recurso al *flashback* o jugar con la pluralidad de tiempos y proceder a una investigación sucesiva de los diversos dominios que reúne, así como ofrecer una panorámica que capte los diversos protagonistas y las diferentes escenas. Una historia de la guerra de 1914 puede muy bien, por ejemplo, tratar sucesivamente los ejércitos y la retaguardia, evaluar las fuerzas presentes, las concepciones estratégicas, la moral de los soldados, para interesarse después por la economía de guerra, los suministros, las familias, la cultura de guerra. En uno u otro momento deberemos anudar esa

[19] *Noria.* Aunque el término existe en francés, Prost lo pone en cursiva puesto que proviene claramente del español, a su vez originario del árabe. *(N. de los T.)*

gavilla y mostrar la convergencia o los conflictos entre esos diversos elementos, así como conectarlos con las peripecias de la política interior, de la diplomacia y de la suerte de las batallas. Eso no es más que un escenario, una intriga entre otras posibles.

La intriga y la explicación narrativa

En la definición de la obra histórica como intriga, la configuración supone la explicación. Debemos distinguir aquí entre relatos y cuadros.

En el caso de los primeros, es evidente que la historia es una intriga en el sentido literario del término: el de las novelas, las piezas teatrales y las películas. Podemos seguir aquí a P. Veyne, quien, llevado por el rechazo al cientifismo cuantitativo, sostiene que toda historia es un relato episódico.

PAUL VEYNE: LA HISTORIA ES UN RELATO DE ACONTECIMIENTOS VERDADEROS

La historia es relato de acontecimientos, y todo lo demás se sigue de esto. Dado que no es más que un relato, no nos hace revivir nada, como tampoco lo hace la novela. El relato que surge de la pluma del historiador no es lo que vivieron sus protagonistas, es sólo una narración, lo cual permite ya eliminar algunos falsos problemas. De la misma forma que la novela, la historia selecciona, simplifica, organiza, resume un siglo en un página, y esta síntesis del relato no es menos espontánea que la de nuestra memoria en el momento en que evocamos los diez últimos años de nuestra vida (...).

Un acontecimiento se destaca sobre un fondo uniforme; constituye una diferencia, algo que no podíamos conocer a priori: la historia es una musa, hija de la Memoria. Los hombres nacen, comen y mueren, pero solamente la historia puede hablarnos de sus imperios y sus guerras. Son crueles y están instalados en la cotidianidad, y no son ni completamente buenos ni completamente malos, pero la historia nos dirá si en determinada época preferían seguir ganando dinero ilimitadamente o retirarse después de hacer fortuna, o de qué manera percibían o clasificaban los colores (...).

La historia es anecdótica. Nos interesa porque relata, como la novela, y únicamente se distingue de ésta en un punto esencial. Supongamos que me relatan una revuelta y que yo sé que, en este caso, el relato es histórico y que tal revuelta ocurrió realmente; los escu-

charé como si hubiera ocurrido en un momento determinado y en cierto pueblo; mi héroe será ese antiguo país del que un minuto antes no tenía la menor noticia y ese pueblo se convertirá en el centro del relato, o mejor, en su soporte imprescindible. Esto es lo que hace también cualquier lector de novelas. Pero en este caso la novela es cierta y esto la exime de cautivar nuestra atención: la historia de la revuelta puede permitirse aburrirnos sin que por ello pierda valor.

Comment on écrit l'histoire, págs. 14-15 y 22 (trad. esp., págs. 14-15 y 19).

La historia cuenta, y es contando como explica. Retomemos el ejemplo del accidente de circulación fijándonos en el testigo que acude al agente de policía y le dice: «Voy a explicarle...» ¿Qué hacemos en la vida cotidiana cuando nos disponemos a «explicar»? Contamos. Decir de un relato que es explicativo es un pleonasmo. Se puede disociar el relato del aparato documental sobre el que se basa y de las pruebas que avanza, pero no podemos aislar el vínculo explicativo que establece entre los acontecimientos y aquello que lo constituye precisamente en relato, algo diferente de una relación de hechos, incluso aunque estén dispuestos en un orden cronológico. Contar es explicar. «Explicar por qué algo ocurrió y describir lo que ocurrió coinciden. Una narración que no consigue explicar, nada tiene de narración; una narración que explica es una narración pura y simple»[20]. Se trata, por otro lado, de algo que nos han enseñado nuestros maestros: Guy-P. Palmade, que preparó para la agregación a varias generaciones de normalistas, no aceptaba que disociaran la exposición de los hechos de su explicación; en historia, decía, la explicación debe nacer de la exposición misma de los hechos.

Si la explicación es indisociable del relato es porque aquélla está en los propios hechos. Éstos se presentan con su explicación. P. Veyne lo expuso con claridad: los hechos tienen conexiones objetivas. «Los hechos poseen una organización natural, que le es dada al historiador una vez que ha escogido el objeto de su investigación y que, además, es inalterable. La labor histórica consiste, precisamente, en *reconocer* esa organización»[21].

Esta explicación narrativa no va más allá de lo que dicta la sensatez. P. Veyne lo formuló con tino:

---

[20] P. Ricoeur, *ibíd.*, pág. 264 (trad. esp., págs. 253-254).

[21] P. Veyne, *Comment on écrit l'histoire,* pág. 45 (trad. esp., pág. 33).

> El rey hizo la guerra y fue vencido. En efecto, son cosas que pasan. Profundicemos en la explicación: el rey emprendió la guerra por deseo de gloria, que es algo muy natural, y fue vencido a causa de su inferioridad numérica, pues, salvo excepciones, es normal que un ejército pequeño retroceda ante uno mayor. La historia no supera nunca este nivel de explicación elemental; sigue siendo fundamentalmente un relato y lo que denominamos explicación no es más que la forma en que se organiza el relato en una trama comprensible[22].

Nos volvemos a encontrar aquí con lo que ya habíamos adelantado más arriba sobre la continuidad que se da entre los esquemas explicativos que empleamos en la vida cotidiana y los que utilizamos en la historia, o sobre el razonamiento natural. Entre el relato de las acciones que vivimos y el de la historia la continuidad es evidente. Desde el punto de vista lingüístico, por ejemplo, uno y otro se distinguen por la importancia que en ellos tienen los verbos de proyección y de acción.

Sin embargo, la narración se diferencia del relato contemporáneo de la acción por tres rasgos[23]. En primer lugar, el narrador no es ni el protagonista ni el espectador inmediato de la acción, es posterior y conoce el desenlace. No describe la acción como lo haría el comentarista radiofónico que retransmite un encuentro deportivo, sino que la narra, pues está separado por un intervalo de tiempo inscrito en la urdimbre misma de sus enunciados. Tomemos, por ejemplo, la frase narrativa: «En 1717 nació el autor de *El sobrino de Rameau*»[24]. Hay tres posiciones temporales implicadas en ese enunciado. Ante todo, la que corresponde a la fecha de 1717, aunque no sepamos todavía que el niño que acaba de nacer escribirá un día un libro. Al decir «el autor de...», el narrador atestigua su conocimiento de la historia posterior y apunta una segunda posición temporal. Pero, para saber que *El sobrino de Rameau* es un libro importante, algo por lo que la fecha de nacimiento de su autor merece ser destacada, es necesario situarse después de su publicación: tercera posición temporal. La temporalidad de los enunciados narrativos los separa claramente de las descripciones de acciones.

---

[22] *Ibíd.*, pág. 111 (trad. esp., pág. 67).

[23] Como indicábamos en la nota 16, también en este caso puede haber lugar a confusión con el intercambio lingüístico entre *récit* y *narration*, aunque ese posible malentendido sea menos problemático. El término *récit*, que debemos traducir como relato, que es lo que propiamente significa, en ocasiones ha sido vertido en otros libros citados por Prost con su sinónimo de narración. Baste como ejemplo el libro de Paul Ricoeur, *Tiempo y narración. (N. de los T.)*

[24] El ejemplo está tomado de A. Danto, *Analytical Philosophy of History*, pág. 18.

Segundo rasgo: la narración implica el conocimiento previo del desarrollo y el desenlace de la intriga; no los descubre poco a poco. Por eso, está atenta a las divergencias entre los proyectos y los resultados (explicación por las causas y las intenciones), o entre la situación observada y aquella que las regularidades permiten esperar (fuerzas o límites estructurales): lo que acontece es o no lo que estaba previsto, o aquello que era previsible. Para P. Veyne, la historia es conocimiento de lo «específico», es decir, no de aquello que no ocurre más que una vez, del acontecimiento o del individuo en su unicidad, sino de aquello que los hace inteligibles y que les da sentido e interés para el historiador. Es por su propia repetición por lo que las crisis cerealícolas del Antiguo Régimen son significativas. Otros hablarán de la historia como conocimiento de las diferencias. Pero P. Veyne tiene razón al observarlo, pues quizá no haya expresión más característica de la actitud del historiador que la de decir: «Esto es interesante.»

De ahí se sigue un tercer rasgo: la descripción narrativa se construye como una argumentación. Dado que, a diferencia del protagonista, el narrador conoce las peripecias y el desenlace y, además, concede gran atención a lo que los sociólogos denominan efectos «perversos», es decir, a los efectos no deseados ni previstos por los actores —y la historia está llena—, eso le permite conducir su relato con paso irregular, como el guía que acompaña a los turistas a visitar una ciudad. En ocasiones, pasa rápidamente y resume en una página todo un siglo o un año —dependiendo de la escala elegida— puesto que no ocurre nada interesante: todo se desarrolla como estaba previsto... A veces, por el contrario, se detiene en los detalles: es cuando el acontecimiento parece despistarnos y reclama explicaciones o cuando el historiador que nos ha precedido ha dado a ese episodio una interpretación que rechazamos. La narración supone elipsis, pero también, por el contrario, que la imagen se ofrezca en primeros planos.

Así, el relato está constituido por unidades que no tienen el mismo ritmo ni la misma escala: articula constantes regulares y secuencias episódicas, toda suerte de elementos de prueba al servicio de la argumentación. El narrador interrumpe el hilo del relato para dar explicaciones: puede indicar entonces sobre qué regularidades se apoya, recapitular las causas y las condiciones que acaba de analizar, para jerarquizarlas, establecer una comparación diacrónica y evocar, por ejemplo, el derecho chino para iluminar un aspecto del derecho romano. En cuanto argumentación, la narración no repara en medios con tal de que le ayuden a alcanzar su objetivo.

Es necesario distinguir aquí entre el argumento y su prueba. La explicación histórica supone pruebas, pero no han de confundirse con los argumentos que despliegan. Algunos abogados nos lo hacen observar cuando al preparar sus alegatos abren una carpeta para cada argumento e introducen en su interior los elementos, artículos de leyes, deposiciones de testigos, hechos materiales probados, que después invocarán en apoyo de su tesis. La distinción es importante, puesto que implica que la naturaleza de la prueba no determina lógicamente la de la explicación histórica. La cuantificación y la estadística, por ejemplo, constituyen un dispositivo de prueba más vigoroso, pero sin que modifiquen la naturaleza, histórica, de la argumentación.

La explicación narrativa y los cuadros

Lo que acabamos de decir de la intriga es válido para los relatos. Pero ¿puede hacerse extensivo a los cuadros? ¿Se puede hablar de intriga desde el momento en que, en función de una pregunta, el autor delimita un campo de investigación, organiza sus centros de interés y explica cómo «encajan» las cosas que estudia?

Para mostrar que toda historia comporta una dimensión narrativa, P. Ricoeur toma el ejemplo del *Mediterráneo* «casi» inmóvil de Braudel. En realidad, no está fuera del tiempo y, por tanto, se transforma, insensible pero irremediablemente. Es un espacio atravesado por enfrentamientos y cambios. De hecho, el libro presenta tres intrigas encajadas dentro de otra más grande. No es que haya una intriga política en la tercera parte, una *cuasi* intriga de la coyuntura en la segunda y un cuadro estadístico en la primera. Tenemos, por un lado, el mar interior, surcado por navíos con técnicas experimentadas, con sus puertos hacia los que se dirigen caravanas y convoyes, es decir, un espacio trabajado, zonificado, cercado por los hombres, un espacio vivo hasta cierto punto, donde no cesan de «pasar» cosas y que, como tal, demanda una narración. Por otro, los tres niveles del libro componen, en su imbricación, la gran intriga del declive del Mediterráneo como teatro privilegiado de la historia mundial. Es el héroe de la historia. El fin de la intriga es el del enfrentamiento de dos grandes imperios que compartían ese espacio, el otomano y el español, y el desplazamiento de los centros de gravedad económicos y políticos hacia el Atlántico y el norte de Europa. Nada comprenderíamos en relación con el desenlace si no integráramos las tres partes del libro en el interior de esa gran intriga.

La conclusión epistemológica deviene entonces fundada: como el objeto construido por el historiador es dinámico, hay una intriga, incluso cronológica, en el sentido mismo de la descripción de una estructura. Toda historia es narrativa puesto que siempre incluye el cambio.

Con todo, este argumento deja fuera de la intriga aquello que caracteriza al cuadro como tal: su vertiente sincrónica, esa que nosotros hemos designado con el término de *Zusammenhang*. Aun a riesgo de debilitar la noción de narratividad y de reducirla a las múltiples temporalidades que incluye en sus propios enunciados («En 1717 nació el autor de *El sobrino de Rameau*»), podemos hablar de narratividad en la explicación de las estructuras: describir una coherencia o analizar una estructura suponen una intriga. En el cine, no sólo las películas se construyen en torno a una intriga, también lo hacen los documentales.

Hay dos argumentos que abundan en ese aspecto. El primero es el de la común pertenencia de la explicación diacrónica y de la sincrónica al mismo espacio de razonamiento natural. Para hacer comprender la explicación causal habíamos puesto el ejemplo de un accidente de circulación. Como muestra de explicación de una estructura concreta en su contexto, yo tomaría ahora el caso de una familia numerosa que «se explicase» ante el amigo que ha llegado a su casa para pasar unos días. Para hacerle comprender «quién es quién», le han de describir a los tíos, los sobrinos, los afines, las estructuras de parentesco o de alianza, así como los múltiples caracteres de cada uno: oficio, dichas y desdichas, etcétera. El objetivo es el de permitirle que «se encuentre» dentro de esa red familiar como en su propia casa.

Una descripción de este tipo pone en marcha las mismas alternativas que hay en un relato. Las cuestiones planteadas son ciertamente diferentes, pero encontramos la misma delimitación, en este caso más territorial o sectorial que cronológico, la misma selección de personajes —en sentido amplio— y de nivel de análisis. En la presentación de una familia, se descuidan por lo general los parientes que el amigo jamás verá o aquellos con los que ya no se mantienen relaciones, como, por ejemplo, la tía que está peleada con todo el mundo; pero también es posible que uno hable de ella para destacar mejor los lazos mantenidos con los primos. De igual modo, nos chocaría que un documental geográfico siguiera el orden alfabético de las localidades en cuestión: exigimos un hilo conductor más inteligente, que le dé un sentido, que permita jerarquizar las secuencias elegidas y que estructure su montaje. En una palabra, una intriga.

El segundo argumento consiste en prolongar el análisis de P. Ricoeur extrayendo la dimensión narrativa de la obra en todo cuadro en cuanto cuadro. Como ocurre con el relato, el cuadro está siempre delimitado y estructurado por las preguntas y, entre ellas, figura siempre la del cambio en el tiempo. Eso mismo se puede observar perfectamente en la vida corriente. Cuando un abuelo «explica» a sus nietos cómo era su ciudad antes de la guerra, les está diciendo todo lo que ha cambiado desde entonces: su cuadro está construido a partir de la diferencia entre el ayer y el hoy. El historiador no opera de forma muy distinta a como lo hace el abuelo. Leamos *Le Village immobile*[25]: el libro no define un lugar del que se haría el inventario, plantea la cuestión de la permanencia de las estructuras sociales, culturales y religiosas que hacen que aquel pueblo del siglo XVIII sea distinto del que, con el mismo nombre, existe hoy en día. El historiador puede escoger otros puntos de comparación, históricamente datados, diferentes de la referencia implícita al presente. Un cuadro de Francia en vísperas de la Revolución estaría presidido por la Revolución incluso si no hablara de ella, puesto que plantearía la doble pregunta sobre las causas y los cambios subsiguientes. Pero, si no hay un punto de comparación diacrónica, el análisis sincrónico es imposible: la especificidad de la realidad, lo que hace que su estudio sea interesante, se desvanece. No hay cuadro histórico posible sin temporalidad: la intriga mínima del cuadro es el tránsito del pasado al presente.

La intriga como síntesis

La síntesis discursiva

En el punto en el que nos hallamos, la oposición entre acontecimiento y estructura se ha desplazado. Uno y otra ya no aparecen asociados a esos dos órdenes de fenómenos, lo político, por un lado, y lo económico y lo social, por el otro, que regirían dos diferentes modelos de exposición. Más bien sucede al contrario: acontecimiento es todo aquello que ocurre, todo aquello que cambia, sea cual sea el plano de realidad al que nos estemos refiriendo. El relato construye el acontecimiento para responder a la pregunta ¿qué ocurrió? El cuadro construye la estructura para contestar a otra, en este caso ¿cómo fueron las co-

[25] Gérard Bouchard, *Le Village immobile, Sennely en Sologne au XVIIIe siècle,* París, Plon, 1971.

sas? Así, el historiador puede reconstruir el mismo dato factual bien como acontecimiento bien como elemento de una estructura según el tipo de intriga que haya escogido: ya lo hemos visto con la batalla de Bouvines.

Puede, pues, predominar la búsqueda de sucesiones diacrónicas o de coherencias sincrónicas, y puede que relatos y cuadros se entremezclen, pero en ambos casos se trata de una historia configurada. Es decir, está a un tiempo definida, modelada y estructurada por una intriga que comporta una dimensión temporal irreductible. En última instancia, el relato va por delante del cuadro o, si se quiere, el acontecimiento (en el sentido de aquello que cambia y de lo que se hace el relato) prima sobre la estructura. Dicho de otro modo, la estructura, tal y como los historiadores la comprenden, es siempre precaria, provisional: es como si estuviera minada en su interior por el acontecimiento. Este último se encuentra en el corazón de la estructura, como la levadura en la pasta o el gusano en la manzana —y dejo que cada uno escoja la metáfora según sea optimista o pesimista.

Tenemos aquí una respuesta a una de las preguntas planteadas al inicio de este capítulo: la de la diferencia entre la historia y las otras disciplinas que, como la sociología o la antropología, practicarían también el razonamiento natural. Se dice a menudo que lo característico de la historia es el planteamiento diacrónico, el preguntarse de dónde vienen las cosas que estudia. Es cierto, pero a la vez es insuficiente. No necesitamos asociar la historia con el relato y la sociología con el cuadro. El historiador también debe construir cuadros, lo que ocurre es que no serán los mismos que podríamos hallar entre los sociólogos, pues a él le es imposible pensar una estructura, por robusta que sea, sin interrogarse por lo que la hará cambiar, por lo que la transformará a corto o a largo plazo. La propia estabilidad de una estructura no hace sino plantear interrogantes: al historiador le parece sospechosa, pues éste busca qué fuerzas y qué actores, en el seno mismo de la estructura, están ya listos, a veces aunque lo ignoren, para modificarla. El acontecimiento está en la historia por todas partes, al acecho, cuando no manos a la obra.

Este análisis nos lleva a una segunda conclusión. La intriga como configuración permite comprender cómo se articulan en la obra histórica acabada los diferentes niveles de explicación. Hasta ahora hemos utilizado distintas nociones: explicación narrativa, explicación causal e intencional, explicación por regularidades y coherencias, argumentación, configuración. Pero ¿cómo se combinan?

La respuesta podemos hallarla en dos planos. En el primero, está en la propia estructura del texto escrito por el historiador. Contar es explicar y contar mejor es explicar aún más. Esta explicación narrativa incluye por lo general la explicación por causas e intenciones. El historiador no interrumpe su relato o su cuadro para decirnos las causas, las condiciones, las intenciones, las regularidades, las correlaciones, sino que las incorpora a su propio relato. En vísperas de la guerra, describe las fuerzas en contienda, lo que le exime a continuación de plantear explícitamente la cuestión de si perdió el que era más débil. La flexibilidad del relato le permite precisamente hacer intervenir, en el momento oportuno, las fuerzas profundas, los móviles, las causas. El encadenamiento del texto expresa las imbricaciones reales de las causas, de las condiciones, de las razones y de las regularidades.

Lo mismo vale para la argumentación. Está incorporada al relato o al cuadro. Generalmente, ella es la que dirige el proyecto y por eso no es incorrecto juzgar los libros de historia por el plan que se han trazado. La argumentación no es una explicación, sino el desarrollo analítico, punto por punto, de las razones que justifican la explicación.

Sin embargo, el texto del historiador no puede conservar del todo esa suerte de fluidez, de evidencia, esa apariencia de naturalidad que permite integrar la explicación y su argumentación al relato o a la descripción. El texto tropieza regularmente con imprevistos: acontecimientos (de toda clase) que sorprenden, nuevas interpretaciones que contradicen las avanzadas antes por otros historiadores, una explicación más difícil de hacer comprender. El texto interrumpe entonces su curso para plantear una discusión y después lo reanuda. Es decir, la historia no es narrativa en su totalidad, pues incluye secuencias que no lo son.

La intriga como configuración asegura la coherencia de ese conjunto. Puede hacerlo en la medida en que todos los elementos del texto proceden del razonamiento natural, cualesquiera que sean las pruebas que se aporten en apoyo de los argumentos. La intriga asegura así aquello que P. Ricoeur llama una «síntesis de lo heterogéneo». Además, «comprende», escribe Ricoeur, dentro de una totalidad inteligible, las circunstancias, los objetivos, las interacciones, los resultados no deseados. Por tanto, la intriga deviene una sola y misma intriga. Es el marco que asigna su lugar a los distintos elementos con los que se teje el texto histórico.

En un segundo plano, la intriga, como configuración general del texto del historiador, proporciona por sí misma una explicación. En el sentido amplio que acabamos de exponer, es mucho más que la urdim-

bre de la historia, es lo que H. White llama «la línea», el hilo de la historia[26]. Define el tipo de historia que el historiador construye.

En efecto, ante una misma cuestión, planteada desde un marco factual definido y estructurado de forma aparentemente análoga, no debemos creer que dos historiadores respondieran de la misma manera. Cada uno construiría su intriga y produciría una historia original. De ahí el interés en considerar con mayor atención sobre qué descansan las intrigas. ¿Cómo elabora el historiador su intriga?

Los presupuestos de la intriga

Si nos detenemos en una obra histórica acabada, observaremos que tiene una personalidad, una originalidad que la distingue de otras. Resulta imposible confundir a Guizot con Michelet, como también lo es hacerlo entre James Hadley Chase y Agatha Christie. Tanto para la historia como para las novelas policíacas, no se trata sólo de una cuestión de estilo, sino de la propia concepción o, más exactamente, de la intriga.

Esta constatación obliga a interrogarse sobre los presupuestos de la intriga, aquello con lo que el historiador le da forma. En ese sentido, H. White parte del estudio de cuatro grandes historiadores y de cuatro filósofos del siglo XIX[27]. Su formalismo es demasiado sistemático como para que resulte plenamente convincente, pero su reflexión abre perspectivas que iluminan la epistemología de la historia.

Para formalizar las diferencias entre los tipos de historia que escriben los historiadores, H. White persigue la identificación de los *estilos* históricos. La primera formalización se opera con el paso de la cronología a la historia, que localiza ciertos acontecimientos como origen y otros como término. Pero la historia verdadera supone una explicación. Para él, la historia combina de hecho tres formas de explicación: por la intriga, por la argumentación y por la implicación ideológica. Es su combinación la que define los estilos históricos.

En un primer nivel, H. White distingue cuatro tipos de disposición de la trama: novelesca, satírica, cómica y trágica. La primera es la de aquella historia en la que el héroe triunfa finalmente y así hace que el

---

[26] *Story-line.*

[27] Hayden White, *Metahistory*. Los autores utilizados son Ranke, Michelet, Tocqueville y Burckhardt, por un lado, así como Hegel, Marx, Nietzsche y Croce, por el otro.

bien derrote al mal. El tipo cómico caracteriza las historias que terminan bien: su desenlace feliz reconcilia al hombre con el hombre, con el mundo y con la sociedad. En el tipo trágico, en cambio, no hay ni victoria del héroe ni reconciliación final. Eso no quiere decir que el clima del relato sea necesariamente sombrío: trágico se toma aquí en su sentido literario, donde el desenlace de la historia viene anunciado desde el principio y donde la historia se fija como objetivo revelar la naturaleza de las fuerzas en conflicto. En ese sentido, se comprende que Tocqueville pueda encarnar el tipo trágico, mientras que Michelet sea ejemplo del tipo novelesco. El tipo satírico muestra al hombre cautivo del universo y no como su dueño. Con ello se frustra al lector, pues la historia y la explicación quedan en suspenso.

En un segundo nivel, H. White distingue cuatro tipos de argumentación formal o de lo que, hasta cierto punto, podríamos llamar modelo explicativo general: formalista, organicista, mecanicista y contextualista. La primera insiste en el carácter único de los diferentes actores y en aquello que les diferencia: privilegia el color, el carácter vivo y diverso del campo histórico. Michelet, como el historiador romántico en general, pertenece a este tipo de argumentación. La argumentación organicista es más sintética e integradora. Observa cómo se agregan los individuos para formar conjuntos, y con ello la historia deviene la consolidación o la cristalización de un conjunto previamente disperso, orientándose así hacia un objetivo. La mecanicista es más reductora: los hechos son manifestación de los mecanismos, obedecen a causas, o incluso a leyes y, por tanto, los datos ponen de relieve esas regularidades. Marx encarna ese tipo de argumentación, aunque H. White la detecta también en Tocqueville, donde los mecanismos son de naturaleza diferente y se refieren más bien a los propios principios de las instituciones. La argumentación contextualista, en fin, busca relacionar cada uno de los elementos con todos los otros y al mostrar su interdependencia, está atenta al espíritu de una época.

En un tercer nivel, es necesario tener en cuenta los tipos de implicación ideológica, es decir, las actitudes generales de los historiadores para con la sociedad. H. White las designa con cuatro términos que, a pesar de sus resonancias, no toma en una acepción directamente política: anarquismo, conservadurismo, liberalismo y radicalismo (en el sentido anglosajón). Los liberales piensan el ajuste de los individuos dentro de la sociedad, y esto lo hacen dándole el significado de una relación estructural estable gracias al enlace de las instituciones. Miran al futuro, pero sitúan la utopía en un horizonte tan lejano que hace innecesaria su realización inmediata. Tocqueville es evidentemente la figu-

ra del liberalismo. Los conservadores piensan la evolución siguiendo la analogía del mundo natural, se vuelven más hacia el pasado y se centran en la elaboración progresiva de la sociedad presente. Los radicales y los anarquistas son más proclives a aceptar o a desear cambios bruscos, pero mientras que los primeros piensan que la realización de la utopía es inminente, los segundos la localizan en un pasado lejano, si bien podría llegar a materializarse de nuevo en cualquier momento. En ese sentido, Michelet sería para White un anarquista, no como el que sueña con un desorden revolucionario, sino en el sentido de que ninguna sociedad futura será capaz de realizar su ideal.

El estilo histórico es el resultado de la combinación de los tipos de intriga, argumentación e implicación ideológica. Pasemos sobre el formalismo de estas cuatro particiones cruzadas: se podría precisar o, por el contrario, simplificar el análisis, pues la distinción de tales tipos no pertenece al orden lógico sino al factual: H. White formaliza las diferencias que observa empíricamente en esas obras. Por lo demás, no establece ninguna correspondencia necesaria entre las tres tipologías: un tipo de intriga no se asocia necesariamente a un tipo de argumentación, las combinaciones siguen siendo flexibles y los tipos son más bien tendencias, es decir, no existen en estado puro. H. White observa también que, dentro de la profesión, los modos de argumentación formalista y contextualista generalmente pasan por ser más legítimos que los otros, pues están menos embadurnados de filosofía de la historia. Es esto lo que nos lleva a colocar de nuevo la realización de la obra histórica dentro de una tradición y lo que nos remite a la práctica de los historiadores, que es a la vez científica y social. Pero el núcleo de la reflexión es otro: muestra que incluso antes de haber definido la intriga, el historiador ya ha escogido una suerte de estrategia interpretativa y que es en función de ella como construye su intriga.

Hayden White: La prefiguración previa

Antes de poder aplicar a los datos del campo histórico el aparato conceptual que utilizará para representarlo y explicarlo, el historiador tiene que prefigurar el campo, es decir, constituirlo como objeto de percepción mental. Este acto poético es indistinguible del acto lingüístico en que se prepara el campo para la interpretación como dominio de un tipo particular, es decir, para que un dominio determinado pueda ser interpretado, primero tiene que ser construido como terreno habitado por figuras discernibles. Las figuras, a su

vez, deben ser consideradas clasificables como distintos órdenes, clases, géneros y especies de fenómenos (...).

En suma, el problema del historiador consiste en construir un protocolo lingüístico completo, con dimensiones léxica, gramatical, sintáctica y semántica, por el cual caracterizar el campo y sus elementos en sus propios términos (antes que en los términos con que vienen calificados en los propios documentos), y así prepararlos para la explicación y la representación que después ofrecerá de ellos su narración. Este protocolo lingüístico a su vez será —en virtud de su naturaleza esencialmente *prefigurativa*— caracterizable en términos del modo tropológico dominante en que está expresado (...).

Para figurarse «lo que realmente ocurrió» en el pasado, por lo tanto, el historiador tiene que prefigurar como posible objeto de conocimiento todo el conjunto de sucesos registrado en los documentos. Este acto prefigurativo es *poético* en la medida en que es precognoscitivo y precrítico en la economía de la propia conciencia del historiador (...). En el acto poético que precede al análisis formal del campo, el historiador a la vez crea el objeto de su análisis y predetermina la modalidad de las estrategias conceptuales que utilizará para explicarlo.

Metahistory, pág. 30 (trad. esp., págs. 39-40).

El mérito de este análisis está en poner de relieve que el historiador formaliza su intriga a partir de presupuestos, de preliminares. Antes incluso de haber seleccionado su objeto y de haber escogido claramente un modelo expositivo, lo construye previamente gracias a una elección, pocas veces manifestada, que concierne a la vez a una visión del mundo (la implicación ideológica), a un modo privilegiado de explicación y a un tipo de intriga. Por eso, podemos hablar de una actividad *poética* del historiador, en el sentido etimológico del término: *creadora*. Para poder comenzar a escribir, el historiador debe haberse dado un universo en el que su historia sea posible e inteligible.

Esos análisis tratan la historia como un género literario. Algo que también es, desde luego, pero sin que ello signifique que sea sólo y exclusivamente eso.

Al considerarla bajo este prisma, la aproximamos a la novela, a la ficción. P. Veyne lo dijo explícitamente: la historia es una novela. Pero, añadió: una novela verdadera. Y ése es todo el problema. Si la historia sólo es trama, ¿qué hay entonces de su relación con la realidad y con la verdad? El debilitamiento de la pretensión de la historia

a decir la verdad, a la veracidad, deviene ineludible si nos mantenemos en este análisis. La conclusión necesaria a la que nos conduce es la de que no hay verdad definitiva en historia, puesto que no hay historia definitiva: «Sólo hay historias parciales»[28]. Toda verdad es relativa a una intriga.

El hecho de que la argumentación de la intriga descanse sobre las pruebas, que la historia introduzca múltiples dispositivos de demostración, no basta para superar esta dificultad: las verdades continúan siendo parciales. Lo que implica que no se pueden acumular. El historiador se vería, pues, obligado a renunciar al sueño que siempre acaricia, diga lo que diga, el de un saber aproximadamente acumulativo, de forma semejante a como los geógrafos esperan que los planos de las distintas regiones, trazados con la misma escala, puedan reunirse con el fin de constituir un plano más general.

Hay aquí un problema epistemológico mayor sobre el que volveremos. Pero quizá encontremos en la escritura de la historia aquello que le permite enraizarse en lo real y en lo verdadero.

[28] P. Veyne, *Comment on écrit l'histoire*, pág. 41 (trad. esp., pág. 40).

12
La historia se escribe

La diferencia entre un texto histórico y otro periodístico no está en el orden de la intriga. En cambio, basta con abrir un libro para captarla. En efecto, la historia científica viene señalada con signos externos mucho más evidentes y sobre todo por la presencia de un aparato crítico, de referencias a pie de página.

Las notas son esenciales en historia: son el signo tangible de la argumentación. La prueba sólo es admisible si es verificable. Como ya hemos dicho, la verdad en historia es la que está probada. Pero lo que está probado es aquello que puede ser verificado. El texto histórico avanza cubierto de referencias puesto que no recurre al argumento de autoridad. El historiador no pide que se le conceda una confianza incondicional: le basta con que se acepte seguirlo en la intriga que ha construido.

Las «marcas de historicidad»[1] ejercen en el texto histórico una función específica: reenvían al lector fuera del texto, a los documentos presentes, visibles aquí o allá, que le permitieron reconstruir el pasado. Constituyen un mecanismo de control.

KRZYSZTOF POMIAN: LA NARRACIÓN HISTÓRICA

> Una narración se toma, pues, por histórica cuando incluye las marcas de historicidad que certifican la intención del autor de dejar al lector en disposición de abandonar el texto y que programan las operacio-

[1] K. Pomian, «Histoire et fiction».

nes necesarias que han de permitir o bien verificar las alegaciones o bien reproducir los actos cognitivos de los que las afirmaciones se pretenden el resultado. En suma, una narración se toma por histórica cuando anuncia la intención de someterse a un control de su adecuación a la realidad extratextual pasada de la que trata. Sin embargo, para que una narración sea histórica es necesario que esa intención no esté vacía: eso quiere decir que las operaciones de control que programa deben poder ser efectivamente ejecutadas por el lector competente, excepto que la imposibilidad de ejecutarlas sea consecuencia de acontecimientos sobrevenidos después de que esa narración haya sido redactada (por ejemplo, destrucción de los archivos, pérdida, robo u otros accidentes de la misma naturaleza).

«Histoire et fiction», pág. 121.

De ahí la dificultad de sacrificar las notas, como impone la mayoría de editores de las colecciones de historia para no desalentar a sus clientes: la obra histórica que se ofrece para Navidad, profusamente ilustrada, pero despojada de su aparato crítico, ¿es, a pesar de todo, historia? Para que la respuesta sea positiva es necesario que podamos suponer siempre la existencia en alguna parte, en el manuscrito del autor o en las notas, de un conjunto de referencias; es necesario, en cierto modo, que el aparato crítico conserve una existencia al menos virtual. Eso se advierte en la lectura, cuando el historiador ofrece ejemplos precisos en apoyo de sus afirmaciones o cuando discute una fuente.

Sin embargo, el aparato crítico es menos discriminador de lo que podría parecer en principio. Su ausencia o su presencia —y su amplitud— dependen más de los destinatarios de la obra que de su autor. Antes que diferenciar a profesionales y aficionados, se corresponden con dos mercados editoriales. Pero con un examen más profundo sería fácil establecer las diferencias a la vez sutiles y profundas que hay entre el texto histórico y los otros[2].

Los caracteres del texto histórico

Un texto saturado

El texto del historiador aparece en primer lugar como un texto pleno. Es la consecuencia de su propia construcción, de su trama. Tiene su propia coherencia, su estructura, que constituye por sí sola una ar-

[2] La primera parte de este capítulo debe mucho a los análisis de Michel de Certeau, *L'Écriture de l'histoire*.

gumentación e indica qué tesis pretende demostrar. El plan del libro de historia es a la vez el boceto de una narración y de una argumentación: es la parte esencial y, en cierto sentido, se puede decir que el mismo texto aporta las pruebas y viste ese esqueleto. Por eso, la costumbre de iniciar la lectura por el índice es una máxima que se enseña con razón a los estudiantes.

Este rasgo no es exclusivo de la historia. Al contrario, el texto del historiador aparece repleto de hechos, de precisiones y rinde cuentas de todo. Es un texto pleno, saturado, que no presenta agujeros ni lagunas. No es que no existan: son inevitables, pero o bien son imperceptibles, porque conciernen a detalles ínfimos, o bien el historiador las disimula o bien las asume. Tiene dos maneras de hacerlo: argumentar que tienen poca importancia para su propósito o señalarlas como lagunas a cubrir por investigaciones posteriores deplorando no haber podido hacerlo por falta de tiempo o de fuentes. Los ejemplos de esos remordimientos de los historiadores son numerosos: forman parte de los tópicos más extendidos dentro de la profesión y florecen notablemente en la conclusión de las exposiciones de defensa de una tesis o al final de los prólogos...

La clausura de la exposición histórica sobre sí misma, el cierre del texto pleno, se opone a la apertura de la investigación, caracterizada por la presencia, la necesidad y la vigilancia de sus propias carencias, y que luego tiene traslado dentro del propio texto acabado. El investigador va de laguna en laguna, siempre insatisfecho y consciente de sus ignorancias. No puede cerrar un apartado sin antes haber abierto otros. De ahí, pues, la dificultad de pasar de la investigación a la escritura, así como la insatisfacción del historiador ante el libro acabado, pues sabe todos los puentes que ha tendido sobre profundidades mal sondeadas, mientras que su texto se limita a señalarlas lo mejor posible. ¿Qué diría el lector si en cada página hallara una confesión de ignorancia?

El cierre del texto histórico es asimismo cronológico: el libro parte de una fecha y va hacia otra, inexorablemente, sean cuales sean los meandros o los retrocesos que el historiador escoja para hacer más interesante su intriga. El libro desciende el curso del tiempo. La investigación era más sinuosa, se remontaba en el pasado y lo recorría en todos los sentidos. Una vez justificada la cronología del tema, cuando lo hace —éste debería ser siempre el caso—, el historiador escribe como si el inicio y el desenlace se impusieran por sí mismos. La investigación los considera siempre problemáticos y el investigador sabe que había otras orientaciones posibles y que él las ha descartado.

En fin, el cierre del texto alrededor de la intriga elegida contrasta con la apertura de la investigación. Es necesario tratar un tema: el historiador sabe que se ha decidido por uno y argumenta la justificación. Pero su investigación le ha mostrado todos los temas conectados que se adherían a aquel que ha retenido y que también habría podido, y a menudo deseado, tratar.

Es decir, entre la investigación histórica propiamente dicha y la obra resultante de esa investigación existen grandes diferencias, aunque la segunda incorpore el rastro de la primera. Pasar de la investigación a la escritura es cruzar un Rubicón... Es indispensable, pues ¿qué sería de la investigación sin libros? Pero no es necesario imaginar una continuidad lineal entre una y otra.

Un texto objetivado y autorizado

El texto de historia presenta un segundo rasgo digno de mención: sitúa entre paréntesis la personalidad del historiador. El *yo* está proscrito. Como mucho, lo podemos encontrar a veces en el prólogo, cuando el autor —aun cuando fuera Seignobos— explica sus intenciones[3]. Ahora bien, en cuanto entramos en la parte importante del tema, el *yo* desaparece. Los enunciados que el historiador presenta como hechos (A es B) los trae él (H dice que A es B), pero lo hace eliminándose, y sólo reaparece en contadas ocasiones, ya sea en pasajes precisos (principios o finales de capítulo, notas y discusiones con otros historiadores) o bajo formas atenuadas: el *nosotros* que asocia autor y lectores o reenvía a la corporación histórica, o el *se,* más impersonal. Del mismo modo, evita implicarse en su texto, tomar partido, indignarse, emocionarse o aplaudir. Son usos generalmente respetados: para liberarse parece que se necesita haber accedido a una excepcional legitimidad institucional y mediática[4]. En el fondo, la obra acabada sólo da a leer enunciados objetivos, el discurso anónimo de la Historia, hecho de enunciados sin enunciación.

---

[3] En general, se afirma que la escuela metódica, que pretendía formular un saber objetivo, excluía toda referencia a la posición subjetiva del historiador. Eso no es exacto. El propio Seignobos sintió la necesidad de prevenir al lector de sus «preferencias personales por un régimen liberal, laico y occidental» en el prefacio —escrito enteramente en primera persona— de su primer manual: *Histoire politique de l'Europe contemporaine. Evolution des partis et des formes politiques, 1814-1896,* París, Armand Colin, 1897.

[4] Véase sobre este punto P. Carrard, *Poetics of the New History,* pág. 99.

Lo que ocurre es que está escrito desde el punto de vista de la propia Historia (se impone aquí el uso de la mayúscula), a la vez que la reivindica o lo pretende. Son muchos los signos que así nos lo muestran dentro del propio texto. En primer lugar, la frecuencia de las dedicatorias a otros historiadores, que sitúan el nuevo libro dentro de la amplia cohorte de una profesión compuesta —como la Humanidad misma, que diría A. Comte— por más muertos que vivos. La modestia, real o fingida, del historiador-artesano pretende presentarlo como un «compañero» de trabajo en la inmensa obra de la Historia.

Segundo signo: las innumerables referencias a otros historiadores. El autor de un nuevo libro no sólo quiere significar de ese modo su pertenencia a la profesión. Él señala que su texto forma parte de una especie de hipertexto colectivo que completa en ciertos aspectos, que contradice en algunos y que, en suma, renueva en otros. Por lo general, se contenta con retomar a su manera ese discurso colectivo, sin renovarlo verdaderamente, pues no olvida invocar la autoridad. El texto del historiador es algo más que *un* texto: es un elemento de un conjunto que lo desborda y lo engloba. El nuevo libro participa del prestigio global de la disciplina.

Así pues, antes de ser un libro de tal o cual autor, la obra del historiador es un libro de Historia. Pretende la objetividad y la alcanza al menos hasta cierto punto: es un saber que se enuncia o que, más bien, se despliega. Ello es así porque necesita del tiempo y del espacio para desarrollar su intriga y su argumentación. No se trata ya del punto de vista, necesariamente discutible, de tal o cual autor, sino que es el discurso de la Historia.

El historiador no consulta a su lector, ni siquiera al supuestamente cultivado; no le pide opinión, puesto que, por definición, se le deniega la posibilidad de formularla en razón de su ignorancia relativa. Como mucho, en ocasiones lo toma como testigo, para así atraerlo mejor a su causa. Tampoco se sitúa en relación polémica con él, oponiendo su *yo* de autor al *vosotros* de los lectores: si operara así debilitaría su texto.

Vemos, pues, cuál es el lugar que el historiador se asigna: se instala, más o menos con razón, en el lugar mismo del saber objetivo constituido por la profesión y es desde allí desde donde habla. La reivindicación de esta competencia se extiende, por otra parte, a la contracubierta o a las solapas, con los títulos oficiales que certifican la condición de historiador que tiene el autor, así como la indicación de los libros que ha publicado con anterioridad. Eso es particularmente significativo en las obras de divulgación donde el riesgo de confusión obliga a subrayar la

legitimidad de los autores: así, la revista *L'Histoire* ofrece en todos los artículos una nota sobre el autor que incluye algunos apuntes sobre su vida y una breve bibliografía. Para constituirse en autoridad, el discurso del historiador debe ser autorizado no sólo por el saber que dice tener sino con la inclusión de ese saber dentro de la gran obra de la corporación. Es eso lo que funda una relación didáctica entre autor y lectores incluso dentro de la propia estructura del texto: ¡el que sabe explica, los que no saben que se instruyan! En otras palabras, todo historiador es en mayor o menor medida un profesor: siempre trata a sus lectores, de manera más o menos exigente, como si fueran alumnos.

La referencia desempeña dentro de este dispositivo un doble función, por no decir un doble juego. Por un lado, permite la verificación de las afirmaciones del texto. En ese sentido, ésa es la razón por la que el texto escapa al argumento de autoridad. La referencia significa: «Lo que yo les digo no lo he inventado; véanlo ustedes mismos, llegarán a las mismas conclusiones.» Pero, por otra parte, también son un indicio visible de cientificidad y exposición del saber del autor; en tal caso puede funcionar como argumento de autoridad. Algunos historiadores manejan incluso el aparato crítico como una arma disuasiva: les sirve para intimidar al lector al hacerlo consciente de la amplitud de lo que ignora, y de ese modo consiguen inspirar respeto por un autor tan sabio. En ocasiones también las referencias superfluas sirven para prevenir las críticas de los colegas, pues o se les menciona sólo para rendirles homenaje o lo que se pretende es manifestar que el autor no ignora ninguno de los debates del momento. El recurso a las referencias inútiles podría caracterizar a aquellos autores que desconfían de su competencia, a los que han de consolidar una posición de autoridad mal asentada y a quienes, con todo, lo perciben como indispensable para la enunciación del texto histórico.

Michel de Certeau: Un discurso didáctico

> [...el discurso] funciona como discurso didáctico, y esto lo hace mejor cuando disimula el lugar desde donde habla (borra el *yo* del autor), cuando se presenta bajo la forma de un lenguaje referencial (nos habla lo «real»), cuando en vez de raciocinar narra (no se discute un relato) y cuando toma a sus lectores donde se encuentran (les habla su lenguaje, aunque de otro modo y mejor que ellos). Saturado semánticamente (no hay ninguna falla en la inteligibilidad), «presionando» (gracias a «un acortamiento máximo del trayecto y de la distancia entre los focos funcionales de la narración», Ph. Hamon),

y comprimido (un conjunto de catáforas y de anáforas nos asegura incesantes remisiones del texto a sí mismo como totalidad orientada), el discurso no nos deja ninguna escapatoria. La estructura interna del discurso nos enreda, pues produce un tipo de lector: un destinatario citado, identificado y enseñado por el hecho mismo de estar colocado en la situación de la crónica delante de un saber.

L'Écriture de l'histoire, pág. 113 (trad. esp., págs. 111-112).

Un texto superpuesto

Tercer rasgo: el texto histórico se despliega sobre dos niveles distintos que entremezcla sin cesar.

El primero es el del discurso del historiador: su intriga y su argumentación. Ese texto es continuo, estructurado, controlado. Nos habla del desarrollo y el significado de la historia, establece los hechos, discute las explicaciones posibles.

Sin embargo, ese discurso se interrumpe continuamente, con mayor o menor brevedad, para ofrecer referencias, citas. En el texto histórico aparecen así, de forma episódica, fragmentos de otros textos, tomados a veces de otros historiadores, pero por lo general pertenecientes a documentos de época, crónicas o testimonios. Así, el texto del historiador *incluye* en un doble sentido, material e interpretativo, la palabra de otro, de muchos otros. Pero se trata de una palabra recortada, desmembrada, desconstruida y reconstruida por el historiador que la reutiliza en el lugar que él mismo ha escogido en función de las necesidades de su propio discurso. De este modo, se apropia conscientemente del discurso de los testigos y de los personajes de su intriga, y los utiliza a su manera.

Michel de Certeau, cuyo análisis seguimos, muestra claramente cómo el uso de la cita produce un doble efecto. En primer lugar, un efecto de verdad, pues sirve para certificar o confirmar: lo que dice el historiador no procede de su propia cosecha, sus testigos lo dijeron antes que él. Las citas le sirven de escudo contra posibles polémicas. A continuación, ejercen una función de representación: con las palabras del otro se introduce en el discurso la realidad del tiempo distante. La cita, dice M. de Certeau, produce un efecto de realidad.

Garantía de la verdad y de la realidad de la afirmación del historiador, la cita confirma su autoridad y su saber. Al elegir los fragmentos que le parecen más interesantes, él decide que son tales. Sabe aún más

que sus testigos sobre la pertinencia y la verdad de sus propósitos, sabe mejor que ellos cuándo decían algo importante, que no siempre es lo que ellos creían o querían decir. El historiador se parece a la Agrippine de Racine: «Yo entenderé las miradas que vosotros creeréis mudas...» Descifra los malentendidos y lo no dicho. Es decir, se coloca por encima de ellos y los juzga. El saber del otro que certifica la cita es un saber de la verdad del otro.

MICHEL DE CERTEAU: LA HISTORIA COMO SABER DEL OTRO

> Se plantea como historiográfico el discurso que «comprende» a su otro —la crónica, el archivo, el movimiento—, es decir, el que se organiza como texto foliado, en el cual una mitad, continua, se apoya sobre otra, diseminada para poder decir lo que significa la otra sin saberlo. Por las «citas», por las referencias, por las notas y por todo el aparato de remisiones permanentes a un primer lenguaje (al que Michelet llamaba la «crónica»), el discurso se establece como un saber del otro. Se construye de acuerdo a una problemática de proceso, o de cita, capaz a la vez de «hacer venir» un lenguaje referencial que actúa como realidad, y de juzgarlo bajo el título de un saber.
>
> La convocación del material obedece, por lo demás, a la jurisdicción, que en la escenificación historiográfica, se pronuncia sobre él. Así, la estratificación del discurso no tiene la forma del «diálogo» o del *collage*. Dicha estratificación combina el singular del saber que cita con el plural de los documentos citados. En este juego, la descomposición del material (por análisis o división) tiene siempre como condición de posibilidad y como límite la unicidad de una recomposición textual. El lenguaje citado desempeña el encargo de acreditar el discurso: como es referencial, introduce cierto efecto de lo real; y por su fragmentación, nos remite discretamente a un lugar de autoridad. Vista desde este ángulo, la estructura desdoblada del discurso funciona como una máquina que obtiene de la cita una verosimilitud para el relato y una convalidación del saber; produce, pues, la confiabilidad.
>
> *L'Écriture de l'histoire*, pág. 111 (trad. esp., pág. 110).

Ahora bien, como ha subrayado J. Rancière[5], los dos relatos entremezclados, el del historiador y el de los textos que cita, definen una po-

[5] Jacques Rancière, *Les Mots de l'histoire*, págs. 108 y ss. (trad. esp., págs. 68-69).

sición de saber frente a una doble ignorancia: «Saber, frente al lector o al alumno, del investigador que ha abierto el armario; saber, frente a los habladores inexpertos, del erudito que ha acomodado las cartas en el armario para decir aquello que, en su prosa, se expresaba sin que ellos lo supieran. El juego de lo oculto y lo visible por el cual la ciencia se manifiesta como tal se instaura en la distancia de esta doble ignorancia.»

El simple uso de los nombres propios ya nos señala ese doble saber: mientras que la novela debe completar poco a poco los nombres propios de los personajes que coloca al principio, y que son desconocidos para el lector, la historia recibe personajes ya constituidos, cargados con todos los saberes acumulados por la tradición y la historiografía. Decir Felipe II, Robespierre, Napoleón o, ahora, Martin Guerre es resumir una biblioteca[6]. Pero es también proponer una visión sintética de esos personajes, donde la totalidad de su existencia esté reformulada a partir de su papel histórico, con una concisión de la que ellos mismos habrían sido incapaces.

Con todo, la cita, incluso desconstruida y reconstruida, sigue siendo la palabra de otro. Un autor como M. de Certeau, inspirado en una corriente crítica de signo foucaultiano, veía una amenaza: el riesgo de que la palabra del otro, esta palabra extranjera y a veces extraña, irrumpiera en el discurso del historiador y de que hablara más alto que el de éste o de forma distinta. Sería el precio que deberíamos pagar por los efectos de realidad y de verdad que el historiador espera de la cita.

> Es una técnica literaria de procesos y de juicios, que fundamenta al discurso en una posición de saber desde donde puede decir lo otro. Sin embargo, algo diferente vuelve al discurso con la cita del otro: la cita permanece ambivalente; conserva el peligro del algo extraño que altera el saber traductor o comentador. La cita es para el discurso la amenaza y la expectación de un *lapsus*. La alteridad dominada (poseída) por el discurso guarda, latente, el poder de convertirse en una aparición fantástica, más aún, en un posesor[7].

También se puede ver en el texto del otro una muestra de amistad y de complicidad. En la medida en que el historiador respete su tema

---

[6] Aunque Martin Guerre es ya un personaje histórico relativamente conocido, que ha salido del anonimato, su inclusión en la enumeración de Prost tal vez sorprenda al lector no especialista. Se trata, en efecto, del protagonista del libro de Natalie Zemon Davis, *El regreso de Martin Guerre,* Barcelona, Antoni Bosch ed., 1984, cuya vicisitud ha inspirado dos películas, una francesa y otra norteamericana. *(N. de los T.)*

[7] M. de Certeau, *L'Écriture de l'histoire,* pág. 256 (trad. esp., pág. 241).

y no imponga una interpretación arbitraria, algo que es más una cuestión de método que de disposición personal, la palabra del otro no será una amenaza, sino un signo de riqueza y la probabilidad de una confirmación[8]. Pero es cierto que ese incesante contrapunto entre la palabra del otro y la del historiador es la traducción, hasta en la escritura, de la imposible dialéctica que la historia intenta en uno y otro. Así se observa perfectamente cuando nos desplazamos desde el punto de vista del lector ante el texto acabado hasta el del autor ante el texto a escribir.

Los problemas de la escritura histórica

Lo pensado y lo vivido

Acabamos de reconocer el doble efecto de realidad y de verdad que el historiador espera de la cita. Su interés es tanto mayor cuanto que es difícil conciliar uno y otro. Por lo general, ambos se entremezclan en tensión: la propia de un texto que asocia lo pensado y lo vivido.

El texto del historiador pertenece al orden del conocimiento: es un saber que se despliega y que se expone. Intenta dar razón de aquello que ocurrió: explica y argumenta. Recurre a conceptos desigualmente elaborados, en cualquier caso a nociones. Se trata de un texto relativamente abstracto, pues de lo contrario sería vana toda pretensión de una cierta cientificidad. Por otro lado, analiza: distingue, descompone, desmenuza, para tratar mejor lo general y lo específico, para decir en qué y por qué el objeto estudiado difiere de otros semejantes y, con todo, diferentes. La abstracción no sólo es inevitable, es indispensable. La historia se piensa y escribirla es una actividad intelectual.

Y, sin embargo, el historiador pretende a la vez hacer que su lector se represente aquello de lo que se habla. Para eso ha de recurrir a su imaginación y no sólo a su razón. Sin duda, nadie ha insistido más en esta necesidad pedagógica que el frío y austero Seignobos. Es-

[8] He citado frecuentemente a «mis» antiguos combatientes. En cierto modo (¡presunción de historiador!), pienso haber visto mejor que ellos lo que fue su experiencia. Pero lo he visto con ellos y gracias a ellos, en los términos de una larga familiaridad con sus textos. Así, ante esos textos, no siento el riesgo de ver estallar una palabra del otro que yo habría introducido con violencia en una interpretación arbitraria, sino más bien una posibilidad de confirmación y de enriquecimiento.

taba obsesionado con aquellos que utilizaban palabras abstractas como las de *pueblo, nación, Estado, costumbre, clase social,* etcétera, sin poner ningún sentido detrás de esos términos. Ahora bien, decía, ese riesgo es mucho mayor en historia que en geografía, donde los alumnos saben de qué hablan: «Saben lo que es un río, una montaña, un acantilado. Por el contrario, en historia, cuando hablan de parlamento, de constitución, de régimen representativo, la mayoría no sabe en absoluto lo que quieren decir»[9]. Él atribuía esta diferencia al carácter «psicológico o social» de los hechos políticos. Se equivocaba con la geografía, pues ésta también maneja conceptos abstractos que pueden convertirse en palabras huecas. Yo he conservado en el recuerdo, como una advertencia permanente, el caso de una aspirante al título de bachillerato que hablaba de la industria química en Francia y que ante la pregunta: «Pero ¿qué produce la industria química?» me respondió serenamente: «El hierro...». Pero, en lo que a la historia se refiere, Seignobos tenía toda la razón: su mayor riesgo consiste en manejar términos sin contenido.

De ahí, pues, la importancia de «representarse con la imaginación cosas que, de otro modo, correrían el riesgo de seguir siendo sólo palabras, pues no son directamente representables»:

> El punto de partida son las *imágenes;* el alumno debe, antes que cualquier otra operación, *representarse* los hombres y las cosas, su aspecto exterior ante todo, la apariencia física, los rasgos faciales, su pinta, el modo de vestir de los personajes y del pueblo, las formas de habitación o los monumentos; debe imaginar también los fenómenos interiores, los sentimientos, las creencias, las ideas (en la medida en que su experiencia se lo permita). En primer lugar, pues, necesita proveerse de representaciones[10].

A esta necesidad pedagógica hay que añadir una razón lógica. Los conceptos de la historia son conceptos empíricos, generalizaciones, descripciones abreviadas. Como hemos visto, su particularidad radica en que no pueden ser disociados en su totalidad de los contextos que designan. El alumno o el lector no pueden, pues, manejarlos de manera pertinente sin un conocimiento de su contexto concreto: comprenderlos es ser capaz de describir las situaciones que resumen. De ahí la

---

[9] Ch. Seignobos, «L'enseignement de l'histoire comme instrument d'éducation politique», pág. 117.

[10] Ch. Seignobos, *L'Histoire dans l'enseignement secondaire,* págs. 15-18.

necesidad de unir, por un lado, la elaboración intelectual del texto histórico y, por otro, una evocación más expresiva de esa realidad que el lector está invitado a representar. Es necesario, dice J. Rancière, «dar carnalidad a las palabras»[11].

La escritura de la historia está, pues, simultáneamente del lado de lo pensado y del de lo vivido, puesto que no es sino el pensamiento de una vivencia. Ésta es la razón por la que la cuestión de la escritura de la historia es de orden epistemológico, y no literario. «La cuestión de las palabras de la historia no es una cuestión de estilo de los historiadores sino que afecta a la realidad misma de la historia»; la cuestión de estilo concierne en primer grado al objeto de la historia, y no a la historia en sí misma. «La cuestión de la escritura es también la de lo que significa en última instancia hablar de un ser que hace la historia» o incluso de un ser que habla[12]. En cuanto quiere *re*tomar, *re*comprender, *re*presentar con la imaginación una vivencia pasada, busca hacerla *re*vivir. A esto obedece el que, después de Michelet, la literatura historiográfica haya incorporado el tema recurrente de la historia como «resurrección» del pasado.

Tal resurrección es naturalmente imposible: la historia se lee, no se vive; es pensamiento, representación, y no emoción en la inmediatez y la sorpresa. Pero queda la necesidad de «dar carnalidad a las palabras». Los procedimientos no escasean. Los más habituales consisten en proporcionar puntos de apoyo a la imaginación del lector: bien con el uso de pequeños detalles aparentemente inútiles, bien recurriendo al colorido local. La evocación del pasado como presente nuevo se apoya también sobre el uso cambiante del tiempo verbal. Se opone, después de Benveniste, el discurso que explica y el relato que cuenta; el primero utilizaría el presente y el futuro, el segundo el pasado o el imperfecto, como ocurre en el texto de Guizot citado más arriba (al principio del capítulo 10). Pero esa oposición pertenece a una tradición que ha vivido. J. Rancière muestra que lo característico del relato histórico, tanto el de Michelet como el de Febvre, Bloch o Braudel, consiste precisamente en escribir en presente, negando la diferencia entre contar y explicar. Es un relato en forma de discurso.

---

[11] J. Rancière, «Histoire et récit», en *L'Histoire entre épistémologie et demande sociale*, página 186, a propósito de la escritura de los *Annales*.

[12] Retomo aquí por otras vías y en un sentido un poco diferente a J. Rancière, *ibíd.*, págs. 187 y 199.

En efecto, la revolución erudita de la historia se manifiesta por medio de una revolución en el sistema de los tiempos del relato (...). Se sabe cómo éste (Benveniste), en un texto ya clásico, ha opuesto el sistema del discurso y el del relato según dos criterios fundamentales: el uso de los tiempos y el de las personas. Marcado por el compromiso personal de un hablante preocupado por convencer a aquel a quien habla, el discurso utiliza libremente todas las formas personales del verbo, contrariamente al relato, cuya persona predilecta, la tercera, funciona de hecho como una ausencia de persona. Utiliza incluso, con excepción del aoristo, todos los tiempos del verbo, pero esencialmente el presente, el perfecto y el futuro, que se refieren al momento del discurso. La enunciación histórica, inversamente, se ordena en torno del aoristo, del imperfecto y del pluscuamperfecto, excluyendo el presente, el perfecto y el futuro. La distancia temporal y la neutralización de la persona confieren al relato su objetividad no asumida, a la que se opone la presencia afirmativa del discurso, su potencia de autoatestación. La historia erudita, de acuerdo con esta oposición, puede definirse como una combinación en la que la narración se encuentra enmarcada por el discurso que la comenta y la explica.

Ahora bien, todo el trabajo de la nueva historia consiste en desajustar el juego de esta oposición, en construir un relato en el sistema del discurso. Incluso en la parte «fáctica» de *El Mediterráneo,* los tiempos del discurso (el presente y el futuro) rivalizan ampliamente con los del relato. En otros lugares imponen su dominio, imprimiendo a la «objetividad» del relato la fuerza de la certidumbre que faltaba para ser «más que historia». El acontecimiento súbito, como el hecho de larga duración, se dice en presente; la referencia de una acción anterior a una acción posterior se expresa por medio del futuro de la segunda.

Les Mots de l'histoire, págs. 32-33 (trad. esp., págs. 23-24).

Un buen ejemplo de esos procedimientos, analizado por J. Rancière, es el de la muerte de Felipe II al final de *El Mediterráneo.* De alguna manera, Braudel toma al lector de la mano: «Entremos en el despacho de Felipe II, sentémonos en su sillón»[13]. La evocación de detalles como

[13] J. Rancière, *ibíd.,* págs. 25 y ss. (trad. esp., págs. 19 y ss.).

el de la escritura del rey, el uso del presente, tienen por finalidad ayudar a que el lector imagine la escena.

Podríamos dar otros ejemplos, y para ello bastaría con abrir un libro de historia, sin que importase demasiado la página. Lo que ocurre es que la historia es también un género literario.

Decir lo correcto con palabras

Todos los autores que han escrito sobre la historia han dedicado algunas páginas a la necesidad de escribir bien. Es el caso, por ejemplo, de Marrou: «Para realizar bien su tarea, para cumplir verdaderamente su cometido, al historiador le es también necesario ser un gran escritor»[14]. Pero lo más sorprendente es encontrar ese consejo en la pluma de Langlois y Seignobos, cuya enseñanza está dirigida en su totalidad contra una concepción demasiado «literaria» de la historia. El propio Seignobos no dejaba pasar ninguna ocasión sin subrayar, en sus prefacios, el trabajo de escritura al que se había dedicado para redactar de forma simple y clara. El capítulo sobre «La exposición» de la *Introducción a los estudios históricos* concluye no sin antes haberse referido a este precepto: el historiador «debe *siempre* escribir bien y no vestirse nunca de gala»[15]. Aquello que rechazan estos historiadores ascéticos es la metáfora, la comparación que, para hacer comprender, va a la caza de ejemplos ajenos al dominio en cuestión, con el riesgo de alterar el sentido. Pero eso no quiere decir que sean menos conscientes de que la historia se escribe y de que es característico de la buena historia estar bien escrita.

El sentido y el gusto de la escritura reaparecen, de forma más o menos explícita, en todos los historiadores. Así ocurre con Febvre o con Bloch, como también con Renouvin o con Braudel, por no hablar de los vivos. Un gran libro de historia es siempre un placer de lengua y de estilo.

Esto vale incluso para las obras de historia cuantitativa, como la de Labrousse. El rechazo del acontecimiento, el recurso a las curvas y a los gráficos, no supone, en efecto, transformar la historia en álgebra. A diferencia de la economía, que ha expulsado a los hombres concretos de sus modelos, la historia no se escribe con ecuaciones y

---

[14] H.-I. Marrou, *De la connaissance historique*, pág. 283 (trad. esp., pág. 205).
[15] Pág. 257 (trad. esp., pág. 333).

símbolos matemáticos, sino con palabras, con la lengua cultivada contemporánea. Por lo tanto, el historiador no podría escapar de la literatura.

JACQUES RANCIÈRE: SABER QUÉ LITERATURA HACEMOS

> ...la sospecha que pesa sobre la historia llamada contemporánea la ha empujado demasiado fácilmente a aferrarse a las armas y a las insignias de la cientificidad más que a tratar de perfilar la figura de la historicidad propia de su era. La oposición entre la ciencia seria y la literatura se ofrece muy naturalmente para transformar esta retirada en virtud. Lo que la proscripción tranquilizadora de la «literatura» busca conjurar es simplemente lo siguiente: al rechazar ser reducida a la mera lengua de las cifras y de los gráficos, la historia ha aceptado enlazar el destino de sus demostraciones al de los procedimientos por medio de los cuales la lengua común produce y hace circular sentido. Demostrar, en lengua común, que los documentos y las curvas componen un sentido y que *ese* sentido supondrá siempre una elección en lo concerniente a los poderes de la lengua y de sus encadenamientos. No hay ensambladura de las palabras a efectos de mostrar y de demostrar que tal lección no opera, que no hace, en este sentido, «literatura». Por lo tanto, el problema no es saber si el historiador debe o no hacer literatura sino cuál hace.
>
> *Les Mots de l'histoire,* pág. 203 (trad. esp., pág. 123).

En efecto, la historia debe representar y hacer comprender el pasado: para lograr ese objetivo no tiene otra cosa más que palabras. Ahora bien, su manejo no es tan simple como se pudiera creer. El problema es dar con la palabra adecuada. Pero ¿qué es una palabra adecuada? Los lingüistas acostumbran a distinguir entre *denotación* y *connotación.* La primera indica aquello que la palabra designa; la segunda se refiere al aura de sentido que la impregna, las armonías que hace resonar. Un *poilu,* por ejemplo, es un soldado de la guerra de 1914. Pero el término connota la trinchera, varios días sin lavarse ni afeitarse, los piojos y la mugre. La palabra *comunista* suponía, para las gentes de la derecha francesa en la época del Frente Popular, connotaciones espantosas: estaba cargada con todos los horrores asociados a los revolucionarios españoles, por tanto más anarquistas que comunistas, *comecuras,* es decir, un término enrojecido con el fuego y la sangre. Las connotaciones actuales del término son diferentes: incorpora las imágenes de las democra-

cias populares, el *Gulag*, pero también la quiebra económica. La palabra adecuada debe sonar adecuada no sólo en el sentido inmediato, sino también en sus connotaciones.

Sobre todo, debe sonar de igual modo para el lector y para el autor. Pero las palabras están cargadas con toda una cultura. Es, por otra parte, lo que hace que las traducciones sean difíciles. Toda lectura tiene algo de traducción, pues la cultura del lector rara vez coincide con la del autor. De ahí la dificultad de la enseñanza y de la divulgación. Escribir historia para un público de historiadores es relativamente fácil, pues se supone que el lector cuenta con la misma cultura, o al menos así se cree, de modo que el esfuerzo de escritura se vuelve menos pesado. Lo cual da a veces como resultado textos apagados y aburridos, como ocurre con algunas tesis muy poco trabajadas en este sentido. Sin embargo, cuando nos dirigimos a los estudiantes o a todos los públicos, se hace indispensable trabajar ese aspecto para evitar jugar con connotaciones o alusiones que no tienen ninguna gracia.

Desde este punto de vista, la escritura de la historia no es un caso particular de escritura. La literatura, el periodismo o la política padecen el mismo problema. Un primer ministro utiliza un día en una entrevista el término *stock* (existencias), tomado del vocabulario de la economía, para designar a los profesores en activo por oposición al *flux* (flujo) de los que debían ser contratados. Nadie de entre quienes habían releído su texto advirtió la insigne torpeza que supuso el empleo de un término que incorpora connotaciones reductoras, ligadas a su uso en los inventarios comerciales y a su origen inglés (el ganado, las acciones): muchos profesores, en cambio, se sintieron insultados.

Pero la escritura de la historia presenta dificultades específicas en otro sentido, nacidas de la distancia que separa el pasado del presente.

Decir lo correcto con palabras falsas

La historia juega con la continuidad de sentido de las palabras. Si yo hablo de un *obrero* de principios del siglo XX o de un *campesino* de la Edad Media, el lector contemporáneo me comprenderá porque, cualquiera que sea su país, siempre encontramos obreros y campesinos (puede quizá que por mucho tiempo). El término parece haber conservado un sentido constante a través de las distintas edades. Eso permite al historiador nombrar el pasado con las palabras del presente.

Tal facilidad es engañosa. El sentido de las palabras no cesa de desviarse con el paso del tiempo. La deriva es generalmente más fuerte

para los periodos antiguos, pero es más insidiosa para los más recientes. Para los antiguos, el lector está ojo avizor. Duda de que el «campesino» de la Edad Media tenga mucho que ver con el productor agrícola actual. Pero, en el caso del obrero de principios de siglo, puede no sospechar que ese término designa un personaje bastante alejado de su prójimo, del que es su lejano sucesor. Cuando decimos obrero, pensamos en un metalúrgico enfundado en un mono de trabajo, y lo hacemos erróneamente, pues tal imagen está también históricamente datada. El obrero de principios de siglo lleva gorra, blusa y frecuentemente faja[16]; trabaja en la construcción, en la mina o en la industria textil más a menudo que en la metalurgia o la siderurgia; vive en alojamientos superpoblados, sin comodidades, con respecto a los cuales los HLM[17] modernos, tan denostados, son auténticos palacios; está impregnado de una cultura popular de la que las canciones de Bruant[18] sólo nos ofrecen una imagen debilitada y sesgada a un tiempo; padece un desempleo estacional que ya ha desaparecido; se halla sin recursos en caso de enfermedad y debe trabajar en la vejez para sobrevivir. Su universo no tiene nada que ver con aquel que cualquier lector imaginaría a partir de un uso común del término, sin los comentarios que acabo de resumir. Añado, pues, que obrero designa hoy un obrero sin cualificación, un OS, mientras que a principios de siglo XIX el término se refería más bien a un obrero cualificado, por oposición a un *jornalero* o un *compagnon*[19].

El dilema del historiador es evidente. O bien emplea las palabras de hoy, y se le entiende con facilidad, pero dando lugar a una com-

---

[16] El lector atento habrá advertido que, como hago yo mismo cuando me releo, utilizo aquí el presente...

[17] HLM: Siglas de *habitation à loyer modéré*. Designan un inmueble construido por un organismo público cuyas viviendas están destinadas a familias de renta modesta. Por extensión, se utilizan para referirse a cualquier edificio en el que los alquileres son bajos. Salvando las distancias son algo semejante a nuestras VPO. *(N. de los T.)*

[18] Prost se refiere a Aristide-Louis-Armand Bruant (1851-1925), un cantante perteneciente a esa tradición francesa de canción literaria (Edith Piaf, Charles Trenet, Georges Brassens, Jacques Brel o Juliette Greco, entre otros) que en ocasiones se define con el término de *chansonnier*. Esa tradición arranca con el llamado *Music-Hall* y tiene en Bruant uno de sus primeros impulsores hacia los años 80 del siglo XIX. Fue autor de numerosas canciones que evocaban, en un lenguaje popular, la vida cotidiana de los suburbios. Además, cabe también reseñar su faceta de escritor, de la cual sobresale su *Dictionnaire de l'argot au XXe siècle* (1901). *(N. de los T.)*

[19] *Compagnon*, de difícil traducción, alude al artesano que forma parte de un *compagnonnage*. Esta última palabra se refiere a una asociación de artesanos del mismo oficio que se prestan ayuda mutua, pero también indica el periodo durante el cual uno de ellos ha de trabajar para un maestro antes de conseguir su cualificación e independencia. *(N. de los T.)*

prensión sesgada, falseada, en la que el «pecado mayor» del historiador (L. Febvre) es el anacronismo. O bien utiliza las palabras de ayer, habla de villanos y de colonos, de *compagnons* y de *sublimes,* con el consiguiente riesgo de que no se le entienda, pues para nuestros contemporáneos tales palabras están huecas y vacías. ¿Quién sabe qué era un *sublime* en tiempos de Denis Poulot?[20].

La solución natural es la que acabo de emplear: aunque el historiador utilice las palabras de ayer o las de hoy, en ningún paso podrá evitar la necesidad del comentario. La distancia entre el significado pasado y presente de los términos debe ser compensada ya sea con una descripción del sentido concreto del término antiguo, ya sea con una explicación de su diferencia con el actual. Junto a ello, al margen de su relato, el historiador debe recorrer como en punteado un texto paralelo, un *metatexto,* que ofrezca el sentido de los términos, tanto con una nota a pie de página o con una descripción integrada en el propio texto, e incluso con un inciso cuando el término aparezca por primera vez. Pero lo que ocurre es simplemente que la dificultad se desdobla, pues ese metatexto, a su vez, se escribe con palabras que plantean los mismos problemas, y uno no se puede pasar horas o páginas pendiente del vocabulario histórico.

El tiempo transcurrido refuerza así la dificultad de todo discurso que pretenda hablar del otro: ¿debe pensarlo con sus palabras o con las del otro? El problema del yo y del otro, que está en el centro de la comprensión histórica, reaparece de nuevo y con toda lógica cuando se trata de pasar a la escritura.

¿Es necesario decirlo? El problema no tiene una solución teórica: es lógicamente insoluble. Por tanto, el historiador debe resolverlo con la práctica diaria de su oficio. Lo hace con una solución de compromiso, desigualmente afortunada, al compás de las páginas y las lecciones. Hay historias laboriosas, llenas de cicatrices que son como huellas de esas dificultades. Otras, más hábiles, casi lo harían olvidar si no fuera porque, al pasar la página, la necesidad de explicitar el sentido de un término nos viene a recordar la distancia con el otro y con el pasado.

---

[20] Denis Poulot, *Le Sublime ou le Travailleur comme il est en 1870 et ce qu'il peut être,* París, Libr. Internationale, 1870, reditado en París, François Maspero, 1980, por Alain Cottereau. (Este término, propio de Poulot, alcanzó cierta difusión gracias a Émile Zola. Para este escritor, el *sublime* es el obrero que ya no puede prescindir del alcohol, tal y como retrata en *La taberna.* Cabe, incluso, señalar que en un célebre artículo titulado «Un scandale littéraire», que se publicó en *Le Télégraphe* el 17 de marzo de 1877, fue acusado de haberse servido del libro de Poulot para escribir dicha obra. *[N. de los T.]).*

La cultura literaria, la práctica y el gusto de la escritura constituyen aquí ayudas preciosas. La historia no puede prescindir de un trabajo que es de orden literario, con las especificidades de un género que es particular. Ésta es la razón por la que escribir la historia será siempre un arte y un trabajo. Y quizá un placer.

Conclusión: Verdad y función social de la historia

Quien emprenda la tarea de escribir sobre historia debe valorar dos posturas.

La primera es la del innovador. Decir que es necesario hacer la historia como se ha hecho siempre no interesará a nadie, aunque ello sea cierto. Pretender hacerla de otro modo y decir que uno pondrá en ello todo su empeño pueden constituir un acontecimiento y hacer que se hable de uno mismo, incluso aunque tal presunción sea exagerada. Lo digo con total serenidad pues, aunque no me considero menos innovador que otros[1], he adoptado aquí, como se ha podido advertir, otra postura: mi tesis es más bien la de que todas las historias son buenas a condición de que estén bien hechas. Hay aún mucha y muy buena música por escribir en do mayor[2].

La segunda es la del desmitificador. Adoptarla es poner de su parte la experiencia, la inteligencia y la lucidez, lo que permitiría rechazar de an-

---

[1] Sin duda he sido el primer historiador en utilizar el análisis factorial de correspondencias, en 1967, y uno de los pocos que ha introducido en historia métodos lingüísticos un tanto «duros». Véase mi artículo «Vocabulaire et typologie des familles politiques», *Cahiers de Lexicologie,* núm. 14, 1969/1, págs. 116-126; también el artículo escrito en colaboración con Christian Aguilera Rosenzveig, «La Chambre des députés (1881-1885), analyse factorielle des scrutins», *Revue Française de Science Politique,* febrero de 1971, páginas 5-50; y la obra escrita con L. Girard y R. Jossez, *Vocabulaire des proclamations electorales de 1881, 1885 et 1889,* París, PUF-Publications de la Sorbonne, 1974.

[2] Do mayor *(Ut majeur).* En el clasicismo en mayor medida, pero también después, el do mayor es una tonalidad asociada al mundo apolíneo, la claridad, el orden, la felicidad y el equilibrio. Un ejemplo preclaro podría ser la sinfonía número 41, *Júpiter,* de Wolfgang Amadeus Mozart. Es en ese mismo sentido en el que lo toma Prost. *(N. de los T.)*

temano a los contradictores por ingenuos, por atrasados. Tal opinión es más propia de un crítico hastiado que de un simple de espíritu con convicciones robustas. El escéptico hipercrítico se mofa de las ilusiones a que se abandonan los autores menos inteligentes o menos informados, puesto que él —y así se presenta— no se deja engañar, puesto que él no es una de esas almas cándidas que aún creen en la existencia de una cierta verdad de la historia. Nuestro escéptico demuestra con brío que ésta no es una ciencia, sino sólo un discurso más o menos interesante.

Esta posición debe mucho a dos corrientes intelectuales de la segunda mitad del siglo XX. La primera se inspira en Michel Foucault y se refuerza por el espíritu del 68. Para ésta, cualquier obra está repleta por todas partes de dispositivos de poder, de modo que se lleva a cabo el análisis del discurso de los historiadores como una empresa de autoridad, una suerte de pulso por el que impondrían a los lectores su visión del mundo.

Esta corriente ha sido reforzada por el *linguistic turn* americano, un giro a la que le ha suministrado argumentos. Al aplicar a los escritos históricos los métodos de una crítica literaria renovada por el psicoanálisis, por la lingüística y por la semiótica, estos estudios ponen entre paréntesis el planteamiento propiamente histórico —ese que se hace sobre las fuentes y la construcción de explicaciones—y se contentan con considerar los textos en sí mismos. Desaparece, pues, de golpe la relación del texto con la realidad que pretende dar a conocer, y con ella se difumina la frontera entre la historia y la ficción. ¿Pretende el historiador haber consultado los archivos? ¿Pretende conocer y dar a conocer una realidad exterior al texto, que se le resiste? Eso no son más que procedimientos retóricos para ganarse la confianza del lector. Hay que desconfiar, ¿pues no pone todo su empeño en hacérnoslo creer? Es decir, a través de un desplazamiento que sustituye la crítica de las categorías y de las formas de escritura por la de las fuentes, la cuestión de quién habla por la de aquello de lo que habla, se impone la conclusión de que en historia no hay otra cosa que textos, más textos, siempre textos, pero que no se refieren a ningún contexto exterior; la historia es ficción, interpretaciones subjetivas revisadas y revisitadas sin cesar, es decir, literatura. Los historiadores «no construyen conocimiento utilizable por otros; generan un discurso acerca del pasado»[3]. Toda historia se reduce a un propósito de autor.

---

[3] H. White, citado por Joyce Appleby *et al.*, *Telling the Truth*, pág. 245 (trad. esp., página 228). Este análisis debe mucho a los artículos citados en otra parte de Chartier, P. Boutry y K. Pomian.

Los efectos del desencanto

Esta epistemología desmitificadora invita a los historiadores a guardar un doble luto, por la historia total y por la historia verdadera. Además, sus efectos se propagan a la vez entre los historiadores y su público.

El duelo por la historia total supone el abandono de las grandes síntesis. Las empresas editoriales que se llevan a cabo, como las *Historias de la Francia rural, de la Francia urbana, de la vida privada,* editadas por Seuil, la gran *Historia de Francia* que el mismo sello publicó en varios volúmenes temáticos, la *Historia de las mujeres* aparecida en Plon, así como muchas otras, comenzando por los siete monumentales volúmenes de los *Lieux de mémoire* dirigidos por P. Nora para Gallimard, son todas ellas obras colectivas que yuxtaponen contribuciones individuales a menudo divergentes. La audacia de un Braudel y de sus tres volúmenes, *Civilization matérielle, Économie et Capitalisme XVe-XVIIIe siècle* (1979), la de Marc Bloch bosquejando en unos centenares de páginas *Les Caracteres originaux de l'histoire rurale française* (1931), al igual que un Seignobos en su *Histoire sincère de la nation française* (1933), pertenecen a un pasado cumplido.

Lo que ocurre es que los historiadores, aunque ya no crean en las grandes interpretaciones de conjunto, conservan la preocupación por las verificaciones, el culto a la exactitud y a la información completa. No se suman a las críticas devastadoras que reducen la historia al punto de vista del autor. Rechazan el relativismo absoluto y continúan creyendo que aquello que escriben es verdadero. Pero sólo creen en verdades parciales y provisionales. La síntesis no sólo aparece como algo ilusorio o inalcanzable, sino que la creencia que ésta presupone, la del sentido posible de una totalidad, la hace peligrosa.

De todo ello resulta un repliegue sobre temas que combinan historia de las representaciones y microhistoria. Se trata de «descifrar de otra manera las sociedades, al penetrar la madeja de las relaciones y de las tensiones que las constituyen a partir de un punto de entrada particular (un hecho oscuro o mayor, el relato de una vida, una red de prácticas específicas) y al considerar que no hay práctica ni estructura que no sea producida por las representaciones, contradictorias y enfrentadas,

por las cuales los individuos y los grupos den sentido al mundo que les es propio»[4].

Encaminados en esa dirección, los historiadores se transforman en orfebres o en relojeros. Producen pequeñas joyas, textos tallados a cincel donde brillan su saber y su talento, el alcance de su erudición, su cultura teórica y su ingenio metodológico, pero sobre objetos ínfimos que dominan espléndidamente, o sobre temas que no aspiran a tener consecuencia alguna para sus contemporáneos. O también «se deleitan lúdicamente con la experimentación sistemática de hipótesis y de interpretaciones "revisitadas" *ad infinitum*»[5].

Los colegas que los leen no pueden sino aplaudir esos ejercicios virtuosos, y la corporación podría así convertirse en un club de autocelebración mutua donde sería un placer apreciar esas pequeñas obras maestras artesanales. Pero ¿y después? *And then, what?* ¿Dónde nos conduce una historia que despliega tesoros de erudición y de talento para tratar objetos insignificantes? O, más exactamente, ¿qué sentido e interés tienen para los historiadores de ese campo?

La cuestión de la función social de una historia que renuncia a decir algo sobre nuestros problemas actuales aparece con claridad si nos interrogamos sobre lo que puede pasar con la enseñanza de esa producción histórica desencantada. El hecho es que la historia escolar continúa descansando sobre las viejas síntesis de hace un cuarto de siglo: ¿es que acaso no le concierne la renovación de la historia? Habrá quien rechace la cuestión sin dudarlo: después de todo, la historia no tiene como primer objetivo ser enseñada en las aulas; la investigación desinteresada es dueña de sus objetos; liberarla consiste en librarla de esa función social y política que la parasita.

Este punto de vista me parece un tanto desencarnado y no querría que los historiadores imitaran a aquellos eclesiásticos de los años 60 y 70 que, para hacer de la comunión una ceremonia puramente religiosa, acabaron por perseguir las tradiciones sociales y folclóricas que la acompañaban, tanto los vestidos de «pequeñas novias» como los banquetes familiares y, con toda seguridad, de ese modo acabaron también por vaciar sus iglesias.

---

[4] R. Chartier, «Le monde comme représentation», pág. 1508 (trad. esp., pág. 49).

[5] P. Boutry, «Assurances et errances de la raison historienne», en *Passés recomposés*, pág. 67.

El desencanto escéptico puede producir otros efectos devastadores. A fuerza de pregonar a los cuatro vientos que no hay verdad en la historia, sino sólo interpretaciones subjetivas y relativas, el público acabará por creérselo. Y entonces, ¿por qué prestar atención a lo que dicen los historiadores? La fuerza y la importancia social de la historia radican en el hecho de que avanza en nombre de verdades certificadas, atesora un saber de la sociedad sobre sí misma. El abandono de aquellos temas que son centrales para esa colectividad que retribuye a los historiadores, el repliegue de estos últimos sobre lo que les interesa a ellos mismos, amenaza ya esa posición; si, por otro lado, los historiadores descreen de la posibilidad de alcanzar verdades, ¿en nombre de qué justifican la enseñanza obligatoria de su disciplina?

En realidad, ningún historiador lleva las cosas a tal extremo. Detrás de esa moda de escepticismo desengañado, todos están persuadidos de que sus análisis están bien fundamentados y todos creen en la verdad de lo que escriben. No me refiero sólo a la crítica de las fuentes y al establecimiento de los hechos, pilar de toda historia: ningún historiador aceptaría que se pudiera decir que Guernica fue incendiada por los republicanos españoles, o que las cámaras de gas no existieron. Hablo también de las interpretaciones: basta con ver los debates suscitados en torno a la historia de la Revolución francesa para advertirlo. Es evidente que los historiadores no se ponen de acuerdo, pero todos sostienen que su interpretación es la buena, la argumentan y nadie dice que valgan todas. Son los semióticos quienes pretenden que la historia sea una de las modalidades de la ficción y, por tomar una frase de Barthes escogida por H. White como epígrafe de uno de sus libros, que «el hecho sólo tiene una existencia lingüística»[6].

El consenso efectivo de la corporación no se consigue, pues, en torno a las tesis hipercríticas, incluso nihilistas. Se establece a mitad de camino entre la certeza científica de principios de siglo y el relativismo que es de buen tono aparentar hoy en día. La historia dice la verdad, pero sus verdades no son absolutas. ¿Cómo comprender esa contradicción constitutiva de la disciplina?

---

[6] Véase R. Chartier, «Philosophie et histoire: un dialogue», en François Bédarida (dir.), *L'Histoire et le métier d'historien,* págs. 149-169.

Objetividad, verdad, prueba

Las verdades de la historia son relativas y parciales por dos razones fundamentales y solidarias.

Por un lado, los objetos de la historia siempre se extraen a partir de contextos determinados, y lo que el historiador dice siempre se refiere a ellos. Las regularidades de la historia no pueden enunciarse más que bajo la reserva de «por otra parte, todas las cosas son iguales», pero las cosas jamás son iguales, sólo son vecinas o están emparentadas. Hemos argumentado profusamente sobre este aspecto, tanto en relación con los conceptos ideal-típicos de la historia como a propósito de lo que hemos llamado, siguiendo a J.-Cl. Passeron, el razonamiento natural.

Por otro, los objetos de la historia se construyen siempre a partir de un punto de vista que es histórico en sí mismo. Lo hemos visto al hablar del arraigo científico, social y personal de las preguntas que se plantea el historiador, así como al referirnos a la trama y a la escritura. Ésta es la razón por la que la historia, que pretende y tiende a la objetividad, jamás podrá alcanzarla. La objetividad implica, en efecto, una oposición entre sujeto cognoscente y objeto de conocimiento característica de las ciencias donde el observador no está implicado como persona en su investigación. En sentido estricto, la objetividad es imposible en historia, como ocurre también en sociología o en antropología.

Más que de objetividad, deberíamos hablar de distancia e imparcialidad. La comparación del historiador con el juez resulta bastante esclarecedora. El juez no puede ser totalmente objetivo: en la apreciación que formula sobre un crimen pasional, sus sentimientos personales entran inevitablemente en juego. Pero el procedimiento es contradictorio: los puntos de vista de la acusación y de la defensa son tomados en cuenta por igual, de modo que los cronistas tildarán de imparcial a aquel juez que equilibre la balanza con los argumentos de una y otra, que plantee las cuestiones sin tomar partido y que se atenga a los hechos. Ese mismo camino es el que debe seguir el historiador, evitando las perspectivas unilaterales.

La imparcialidad (más que la objetividad) del historiador es resultado de una doble actitud, moral e intelectual. Ante todo, moral: de Seignobos a Marrou, todos los autores que han escrito sobre la historia han tenido un discurso ético. Ellos insistieron sobre la necesidad de que el historiador tuviera en cuenta las posiciones de todos, poniendo

entre paréntesis las suyas propias, de que atemperara sus pasiones, lo cual requiere un esfuerzo previo con el fin de aclarar y superar sus implicaciones personales. Aunque parezcan moralizantes, tales consejos no son inútiles. Todavía nos tropezamos a menudo con historiadores que, llevados por sus pasiones, cometen errores de hecho que los desacreditan[7].

Pero la apelación a la honestidad y al rigor es también de orden intelectual. En efecto, en primer lugar, es la elección de una postura intelectual, y no moral o política. Si contempla la imparcialidad, el historiador debe resistir la tentación de utilizar la historia para otra cosa. Su pretensión es la de comprender, no dar lecciones ni moralizar. Cuando se critica la pretensión de la historia de ser una ciencia, se olvida a menudo que esa reivindicación ha servido históricamente para romper el vínculo que hacía de ella una maestra de vida, una recopilación de buenos ejemplos. Es común ironizar sobre las ilusiones de Ranke y su pretensión de decir «cómo han ocurrido realmente las cosas», pero el propósito es plenamente actual si lo tomamos en su contexto:

> Se le ha atribuido a la Historia la misión de juzgar el pasado, de instruir al mundo para el aprovechamiento de los años futuros: el presente ensayo no emprende tan altas misiones: sólo pretende mostrar cómo ha sido realmente[8].

No obstante, la cuestión del régimen de verdad de la historia desborda ampliamente el de la imparcialidad del investigador y el del desinterés de la investigación. Es también una cuestión de método: en historia, la verdad es aquello que está probado. ¿Qué métodos permiten la administración de la prueba?[9].

Del hecho de que la historia no tenga un método específico no se infiere, en efecto, que no tenga método alguno. Entiendo por método

---

[7] Se puede tomar como ejemplo la controversia sobre Vichy que llevó a un historiador como Zeev Sternhell a invocar en apoyo de su tesis hechos que son falsos, «La Redacción de *Esprit* se reunió hasta los últimos días de 1942 para llevar a cabo la Revolución nacional» *(Le Monde,* 21 de septiembre de 1994). Sin embargo, la revista fue prohibida por el almirante Darlan en agosto de 1941 y su director, arrestado en enero de 1942, tal como le ha objetado M. Winock *(ibíd.,* 5 de octubre de 1994). Los historiadores que se toman tales libertades con la verdad firman su propia condena.

[8] Citado por R. Koselleck, *Le Futur passé,* pág. 47 (trad. esp., págs. 56-57).

[9] Sobre este particular, véase mi artículo «Histoire, vérité, méthodes. Des structures argumentatives de l'histoire», que prolonga esta reflexión.

un conjunto definido de procedimientos intelectuales de tal naturaleza que cualquiera que los respetara, planteando la misma pregunta a las mismas fuentes, llegaría necesariamente a las mismas conclusiones. En ese sentido, la historia tiene muchos métodos. Los podríamos clasificar en dos grupos, que llamaré, para sintetizar, la investigación y la sistematización y que descansan sobre dos tipos de pruebas, la prueba factual y la prueba sistemática.

La investigación, en el sentido que le damos al término cuando nos referimos a la de un juez de instrucción o de un periodista, es el método utilizado para establecer los hechos, las secuencias, las causas y las responsabilidades. Que la investigación conduce a la verdad es algo que nos dice el propio sentido común, pues de lo contrario no se podría hacer justicia. En su búsqueda de la verdad, el juez procede como el historiador: recoge toda una gama de hechos, que van desde el móvil, pasando por el indicio, hasta la prueba formal. Una huella dactilar o una muestra del código genético proporcionan a veces pruebas que podríamos llamar «científicas». Los testigos imparciales y fiables declaran que el reo estaba jugando al *bridge* con ellos en un lugar público a la hora del crimen: la prueba es de naturaleza diferente y descansa sobre los testimonios, pero no por ello la inocencia estará probada con menor solidez.

La diferencia entre el juez y el historiador no reside en la investigación, sino en la sentencia. El juez debe resolver una vez terminada la investigación, y la duda beneficia al acusado. El historiador es más libre y puede suspender el juicio y sopesar la balanza de las presunciones y las dudas, pues el conocimiento está libre de la obligación de actuar. Pero eso no quiere decir que se le dispense de presentar sus pruebas. En ese sentido, toda historia debe ser factual. La lengua inglesa dispone para ello de un término de difícil traducción: la historia debe descansar sobre *evidences* extraídas de los datos *(data)*. En francés (como en castellano), los hechos son a la vez datos y pruebas. Establecer los hechos es extraer datos que servirán como *evidence* en la argumentación.

La prueba factual no es necesariamente directa y la podemos buscar en los detalles aparentemente desdeñables. Nos encontramos aquí con lo que Carlo Ginzburg llamaba el «paradigma indiciario», en referencia entre otros a Sherlock Holmes. La atribución de un cuadro a un autor determinado nos proporciona un buen ejemplo: en ocasiones, el detalle de las orejas o de los dedos nos informa mejor que la propia firma. Pero el historiador, como le ocurre al juez, alimenta su archivo de pruebas, tomadas de indicios materiales (huellas dactilares, rastros de

sangre, etcétera), de testimonios, de documentos, y llega a conclusiones que por lo general se dan por exactas. La investigación bien conducida constituye un régimen de verdad que no es consustancial a la historia, sino que es algo común y del que hace uso sin reticencia alguna.

La sistematización se produce siempre que el historiador enuncia verdades que se refieren a una suma de realidades: individuos, objetos, costumbres, representaciones, etcétera. Los libros de historia abundan en conclusiones de este tipo. Afirman, por ejemplo, que en 1940 los franceses apoyaban masivamente al mariscal Pétain, o que los antiguos combatientes de entreguerras eran pacifistas, o que los hombres del siglo XVI no podían ser incrédulos o, más aún, que el coste del pan representaba más de la mitad del gasto de las familias obreras bajo la Monarquía de Julio. ¿Qué es lo que permite afirmarlo? ¿Dónde están las pruebas?

Las sistematizaciones no son consustanciales a la historia. Las podemos hallar en sociología o en antropología. Pero los métodos que permiten validarlas son desigualmente rigurosos.

El más débil consiste en aportar ejemplos en apoyo de la sistematización. Lo podemos llamar «ejemplificación»[10]. Su validez descansa sobre el número y la variedad de los ejemplos propuestos y por ello es desigual: el historiador no siempre encuentra tantos ejemplos como desearía. Para probar que los franceses apoyaban en masa al mariscal Pétain, el historiador ofrecerá citas de individuos muy variados, pertenecientes a todas las corrientes políticas, citará informes de los prefectos, artículos de prensa. Si la búsqueda de ejemplos es sistemática, entonces destacará su reverso, es decir, aquellos que lo rechazan (los comunistas), y mostrará las diferencias en los motivos de unos y otros. No permitirá, pues, medir la amplitud y el grado de adhesión, pero proporcionará una evaluación, una visión de conjunto correcta. La exactitud de las conclusiones extraídas de una ejemplificación global depende de su carácter sistemático y, por tanto, sería conveniente explicitarlo y justificarlo.

El método más vigoroso descansa sobre la construcción de indicadores cuantificables y sobre la validación estadística. Se trata de una aproximación más cercana, pero sin alcanzarla, a la ciencia popperiana, donde la hipótesis debe ser refutable. La calidad de las conclusiones obtenidas depende por tanto de la construcción de los indicadores

[10] El término ha sido empleado por J.-Cl. Passeron, *Le Raisonnement sociologique,* pero en un sentido más general.

utilizados y de la validez de los datos con que están construidos. Pero, si no olvidamos jamás que las cuantificaciones ocultan realidades concretas, en sus propios contextos, este planteamiento proporciona pruebas difícilmente cuestionables.

Entre esos dos extremos hay todo un abanico de métodos posibles, métodos que los historiadores elaboran en función de sus fuentes y de su cuestionario. Lo importante es que hay un método. Para comprenderlo, nada mejor que un ejemplo.

Supongamos una investigación sobre las representaciones que un grupo social tiene de sí mismo en una época dada a partir de un análisis de revistas corporativas. El autor apoyará sus conclusiones con citas. El límite de la observación es obvio: no es cierto que otro investigador, leyendo las mismas revistas, llegue a las mismas conclusiones. Para que eso ocurra sería necesario que la ejemplificación fuera sistemática, que el autor nos dijera qué protocolo ha seguido al buscar sus ejemplos. Esto ya sería más riguroso. Y lo sería aún más definir un método preciso y recurrir al análisis de contenido o a una de las formas del análisis lingüístico. Definido el método y delimitado un *corpus* de textos, cualquier investigador que aplicara dicho método a ese *corpus* debería llegar a los mismos resultados. El régimen de verdad de las conclusiones sería entonces mucho más fuerte.

He escogido este ejemplo porque fue motivo de debate. Un historiador objetó que bastaba con cambiar el método para conseguir otros resultados. Si eso no es una ocurrencia, entonces es una dimisión que arruina la pretensión de la historia de alcanzar la verdad. En efecto, todos los métodos no son válidos. Para conseguirlo, un método debe ser doblemente pertinente: en relación con las cuestiones planteadas y con las fuentes utilizadas. En el ejemplo propuesto, el análisis de contenido debería ser probablemente menos fecundo que si utilizáramos un método tomado en préstamo de la lingüística. Pero lo importante debería ser que siguiéramos un método, es decir, definir y justificar la elección. De lo contrario, el historiador estará condenado a producir un texto literario salpicado de ejemplos cuyo valor probatorio es escaso.

La cuestión de los métodos de administración de la prueba es, pues, central en historia. Renunciar a plantearla caso a caso, investigación a investigación, es renunciar a establecer las verdades. Mejor sería, me parece, que los historiadores reflexionaran sobre las distintas formas de pertrechar sus métodos, de endurecer su armadura y de reforzar el rigor, antes que dedicarse a repetir con complacencia que la historia no es una ciencia. Se la transforma en literatura cuando se pres-

cinde de la reflexión sobre los métodos, o incluso sobre el método a secas. El historiador debe asumir plenamente las exigencias metodológicas de su pretensión de alcanzar un régimen propio de verdad.

En efecto, de las dos cosas deberemos optar por una: o bien todos los métodos valen, y la historia no es otra cosa que interpretaciones, puntos de vista subjetivos; o bien hay verdades en historia y dependen del rigor de los métodos que se utilicen. En el primer caso, la historia cumple una función social análoga a la del ensayo o la novela, pero la novela, a fin de cuentas, es mucho más rica en sentido profundo; en el segundo, la historia puede pretender legítimamente alcanzar un saber verificado. La cuestión de su función social se plantea entonces en otros términos.

Una función social ambigua

Historia, nación, civismo

Por una aparente paradoja, la historia del siglo XX, que se quería despojada de moral y política, ha ejercido una función eminentemente política: en Francia, como en Alemania o en Estados Unidos, por no hablar de Bohemia o de Hungría, era el crisol en el que se fraguaban las identidades nacionales.

Ese carácter entrañaba escoger la nación o el pueblo como marco privilegiado de la historia, sin consideración de sus diversidades internas, y tomar como problema a plantearse el de la construcción de esas comunidades imaginadas[11]. De ahí la importancia otorgada a la construcción del Estado, presente en la afirmación tanto de su autoridad interna como de su potencia —o independencia— exterior.

Hoy en día podemos observar claramente el compromiso nacional fruto de esa tradición histórica, y su vínculo con la enseñanza tanto primaria como secundaria[12]. La figura de Lavisse encarna por

---

[11] Aunque no lo diga expresamente, Prost parafrasea y alude de manera implícita a una célebre y polémica obra que en los últimos años ha motivado el debate entre los historiadores sobre la «cuestión nacional». Nos referimos a la obra de Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo,* México, FCE, 1993. *(N. de los T.)*

[12] Véase sobre todo P. Nora, «Lavisse, instituteur national», y Suzanne Citron, *Le Mythe national,* polémica a veces en exceso.

sí sola a esos «maestros» de la nación. Con todo, no necesitamos exagerar: los historiadores de fines del siglo XIX y de principios del XX eran perfectamente conscientes del riesgo de deriva nacionalista. Sobre este particular, por ejemplo, un Seignobos se situaba en abierta contradicción con la historia de Bainville: la influencia de la Action Française sobre la historiografía se manifestó en la historia de carácter divulgativo, que conoció entonces un gran éxito, y no en la historia universitaria[13].

Eso no fue obstáculo para que ejerciera una función social evidente, la de proporcionar a la nación sus leyendas y su identidad. Cierto es que lo hizo de forma inconsciente, pues generalmente mantenía un tono neutral y evitaba juzgar. Para ella, la actitud «científica» radicaba en el tratamiento de los hechos y de las explicaciones, que era donde aplicaba sus principios de imparcialidad. No advertía que la definición de los temas jamás es neutra[14]. La debilidad de la reflexión historiográfica y el desprecio de los historiadores para con la historia de su disciplina coincidían con la ceguera de toda la sociedad francesa sobre la función social efectiva de la historia.

Así se observa en *Les Cadres sociaux de la mémoire,* de Maurice Halbwachs (1925). El historiador espera que ese libro aborde el papel de la historia en la construcción de la memoria social. Ahora bien, no es ése el caso: la cuestión ni siquiera está planteada. Pero ocurre que también la memoria nacional está ausente: la sociedad según Halbwachs conoce familias, religiones, clases sociales, pero no naciones. De ahí, la ausencia de la historia: su función efectiva es formar marcos sociales de una memoria nacional que Halbwachs descartó de su estudio sin siquiera discutir tal exclusión.

La tradición de la historia universitaria en Francia se caracterizaba por un segundo compromiso, mucho más profundo, que determinaba la elección de los temas. Los historiadores se planteaban el objetivo de

---

[13] W. R. Keylor, *Jacques Bainville and the Renaissance of Royalist History.* (Como se sabe, la Action Française a la que alude Prost es el movimiento político de corte nacionalista y monárquico que se gesta en el contexto de la reacción antisemita y militarista que acompaña al asunto Dreyfus y que llega hasta Vichy. Fue creado en 1889 tomando como base las tesis definidas por Charles Maurras (1868-1952), el célebre escritor y político francés, fundador de un neoclasicismo opuesto a la reforma, al romanticismo y a la revolución, y defensor y adaptador de las ideas monárquicas como base de un nacionalismo integral. *[N. de los T.]).*

[14] La generación de historiadores comunistas era más lúcida y escogía temas coherentes con su compromiso. Pero los abordaba profesionalmente, siguiendo la misma deontología.

hacer comprender el funcionamiento político y social de una nación o de un pueblo. ¿Cómo se hacen posibles las evoluciones? ¿Cómo se constituyen las fuerzas sociales y políticas? ¿Cómo se toman las decisiones y por qué?

Este proyecto era cívico y republicano. Si con el repertorio de leyendas nacionales —la saga de los reyes de Francia, la epopeya revolucionaria e imperial—, la historia se convertía en un factor de cohesión, a la vez aspiraba también a una función crítica. El saber es un arma y la historia, al explicar cómo está constituida la nación, proporciona a los ciudadanos los medios para elaborar su propia opinión sobre la evolución política o social. Daba a los franceses las herramientas intelectuales necesarias para adoptar una posición independiente y justificada en las esferas política y social. A este respecto, pues, era liberadora, lo cual fundamentaba su enseñanza en las aulas.

Nadie formuló mejor esa ambición que Seignobos. Para él, el objetivo es hacer al alumno «capaz de tomar parte en la vida social», de aceptar los cambios necesarios y de contribuir al orden. Para eso es necesario que comprenda la sociedad en la que ha de vivir. Ésta es la contribución específica de la enseñanza de la historia: por eso, la historia es más adecuada que ninguna otra disciplina para formar ciudadanos.

Charles Seignobos: Por qué es necesario enseñar historia

La historia estudia los acontecimientos humanos, en los que están inmersos los hombres que viven en sociedad. ¿Cómo el estudio de las sociedades puede ser un instrumento de educación política? He aquí una primera cuestión. —La historia estudia la sucesión temporal, de tal modo que permita percibir los estados sucesivos de las sociedades y, en consecuencia, sus transformaciones. ¿Cómo puede contribuir a la educación política el estudio de las transformaciones de las sociedades? Ésta es la segunda cuestión. —La historia estudia los hechos pasados que ya no tenemos forma de observar directamente, los estudia con un método indirecto que le es propio, el método crítico. ¿Cómo podemos aplicar a la educación política el hábito del método crítico? He aquí la tercera cuestión (...).

La historia es una ocasión de mostrar un gran número de hechos sociales: permite dar conocimientos precisos sobre la sociedad (...).

La adquisición de nociones fundamentales sobre la política y el hábito de servirse con precisión de un vocabulario político hacen que el alumno sea mucho más apto para comprender una sociedad, es decir, para percibir las relaciones que unen entre sí a los hombres que la forman: la división en clases, la organización del gobierno, el reclutamiento del personal, el reparto de las operaciones, el mecanismo de las funciones (...).

El hombre instruido por la historia ha visto en el pasado tan gran número de transformaciones, incluso de revoluciones, que ya no se asusta cuando ve una en el presente. Ha visto cómo varias sociedades sufrieron cambios profundos, de esos que la gente competente llama mortales, y que ya no están mal vistos.

Eso basta para curarlo del miedo al cambio y del conservadurismo obstinado que es propio de los *tories* ingleses.

El hombre instruido por la historia habrá aprendido también que las distintas partes de un régimen social y político no están sujetas de igual modo a las transformaciones (...). Habrá aprendido que la organización social y el derecho privado son más estables y se modifican más lentamente que el régimen de gobierno central. Cuando tome parte en la vida pública, sabrá lo que puede esperar que cambie rápidamente y aquello que sólo se puede modificar gradualmente (...). El estudio de las transformaciones nos libera de dos sentimientos encontrados, pero igualmente peligrosos para la acción. Uno es la impresión de que un individuo es impotente para remover esa enorme masa de hombres que forma una sociedad: es una sensación de impotencia que conduce al desaliento y a la inacción. El otro es la impresión de que la masa humana evoluciona por sí misma, que el progreso es inevitable: de donde procede la conclusión de que el individuo no tiene necesidad de ocuparse de ello; el resultado es el quietismo social y la inacción.

Por el contrario, el hombre instruido por la historia sabe que la sociedad puede ser transformada con la opinión, que la opinión no se modificará por sí misma y que un único individuo se verá impotente para cambiarla. Pero sabe que varios hombres, actuando juntos en el mismo sentido, pueden modificar la opinión. Este conocimiento le otorga el sentimiento de su poder, la conciencia de su deber y la regla de cómo actuar, que no es otra que ayudar a la transformación de la sociedad en el sentido que contemple como más ventajoso. Le enseña el procedimiento más eficaz, que es entenderse con otros hombres animados con las mismas intenciones para trabajar de consuno con el fin de transformar la opinión.

«L'enseignement de l'histoire comme instrument d'éducation politique», *passim.*

El proyecto de una propedéutica de civismo republicano a través de la historia implicaba la elección de ciertos temas en perjuicio de otros. Se daba prioridad, por un lado, a la historia contemporánea y, por otro, a la historia política, aunque no exclusivamente. Los temas privilegiados eran en realidad aquellos que explican cómo los hombres han hecho la historia, aquellos que se refieren a la acción de los individuos, de los grupos, de las instituciones, en las situaciones sociales que transforman. La historia de la Edad Media o la de la Antigüedad podían contribuir igualmente a formar ciudadanos, haciendo surgir, por contraste, la originalidad del presente, y sobre todo crearía el hábito de aplicar, en contextos variados, el modo de razonamiento por el cual se comprende cómo funciona una sociedad. La historia no se limita al pasado cercano puesto que su razonamiento se puede transportar de una época a otra.

Paradójicamente, esta función social no se vio afectada por el auge de la historia de los *Annales* antes del estallido de los años 70. En efecto, la historia labroussiana o braudeliana venía a enriquecer, antes que a contradecir, la ambición cívica de Lavisse o Seignobos. Para formar ciudadanos conscientes, era útil explicar la realidad de las fuerzas profundas, en particular las económicas, que gobiernan la evolución social. Las simpatías políticas de numerosos historiadores de esta generación, que inmolan hoy a quienes adoraban ayer[15], contribuyen a explicar la persistencia de esta función cívica de la historia.

Las cosas cambian cuando la historia se repliega sobre temas más limitados, con ambición de describir funcionamientos más subjetivos, representaciones más personales o, si son sociales, que no tienen engarce directo en la evolución macrosocial. La historia se da entonces como función responder a otras curiosidades, las cuales no tienen más relación con el presente que la de ser propias de nuestros contemporáneos. Pierre Nora ha iluminado esa oscilación, como resultado, a mediados de los años 60, de una doble evolución de la historia y de la sociedad. De una historia que pierde sus certidumbres y se interroga sobre su propia evolución, de una sociedad sorprendida por el crecimiento y bruscamente separada de sus raíces. De repente, la relación entre una y otra se invierte.

---

[15] Dado que pertenezco a una generación más joven y que no he sido jamás comunista, no me siento obligado a emprender esas revisiones desgarradoras y no veo razón alguna para renegar de convicciones que son simple y firmemente republicanas. Tampoco creo que el haber estado equivocado en el pasado autorice hoy a dar lecciones.

Historia, identidad, memoria

La historia tradicional estaba construida sobre una continuidad: «La verdadera percepción del pasado consistía en considerar que en realidad no había pasado»[16]. El pasado estaba aún involucrado en el presente, y ésta es la razón por la que era importante iluminarlo: la historia aclaraba, pues, el presente. Hemos expuesto con amplitud este punto de vista, que conserva cierta validez, sobre todo en historia contemporánea[17].

Esta relación del presente con el pasado quedó truncada. «El pasado nos viene dado como radicalmente distinto, un mundo del que jamás nos hemos separado»[18]. La historia se construye sobre la aguda conciencia, presente en los historiadores, de que existe un corte radical y de los obstáculos que es necesario superar para abolirlo. La sociedad, por su parte, demanda recobrar esos objetos perdidos, más en su autenticidad vivida que en su transformación lógica, y los historiadores reciben el encargo de hacer resonar de nuevo la voz de los protagonistas y mostrar el paisaje, con sus colores y su exotismo. El éxito de *Montaillou* (1975) muestra de manera emblemática ese reencuentro entre la demanda actual de historia y una nueva forma de escribirla. El itinerario de su autor, del fresco macrosocial a la monografía, recapitula el de muchos otros colegas[19].

La relación de la historia y de la memoria se invierte. La historia que por comodidad podemos llamar «tradicional», es decir, la que se hacía antes de la oscilación hacia la memoria de los años 60, se apoderaba de la memoria nacional y republicana para estructurarla y arraigarla en una continuidad larga. La historia actual está más bien puesta al servicio de la memoria, como se deduce de la prescripción del «deber»

---

[16] P. Nora, «Entre Mémoire et Histoire», pág. XXXI.

[17] No he ocultado jamás que mi interés por la historia de la enseñanza tiene su origen en la preocupación por esclarecer los poblemas actuales de esta institución y en la voluntad de aportar una respuesta tan pertinente como posible. La historia ha sido, en este caso, maestra de vida, lo cual no me ha impedido hacerla como historiador profesional.

[18] P. Nora, «Entre Mémoire et Histoire», págs. XXXI-XXXII.

[19] Así Alain Corbin pasa de la historia global de una región *(Archaïsme et Modernité en Limousin au XIXe siècle [1845-1880]*, París, Marcel Rivière, 1975) a *Village des canibales* (París, Aubier, 1990) y a las *Cloches de la terre. Paysage sonore et cultures sensibles dans les campagnes aux XIXe siècle* (París, Albin Michel, 1994).

de memoria dirigida a los historiadores y que define su función social en el presente.

Ahora bien, la historia y la memoria se oponen punto por punto. P. Nora lo ha expuesto mejor que nadie.

PIERRE NORA: MEMORIA E HISTORIA

La memoria es la vida, siempre acarreada por los grupos vivos y, a este respecto, está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y la amnesia, inconsciente de sus sucesivas deformaciones, vulnerable a todos los usos y manipulaciones, susceptible de estar latente durante mucho tiempo y de manifestar súbitas revitalizaciones. La historia es la reconstrucción siempre problemática e incompleta de lo que ya no es. La memoria es siempre un fenómeno actual, un vínculo vivido en el eterno presente: la historia, una representación del pasado. Dado que es emocional y mágica, la memoria sólo se acomoda a aquellos detalles que la confortan: se nutre de recuerdos borrosos, chocantes, globales o flotantes, particulares o simbólicos, sensibles a todas las transferencias, velos, censura o proyecciones. La historia, en cuanto operación intelectual y laica, apela al análisis y al discurso crítico. Si la memoria instala el recuerdo en lo sagrado, la historia, siempre tan prosaica, lo desaloja. La memoria surge de un grupo que ella cohesiona, lo que equivale a decir, como hizo Halbwachs, que hay tantas memorias como grupos; que es por naturaleza múltiple y desmultiplicada, colectiva, plural e individualizada. Por el contrario, la historia pertenece a todos y a nadie en particular, lo cual le da vocación de universalidad. La memoria se arraiga en lo concreto, en el espacio, el gesto, la imagen y el objeto. La historia no se dedica sino a continuidades temporales, a evoluciones y a relaciones entre cosas. La memoria es un absoluto y la historia no conoce más que lo relativo.

En el corazón de la historia trabaja un criticismo destructor de la memoria espontánea. La memoria siempre le es sospechosa a la historia, cuya auténtica misión es destruirla y refundarla. La historia es deslegitimación del pasado vivido...

Les Lieux de mémoire, 1, *La République,* páginas XIX-XX.

Hacer la historia era liberarse de la memoria, ordenar sus recuerdos, ponerlos de nuevo en secuencias y regularidades, explicarlos y comprenderlos, transformar en pensamiento una vivencia afectiva y emocional. Ya lo hemos advertido con el ejemplo de los recuerdos de

la guerra: la memoria está en los agujeros que deja un obús, y lo está aún más en las casamatas sacudidas por los bombardeos; la historia está en los museos pedagógicos, memoriales o históricos, donde el visitante que ya no puede experimentar las emociones de los viejos combatientes adquiere un saber sobre la batalla.

La historia tradicional no sólo liberaba, pues, al ciudadano al darle las claves de la comprensión del presente. También lo libraba de la tutela de los recuerdos. La historia era liberación del pasado. El hombre, escribía Marrou[20], no se libra del pasado que pesa oscuramente sobre él a través del olvido, sino «gracias al esfuerzo que hace para hallarlo de nuevo, para asumirlo con total consciencia, de modo que lo llegue a incorporar a sí mismo». En ese sentido, «la historia aparece como una pedagogía, como la palestra y el instrumento de nuestra libertad». L. Febvre no pensaba de modo distinto.

Lucien Febvre: Historia, olvido, vida y muerte

Un instinto nos dice que olvidar es una necesidad para los grupos, para las sociedades que quieren vivir. Poder vivir. No dejarse aplastar por esa formidable multitud, por esa acumulación inhumana de hechos heredados. Por esa presión irresistible de las palabras que aplastan a los vivientes, puliendo bajo su peso la débil capa del presente hasta quitarle toda fuerza de resistencia (...).

La historia [responde a esa necesidad] y es un medio de organizar el pasado para impedirle que pese demasiado sobre los hombros de los hombres. La historia que, indudablemente (...), no se resigna a ignorar y que, por tanto, se las ingenia para aumentar siempre más, la multitud de los hechos «históricos» de que disponen nuestras civilizaciones para escribir la historia; pero no hay contradicción en ello. Porque la historia no presenta a los hombres una colección de hechos aislados. Organiza esos hechos. Los explica y para explicarlos hace series con ellos; series a las que no presta en absoluto igual atención. Así pues, lo quiera o no, es en función de sus necesidades presentes como la historia recolecta sistemáticamente, puesto que clasifica y agrupa, los hechos pasados. Es en función de la vida como la historia interroga a la muerte.

«Vers une autre histoire» (1949) en *Combats pour l'histoire,* pág. 437 (trad. esp., págs. 243-245).

---

[20] H.-I. Marrou, *De la connaissance historique,* pág. 274 (trad. esp., pág. 198).

Nuestra sociedad ya no teme quedar sumergida en el pasado, sino perderlo. Un inmenso movimiento conmemorativo la envuelve. El milenario capetiano lo demuestra a la perfección[21]. Al principio, se trataba de la conmemoración de la llegada de Hugo Capeto (987), una fecha que la comisión competente del CNRS no juzgaba digna de consideración, un personaje sin identidad garantizada («Capeto» data del siglo XVI) y un acontecimiento sin peso real. Al final, se convirtió en un éxito prodigioso, con manifestaciones, descentralizadas, el presidente de la República y el conde de París presentes en la misa de coronación en Amiens, además de cuatro biografías publicadas. ¡Qué no habría escrito Maurras! En el mismo sentido, dos años más tarde, lo que sorprende del bicentenario de la Revolución francesa es el número y la importancia de las manifestaciones locales. Francia se cubrió de múltiples conmemoraciones: el mayor acontecimiento nacional fue conmemorado ante todo como fundador de identidades locales.

La «conmemoratividad» que nos alcanza, y que requiere de los historiadores una contribución a la vez experta y legitimadora[22], se da la mano con una oleada patrimonial sin precedentes. El año del patrimonio, lanzado por azar en 1980, se convirtió en un inmenso éxito, que cada año renuevan las jornadas que se le dedican. En todas las regiones se multiplican los más diversos museos. Cada semana, o casi, un alcalde solicita al ministerio de los *Anciens Combattants*[23], la creación de un museo consagrado a una batalla, a los prisioneros, a las armas, etcétera. Se conservan los viejos automóviles, las antiguas botellas, las viejas herramientas. Deshacerse de algo se vuelve imposible.

Destruir, más todavía. La ley de 1913 sobre los monumentos «históricos» contemplaba aquellos que presentaban un interés nacional, ya

---

[21] Retomamos el análisis de P. Nora, «L'ère de la commémoration», págs. 989 y ss.

[22] Ayer, 18 de agosto de 1995, mientras terminaba esta libro en una villa jurásica, completamente aislada, sonó el teléfono. Muy civilizadamente se solicitó mi colaboración para conmemorar el cincuentenario de la Seguridad Social... Así va el mundo. Habré conmemorado este año dos veces la creación de la CGT en 1895, el retomo de los deportados de los campos de concentración y la Seguridad Social. ¡Y eso que soy, que se me perdone, un «vago» de la conmemoración!

[23] La institución actual a que se refiere Prost es la dependiente del Secrétaire d'Etat à la Défense Chargé des Anciens Combattants, perteneciente al Ministerio de Defensa. Sus atribuciones son las relativas a los antiguos combatientes y a las víctimas de guerra, así como al servicio nacional universal, la reserva militar, la «política de memoria» y el reforzamiento de los vínculos entre los ejércitos y la Nación, según el decreto de 23 de marzo de 1999. *(N. de los T.)*

fuera de índole monumental o simbólica: las catedrales, los palacios del Loira y las mansiones renacentistas[24]. Hoy en día, el procedimiento se ha ampliado prodigiosamente: se clasifican los mármoles del Café de Croissant[25], donde fue asesinado Jaurès, las guarderías infantiles del siglo XIX, etcétera. Basta con que la opinión pública otorgue cierta importancia simbólica a un lugar para que éste sea preservado: se ha «salvado» así la fachada del Hôtel du Nord, sito en la avenida de Jemmapes, en recuerdo de la película de Carné, aunque se haya convertido en un estudio[26]. Y serían necesarías largas explicaciones para talar viejos árboles peligrosos y sustituirlos por otros. Una consigna recorre así nuestra sociedad: «No toquéis mi pasado...»

Estamos, pues, invadidos, sumergidos en un patrimonio que se multiplica, que de algún modo es ya constitutivo de una identidad común, pero que se fragmenta en una multitud de identidades locales, profesionales, categorías cada una de las cuales exige ser respetada y cultivada. La historia nacional ha cedido su lugar a un mosaico de memorias particulares, «ese álbum de familia descubierto después de treinta años con ternura y piadosamente enriquecido con todo los hallazgos del desván, inmenso repertorio de fechas, de imágenes, de textos, de figuras, de intrigas, de palabras e incluso de valores (...) cuyo poder otrora mítico se ha convertido en mitología familiar...»[27]. El inventario o la colección, que conservan religiosamente la huella del pasado sin extraerle necesariamente su sentido, adquieren una legitimidad su-

---

[24] La ley a que alude Prost es la ley de monumentos históricos del 31 de diciembre de 1913, completada al año siguiente con la creación de la Caisse Nationale des Monuments et des Sites. En la actualidad, el Ministerio de Cultura y Comunicación posee una Direction de l'Architecture et du Patrimoine que se encarga de estos asuntos. Por otra parte, ciñéndonos a lo que señala Prost, cabe indicar que, hasta 1995, el catálogo de monumentos protegidos incluía más de 1.000 edificios construidos en el siglo XX. Por eso no es extraño que el patrimonio monumental francés incluya más de 150.000 referencias. *(N. de los T.)*

[25] El Café de Croissant, situado en la rue Montmartre, es el lugar en donde fue asesinado Jean Jaurès en julio de 1914, después de haber alcanzado fama como líder del Partido Socialista y defensor de Dreyfus. *(N. de los T.)*

[26] Las guías describen el Hôtel du Nord como un edificio discreto, amplio y con tres ventanas. Además, indican que en su fachada puede leerse la inscripción «Hôtel du Nord», escrita en 1929 por Eugène Dabit, hijo del propietario del establecimiento. Hoy en día acoge actuaciones musicales. Por otra parte, como señala Prost, su celebridad va ligada a la película del mismo nombre que realizó Marcel Carné (1909-1996) en 1938, un film de culto en Francia, que traduce de forma extraordinaria la atmósfera de esta saga hotelera. *(N. de los T.)*

[27] P. Nora, «L'ère de la commémoration», pág. 1010.

perior. Las tres «figuras dominantes de nuestro universo cultural actual» son el museo, la enciclopedia y la guía[28].

Se difunden así un gusto y una demanda de historia multiformes, y la multiplicación de genealogistas viene a confirmarlo. La búsqueda de las raíces, que precipita a nuestros contemporáneos al culto nostálgico del pasado, comienza a difuminar la frontera entre los historiadores profesionales y sus lectores. Así pues, aunque sea de rebote, queda plenamente justificado referirse ahora a la cuestión de la identidad de los historiadores profesionales.

Carl Becker ya lo planteó en 1931 al dirigirse al congreso de la American Historical Association, aunque en términos diferentes. Partía de una definición minimalista de historia como «memoria de cosas hechas y dichas» y constataba que *Mr. Everyman,* es decir cualquiera de nosotros, hacía historia sin saberlo. Al despertarse, se acuerda de cosas hechas o dichas la víspera, así como de lo que tiene que hacer ese día. Para acordarse de algo en concreto, consulta sus archivos personales —su agenda— y constata, por ejemplo, que debe pagar el carbón. Se dirige a su proveedor de carbón, pero éste no disponía en su momento de la calidad demandada y subcontrató el pedido a un colega. Busca entre sus papeles, encuentra la confirmación del hecho y le da la dirección del colega a *Mr. Everyman,* quien va entonces a pagarle. De vuelta a casa, encuentra el recibo y constata sin sorpresa que efectivamente es ese segundo comerciante quien se lo libró. *Mr. Everyman,* señala Becker, acaba de seguir todos los pasos propios del historiador: ha establecido los hechos a partir de documentos conservados en los archivos. Sin saberlo, adopta este planteamiento, que es histórico, para todo aquello que, en la vida corriente, une el pasado con el presente y en relación con aquello que hará en el futuro. Y como no sólo de pan vive el hombre, su actividad histórica, totalmente pragmática, le sirve para ampliar su presente, para dar sentido a su experiencia.

¿Dónde está entonces, se pregunta Becker, la diferencia con el historiador profesional? Desde luego no es fundamental. Ciertamente, el historiador tiene como función ampliar y enriquecer el presente de la sociedad. Pero la historia no es una ciencia: los hechos no hablan de sí

[28] J. Rancière, «Histoire et récit», en *L'Histoire entre épistémologie et demande sociale,* pág. 200.

mismos, tal como creían los historiadores del siglo XIX fascinados por la ciencia, como fue el caso de Fustel de Coulanges, citado por Becker.

CARL BECKER: LA VOZ DEL HISTORIADOR ES LA DE *MR. EVERYMAN*

> Cincuenta años más tarde, podemos ver con claridad que no era la historia la que hablaba a través de Fustel, sino Fustel a través de la historia. Lo que quizá es más difuso es que la voz de Fustel fuera aquella, amplificada (...) de *Mr. Everyman;* lo que los admirados estudiantes aplaudían (...) no era ni la historia ni a Fustel, sino un conjunto diestramente coloreado de acontecimientos seleccionados y a los que Fustel había dado forma con tanta habilidad cuanto que no era consciente de hacerlo. Con ello servía a las necesidades emocionales de *Mr. Everyman* y permitía la satisfacción afectiva, tan esencial para los franceses de aquel tiempo, de descubrir que sus instituciones no tenían un origen germánico (...). *Mr. Everyman* es más fuerte que nosotros, y tarde o temprano deberemos adaptar nuestro saber a sus necesidades. De lo contrario, nos abandonará dejando que nos ocupemos de lo nuestro, para quizá cultivar esa especie de seca arrogancia profesional que se extiende sobre el delgado suelo de la investigación erudita.
>
> «Everyman his Own Historian», pág. 234.

Nuestra función, concluye, no consiste en repetir el pasado, sino en corregirlo y racionalizarlo para uso común de *Mr. Everyman*.

El mensaje de Carl Becker contiene dos prescripciones que entonces iban unidas y que hoy son contradictorias. Dejo de lado la crítica del cientifismo, la cual tiene mucho de moda de época. Retengo, en cambio, la función social y la concepción de la historia.

Becker recomienda a sus colegas escuchar a *Mr. Everyman* y hacer una historia que le sea útil. Es tanto una cuestión de hecho como un consejo: a fin de cuentas, el historiador hace el tipo de historia que la sociedad le demanda; de lo contrario, ésta se aparta de aquél. Ahora bien, nuestros contemporáneos piden una historia vinculada a la memoria y a la identidad, una historia que les distraiga del presente y con la que puedan enternecerse o indignarse. Si el historiador no responde a esa demanda, acabará encerrado en un gueto académico.

Pero, por otra parte, la historia es para Becker una herramienta para el presente: «Para estar preparados ante lo que se nos avecina, es necesario no sólo recordar ciertos acontecimientos pasados, sino anticipar (adviértase que no digo predecir) el futuro (...). El recuerdo del

pasado y la anticipación de acontecimientos futuros marchan juntos, se dan la mano...»[29]. Ahora bien, en sentido inverso, la demanda actual hace de la historia un lugar de memoria: es fuga del presente y miedo al futuro.

Aquí está, me parece, lo que nos jugamos, tanto en la historia como en la sociedad. El culto al pasado responde a la incertidumbre sobre el futuro y a la ausencia de un proyecto colectivo. La ruina de las grandes ideologías, que sin duda constituye un progreso de la lucidez política, deja desamparados a nuestros contemporáneos. De ahí la recuperación de una tradición historiográfica donde Seignobos o Braudel quedan reunidos dentro de una misma relación con el presente. Por el contrario, no hay proyecto colectivo posible sin educación histórica de los actores y sin análisis histórico de los problemas. Nuestra sociedad de memoria piensa que, sin historia, perdería su identidad. Sin embargo, sería más adecuado decir que una sociedad sin historia es incapaz de proyectarse.

El desafío que los historiadores deben atender de ahora en adelante es el de transformar en historia la demanda de memoria de sus contemporáneos. Es en función de la vida por lo que debemos interrogar a la muerte, subrayaba L. Febvre. El deber de cultivar la memoria se predica constantemente, pero recordar un acontecimiento no sirve para nada, ni siquiera para evitar que se reproduzca, si uno no lo explica. Es necesario hacer comprender cómo y por qué ocurrieron las cosas. Es entonces cuando se descubren complejidades incompatibles con el maniqueísmo purificador de la conmemoración. Y, sobre todo, cuando nos adentramos en el orden del razonamiento, que es distinto del de los sentimientos, y más aún del de los buenos sentimientos. La memoria se justifica a sí misma como moral y políticamente correcta y extrae su fuerza de los sentimientos que moviliza. Por el contrario, la historia exige razones y pruebas.

Soy, ya lo sé, un racionalista impenitente —¿puede ser otra cosa un universitario?—, y por eso pienso que acceder a la historia constituye un progreso, ya que es mejor que la humanidad se conduzca siguiendo razones que atendiendo sentimientos. Éste es el motivo por el que la historia no debe ponerse al servicio de la memoria, sino que, por el contrario, debe aceptar la demanda de memoria, pero sólo para transformarla en historia. Si queremos ser los protagonistas responsables de nuestro propio futuro, en ese caso tenemos cumplir ante todo con un deber de historia.

---

[29] «Everyman his Own Historian», pág. 227.

Orientación bibliográfica

La bibliografía de un libro como éste siempre es demasiado corta y demasiado larga a la vez. Demasiado corta, porque se habría podido ampliar sin dificultad, y hay algo de arbitrario, alguna injusticia cometida, en no hacerlo. Demasiado larga, porque todos los títulos que figuran a continuación no tienen el mismo interés, y sólo una docena de libros o algunos pocos más nos parecerían susceptibles de atraer a un lector no profesional.

Para superar estas dificultades simétricas, hemos escogido dos soluciones. En primer lugar, hemos reconocido los límites de nuestras lecturas, y rogamos que se nos disculpe por no haberlo leído todo. Se hallará una bibliografía mucho más abundante, aunque no exhaustiva, en *Histoire et Mémoire,* de J. Le Goff[1]. Por otra parte, hemos dejado para las notas las referencias de ciertos libros que no aluden directamente a nuestro tema, pero que citamos.

En segundo término, nos permitimos indicar algo más de una docena obras que nos parece que sobresalen y que, en todo caso, han nutrido nuestra reflexión.

En primer lugar y sobre todo, la introducción a la historia de Marc Bloch. Si tuviéramos que leer un libro de metodología histórica, ése debería ser el de Bloch, aunque esté inacabado. A continuación, el manual de Henri-Irénée Marrou, *El conocimiento histórico,* que se revela mucho más fino en el detalle de lo que una rápida lectura podría sugerir. El de Edward Carr, más reciente, es igualmente interesante, sobre todo en sus primeros capítulos. Por último, sor

[1] El volumen citado por Prost, que como señaló al inicio era originariamente un libro editado en italiano *(Storia e memoria)* y recogía las voces redactadas por Le Goff para la *Enciclopedia Einaudi,* ha sido publicado en castellano en dos volúmenes de diferente título: *Pensar la historia* y *El orden de la memoria.* Es allí en donde el lector español debe buscar la bibliografía a la que remite Prost. *(N. de los T.)*

prende gratamente constatar que el librito de Joseph Hours, a pesar de su antigüedad, todavía es interesante y legible.

Todos los autores franceses se sitúan en relación con la tesis fundamental de Raymond Aron, pero si uno tiene poco tiempo lo mejor es leer, entre los filósofos, *Tiempo y narración,* de Paul Ricoeur. Los tres volúmenes son algo difíciles, pero apasionantes, y P. Ricoeur se ha tomado la molestia de leer seriamente a los historiadores, lo cual hace que sus observaciones sean más convincentes. Puestos a escoger, sería necesario leer la segunda parte del tomo primero, «Historia y narración», págs. 167-370. Es un texto capital.

De entre los debates metodológicos del pasado, me parece que el más interesante es el de la escuela metódica. Así, convendría repasar el manifiesto de Gabriel Monod para el primer número de la *Revue historique* y, más que la célebre *Introducción a los estudios históricos* de Langlois y Seignobos, recientemente reeditada en francés, la obra de Seignobos, *El método histórico aplicado a las ciencias sociales,* que es necesario consultar en las bibliotecas. Estos textos pueden ser confrontados con las críticas de Simiand y con las *Reglas del método sociológico* de Durkheim. Por último, y a pesar de su título, *Le Raisonnement sociologique,* de Jean-Claude Passeron, contiene algunas reflexiones centrales para nuestro propósito, sobre todo en el capítulo titulado «Histoire et sociologie», págs. 57-88.

La historiografía no es directamente el objeto de este libro. La lectura más útil sobre este particular es la del manual de Guy Bourdé y Hervé Martín. Los tres volúmenes dirigidos por Jacques Le Goff y Pierre Nora, bajo el título de *Hacer la historia,* son capítulo aparte, pues plantean un aspecto interesante en un momento de transición. Yo añadiría otros volúmenes: *Pensar la historia* y *El orden de la memoria,* de J. Le Goff, donde uno puede hallar visiones originales, *La escritura de la historia,* M. de Certeau, personal y profundo, y el ensayo de Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia,* deslumbrante y excesivo.

Entre los autores extranjeros, confieso mi debilidad por Collingwood, persona fuera de lo común, quien expone perfectamente, con firmeza y sin que le falte gracia, aquello que piensa. El texto que resume lo mejor de su pensamiento es accesible en castellano *(Idea de la historia),* además de otras de sus obras también traducidas. Lo recomiendo. Por otra parte, me parece esencial el libro *Ensayos sobre metodología sociológica,* de Max Weber y, entre los contemporáneos, el de R. Koselleck, titulado *Futuro pasado,* así como el de Hayden White, *Metahistoria*[2].

Para la presente edición[3], como es obvio, he actualizado la bibliografía, en la que podrá apreciarse el eco de los debates entre la historia y la justicia. El ensayo

---

[2] Cabe señalar que en el texto original, A. Prost lamenta la falta de traducciones al francés de los libros de Collingwood y de Hayden White. *(N. de los T.)*

[3] Esta edición en castellano coincide en el tiempo con una nueva «reedición» francesa. La primera corresponde a 1996, la segunda es una reimpresión de 1998, con un pequeño complemento bibliográfico, y la última verá la luz en 2001. *(N. de los T.)*

de Annette Wieviorka, *L'ère du témoin,* fija la atención sobre un desplazamiento de primer orden y peligroso a la vez sobre las expectativas que actualmente suscita la historia. Pero la obra reciente más importante es sin duda *La mémoire, l'histoire, l'oubli,* de P. Ricoeur, que nutrirá la reflexión y el debate de los historiadores durante muchos años[4].

AMALVI, Christian, *Les Héros de l'Histoire de France, recherche iconographique sur le panthéon scolaire de la troisième République,* París, Éd. Phot'oeil, 1979.

ANGVIK, Magne y VON BORRIES, Bodo (eds.), *Youth and History, A Comparative European Survey on Historical Consciousness and Political Attitudes among Adolescents,* Hamburgo, Körber-Stiftung, 1997, 2 vols.

APPLEBY, Joyce; HUNT, Lynn y JACOB, Margaret, *Telling the Truth about History,* Nueva York-Londres, W. W. Norton, 1994 *(La verdad sobre la historia,* Barcelona, Andrés Bello, 1998).

ARIÈS Philippe, *Le Temps de l'histoire,* París, Éd. du Seuil, 1986 *(El tiempo de la historia,* Buenos Aires, Paidós, 1988).

ARON, Raymond, *Dimensions de la conscience historique,* París, Plon, 1961 *(Dimensiones de la conciencia histórica,* México, FCE, 1983).

— *Introduction à la philosophie de l'histoire, essai sur les limites de l'objectivité historique,* París, Gallimard, 1938.

— *La Philosophie critique de l'histoire, essai sur une théorie allemande de l'histoire,* París, Vrin, 1969 [1.ª ed. 1938].

— *Leçons sur l'histoire,* edición de Sylvie Mesure, París, Éd. de Fallois, 1989 *(Lecciones sobre la historia: cursos del Collège de France,* México, FCE, 1996).

BARTHES, Roland, «Le discours de l'histoire», *Social Science Information,* VI, núm. 4, págs. 65-75 (en *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y de la escritura,* Barcelona, Paidós, 1994).

— *Michelet par lui-même,* París, Éd. du Seuil, 1954 *(Michelet,* México, FCE, 1988).

BAYLIN, Bernard, *On the Teaching and Writing of History,* Hanover (N. H.), University Press of New England/Dartmouth College, 1994.

BECKER, Carl, «Everyman his own Historian», *American Historical Review,* vol. XXXVII, enero de 1932, págs. 221-236.

BÉDARIDA, François (dir.), *L'Histoire et le métier d'historien en France, 1945-1995,* Paris, Éd. de la MSH, 1995.

BERR, Henri, *La Synthèse en histoire, son rapport avec la synthèse générale,* París, A. Michel, 1953 [1.ª ed. 1911].

BLOCH, Marc, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien,* París, A. Colin, 1960 [1.ª ed. 1949] *(Introducción a la historia,* México, FCE, 1992; además de esta

[4] Aunque no hay disponible traducción de esa obra reciente e importante, un avance de la misma y un compendio de sus ideas pueden hallarse en P. Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido,* Pozuelo de Alarcón, Arrecife, 1998. *(N. de los T.)*

edición empleada, hay otra reciente con otro título: *Apología para la historia o el oficio de historiador,* México, FCE, 1998).

BLOCH, Marc y FEBVRE, Lucien, *Correspondance. I-1928-1933,* Muller, Bertrand (ed.), París, Fayard, 1994.

BOLTANSKI, Luc y THEVENOT, Laurent, *De la justification. Les économies de la grandeur,* París, Gallimard, 1991.

— *Les Économies de la grandeur,* París, PUF, 1987.

BOURDÉ, Guy y MARTIN, Hervé, *Les Écoles historiques,* París, Éd. du Seuil, 1983 *(Las escuelas históricas,* Madrid, Akal, 1992).

BOURDIEU, Pierre, «La cause de la science. Comment l'histoire sociale des sciences sociales peut servir le progrès de ces sciences», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales,* núms. 106-107, marzo de 1995, págs. 3-10.

— «Sur les rapports entre la sociologie et l'histoire en Allemagne et en France», entrevista con Lutz Raphaël, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales,* núms. 106-107, marzo de 1995, págs. 108-122.

BRADLEY, Francis H., *Les Présupposés de l'histoire critique,* trad. por P. Fruchon, París, Les Belles-Lettres, 1965 [1.ª ed. Oxford, 1874].

BRAUDEL, Fernand, *Écrits sur l'histoire,* París, Flammarion, 1969 *(Escritos sobre historia,* México, FCE, 1991; además de esta edición existe otra con similar título, aunque, como hemos apuntado en nota, no contiene los mismos ensayos: *Ensayos sobre la historia,* Madrid, Alianza, 1991).

— *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II,* París, A. Colin, 1976 [1.ª ed. 1949], 2 vols. *(El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II,* Madrid, FCE, 1980, 2 vols.).

BRUTER, Annie, «Enseignement de la représentation et représentation de l'enseignement: Lavisse et la pédagogie de l'histoire», *Histoire de l'Education,* núm. 65, enero 1995, págs. 27-50.

BURGUÈRE, André, «Histoire d'une histoire: la naissance des Annales», *Annales E.S.C.,* noviembre-diciembre de 1979, págs. 1347-1359 (en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas,* núm. 12, 1980).

— (ed.), *Dictionnaire des sciences historiques,* París, PUF, 1986 *(Diccionario de ciencias históricas,* Madrid, Akal, 1991).

BURKE, Peter (ed.), *New Perspectives on Historical Writing,* Cambridge, Polity Press, 1991 *(Formas de hacer historia,* Madrid, Alianza, 1999).

CARBONELL, Charles-Olivier, *Histoire et historiens, une mutation idéologique des historiens français 1865-1885,* Toulouse, Privat, 1976.

CARBONELL, Charles-Olivier y LIVET, Georges, *Au berceau des Annales, Actes du Colloque de Strasbourg (11-13 octobre 1979),* Toulouse, Presses de l'IEP, 1983.

CARR, Edward Hallett, *Qu'est-ce que l'histoire?,* París, La Découverte, 1988 [1.ª ed. en inglés 1961] *(¿Qué es la historia?,* Barcelona, Ariel, 1987).

CARRARD, Philippe, *Poetics of the New History. French Historical Discours from Braudel to Chartier,* Baltimore/Londres, The Johns Hopkins University Press, 1992 [trad. fr., *Poétique de la Nouvelle Histoire. Le discours historique en France de Braudel à Chartier,* Lausana, Payot, 1998].

CERTEAU, Michel de, «L'opération historique», en Le Goff, Jacques, Nora, Pierre, *Faire de l'histoire, I Nouveaux problèmes,* págs. 19-68 (en *Hacer la historia. I Nuevos problemas,* Barcelona, Laia, 1985).
— *L'Écriture de l'histoire,* París, Gallimard, 1975 *(La escritura de la historia,* México, Universidad Iberoamericana, 1993).
CHARLE, Christophe (dir.), *Histoire sociale, histoire globale,* París, Éd. de la MSH, 1993.
— *La République des universitaires 1870-1940,* París, Éd. du Seuil, 1994.
— *Naissance des «intellectuels» 1880-1900,* París, Éd. de Minuit, 1990 *(Los intelectuales en el siglo XIX,* Madrid, Siglo XXI, 2000).
CHARTIER, Roger, «Histoire intellectuelle et histoire des mentalités. Trajectoires et questions», *Revue de Synthèse,* núms. 111-112, 1983, págs. 277-307.
— «Le monde comme représentation», *Annales ESC,* noviembre-diciembre de 1989, págs. 1505-1520 (en *El mundo como representación,* Barcelona, Gedisa, 1992).
— «L'Histoire ou le récit véridique», *Philosophie et Histoire,* París, Centre Pompidou, 1987, págs. 115-135
— *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude,* París, Albin Michel, 1998. (Hay ediciones parciales que reproducen algunos de los ensayos de este volumen y son: *Escribir las prácticas,* Buenos Aires, Manantial, 1996; *Escribir las prácticas: discurso, práctica, representación,* Valencia, Fundación Cañada Blanch, 1999; y *Entre poder y placer: cultura escrita y literatura en la Edad Moderna,* Madrid, Cátedra, 2000.)
— *Cultural History: Between Practices and Representations,* Ithaca, Cornell University Press, 1988.
CHAUNU, Pierre, *Histoire quantitative, histoire sérielle,* París, A. Colin, 1978 [1.ª ed. 1968].
— *Histoire science sociale, la durée, l'espace et l'homme à l'époque moderne,* París, SEDES, 1974 *(Historia, ciencia social: duración, espacio y hombre en la época moderna,* Madrid, Encuentro, 1986).
CHERVEL, André, *Histoire de l'agrégation,* París, Kimé, 1992.
CITRON, Suzanne, *Le Mythe national. L'histoire de France en question,* París, Éd. Ouvrières, 1987.
CLARK, Terry N., *Prophets and Patrons: The French University and the Emergence of the Social Sciences,* Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1973.
COLLINGWOOD, Robin G., *An Autobiography,* Oxford, Oxford University Press, 1939 *(Autobiografía,* México, FCE, 1974).
— *The Historical Imagination. An Inaugural Lecture delivered before the University of Oxford on 28 october 1935,* Oxford, Clarendon Press, 1935 (en *Idea de la historia,* México, FCE, 1965).
— *The Idea of History,* Oxford, at the Clarendon Press, 1946 *(Idea de la historia,* México, FCE, 1965).
— *The Philosophy of History,* Historical Association Leaflet, núm. 70, Londres, 1930 (en *Ensayos sobre la filosofía de la historia,* Barcelona, Barral, 1970).

Colloque Cent Ans d'Enseignement de l'Histoire (1881-1981), París, 13-14 novembre 1981, número especial de la *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine,* 1984.

CORBIN, Alain, «Le vertige des foisonnements» Esquisse panoramique d'une histoire sans nom», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine,* enero-marzo 1992, págs. 103-126.

COURNOT, A., *Considérations sur la marche des idées et des événements dans les temps modernes,* París, Vrin, 1973 [1.ª ed. 1872] *(Consideraciones sobre la marcha de las ideas y de los acontecimientos en los tiempos modernos,* Madrid, Editora Nacional, 1942-1944, 2 vols.).

— *Essai sur les fondements de nos connaissances et sur les caractères de la critique philosophique,* París, Vrin, 1975 [1.ª ed. 1851].

COUTAU-BÉGARIE, Hervé, *Le Phénomène nouvelle histoire, grandeur et décadence de l'école des Annales,* París, Economica, 2.ª ed., 1989 [1.ª ed. 1983].

DANCE, E. H./Conseil de l'Europe, *L'Éducation en Europe, la place de l'histoire dans les établissements secondaires,* París, A. Colin-Bourrelier, 1969.

DANCEL, Brigitte, *Enseigner l'histoire à l'école primaire de la IIIe République,* París, PUF, 1996.

DANTO, Arthur C., *Analytical Philosophy of History,* Cambridge, Cambridge University Press, 1965.

DELACROIX, Christian; DOSSE, François y GARCÍA, Patrick, *Les Courants historiques en France, XIXe-XXe siècle,* París, A. Colin, 1999.

DESROSIÈRES, André, *La Politique des grands nombres. Histoire de la raison statistique,* París, La Découverte, 1993.

DIGEON, Claude, *La Crise allemande de la pensée française,* París, PUF, 1959.

DILTHEY, Wilhelm, *Critique de la raison historique. Introduction aux sciences de l'esprit,* París, Cerf, 1992 *(Crítica de la razón histórica,* Barcelona, Península, 1986).

— *L'Édification du monde historique dans les sciences de l'esprit,* París, Cerf, 1988. *(El mundo histórico,* México, FCE, 1978).

DOSSE, François, *L'Empire du sens. L'humanisation des sciences humaines,* París, La Découverte, 1995.

— *L'Histoire en miettes. Des «Annales» à la «nouvelle histoire»,* París, La Découverte, 1987 *(La historia en migajas. De Annales a la nueva historia,* Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988).

— *L'Histoire,* París, A. Colin, 2000.

DUBY, Georges, *L'Histoire continue,* París, Odile Jacob, 1991 *(La Historia continúa,* Madrid, Debate, 1993).

DUMOULIN, Jérôme y MOISI, Dominique (eds.), *L'Historien entre l'ethnologue et le futurologue,* Actes du Colloque International de Venise, 2-8 abril de 1971, París-La Haye, Mouton, 1972.

DUMOULIN, Olivier, *Profession historien 1919-1939, un métier en crise,* thèse de l'EHESS (A. Burguière), 1983.

— *Marc Bloch,* París, Presses de Sciences Po, 2000.

DURKHEIM, Émile, *Le Suicide, étude de sociologie,* París, PUF, 1985 [1.ª ed. 1897] *(El suicidio,* Madríd, Akal, 1982).

— *Les Règles de la méthode sociologique,* París, PUF, 1950 [1.ª ed. 1895] *(Las reglas del método sociológico,* Madrid, Morata, 1993).
Écrire l'histoire du temps présent. Hommage à François Bédarida, París, CNRS-Editions, 1993.
EHRARD, Jean y PALMADE, Guy, *L'Histoire,* París, A. Colin, 1964.
FARGE, Arlette, *Le Goût de l'archive,* París, Éd. du Seuil, 1989 *(La atracción del archivo,* Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991).
— *Des lieux pour l'histoire,* París, Éd. du Seuil, 1997.
FEBVRE, Lucien, «Entre l'histoire à thèse et l'histoire-manuel. Deux esquisses récentes d'histoire de France», *Revue de Synthèse,* V, 1933, págs. 205-236. Una versión abreviada en *Combats pour l'histoire,* París, 1953, págs. 80-99 (en *Combates por la historia,* Barcelona, Ariel, 1992).
— «Une histoire politique de la Russie moderne. Histoire-tableau ou synthèse historique», *Revue de Synthèse,* VII, 1934, págs. 27-36. Compte-rendu de Paul Milioukov, Ch. Seignobos, L. Eisenmann, *Histoire de Russie,* París, E. Leroux, 1932. Repris dans *Combats pour l'histoire,* París, 1953, págs. 70-75 (en *Combates por la historia,* Barcelona, Ariel, 1992).
— *Combats pour l'histoire,* París, A. Colin, 1953. (Una edición muy abreviada en *Combates por la historia,* Barcelona, Ariel, 1992).
FINK, Carole, *Marc Bloch: A Life in History,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989.
FOUCAULT, Michel, *L'Archéologie du savoir,* París, Gallimard, 1969 *(La arqueología del saber, México,* Siglo XXI, 1969).
FRÉDÉRICQ, Paul, «L'enseignement supérieur de l'histoire à Paris, notes et impressions de voyage», *Revue Internationale de l'Enseignement,* 15 de julio de 1883, págs. 742-798.
FREYSSINET-DOMINJON, Jacqueline, *Les manuels d'histoire de l'école libre 1882-1959,* París, A. Colin-Presses de la FNSP, 1969.
FRIEDLÄNDER, Saul, *Histoire et psychanalyse. Essai sur les possibilités et les limites de la psycho-histoire,* París, Ed. du Seuil, 1975.
FURET, François, *De l'histoire récit à l'histoire problème,* París, Diogène, 1975.
— *La Gauche et la Révolution au milieu du XIXe siècle,* París, Hachette, 1986.
— *L'Atelier de l'histoire,* París, Flammarion, 1982.
— *Penser la Révolution française,* París, Gallimard, 1978 *(Pensar la revolución francesa,* Barcelona, Petrel, 1980).
GADAMER, Hans-Georg, *Le Problème de la conscience historique,* París, Éd. du Seuil, 1996 [1.ª ed. Lovaina, 1963] *(El problema de la conciencia histórica,* Madrid, Tecnos, 1993).
GAUCHET, Marcel (ed.), *Philosophie des sciences historiques,* Lille, PUL, 1988.
GÉRARD, Alice, «A l'origine du combat des Annales: positivisme historique et système universitaire», en Carbonell, Charles-Olivier, y Livet, Georges, *Au berceau des Annales,* págs. 79-88.
GERBOD, Paul, «La place de l'histoire dans l'enseignement secondaire de 1802 à 1880», *L'Information historique,* 1965, págs. 123-130.
GINZBURG, Carlo, *Mythes, emblèmes, traces. Morphologie et histoire,* París, Flamma-

rion, 1989 *(Mitos, emblemas e indicios: morfología e historia,* Barcelona, Gedisa, 1989).

GIRAULT, René, *L'Histoire et la Géographie en question,* Informe para el ministro de Educación Nacional, París, Ministerio de Educación Nacional, Servicio de información, 1983.

GLÉNISSON, Jean, «L'Historiographie française contemporaine: tendances et réalisations», en *La Recherche Historique en France de 1940 à 1965,* págs. IX-LXIV.

GRENIER, Jean-Yves y LEPETIT, Bernard, «L'expérience historique. À propos de C.E. Labrousse», *Annales E.S.C.,* noviembre-diciembre de 1989, páginas 1337-1360.

GUÉNÉE, Bernard, *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval,* París, Aubier, 1980.

HALBWACHS, Maurice, *Les Cadres sociaux de la mémoire,* París, PUF, 1952, [1.ª ed. 1925].

HALPHEN, Louis, *Introduction à l'histoire,* París, PUF, 1946.

HARTOG, François, *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges,* París, PUF, 1988.

HEXTER, Jack H., *On Historians, Reappraisals of Some of the Makers of Modern History,* Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1979.

«Histoire/géographie, 1, L'arrangement», *Espaces Temps,* Les Cahiers, núm. 66-67, París, 1998.

HOURS, Joseph, *Valeur de l'histoire,* París, PUF, 1971 [1.ª ed. 1953].

HUNT, Lynn, «French History in the Last Twenty Years: The Rise and Fall of the Annales Paradigm», *Journal of Contemporary History,* vol. 21, 1986, páginas 209-224.

INSEE, *Pour une histoire de la statistique,* tome 1, *Contributions,* tome 2, *Matériaux,* París, Economica, 1987 [1.ª ed. 1977].

JAUBERT, Alain, *Le Commissariat aux archives. Les photos qui falsifient l'histoire,* París, Éd. Bernard Barrault, 1986.

JEANNENEY, Jean-Noël, *Le Passé dans le prétoire. L'historien, le juge et le journaliste,* París, Éd. du Seuil, 1998.

JOUTARD, Philippe, «Une passion française: l'histoire», en Burguiere, André, Revel, Jacques (dir.), *Histoire de la France. Les formes de la culture,* París, Éd. du Seuil, 1993, págs. 507-570.

JULLIARD, Jacques, «La politique», en Le Goff, Jacques, Nora, Pierre, *Faire de l'histoire, II, Nouvelles approches,* París, Gallimard, 1974, págs. 305-334 (en *Hacer la historia. II Nuevos enfoques,* Barcelona, Laia, 1985).

KARADY, Victor, «Durkheim, les sciences sociales et l'Université: bilan d'un demi-échec», *Revue Française de Sociologie,* número especial «Durkheim», abril-julio de 1976, págs. 267-311.

— «Stratégies de réussite et modes de faire-valoir de la sociologie chez les durkheimiens», *Revue Française de Sociologie,* número especial «Les Durkheimiens», enero-marzo de 1979, págs. 49-82.

KEYLOR, William R., *Academy and Community. The Foundation of the French Historical Profession,* Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1975.

— *Jacques Bainville and the Renaissance of Royalist History in Twentieth-Century France,* Baton Rouge, Louisiana State, University Press, 1979.
KOSELLECK, Reinhart, *Le Futur passé, contribution à la sémantique des temps historiques,* París, EHESS, 1990 [1.ª ed. en alemán 1979] *(Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos,* Barcelona, Paidós, 1993).
— *L'Expérience de l'histoire,* París, Gallimard/Le Seuil, 1997
La Cité des chiffres, ou l'illusion des statistiques, Besson, Jean-Louis (dir.), París, *Autrement,* Série *Sciences en société,* núm. 5, septiembre de 1992.
La Recherche historique en France de 1940 à 1965, París, Comité Français des Sciences Historiques, Éd. du CNRS, 1965.
La Recherche historique en France depuis 1965, París, Comité Français des Sciences Historiques, Éd. du CNRS, 1980.
LACAPRA, Dominick y KAPLAN, Steven (eds.), *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives,* Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1982.
LACOMBE, Paul, *De l'histoire considérée comme science,* París, Hachette, 1894 *(La historia considerada como ciencia,* Madrid, Espasa-Calpe, 1948).
LANGLOIS, Charles-Victor y SEIGNOBOS, Charles, *Introduction aux études historiques,* París, Hachette, 1897. Se cita la reedición con un «préface» de Reberioux, Madeleine, París, Kimé, 1992 *(Introducción a los estudios históricos,* Madrid, Daniel Jorro, 1913).
LAUTIER, Nicole, *A la rencontre de l'histoire,* Lille, Presses Universitaires du Septentrion, 1997.
— *Enseigner l'histoire au lycée,* París, A. Colin, 1997.
LE GOFF, Jacques, *Histoire et mémoire,* París, Gallimard, 1977 *(Pensar la historia* y *El orden de la memoria,* Barcelona, Paidós, 1991).
LE GOFF, Jacques; CHARTIER, Robert y REVEL, Jacques (ed.), *La Nouvelle histoire,* París, Retz, 1978 *(La nueva historia,* Bilbao, Mensajero, 1988).
LE GOFF, Jacques y NORA, Pierre (dir.), *Faire de l'histoire, I Nouveaux problèmes, II Nouvelles approches, III Nouveaux objets,* París, Gallimard, 1974 *(Hacer la historia. I Nuevos problemas, II Nuevos enfoques, III Objetos nuevos,* Barcelona, Laia, 1985).
LE ROY LADURIE, Emmanuel, *Le Territoire de l'historien,* tome I, París, Gallimard, 1977 [1.ª ed. 1973], tomo II, *ibíd.,* 1978.
LEDUC, Jean; MARCOS-ÁLVAREZ, Violette y LE PELLEC, Jacqueline, *Construire l'histoire,* Toulouse, Bertrand-Lacoste/CRDP Midi-Pyrénées, 1994.
LEFEVRE, Georges, *Réflexions sur l'histoire,* París, Maspéro, 1978.
LEPETIT, Bernard (dir.), *Les Formes de l'expérience. Une autre histoire sociale,* París, A. Michel, 1995.
«Le temps réfléchi. L'histoire au risque des historiens», *Espaces Temps,* Les cahiers, núms 59-60-61, París, 1995.
L'Histoire entre épistémologie et demande sociale (Actes de l'Université d'Été de Blois, septembre 1993), Créteil, Institut Universitaire de Formation des Maîtres, 1994.
L'Histoire et ses méthodes (Actes du Colloque d'Amsterdam, novembre 1980), Lille, Presses Universitaires de Lille, 1981.

L'Histoire sociale, sources et méthodes (Colloque de l'École Normale Supérieure de Saint-Cloud, 15-16 mayo de 1965), París, PUF, 1967.
Lire Braudel, obra colectiva de Aymard, Maurice, *et al.,* París, La Découverte, 1988.
LUC, Jean-Noël, «Une réforme difficile: un siècle d'histoire à l'école élémentaire (1887-1985)», *Historiens et Géographes,* núm. 306, septiembre-octubre de 1985, págs. 145-207.
MABILLON, Jean, *Brèves réflexions sur quelques Règles de l'histoire,* prefacios y notas de Blandine Barret-Kriegel, París, P.O.L., 1990.
MAINGUENEAU, Dominique, *Les Livres d'école de la République 1870-1914, discours et idéologie,* París, Le Sycomore, 1979.
MANN, Hans-Dieter, *Lucien Febvre, la pensée vivante d'un historien,* París, A. Colin, 1971.
MANTOUX, Paul, «Histoire et sociologie», *Revue de Synthèse Historique,* 1903, págs. 121-140.
MARIN, Louis, *Le récit est un piège,* París, Éd. de Minuit, 1978.
MARROU, Henri-Irénée, *De la connaissance historique,* París, Éd. du Seuil, 1954 [reed., 1975] *(El conocimiento histórico,* Barcelona, Labor, 1968).
MAZON, Brigitte, *Aux origines de l'E.H.E.S.S. École des Hautes Études en Sciences Sociales, le rôle du mécénat américain (1920-1960),* París, Éd. du Cerf, 1988.
MILO, Daniel S. y BOUREAU, Alain, *Alter histoire, essais d'histoire expérimentale,* París, Les Belles Lettres, 1991.
MILO, Daniel S., *Trahir le temps (histoire),* París, Les Belles Lettres, 1991.
Ministerio de Educación Nacional, *Colloque National sur l'Histoire et son Enseignement, 19-20-21,* enero de 1984, Montpellier, París, C.N.D.P., 1984.
MOMIGLIANO, Arnaldo, *Problèmes d'historiographie ancienne et moderne,* París, Gallimard, 1983 *(Ensayos de historiografía antigua y moderna,* México, FCE, 1993).
MONIOT, Henri (ed.), *Enseigner l'histoire. Des manuels à la mémoire,* Berna, Peter Lang, 1990.
— *Didactique de l'histoire,* París, Nathan, 1993.
MONIOT, Henri y SERWANSKI, Maciej (ed.), *L'Histoire en partage 1, le récit du vrai,* París, Nathan, 1994.
MONOD, Gabriel, «Du progrès des études historiques en France depuis le XVIe siècle» [editorial del primer número de la *Revue Historique,* 1876], reeditado en *Revue Historique,* núm. 518, abril-junio de 1976, págs. 297-324.
MORAZÉ, Charles, *Trois essais sur histoire et culture,* París, A. Colin, 1948.
NOIRIEL, Gérard, «Naissance du métier d'historien», *Genèses,* núm. 1, septiembre de 1990, págs. 58-85 (en *Sobre la crisis de la historia,* Madrid, Cátedra-Universitat de València, 1997).
— «Pour une approche subjectiviste du social», *Annales E.S.C.,* noviembre-diciembre de 1989, págs. 1435-1459.
— *Sur la «crise» de l'histoire,* París, Belin, 1996 *(Sobre la crisis de la historia,* Madrid, Cátedra-Universitat de València, 1997).
NORA, Pierre, «Entre Mémoire et Histoire. La problématique des lieux», en *Les lieux de mémoire, I La République,* París, Gallimard, 1984, págs. XVII-XLII,

— «Lavisse, instituteur national», en *Les lieux de mémoire, I La République*, bajo la dirección de Nora, Pierre, París, Gallimard, 1984, págs. 247-289.
— «L'Ère de la commémoration», en *Les lieux de mémoire, III Les France,* bajo la dirección de Nora, Pierre, tomo 3, París, Gallimard, 1992, págs. 977-1012.
— «L'Histoire de France de Lavisse», en *Les lieux de mémoire, II La Nation,* bajo la dirección de Nora, Pierre, tomo 1, París, Gallimard, 1986, págs. 317-375.
— (ed.), *Essais d'égo-histoire,* París, Gallimard, 1987.
NOVICK, Peter, *That Noble Dream, The «Objectivity Question» and the American Historical Profession,* Cambridge, Cambridge University Press, 1988.
PASSERON, Jean-Claude, «Homo sociologicus», *Le Débat,* núm. 79, marzo-abril de 1994, págs. 114-133.
— *Le Raisonnement sociologique. L'espace non-poppérien du raisonnement naturel,* París, Nathan, 1991.
PASSERON, Jean-Claude y PROST, Antoine, «L'enseignement, lieu de rencontre entre historiens et sociologues», *Sociétés Contemporaines,* núm. 1, marzo de 1990, págs. 7-45.
Passés recomposés, Champs et chantiers de l'histoire, bajo la dirección de Boutier, Jean y Julia, Dominique, París, *Autrement, série Mutations,* núms. 150-151, enero de 1995.
Passion du passé, «les fabricants» d'histoire, leurs rêves et leurs batailles, bajo la dirección de Gautier, Nadine y Rouge, Jean-François, París, *Autrement,* núm. 88, marzo de 1987.
Périodes. La construction du temps historique, Actes du Ve Colloque d'Histoire au Présent, París, EHESS et Histoire au Présent, 1991.
PESCHANSKI, Denis, POLLAK, Michael y ROUSSO, Henry (ed.), *Histoire politique et sciences sociales,* Bruselas, Complexe, 1991.
PIGANIOL, André, «Qu'est-ce que l'histoire ?», *Revue de Métaphysique et de Morale,* 1955, págs. 225-247.
PIOBETTA, J.-B., *Le Baccalauréat,* París, Baillière et fils, 1937.
POMIAN, Krzysztof, «L'heure des Annales. La terre-les hommes-le monde», en Nora, Pierre (ed.), *Les lieux de mémoire, II La nation,* París, Gallimard, 1986, tomo 1, págs. 377-429.
— *L'Ordre du temps,* París, Gallimard, 1984. *(El orden del tiempo,* Madrid-Gijón, Júcar, 1990).
— *Sur l'histoire,* París, Gallimard, 1999.
POPPER, Karl, *La Logique de la découverte scientifique,* París, Payot, 1978 [1.ª ed. en inglés 1959] *(La lógica de la investigación científica,* Madrid, Tecnos, 1985).
— *Misère de l'historicisme,* París, Plon, 1956 [1.ª ed. en inglés 1944] *(La miseria del historicismo,* Madrid, Alianza, 1973).
PROST, Antoine, «Histoire, vérités, méthodes. Des structures argumentatives de l'histoire», *Le Débat,* núm. 92, noviembre-diciembre de 1996, págs. 127-140.
— «Seignobos revisité», *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire,* núm. 43, julio-septiembre de 1994, págs. 100-118.
— «Comment l'histoire fait-elle l'historien?», *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire,* núm. 65, enero-marzo de 2000, págs. 3-12.

— «L'Historien, le juge, le témoin et l'accusé», en Brayard, Florent (ed), *Le Génocide des juifs entre procès et histoire,* Bruselas, Éd. Complexe, 2001 (en prensa).

RANCIÈRE, Jacques, *Les Mots de l'histoire, essai de poétique du savoir,* París, Éd. du Seuil, 1992 *(Los nombres de la historia. Una poética del saber,* Buenos Aires, Nueva Visión, 1993).

REBÉRIOUX, Madeleine, «Le débat de 1903: Historiens et Sociologues», en Carbonell, Charies-Olivier y Livet, Georges, *Au berceau des Annales,* páginas 219-230.

RÉMOND, René (dir.), *Pour une histoire politique,* París, Éd. du Seuil, 1988.

REVEL, Jacques, «Les paradigmes des Annales», *Annales E.S.C.,* noviembre diciembre de 1979, págs. 1360-1376 (en Revista Española de Investigaciones Sociológicas, núm. 12, 1980).

RICOEUR, Paul, «Expliquer et comprendre. Sur quelques connexions remarquables entre la théorie du texte, la théorie de l'action et la théorie de l'histoire», *Revue Philosophique de Louvain,* tomo 75, febrero de 1977, páginas 126-147.

— *La Mémoire, l'histoire, l'oubli,* París, Éd. du Seuil, 2000.

— *La Métaphore vive,* París, Éd. du Seuil, 1975 *(La metáfora viva,* Madrid, Europa, 1980).

— *Temps et récit,* París, Éd. du Seuil, 3 vol., 1983, 1984 y 1985. *(Tiempo y narración,* Madrid, Cristiandad, 1987, 2 vols., 3 vol. en Siglo XXI, 1996).

RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean-François (dir.), *Pour une histoire culturelle,* París, Éd. du Seuil, 1996.

ROSENTAL, Paul-André, «Métaphore et stratégie épistémologique: La Méditerranée de Fernand Braudel», en Milo, Daniel S. y Boureau, Alain, *Alter histoire,* págs. 109-126.

ROUSSO, Henry, *La Hantise du passé,* París, Éd. Textuel, 1998.

RUANO-BORBALAN, Jean-Claude (ed.), *L'Histoire aujourd'hui,* Auxerre, Sciences Humaines Éditions, 1999.

SADOUN-LAUTIER, Nicole, *Histoire apprise, histoire appropriée. Elements pour une didactique de l'histoire,* thèse EHESS (S. Jodelet), 1992.

SAMARAN, Charles, *L'Histoire et ses méthodes,* París, Gallimard [Encyclopédie de la Pléïade], 1973 [1.ª ed. 1961].

SÉE, Henri, *Science et philosophie de l'histoire,* París, F. Alcan, 1933.

SEIGNOBOS, Charles, «L'enseignement de l'histoire comme instrument d'éducation politique», en *Conférences du Musée Pédagogique,* París, Imprimerie Nationale, 1907, págs. 1-24, reimpreso en Seignobos, Charles, *Études de politique et d'histoire,* París, PUF, 1934, págs. 109-132. He publicado amplios extractos de este texto en *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire,* núm. 2, abril de 1984.

— «L'enseignement de l'histoire dans les facultés», *Revue Internationale de l'Enseignement,* I, 15 de octubre de 1883, págs. 1076-1088; II, 15 de julio de 1884, págs. 35-60; III, 15 de agosto de 1884, págs. 97-111.

— «L'enseignement de l'histoire dans les universités allemandes», *Revue Internationale de l'Enseignement,* 15 de junio de 1881, págs. 563-600.

— *Études de politique et d'histoire,* París, PUF, 1934.
— *Histoire sincère de la nation française, essai d'une histoire de l'évolution du peuple français,* París, Rieder, 1933; nueva ed. con un «préface» de Guy P. Palmade, París, PUF, 1969.
— *La Méthode historique appliquée aux sciences sociales,* París, F. Alcan, 1901 *(El método histórico aplicado a las ciencias sociales,* Madrid, Daniel Jorro, 1923).
— *L'Histoire dans l'enseignement secondaire,* París, A. Colin, 1906.
SIMIAND, François, «Méthode historique et Science sociale», *Revue de Synthèse Historique,* 1903, págs. 1-22 y 129-157; reimpreso en *Annales E.S.C.,* 1960, págs. 83-119.
SIRINELLI, Jean-François, *Génération intellectuelle. Khâgneux et Normaliens dans l'entre-deux-guerres,* París, Fayard, 1988.
STOIANOVICH, Traïan, *French Historical Method. The Annales Paradigm,* Ithaca, Cornell University Press, 1976.
STONE, Lawrence, «Retour au récit ou réflexions sur une nouvelle vieille histoire», *Le Débat,* núm. 4, 1980, págs. 116-142 (en *El pasado y el presente,* México, FCE, 1986).
TUTIAUX-GUILLON, Nicole y MOUSSEAU, Marie-José, *Les Jeunes et l'histoire: identités, valeux, conscience historique: enquête européenne «Youth ans history»,* París, INRP, 1998.
VENDRYES, Pierre, *Déterminisme et autonomie,* París, A. Colin, 1956.
— *De la probabilité en histoire,* París, A. Michel, 1952.
VEYNE, Paul, *Comment on écrit l'histoire,* París, Éd. du Seuil, 1971 *(Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia,* Madrid, Alianza, 1984).
— *L'Inventaire des différences: leçon inaugurale au Collège de France,* París, Éd. du Seuil, 1976.
VILAR, Pierre, *Une histoire en construction. Approche marxiste et problématiques conjoncturelles,* París, Hautes Études-Gallimard-Le Seuil, 1982.
WEBER, Max, *Essais sur la théorie de la science,* traducidos del alemán e introducidos por Julien Freund, París, Plon, 1965 *(Ensayos sobre metodología científica,* Buenos Aires, Amorrortu, 1990).
WHITE, Hayden, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe,* Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, 1973 *(Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX,* México, FCE, 1992).
WIEVIORKA, Annette, *L'Ére du témoin,* París, Plon, 1998.

Relación de textos y documentos

1. *La historia en la sociedad francesa de los siglos XIX y XX*
   Algunas preguntas del programa de Victor Duruy

2. *La profesión histórica*
   Pierre Bourdieu: La organización del campo histórico

3. *Los hechos y la crítica histórica*
   March Bloch: Elogio de las notas a pie de página
   Charles Seignobos: La crítica es contra natura
   Charles Seignobos: Sólo hay hechos históricos por posición
   Paul Lacombe: No hay observación sin hipótesis

4. *Las preguntas del historiador*
   Robin G. Collingwood: Preguntar históricamente
   Lucien Febvre: Todo puede ser documento
   Robin G. Collingwood: Cualquier cosa puede servir de fuente
   Henri-I. Marrou: Esclarecer las razones de la curiosidad
   Jules Michelet: Mi libro me ha creado...

5. *El tiempo de la historia*
   Claude Lévi-Strauss: No hay historia sin fechas
   Reinhart Koselleck: Profecía y pronóstico
   Marc Bloch: A cada fenómeno, su periodización
   Fernand Braudel: Los tres tiempos...

6. *Los conceptos*
   Reinhart Koselleck: Dos planos conceptuales
   Max Weber: El tipo ideal es un cuadro conceptual
   Pierre Bourdieu: Tomar los conceptos con pinzas históricas

7. *La historia como comprensión*
Lucien Febvre: Los hombres, únicos objetos de la historia
Marc Bloch: El historiador, como el ogro de los cuentos...
Lucien Febvre: «Vivir la historia»
Antoine Cournot: La partida de cartas como emblema de la historia
Wilhelm Dilthey: Experiencia vivida y realidad
Henri-I. Marrou: La historia como escucha
Henri-I. Marrou: La comprensión histórica como amistad
Robin G. Collingwood: No hay historia más que de cosas pensadas
Robin G. Collingwood: Conocimiento de sí mismo y conocimiento del mundo de los asuntos humanos

8. *Imaginación e imputación causal*
Charles Seignobos: Estamos obligados a imaginar...
Paul Lacombe: De lo contingente a lo determinado
Paul Lacombe: La experiencia imaginaria en historia
Raymond Aron: Sopesar las causas...
Paul Ricoeur: Respetar la incertidumbre del acontecimiento
Henri-I. Marrou: La teoría precede a la historia

9. *El modelo sociológico*
Charles Seignobos: No se puede estudiar la danza sin la música
Émile Durkheim: El método comparativo

10. *La historia social*
François Guizot: La clase burguesa y la lucha de clases
Karl Marx: Yo no he inventado las clases ni la lucha de clases
François Dosse: El nuevo discurso histórico

11. *Trama y narratividad*
Paul Veyne: La historia es un relato de acontecimientos verdaderos
Hayden White: La prefiguración previa

12. *La historia se escribe*
Krzysztof Pomian: La narración histórica
Michel de Certeau: Un discurso didáctico
Michel de Certeau: La historia como saber del otro
Jacques Rancière: Un relato en el sistema del discurso
Jacques Rancière: Saber qué literatura hacemos

Conclusión: Verdad y función social de la historia
Charles Seignobos: Por qué es necesario enseñar historia
Pierre Nora: Memoria e historia
Lucien Febvre: Historia, olvido, vida y muerte
Carl Becker: La voz del historiador es la de *Mr. Everyman*